LENA BIANCHI

Para Quedarse en Sicilia



Ella vino en busca de sus raíces. Él le dio una razón para quedarse.





PARA QUEDARSE EN SICILIA

UN ROMANCE ITALIANO DE COMBUSTIÓN LENTA

AMOR EN TRADUCCIÓN - SPANISH



LENA BIANCHI

BICOASTAL PUBLICATIONS, LLC

Copyright © 2025 by Lena Bianchi

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo

Acerca del Autor

CAPÍTULO 1



Natalie

—Pide un deseo, bella.

Natalie miró fijamente la única vela que titilaba en el centro del tiramisú. El postre en sí era una pobre imitación del verdadero: demasiado dulce, demasiado pesado, nada parecido a la aérea delicia que su abuela le había enseñado a hacer. Alrededor de la mesa en Bella Notte, su familia la observaba con expresiones que oscilaban entre la indulgencia y la preocupación.

Su madre se inclinó hacia delante.

—Los treinta son importantes. Mejor pide algo bueno.

Deseo que todos creáis en mí. Solo una vez.

Tomó aire y sopló la vela.

—Así que —dijo su padre, dejando su espresso—, ¿dentro de una semana, eh?

Natalie asintió, acariciando el medallón dorado que colgaba de su cuello. La familiar forma ovalada con sus delicados bordes de filigrana se había convertido en un amuleto, un pequeño fragmento de certeza en medio del trastorno de los últimos meses. Dentro había una foto en blanco y negro de su bisabuela, Sophia, tomada poco antes de que dejara Sicilia siendo una joven. En el reverso, una inscripción en letra cursiva: *Torna a casa*. Vuelve a casa.

—Sí —dijo—. Mi vuelo sale el jueves próximo. Todo está listo.

Su madre intercambió miradas con su padre.

—¿Y tu apartamento?

—Alquilado. Contrato de doce meses. —Natalie mantuvo un tono ligero, ignorando el silencio cargado que siguió—. Mi inquilino se muda al día siguiente de mi partida.

—Eso es... definitivo —dijo su hermana Cara, clavando el tenedor en su postre. Cara, con su sensato trabajo en ventas farmacéuticas, su sensato marido y su sensata casa en Nueva Jersey. Cara, que nunca tomaba decisiones impulsivas. Cara, la hija que tenía sentido.

—Se supone que debe serlo —respondió Natalie—. Esto no son unas vacaciones.

—No, es "encontrarte a ti misma" —dijo su padre, haciendo comillas con los dedos—. En Italia. Donde no hablas el idioma, no tienes trabajo...

—Tengo clientes —corrigió Natalie—. Tres contratos sólidos, todos en remoto. Y llevo un año dando clases de italiano.

—Oh, un año —dijo su madre—. Bueno, eso lo cambia todo.

Natalie apretó los labios. Sabía que esta cena sería difícil, pero había esperado —quizá neciamente— que pudieran sorprenderla. Que por una vez pudieran decir: *Creemos en ti. Apoyamos este sueño.*

—Lo único que digo —continuó su padre—, es que deberías mantener tus opciones abiertas. La hija de Sarah Leibowitz se tomó un año sabático en Barcelona. Tenía un gran plan para convertirse en fotógrafa. ¿Sabes dónde está ahora? De vuelta en Queens, trabajando en la gestoría de su padre.

—Esto no es un año sabático —dijo Natalie—. Tengo treinta años, no diecinueve. Y no me estoy convirtiendo en nada nuevo. Soy diseñadora. Seguiré siendo diseñadora. Solo que en Sicilia.

—¿Pero durante cuánto tiempo? —La voz de su madre era suave pero persistente—. Ya sabes cómo eres, cariño. ¿Recuerdas el taller de joyería? ¿El plan de la boutique? ¿El blog de cocina?

Cada ejemplo caía como una pequeña piedra, construyendo un muro de fracasos pasados entre ellos. Había abandonado la joyería después de ocho meses. La boutique nunca había pasado del plan

de negocio. El blog de cocina había durado casi un año antes de desvanecerse.

—Esto es diferente —dijo Natalie en voz baja, aunque había dicho estas mismas palabras antes. Muchas veces.

—Por supuesto que lo es —asintió su madre, en un tono que significaba lo contrario—. Es solo que... es un gran cambio. Y con la nonna fallecida hace solo seis meses...

La silla vacía en la mesa parecía hacerse más notoria. La silla donde se habría sentado su abuela, donde habría sido la única voz diciendo: *"Ve, Natalia. Encuentra nuestro hogar".*

Natalie tocó el medallón de nuevo. La nonna se lo había puesto en la palma de la mano la semana antes de morir, sus dedos, finos como el papel, cerrando los de Natalie alrededor del óvalo dorado. *"Ella quería volver"*, había susurrado la nonna. *"Mi madre. Todos los días llevaba esto puesto y decía que algún día regresaría. No esperes como hizo ella. No te quedes sin 'algún días'".*

—Creo —dijo su tío, rompiendo la tensión—, que lo que tu madre intenta decir es que te echaremos de menos.

—Y —añadió su padre, con una sonrisa forzada—, que mantendremos tu habitación tal y como está. Para cuando vuelvas.

Ahí estaba. La suposición.

—Si —corrigió Natalie suavemente.

—Cuando —insistió su madre, estirándose sobre la mesa para darle una palmadita en la mano—. Cariño, sé realista. Sé que has invertido mucho en esta solicitud de ciudadanía, pero incluso si sale bien...

—Saldrá bien —dijo Natalie.

—Aun así —continuó su madre—, llegarás allí y te darás cuenta de que no es el lugar mágico que la nonna describía. Es solo otro lugar, con problemas reales e inconvenientes. El romanticismo se desvanecerá.

La hermana de Natalie asintió. —¿Recuerdas lo mucho que te gustó Praga cuando la visitaste? Volviste diciendo que te ibas a mudar allí,

y un mes después ya estabas con otra cosa.

—Tenía veintidós años —dijo Natalie, sintiendo cómo el calor le subía a las mejillas—. Y no tenía una conexión con Praga como la que tengo con Sicilia.

—Tu bisabuela dejó Sicilia por una razón —le recordó su padre—. Porque allí no había nada para ella.

—Eso no es cierto —dijo Natalie, alzando la voz a pesar de sus esfuerzos por mantener la calma—. Se marchó porque su familia necesitaba dinero después de la guerra. Siempre planeó volver. Simplemente... se quedó sin tiempo.

La mesa quedó en silencio. Natalie podía sentir las lágrimas amenazando y parpadeó con fiereza para contenerlas. No iba a llorar. No aquí, no ahora.

—He gastado todo lo que tengo en esta mudanza —dijo después de un momento—. Solo la documentación ha costado miles. Las traducciones, las apostillas, los honorarios legales. He investigado cada detalle. Sé exactamente lo que estoy haciendo.

—Sabemos que tú crees que lo sabes —dijo su madre—. Pero cariño, eso es lo que siempre dices.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, una perfecta destilación de cómo la veían: bien intencionada pero poco fiable. Una soñadora que no podía cumplir. La chiflada de la familia.

Su tía se aclaró la garganta. —Creo que lo que tu madre quiere decir es que queremos que seas feliz. Y que estés segura. Sicilia está tan lejos.

—Es un vuelo de ocho horas —dijo Natalie—. Cara vive a cuarenta minutos y solo la veo en Navidad.

—Eso no es justo —protestó Cara.

—No —coincidió Natalie—. No lo es.

Otro silencio se instaló. Su padre dio un sorbo a su vino. Su madre jugueteaba con la servilleta. El camarero se acercó con la cuenta, percibió la tensión y se retiró.

—No discutamos —dijo finalmente su tío—. Es tu cumpleaños. Y quién sabe, tal vez esta cosa de Italia sea buena para ti. Una bonita aventura antes de que sientes la cabeza.

Antes de que sientes la cabeza. Como si Sicilia fuera solo un desvío en el camino hacia una vida "real". Como si, a los treinta, no hubiera probado ya su versión de sentar la cabeza y la hubiera encontrado asfixiante.

—No te preocupes —dijo su hermana, en lo que probablemente pretendía ser un tono de apoyo—. Si no funciona, siempre puedes volver a casa. Estaremos aquí.

Alrededor de la mesa, las cabezas asintieron en señal de acuerdo. Incluso aquellos que no habían hablado parecían aliviados de que por fin alguien lo hubiera dicho en voz alta: *Volverás.*

Natalie forzó una sonrisa, cerrando la mano alrededor del medallón hasta que los bordes se le clavaron en la palma.

No, pensó, con una claridad que se sentía como la luz del sol atravesando las nubes. *No volveré.*

Había pasado toda su vida buscando algo que no podía nombrar con exactitud. Un sentido de pertenencia. Un lugar donde el ruido de fondo de la incertidumbre —la constante pregunta de si estaba haciendo lo correcto, siendo la persona adecuada— finalmente se callara. Había tratado de encontrarlo en sus diversas iniciativas creativas, en relaciones, en la firme marcha de logros que se suponía que sumaban una vida plena.

Pero nunca había estado en ninguno de esos lugares. Siempre había estado en las historias de la Nonna. En la forma en que la voz de su abuela cambiaba cuando hablaba de Sicilia: más suave, más cálida, como si estuviera describiendo no solo un lugar sino un estado del ser. Hogar, en el sentido más profundo de la palabra.

—Gracias por la cena —dijo Natalie, poniéndose de pie—. Ha sido encantadora.

Su madre parecía alarmada. —¿Te vas? Ni siquiera te hemos dado tus regalos.

—Debería irme. Mañana tengo una reunión temprano. —Se inclinó para besar la mejilla de su madre—. Pasaré por casa este fin de semana.

—Pero...

—Está bien, mamá. De verdad.

Dio la vuelta a la mesa, repartiendo abrazos y besos, aceptando felicitaciones de cumpleaños murmuradas y cuídate mucho. La representación de la cercanía familiar. Nadie mencionó Sicilia de nuevo, como si por un acuerdo tácito hubieran decidido fingir que su inminente partida no era real.

Fuera, la noche primaveral la envolvió como un chal, fresca pero no fría. Brooklyn vibraba con su energía habitual: bocinas de coches, risas de un bar cercano, el traqueteo del metro bajo sus pies. Había vivido aquí toda su vida, pero nunca había sentido la certeza profunda de que este era el lugar al que pertenecía.

Natalie respiró hondo el aire de la ciudad y empezó a caminar. Sobre ella, ocultas por la contaminación lumínica y los rascacielos, estaban las mismas estrellas que brillaban sobre Sicilia. La misma luna que había visto a su bisabuela subir a un barco con nada más que una pequeña maleta y un medallón que contenía la foto de su propia madre.

—Voy, Nonna —susurró, tocando el óvalo dorado—. Vuelvo a casa.

Detrás de ella, a través de la ventana del restaurante, podía ver a su familia pagando la cuenta, ya hablando entre ellos. Ya planeando alrededor de su inevitable regreso.

Están equivocados, pensó, cuadrando los hombros mientras se alejaba. *No voy a volver. Ni en tres meses, ni en seis, ni nunca. Esto no es solo otro sueño: es el único que realmente ha importado.*

En algún lugar, estaba segura, la Nonna sonreía.

CAPÍTULO 2



Natalie

El conductor del autobús le estaba gritando en un italiano a toda velocidad, con la cara roja como los tomates que había visto colgando de los puestos del mercado en Palermo. Natalie agarró con más fuerza su carpeta de viaje meticulosamente organizada, sintiendo cómo todas las miradas del abarrotado autobús se clavaban en su espalda.

Había investigado todo: horarios de trenes, rutas de autobuses, incluso había descargado mapas sin conexión, pero en ninguna parte de sus meticulosas notas se mencionaba que no se podía pagar con billetes grandes antes del mediodía. Su cargador portátil descansaba inútilmente en su bolso; el autobús no tenía enchufes, otro detalle que faltaba en los blogs de viajes que había devorado.

—Non capisco —dijo, sintiendo torpe en su lengua la frase que había practicado cien veces—. No entiendo.

El conductor gesticulaba frenéticamente señalando su billete de cincuenta euros, luego la puerta, con su voz elevándose con cada palabra incomprensible. Detrás de ella, los pasajeros murmuraban y se movían con impaciencia. Una mujer con una cesta de la compra llena de productos chasqueó la lengua con fastidio.

Esto no puede estar pasando en el primer día, pensó Natalie, mientras sus dedos encontraban instintivamente el medallón en su

garganta. No podía fracasar en algo tan básico como comprar un billete de autobús. No cuando había pasado dieciocho meses preparándose para esta mudanza, no cuando su familia probablemente ya estaba contando los días hasta su inevitable regreso.

—¡Basta! —El conductor se puso de pie, señalando firmemente hacia la puerta—. ¡Fuori!

Incluso sin traducción, su significado era clarísimo. Fuera.

El estómago de Natalie dio un vuelco. Recogió su bolso y la maleta con ruedas que había parecido tan práctica en Brooklyn pero que ahora se sentía como un cartel de neón anunciando su condición de turista. Mientras avanzaba torpemente por el pasillo, la mujer de la cesta sacudió la cabeza y murmuró algo que definitivamente no era una bendición.

Las puertas se cerraron tras ella con una finalidad mecánica, y el autobús se alejó entre una nube de gases diésel, dejándola sola en un camino polvoriento que no se parecía en nada a las imágenes de Google Street View que había estudiado.

—Vale —se dijo a sí misma, sacando su teléfono. Una barra de señal y quince por ciento de batería. Lo había cargado completamente esta mañana, pero entre los retrasos del vuelo y la constante comprobación de mapas, su cuidadosa gestión de energía había fracasado.

Abrió su aplicación de notas, desplazándose por su lista de llegada codificada por colores. Nada de esto había previsto quedarse varada en una carretera rural con un italiano limitado y el orgullo herido.

No te asustes, se dijo, tocando el medallón otra vez. *La nonna caminaba más que esto cuando tenía doce años*.

Una hora después, caminaba pesadamente por una carretera serpenteante flanqueada por chumberas y muros de piedra, con su maleta arrastrándose detrás de ella produciendo inquietantes sonidos de raspadura. Pero el paisaje —Dios, el paisaje era todo lo que había soñado. Colinas ondulantes se extendían en todas direcciones, salpicadas de olivares y pequeños grupos de casas con tejados de terracota que parecían brotar de la tierra misma.

El aire olía a hierbas silvestres y a sal del lejano mar. Y allí, creciendo junto a los muros desmoronados, estaban los limoneros que su abuela había descrito: silvestres y abundantes, con sus brillantes frutos colgando pesadamente de las ramas como adornos dorados.

—La nonna tenía razón —susurró, deteniéndose para recobrar el aliento. Estos eran los mismos árboles que su bisabuela habría visto de niña, las mismas variedades que habían crecido aquí durante siglos—. Realmente crecen por todas partes.

Por un momento, el agotamiento y la frustración se desvanecieron. No era solo un viaje en autobús fallido: estaba caminando por los mismos senderos que su familia había recorrido, respirando el mismo aire, viendo el mismo paisaje que había llenado las historias de su bisabuela.

Cuando finalmente coronó la colina y vio Santa Lucia al Mare extendida bajo ella como una acuarela, su corazón realmente dio un vuelco. El pueblo descendía hacia el puerto en una cascada de paredes encaladas y tejados de tejas rojas, con pequeñas barcas de pesca meciéndose en el agua azul. La luz de la tarde bañaba todo de dorado y, a pesar de sus pies doloridos y su teléfono a punto de apagarse, sintió que algo se asentaba en su pecho.

Era esto. Aquí era donde había nacido su bisabuela, donde había corrido por estas mismas calles cuando era niña antes de partir hacia América sin nada más que recuerdos y el medallón que ahora colgaba del cuello de Natalie.

Esto era su hogar. Tenía que serlo, porque no había un Plan B.

El camino hacia el pueblo era más empinado de lo que parecía, y para cuando llegó a los primeros edificios, sus piernas temblaban y su maleta hacía unos ruidos que sugerían una jubilación anticipada inminente. Había empacado dos mudas de ropa para el viaje y suficientes provisiones para durar hasta que pudiera comprar lo esencial, otro detalle de su cuidadosa planificación que no había contado con caminatas inesperadas.

Las calles de Santa Lucia eran aún más encantadoras de cerca. Los edificios se apretaban como viejos amigos, sus paredes pintadas en desvaídos tonos de amarillo, rosa y azul, con balcones de hierro

forjado rebosantes de buganvillas y hierbas. La ropa tendida ondulaba entre las ventanas superiores y, en algún lugar a lo lejos, alguien tocaba un acordeón.

PASÓ JUNTO a un pequeño café donde un hombre mayor leía un periódico, con una taza de espresso a su lado. Él levantó la mirada cuando ella pasó, su rostro curtido arrugándose con curiosidad. Ella logró hacer un pequeño gesto con la mano y un entrecortado —Buonasera.

Él asintió gravemente. —Benvenuta —dijo. Bienvenida.

Su pecho se hinchó con cautelosa esperanza. ¿Ves? Iba a resolver esto. Un paso a la vez.

El toldo amarillo del Caffè dei Fiori ondeaba con la brisa, ofreciendo una bendita sombra después de su caminata. Natalie se desplomó en una silla de una de las mesas exteriores, con su maleta apoyada junto a ella como un compañero de viaje herido. La terraza del café estaba medio llena de lugareños y lo que parecían ser turistas de verano, una distinción clara por el ritmo contrastante con el que sorbían sus cafés.

Calculó rápidamente: café y algo ligero para comer, quizás cinco euros. Ahora tenía un presupuesto diario estricto ya que vivía de sus ahorros, y cada gasto debía justificarse.

Un camarero de unos sesenta años con un magnífico bigote se acercó, mirándola con el desinterés profesional de alguien que había servido a miles de visitantes en Santa Lucia.

—Buonasera —intentó ella, tratando de sonar como si perteneciera al lugar—. Un... —buscó frenéticamente en su memoria la palabra para agua—. Acqua, per favore?

Él asintió. —Naturale o frizzante?

Ella parpadeó. —Em...

—¿Con gas o sin gas? —tradujo él, con un inglés acentuado pero claro.

—¡Oh! Sin gas, por favor. Naturale. —El alivio la inundó—. ¿Y quizás algo pequeño para comer? He estado caminando...

—Menú —interrumpió él, deslizando una pequeña tarjeta sobre la mesa antes de pasar a los siguientes clientes.

Natalie entrecerró los ojos mirando el menú, que estaba completamente en italiano y escrito a mano. Estaba tratando de descifrar qué podría permitirse cuando sintió que alguien chocaba contra su silla, con fuerza.

—Mi scusi! —Una voz femenina, seguida por el sonido de papeles dispersándose por el pavimento de piedra.

Natalie se giró para ver a una mujer de aproximadamente su edad que se apresuraba a recoger una carpeta de dibujos que se había derramado cuando chocó con la silla de Natalie. Tenía esa clase de elegancia italiana sin esfuerzo que hacía que Natalie fuera agudamente consciente de su propio estado arrugado por el viaje: piel olivácea, pelo oscuro recogido en una coleta que de alguna manera parecía intencional en lugar de apresurada, y ropa que lograba ser tanto práctica como elegante.

—Deja que te ayude —dijo Natalie, inclinándose para agarrar varias páginas que revoloteaban peligrosamente cerca de un charco de agua.

—Grazie, grazie —dijo la mujer sin aliento, extendiendo la mano hacia los bocetos que Natalie tenía—. Los has salvado del agua. Mi presentación habría quedado arruinada.

—No hay problema —dijo Natalie, mirando el boceto que sostenía: una hermosa representación de lo que parecía ser un escaparate renovado. Las líneas eran limpias y seguras, mostrando tanto el carácter histórico del edificio como su funcionalidad moderna—. Es un trabajo precioso.

La expresión de la mujer se iluminó. —¿Eso crees? Tengo una reunión con el comité de preservación histórica en... —miró su reloj e hizo una mueca— veinte minutos. Normalmente no son fans de los cambios.

—Bueno, si sirve de algo, yo diseño páginas web... paso mucho tiempo pensando en cómo fluyen y funcionan los espacios, ya sean digitales o físicos —ofreció Natalie—. Esto está muy bien pensado. Has mantenido todo el carácter original mientras lo adaptas para un uso moderno.

La mujer la estudió con nuevo interés, sus ojos marrones volviéndose más cálidos. —Tienes buen ojo. —Dudó, luego extendió su mano—. Elena Conti.

—Natalie Russo. —Señaló la silla vacía frente a ella—. ¿Tienes tiempo para un café rápido antes de tu reunión? Me vendría bien algún consejo local.

Elena miró su reloj de nuevo, luego la maleta de Natalie. —¿Acabas de llegar?

—Hace unas horas. Me echaron del autobús, de hecho.

Los ojos de Elena se agrandaron. —¿El autobús de Marco? ¿A Santa Lucia?

Natalie asintió. —¿Cómo lo sabes?

—Marco es famoso por su... temperamento —dijo Elena diplomáticamente, deslizándose en la silla—. ¿Qué ocurrió?

—Intenté pagar con un billete de cincuenta euros... era todo lo que tenía del cambio en el aeropuerto. Empezó a gritar y a señalar la puerta.

Elena se rió de repente, un sonido cálido que hizo que Natalie se sintiera menos sola. —¡Oh, eso lo explica! Tiene una cosa con los billetes grandes. Cree que da mala suerte cambiar un billete de cincuenta antes del mediodía.

—Esa información habría sido útil antes de quedarme varada en la carretera —suspiró Natalie—. Acabé caminando durante kilómetros.

El camarero regresó, con la ceja levantada al encontrar a Elena en la mesa.

—Salvatore —dijo Elena, hablando en italiano rápido que Natalie no pudo seguir. El camarero—Salvatore—respondió con un gruñido, pero su expresión se suavizó ligeramente.

—Mi tío —explicó Elena después de que se fuera—. Finge odiar a los turistas, pero en realidad solo es... protector con Santa Lucia.

—No soy exactamente una turista —dijo Natalie con cautela. Había aprendido a ser cautelosa sobre compartir sus planes demasiado rápido; la gente tenía opiniones sobre los estadounidenses persiguiendo sueños italianos—. Espero quedarme. Permanentemente.

—Ah —Elena asintió, su expresión cambiando a una de educada curiosidad—. ¿Casa de vacaciones? Muchos estadounidenses compran aquí ahora.

—No, en realidad. Estoy solicitando la ciudadanía italiana. Mi bisabuela nació aquí, en Santa Lucia. —Natalie tocó el medallón en su garganta—. Tengo toda la documentación.

Las cejas de Elena se alzaron. —¿Jure sanguinis?

—Exactamente —dijo Natalie, sorprendida y aliviada.

—Trabajo en preservación arquitectónica. Vemos muchas solicitudes de ciudadanía vinculadas a compras de propiedades... gente investigando sus historias familiares. —Elena removió pensativamente su capuchino—. Se ha vuelto bastante popular últimamente.

—Bueno, he hecho mis deberes —dijo Natalie, tratando de sonar más segura de lo que se sentía—. He renunciado a mi apartamento en Brooklyn, vendido la mayoría de mis cosas. Estoy comprometida a hacer que esto funcione.

Salvatore regresó con el agua de Natalie, un capuchino para Elena y un pequeño plato de bruschetta que Natalie no había pedido.

—Para el camino —dijo con brusquedad, señalando la bruschetta antes de alejarse.

—¿Ves? —Elena sonrió—. Su ladrido es peor que su mordisco.

Natalie mordió la bruschetta y casi gimió. El pan estaba crujiente y rociado con un aceite tan fresco que podía oler las aceitunas, cubierto con tomates maduros y albahaca que sabían a sol. Tomó nota mental: presupuestar para buena comida. Algunas cosas merecían el gasto.

—Esto es increíble —logró decir entre bocados.

—Salvatore hace el pan él mismo —dijo Elena—. No le digas que te lo conté, pero se levanta a las cuatro cada mañana para hornear.

Natalie observó al hombre mayor moviéndose entre las mesas, con un comportamiento brusco pero competente. —¿Así que

realmente eres su sobrina? ¿Trabajas aquí?

Elena se rio. —No, soy arquitecta. Pero en Santa Lucia, todos somos familia, incluso cuando no lo somos. —Dio un sorbo a su capuchino—. Entonces, ¿dónde te alojas? Podría conocer algún sitio, si necesitas recomendaciones.

—Encontré un apartamento en Via del Limone. Número once. —Natalie había pasado semanas investigando opciones asequibles, finalmente decidiéndose por el pequeño apartamento que se ajustaba a su presupuesto.

Los ojos de Elena se abrieron ligeramente. —¿El antiguo edificio Ricci?

—¿Eso es malo? —Natalie sintió un aleteo familiar de ansiedad. ¿Había pasado algo por alto en su investigación?

—No, no —dijo Elena, dejando su taza—. Es un edificio precioso. Lo conozco bien; mi empresa hizo algunos trabajos de restauración en los cimientos el año pasado.

—Parecía perfecto en internet —dijo Natalie, tratando de leer la expresión de Elena—. Pequeño, pero cerca de todo, y el precio era razonable.

—Lo es —le aseguró Elena—. Es solo que... —Dudó—. El edificio tiene carácter. Y algunos residentes interesantes.

—¿Como quién? —preguntó Natalie, preguntándose en qué se había metido.

—Bueno, está la Signora Bernardi en el primer piso. Intentará alimentarte constantemente; ignórala si valoras seguir entrando en tu ropa. —Elena bajó la voz en tono conspirativo—. Y luego está Leone.

—¿Leone?

—Alessandro Leone. Vive en el apartamento superior. Es abogado, de inmigración y propiedad, de hecho. Su familia lleva aquí desde siempre. —Elena estudió a Natalie con nuevo interés—. Podrías acabar necesitando sus servicios, con tu solicitud de ciudadanía.

El pulso de Natalie se aceleró. Un abogado local de inmigración podría ser exactamente lo que necesitaba. —¿Es bueno?

Elena consideró esto. —¿En leyes? El mejor. ¿Con la gente...? —Hizo un gesto ambiguo con la mano—. Es complicado. Pero justo.

—Parece que todo el mundo por aquí es complicado —observó Natalie.

—Es Sicilia —se rio Elena—. Nada es simple, especialmente la gente. —Miró su reloj e hizo una mueca—. Tengo que irme, la reunión del comité. Me harán esperar una hora y luego esperarán que yo sea puntual.

—Burocracia —asintió Natalie—. Me estoy preparando mentalmente para la oficina municipal.

Elena hizo una mueca. —Buena suerte con eso. Solo abren...

—Déjame adivinar. ¿Cuando les apetece?

—Exactamente —sonrió Elena—. Aprendes rápido. —Dudó, y luego sacó una tarjeta de visita de su cartera—. Llámame si necesitas algo. En serio. Santa Lucia es pequeña, todos nos ayudamos.

—Gracias —dijo Natalie, genuinamente conmovida por la inesperada amabilidad. Después de meses de escepticismo familiar, la directa oferta de ayuda de Elena se sentía como un salvavidas—. Puede que te tome la palabra.

—La oficina de ciudadanía puede ser... complicada —admitió Elena—. Conozco a algunas personas allí por nuestros proyectos de restauración de edificios. Quizás pueda ayudar a allanar el camino.

—¿De verdad? —Natalie sintió un aleteo de esperanza. Tal vez su cuidadosa planificación daría sus frutos después de todo; solo necesitaba añadir conexiones locales a su estrategia—. Eso sería increíble.

Elena se levantó, recogiendo su cartera. —Así es como funciona Sicilia. No por reglas, sino por personas.

—Conexiones —dijo Natalie, asintiendo.

—Y paciencia —añadió Elena—. Mucha, mucha paciencia.

Mientras Elena se apresuraba hacia su reunión, Natalie terminó su bruschetta, observando el flujo y reflujo de la vida en la plaza. Los niños correteaban entre las mesas, una pareja de ancianos compartía un helado, los turistas consultaban mapas en sus teléfonos. A pesar de su agotamiento, sintió que crecía un

optimismo cauteloso. Esto era real, no la versión de postal de Italia, sino el lugar vivo y respirante donde su familia había comenzado.

Cuando Salvatore vino a recoger su plato, ella buscó en su bolso la cartera. —¿Cuánto te debo?

Él nombró una cifra que parecía demasiado pequeña para la calidad de lo que había comido. Empezó a protestar, pero él levantó una mano.

—La próxima vez, pagas más —dijo con firmeza—. Hoy, bienvenida a Santa Lucia.

Mientras arrastraba su maleta hacia Via del Limone, siguiendo las indicaciones de Elena, Natalie sintió que recuperaba la confianza. Tenía noventa días para averiguar cómo quedarse en Sicilia, un contacto local que podría ayudar con la burocracia y un abogado de inmigración viviendo arriba. Su familia se había equivocado con ella: no iba a fracasar en esto.

No podía evitar preguntarse si el misterioso Alessandro Leone podría tener la clave de su futuro aquí. Si no otra cosa, tendría preguntas sobre la ley de ciudadanía, y ahora sabía exactamente dónde encontrar respuestas.

Via del Limone resultó ser exactamente tan romántica como su nombre sugería: un callejón sinuoso que se curvaba hacia arriba desde la calle principal, flanqueado por edificios que parecían tener siglos de antigüedad. Natalie contó las puertas hasta que encontró el número once, una pesada puerta de madera incrustada en una fachada del color de los melocotones descoloridos. Por encima, un pequeño balcón rebosaba de vegetación y frutos amarillos brillantes que captaban la luz dorada.

Rebuscó en su bolso las llaves, con los dedos torpes por el agotamiento pero firmes con determinación. El sobre de la agencia de alquiler estaba repleto de papeles de aspecto oficial, la mayoría en italiano, y una enorme llave de hierro que pertenecía a un cuento de hadas.

La llave era más pesada de lo que había esperado, y necesitó tres intentos para alinearla con la vieja cerradura. Pero cuando finalmente consiguió colocarla correctamente —girar, empujar suavemente, girar de nuevo— el mecanismo emitió un suspiro reluctante, y la puerta se abrió revelando un pasillo estrecho con escaleras que subían hacia la penumbra.

El apartamento era pequeño pero exactamente lo que había esperado. Paredes encaladas y suelos de terracota, con ventanas que daban a la calle y ese precioso balcón con sus limoneros. El mobiliario era sencillo pero bien conservado: una cocina diminuta en una esquina, una mesa pequeña justo para dos personas, un dormitorio apenas más grande que la cama pero con una ventana que daba al puerto.

Natalie dejó caer su maleta y se hundió en el único sillón, permitiéndose finalmente sentir todo el peso del día. Lo había conseguido. Estaba realmente aquí, en Sicilia, en Santa Lucia al Mare, en el pueblo donde había nacido su bisabuela. Mañana, iría a la oficina municipal y comenzaría el proceso que haría esto oficial: la solicitud de ciudadanía que le daría el derecho a quedarse, a construir una vida aquí, a pertenecer finalmente a algún lugar tal como siempre había imaginado.

Sacó su diario y pasó a una página en blanco, su mano dirigiéndose automáticamente al medallón mientras ordenaba sus pensamientos.

Primer día en Sicilia, escribió. *Me echaron de un autobús (nota: llevar billetes pequeños), caminé aproximadamente cinco kilómetros, y llegué a Santa Lucia al Mare. El apartamento es perfecto. El pueblo es todo lo que la Nonna dijo que sería. Conocí a una potencial amiga y me enteré de que hay un abogado de inmigración en el piso de arriba. Mañana, todo comienza.*

Se detuvo, con el bolígrafo suspendido sobre el papel. Su familia estaría revisando sus teléfonos pronto, esperando actualizaciones, probablemente ya componiendo mensajes de "Te lo dije" en sus cabezas.

Tengo miedo, añadió. *Pero me quedo. Cueste lo que cueste, me quedo. No les daré la satisfacción de tener razón sobre mí.*

Fuera de su ventana, las campanas de la iglesia marcaban la hora, y la música de acordeón flotaba desde la plaza de abajo. El aire era cálido y suave, llevando el aroma de hierbas y limones y la promesa de todo lo que había venido a encontrar aquí.

Natalie cerró su diario y miró alrededor de su nuevo hogar. Mañana traería burocracia y papeleo y todas las realidades prácticas de construir una vida en un país extranjero. Esta noche, simplemente iba a sentarse en su pequeño apartamento y permitirse creer que todo iba a salir exactamente como lo había planeado.

Después de todo, finalmente estaba donde pertenecía. Solo tenía que demostrárselo a todos los demás, incluida ella misma.

CAPÍTULO 3



Alessandro

El espresso estaba amargo, demasiado amargo. La Nonna había dejado la cafetera moka en el fuego demasiado tiempo otra vez.

Alessandro bebió de todos modos, sentado a la mesa de la cocina con las mangas de la camisa remangadas y su portátil abierto junto a una pila de expedientes de clientes. La luz de la mañana se filtraba por las cortinas de encaje, dibujando patrones sobre la madera desgastada. Bajo la ventana abierta, los sonidos del pueblo se movían como una marea, subiendo y bajando. Alguien discutía con un repartidor; otra persona cantaba desafinando.

Él prefería la tranquilidad.

La Nonna se afanaba detrás de él, haciendo ruido con las cacerolas.

—Estás trabajando demasiado otra vez. Necesitas luz solar. Necesitas aire.

—Necesito revisar esta reclamación de herencia antes del lunes.

—Pff —agitó un paño de cocina hacia él—. Esa chica americana se mudó abajo ayer. La delgaducha con demasiadas maletas. La vi arrastrando esa maleta por la calle como si estuviera tirando de un burro muerto.

Alessandro levantó la vista de sus archivos.

—¿Otra?

—Esta habla con su equipaje.

Suspiró. Ya lo había visto antes: extranjeros llegando a Santa Lucia al Mare persiguiendo fantasías románticas sobre la auténtica vida italiana. Y al final, siempre se iban.

—No durará ni el verano —murmuró.

—Quizás no. O quizás sea de las que se quedan.

—No existe ese tipo.

Pero incluso mientras lo decía, Alessandro se encontró moviéndose hacia la ventana, mirando hacia el tranquilo callejón. El edificio era antiguo, convertido en apartamentos décadas atrás cuando llegó el turismo por primera vez. Llevaba tres años viviendo aquí, lo suficientemente cerca para vigilar a la Nonna pero lo bastante lejos para tener su propio espacio. El apartamento de abajo había visto un desfile de residentes temporales: estudiantes, investigadores, algún que otro jubilado que pensaba que quería la auténtica experiencia siciliana hasta que descubría lo que auténtico significaba realmente.

Anoche, había oído llegar a la nueva inquilina. El arrastre de una maleta sobre los adoquines. Algunas palabras murmuradas en inglés. La antigua puerta dando su habitual protesta antes de rendirse finalmente.

Ahora, observando la calle, se dijo a sí mismo que no era asunto suyo.

Entonces oyó los pasos en las escaleras de abajo y, a pesar de sí mismo, sintió curiosidad.

Natalie

La cafetera moka le siseaba como un gato acorralado.

Natalie miraba fijamente el pequeño artilugio de aluminio en la cocina, con su portátil abierto al lado mostrando un tutorial de YouTube que había visto tres veces. Había seguido cada paso metódicamente: medido el café con precisión, llenado el agua hasta la línea exacta, enroscado la parte superior con lo que la abuela italiana del vídeo había llamado "presión suave pero firme". Pero

ahora estaba farfullando como un motor moribundo y escupiendo motas marrones sobre el quemador.

—No puede ser tan difícil hacer café —murmuró, consultando de nuevo sus notas impresas. Había investigado extensamente la cultura italiana del café, incluso había marcado artículos sobre la técnica adecuada para la cafetera moka. Sin embargo, de alguna manera estaba siendo derrotada por un aparato que todos los hogares italianos dominaban sin pensarlo.

Suspiró y abrió la ventana de la cocina, que gimió sobre sus bisagras pero dejó entrar un rayo de luz matutina y el canto de los pájaros. El aire olía a romero y sal marina, con la promesa lejana de algo delicioso horneándose cerca. Desde la plaza, podía oír de nuevo al acordeonista.

Su teléfono vibró. Un mensaje de Cara: *¿Qué tal Italia? Mamá está preocupada porque no has llamado.*

Natalie respondió rápidamente: *¡Increíble! Pueblo precioso, apartamento perfecto, ya estoy haciendo amigos. Café en mi balcón cada mañana... ¡viviendo el sueño! Llamaré pronto.* Añadió un emoji de corazón y pulsó enviar antes de poder cuestionar el tono alegre.

Veinte minutos más tarde, salió por la pesada puerta de madera, aún húmeda por la ducha y esperando que su rímel no hubiera migrado hacia el sur. Iba vestida con pantalones de lino, sandalias y una blusa azul que había rescatado del desastre de ayer. Lo suficientemente limpia. Los lugareños pasaban junto a ella por la acera con educados movimientos de cabeza. Probó con algunos tímidos "buongiorno". Solo uno recibió respuesta.

El Caffè dei Fiori ya estaba medio lleno a pesar de la hora temprana. Entró y al instante se vio envuelta por el aroma del espresso, la levadura y algo salado que no podía identificar. No había menús a la vista. Todo el mundo parecía saber lo que quería sin hablar. Señaló un pastel que no reconocía y asintió hacia la máquina de espresso.

El barista arqueó una ceja.

—¿Cappuccino?

—Sí, por favor.

Se sentó fuera bajo una sombrilla descolorida y casi lloró cuando llegó el capuchino. Era todo lo que había esperado: espuma de leche sedosa, crema amarga, servido en una taza de porcelana del tamaño de la de un niño. Dio un sorbo y suspiró audiblemente. Un euro cincuenta por la perfección, no era para arruinarse, especialmente en Italia. Algunas experiencias merecían cada céntimo.

Por primera vez desde que aterrizó, sintió que quizás —solo quizás— podría hacerlo.

Caminó lentamente de regreso hacia Via del Limone, con la bolsa de pastelería en mano, observando detalles con la atención visual que venía de años diseñando interfaces de usuario: la cabeza de león tallada sobre la antigua oficina de correos, los azulejos de cerámica con números en cada puerta, la forma en que la luz matutina cortaba de manera natural a través de sombras e iluminación.

Su propia puerta era el número once. Sonrió, sacó la enorme llave de su bolsillo y la introdujo en la cerradura.

Nada.

Frunció el ceño, la sacó e intentó de nuevo. La llave se deslizó pero se negó a girar. La sacudió. La meneó. La puerta permaneció obstinadamente cerrada, y podía sentir cómo la bolsa de pastelería comenzaba a marchitarse con el calor creciente.

—¿En serio? —susurró—. Ya pasamos por esto ayer.

Lo intentó de nuevo, con más fuerza esta vez, sacudiendo el mango hasta que su frustración pudo más. Este era exactamente el tipo de cosa que su familia aprovecharía como evidencia de su falta de sentido práctico. *Ni siquiera puede abrir su propia puerta.*

Con un resoplido de exasperación, le dio una patada rápida a la antigua madera con el costado de su sandalia.

—Vamos —murmuró, inclinándose para examinar la cerradura más de cerca, cuando una voz detrás de ella dijo—: Gira. Empuja. Gira otra vez.

Se enderezó tan rápido que casi dejó caer la bolsa de pastelería, girando para encontrarse cara a cara con un hombre alto con los ojos más azules que jamás había visto.

Alessandro

No había tenido intención de intervenir. Iba de camino a revisar una propiedad al otro lado de la ciudad cuando escuchó los sonidos familiares de la lucha: el traqueteo de la vieja cerradura, las suaves maldiciones en inglés, el tipo de suspiros frustrados que significaban que alguien estaba a punto de declarar la guerra a los objetos inanimados.

La americana estaba inclinada sobre el picaporte, con el pelo oscuro cayéndole sobre la cara, sus hombros tensos con esa tensión particular de alguien que está intentando muy duramente no perder completamente la compostura. Llevaba ropa sencilla que sugería que se había esforzado por verse arreglada, pero había algo atractivamente desaliñado en ella, como si todavía estuviera encontrando su equilibrio.

Cuando se enderezó y se volvió, pudo ver claramente su rostro por primera vez. Era más joven de lo que esperaba, con ojos oscuros que eran a la vez cautelosos y decididos, y una piel que ya mostraba los efectos del sol de ayer. Bonita, de una manera sincera que le hizo detenerse más de lo que debería.

También claramente mortificada por haber sido sorprendida pateando su puerta.

—Al menos podrías saludar antes de ofrecer consejos no solicitados —dijo ella, nerviosa y demasiado acalorada para sonar completamente educada.

—Podrías intentar pedirle a la puerta amablemente antes de patearla como a un burro —respondió él, notando cómo su barbilla se elevaba ligeramente ante su tono.

Su boca se abrió y se cerró. —No estaba... quiero decir...

—Te vi —dijo él, encontrándose casi divertido a pesar de su habitual irritación matutina con los dramas del vecindario.

Ella cambió la bolsa de pastelería a su otra mano, irguiéndose más, aunque apenas le llegaba al hombro. —Estaba negociando. Hay una diferencia.

—La puerta no responde bien a las negociaciones.

—¿A qué responde? ¿Amenazas? ¿Sobornos? ¿Una carta con palabras contundentes?

A pesar de sí mismo, Alessandro sintió que su boca se contraía. —A la paciencia, principalmente.

—Estaba intentando eso.

—Durante aproximadamente treinta segundos.

—Que son treinta segundos más de lo que la mayoría de la gente se molestaría. —Hizo una pausa, y luego extendió su mano—. Soy Natalie, por cierto. Natalie Russo.

—Alessandro Leone —respondió, tomando su mano brevemente.

Sus ojos se agrandaron ligeramente. —¡Oh! ¿El abogado? Elena te mencionó ayer. Dijo que vivías arriba.

—Elena habla demasiado —dijo secamente, dando un paso adelante y extendiendo la mano para pedir la llave—. ¿Me permites?

—No, yo puedo —dijo rápidamente, volviéndose hacia la puerta con renovada determinación. Insertó la llave de nuevo, moviéndola con más fuerza que delicadeza, su mandíbula tensa con la terquedad particular de alguien que se niega a ser derrotado por objetos inanimados.

Alessandro se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados, observando su lucha con lo que podría haber sido diversión.

Después de treinta segundos de traqueteo cada vez más frustrado, ella exhaló y se volvió hacia él. —Oh, está bien —dijo, extendiendo la llave con evidente reluctancia.

—La fuerza bruta no siempre es la respuesta —dijo él con suavidad, tomando la llave de ella.

—Tampoco lo es quedarse de pie con cara de suficiencia mientras alguien más lucha —respondió ella, aunque sin verdadero enfado.

De cerca, olía a jabón y algo floral, probablemente champú americano. Sus dedos estaban cálidos cuando rozaron los suyos al entregarle la llave, y notó que dudó solo un momento antes de soltarla.

—Tu acento —dijo, trabajando la llave en la cerradura con habilidad—. ¿Brooklyn?

Ella pareció sorprendida. —Buen oído.

—La televisión americana es muy educativa —dijo, concentrándose en la cerradura en lugar de en cómo ella observaba sus manos—. Todas esas cafeterías y salas de tribunales.

—¿Te estás burlando de mí?

—Me estoy burlando de la televisión americana —corrigió, aunque había algo en su franqueza que encontró inesperadamente refrescante.

Insertó la llave suavemente, la giró una vez, empujó la puerta ligeramente hacia adentro mientras giraba de nuevo. El mecanismo emitió su chasquido familiar y reluctante, y la puerta se abrió.

—Como esto —dijo él, demostrando el movimiento de nuevo—. Es vieja. Tienes que tener paciencia con ella.

Ella miró fijamente la puerta abierta como si la hubiera traicionado personalmente. —¿Todo en este pueblo va a tener su propia técnica especial?

—Solo las cosas importantes —respondió él, sorprendido al descubrirse casi sonriendo.

Cuando volvió a mirarla, ella lo estaba estudiando con una expresión que no podía descifrar completamente. Había gratitud allí, pero también algo más, algo reservado que le hizo sentir curiosidad a pesar de sí mismo.

—Gracias —dijo finalmente, y su sonrisa era más cálida de lo que él había esperado—. Lo resolveré eventualmente.

Se encontró mirándola un momento más de lo necesario, desconcertado por algo en su expresión que no podía nombrar.

—Bien. Pues, gracias de nuevo por el rescate.

—No es nada —dijo él, aunque no hizo ningún movimiento para irse.

—Bueno, Alessandro —dijo ella, y algo en la forma en que pronunció su nombre le hizo más consciente del estrecho espacio

entre ellos—, probablemente debería dejarte ir a donde fueras.

Él asintió una vez, pero se encontró diciendo: —La puerta se hace más fácil con la práctica.

—Todo se vuelve más fácil, supongo —respondió ella, y había algo en su voz, una nota de determinación teñida de vulnerabilidad, que lo hizo detenerse.

—Hasta luego, vecino —le gritó ella mientras él finalmente se daba la vuelta para irse, la informalidad estadounidense resultaba a la vez chocante y extrañamente atractiva en el antiguo callejón.

Él miró hacia atrás una vez, levantando una mano en un breve reconocimiento. Ella seguía de pie en la puerta, observándole con aquellos ojos oscuros y directos, y él sintió un destello inesperado de algo que no podía nombrar.

Alessandro continuó por la estrecha calle, ya mentalmente volviendo a la evaluación de la propiedad que le esperaba al otro lado del pueblo. Pero podía sentir su mirada en su espalda hasta que dobló la esquina hacia la plaza, y se encontró preguntándose qué exactamente había traído a Natalie Russo a Santa Lucia al Mare.

De vuelta en su apartamento más tarde, escuchó el arrastre de muebles moviéndose arriba. Los viejos suelos no ocultaban nada. Ella se estaba instalando, haciendo suyo el espacio con el tipo de energía determinada que sugería que tenía intención de quedarse.

Se preguntó cuánto tiempo le llevaría darse cuenta de que querer pertenecer a un lugar y realmente pertenecer eran dos cosas completamente diferentes. Y por qué, a pesar de sí mismo, se encontraba esperando que ella fuera diferente de todos los demás que habían venido antes.

Natalie

Veinte minutos después, Natalie seguía de pie en su apartamento, aparentemente organizando su ropa pero realmente pensando en unos penetrantes ojos azules y la inesperada calidez en la casi sonrisa de Alessandro.

Elena tenía razón, era complicado. Había algo reservado en él, una distancia cuidadosa que parecía practicada más que natural. Pero cuando le había mostrado cómo funcionaba la cerradura, sus manos habían sido gentiles con el viejo mecanismo, pacientes de una manera que sugería que entendía el valor de las cosas que requerían cuidado en lugar de fuerza.

Y cuando sus dedos se habían tocado durante el intercambio de llaves, había sentido una pequeña sacudida de conciencia que no tenía nada que ver con la electricidad estática y todo que ver con la forma en que él la había mirado, realmente mirado, como si estuviera tratando de averiguar algo más que simplemente su dificultad con las puertas.

Sacudió la cabeza, abriendo su portátil para revisar los correos electrónicos de los clientes. Estaba aquí para construir una vida, no para distraerse con vecinos sardónicos de penetrantes ojos azules.

Pero mientras trabajaba, se encontró mirando hacia la ventana, preguntándose si podría encontrarse con él de nuevo en los estrechos pasillos de su edificio compartido. Y a pesar de su buen juicio, se encontró esperando que la respuesta fuera sí.

Esa tarde, Natalie estaba frente al imponente edificio municipal de piedra, con su carpeta cuidadosamente organizada agarrada con ambas manos, mirando fijamente las pesadas puertas de madera que estaban firmemente cerradas a pesar de que el horario publicado indicaba claramente que deberían estar abiertas.

Miró su reloj. 14:15. El cartel decía "Orario: 8:30-12:30, 14:00-17:00". Intentó girar la manija otra vez, luego retrocedió para buscar signos de vida en el edificio.

—Scusi —llamó a una anciana que pasaba con una bolsa de la compra—. ¿Il municipio è chiuso?

La mujer se encogió de hombros y dijo algo rápido en dialecto que no pudo entender, luego continuó su camino.

Natalie volvió a mirar las puertas, luego su carpeta, luego las puertas de nuevo. Esto iba a ser más difícil de lo que pensaba.

CAPÍTULO 4



Natalie

DURANTE SIETE DÍAS, Natalie había estado catalogando metódicamente cada detalle de su nueva vida en Santa Lucia al Mare, y todas y cada una de las veces que el ayuntamiento había estado inexplicablemente cerrado cuando intentaba visitarlo.

Su cuaderno, el de piel cara que había comprado específicamente para esta mudanza, estaba lleno de cuidadosas observaciones. La panadería abría a las 6:47, no a las siete como indicaba el cartel. La oficina de correos cerraba durante dos horas cada tarde, a pesar de que el cartel afirmaba que solo una. La mujer del mercado hablaba tres dialectos diferentes dependiendo del cliente que se acercara a su puesto. Y el ayuntamiento, a pesar de su horario claramente expuesto, parecía funcionar con algún misterioso calendario que no guardaba relación alguna con el cartel de su puerta principal.

Natalie siempre había sido una planificadora. Su madre solía bromear sobre ello: cómo investigaba restaurantes durante semanas antes de hacer una reserva, cómo leía diecisiete reseñas antes de comprar una cafetera. —Lo piensas todo demasiado, cariño —solía decir su madre, normalmente mientras Cara asentía en señal de acuerdo.

Pero esta vez, toda esa preparación iba a dar sus frutos. Cada documento traducido en su carpeta estaba perfectamente

apostillado. Cada plazo había sido cuidadosamente planificado. Había estudiado el proceso de ciudadanía durante dieciocho meses, lo había contrastado con tres páginas web legales diferentes, e incluso había pagado una consulta con un abogado de inmigración en Manhattan.

Estaba preparada. Si tan solo pudiera entrar realmente en el edificio.

—Estoy documentando todo —le explicó a Elena mientras tomaban un café en el Caffè dei Fiori. Se habían reunido dos veces más desde aquel primer día, y Natalie se sentía agradecida por la amabilidad franca de la mujer—. Es lo que siempre he hecho cuando viajo. Solo que esta vez, no me voy a marchar.

Elena arqueó las cejas.

—Ah, suenas muy segura. ¿Has decidido cómo abordar la oficina de ciudadanía? Puede ser... complicado.

—Tengo toda una estrategia —dijo Natalie, sacando su cuaderno del bolso. Las páginas estaban codificadas por colores con las diferentes fases de su plan—. Primero, registro mi residencia. Luego presento la solicitud de ciudadanía en un plazo de treinta días. El cónsul en Nueva York me dijo que si solicito desde Italia, el tiempo de procesamiento es más rápido.

Elena sonrió, removiendo lentamente su café.

—Los estadounidenses siempre llegáis con planes tan... exhaustivos.

—Lo dices como si fuera algo malo —se rio Natalie, aunque captó el tono de escepticismo en la voz de Elena.

—No malo —dijo Elena diplomáticamente—. Solo que... Sicilia tiene su propio ritmo. Las cosas aquí no siempre siguen el plan, por muy bien organizado que esté.

—Bueno, he investigado todo. He comprobado los requisitos tres veces. Incluso pagué una consulta con un abogado de inmigración en Manhattan —dijo Natalie, tocando el medallón de su cuello—. Esto tiene que funcionar.

La expresión de Elena se suavizó ligeramente.

—La historia de tu bisabuela realmente significa mucho para ti, ¿verdad?

—Todo —dijo Natalie simplemente—. Se pasó toda la vida soñando con volver aquí. No dejaré que ese sueño muera con ella.

Lo que Natalie no mencionó fue cómo la presión financiera se sentía como un peso en su pecho cada mañana. Había calculado sus ahorros hasta el último euro: suficiente para seis meses si era cuidadosa, quizás ocho si encontraba algún trabajo freelance. Cada día que pasaba sin avances era dinero que no podía recuperar.

Tampoco mencionó cuánto tiempo había pasado observando el edificio de apartamentos, con la esperanza de encontrarse con Alessandro de nuevo. Sus breves encuentros habían sido frustradamente impersonales, pero había notado cosas: la anchura de sus hombros bajo sus camisas impecables, cómo la luz del sol iluminaba esos ojos imposiblemente azules, cómo su piel olivácea se oscurecía con la barba de un día por la tarde. Había observado cómo las ancianas del pueblo lo saludaban con cariño familiar, cómo los niños no parecían temer su actitud seria, cómo su presencia parecía calmar cualquier caos que se desarrollara a su alrededor.

—¿Lo conoces bien? —le había preguntado a Elena una vez, intentando sonar casual—. A Alessandro, quiero decir.

—Aquí todo el mundo conoce a todo el mundo —había respondido Elena, pero había cambiado de tema con suavidad, dejando a Natalie con la impresión de que Alessandro Leone era más complicado de lo que parecía.

Ahora, terminando su café, Natalie recogió sus papeles perfectamente organizados y se levantó.

—Hoy es el día —dijo, tocando el medallón de su cuello, un gesto que se había vuelto automático durante la última semana—. Es el día ocho. Si no empiezo hoy... —Dejó la frase en el aire, sin querer expresar la alternativa.

Elena le apretó la mano.

—Buona fortuna. Recuerda lo que te dije: paciencia.

—Y contactos —añadió Natalie con una sonrisa que no acababa de ocultar sus nervios.

—Y café —se rio Elena—. Nunca te enfrentes a la burocracia italiana sin un café.

Elena le apretó la mano de nuevo.

—No te preocupes. La Signora Ricci me dijo ayer que la oficina estaría definitivamente abierta esta mañana. Ella estará allí.

Una hora después, Natalie estaba frente al imponente edificio de piedra en el centro de Santa Lucia al Mare, con su carpeta aferrada en manos que estaban más firmes que su latido. El ayuntamiento... había pasado por delante tres veces esta semana, cronometrando el flujo de gente, observando cuándo parecía menos concurrido.

Todo iba según el plan.

Respiró hondo y empujó la pesada puerta de madera.

Una vez dentro, se encontró en un estrecho pasillo con bancos de madera desgastados a lo largo de cada pared. Un puñado de lugareños esperaban sentados, algunos con carpetas similares a la suya, otros con aspecto de aburrimiento y resignación. Al fondo, una funcionaria se sentaba detrás de una mampara de cristal, llamando periódicamente nombres en italiano rápido.

Natalie se acercó al mostrador de información, donde una mujer de mediana edad estaba clasificando papeles con la eficacia mecánica de alguien que llevaba décadas haciendo el mismo trabajo.

—Buongiorno —comenzó Natalie, con la voz más firme que sus latidos—. Necesito registrar mi residencia para la ciudadanía por ius sanguinis. Mi bisabuela nació aquí en Santa Lucia.

La mujer levantó la mirada, con una expresión neutral pero no hostil. —¿Pasaporte?

Natalie entregó su pasaporte estadounidense con una confianza ensayada.

La mujer lo hojeó y luego miró a Natalie con un ligero ceño fruncido. —¿Codice fiscale?

—Yo... —Natalie sintió el primer aleteo de incertidumbre. Esto no estaba en sus notas meticulosamente preparadas—. Pensaba que podía conseguirlo aquí.

La mujer negó con la cabeza. —Prima codice fiscale. Primer paso.

—De acuerdo, ¿dónde puedo conseguirlo? —preguntó Natalie, sacando su cuaderno para anotar cualquier proceso que estuvieran a

punto de explicarle.

—Agenzia delle Entrate —la mujer hizo un gesto vago calle abajo —. Pero necesitas permesso di soggiorno para registrar la residencia.

El bolígrafo de Natalie se detuvo sobre la página. —¿Permesso di soggiorno? Pero pensaba que el permesso solo se requería después de registrar la residencia, no antes. El proceso que investigué decía que...

—Permiso de residencia —interrumpió la mujer, cambiando a un inglés fuertemente acentuado—. Ocho días después de la llegada, debes solicitarlo. Ciudadanos no comunitarios.

De repente, el cuaderno se sintió pesado en las manos de Natalie. —No sabía que el orden era diferente. Investigué todo durante meses. Creía que solo necesitaba registrarme aquí primero.

La expresión de la mujer se suavizó ligeramente ante la evidente angustia de Natalie, pero negó con la cabeza y deslizó una hoja impresa por el mostrador. —Primero codice fiscale. Luego permesso di soggiorno. Después registrarse aquí.

Mientras Natalie miraba fijamente la hoja —que estaba completamente en italiano y no se parecía en nada a ninguno de los formularios que había estudiado en línea— la mujer echó un vistazo a sus notas y añadió casi con indiferencia: —Ah, y sobre tu bisabuela... hay una nueva ley. Ya no se acepta bisabuelos para la ciudadanía. Solo directos. Padres, abuelos.

Las palabras golpearon a Natalie como un golpe físico. Sus dedos fueron automáticamente hacia su guardapelo, agarrándolo con tanta fuerza que los bordes se le clavaron en la palma.

—¿Qué? —El cuaderno se le resbaló de la otra mano, cayendo ruidosamente al suelo.

—Nueva ley —repitió la mujer, señalando una fecha en el documento que bailaba ante los ojos de Natalie—. 28 de marzo de 2025. Ahora solo padres, abuelos.

—Pero ya me he mudado aquí —dijo Natalie, con una voz apenas audible—. Renuncié a mi apartamento, a mi trabajo, a todo. Pasé dieciocho meses preparándome. Seguí todas las normas...

—Mi dispiace —dijo la mujer, y realmente parecía lamentarlo. Gritó—. ¡Prossimo! —por encima del hombro de Natalie.

Natalie se agachó para recoger su cuaderno con manos temblorosas, vagamente consciente de un anciano que pasaba junto a ella hacia el mostrador. Las notas cuidadosas, la línea de tiempo codificada por colores, los cálculos de presupuesto... todo de repente sin valor alguno.

Se hundió en uno de los bancos de madera, sintiendo que su carpeta perfectamente organizada no era más que costosa leña. A su alrededor, la oficina municipal zumbaba con los asuntos ordinarios. Gente obteniendo permisos, registrando vehículos, resolviendo los pequeños enigmas burocráticos de la vida cotidiana. Ninguno de ellos acababa de ver cómo todo su futuro desaparecía a causa de una ley que se había aprobado mientras ella estaba a 30.000 pies sobre el Atlántico.

Noventa días. Tenía noventa días con su visado de turista antes de tener que marcharse. Ochenta y tres ahora, en realidad. Y acababa de descubrir que ni siquiera tenía derecho a comenzar el proceso para el cual se había mudado al otro lado del océano.

Su familia tenía razón. Todos y cada uno de ellos.

—¿Problemas con el papeleo?

Levantó la mirada para ver a Alessandro de pie sobre ella, con un maletín de cuero en una mano y una expresión de cuidadosa neutralidad en su rostro. No lo había visto entrar en el edificio, pero ahí estaba: camisa planchada, corbata perfectamente anudada, moviéndose con la tranquila autoridad de alguien que pertenecía a lugares como este.

—Dicen que hay una nueva ley —logró decir, odiando cómo le temblaba la voz—. Que ya no se permite la ciudadanía a través de bisabuelos.

Él se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados. —Decreto 36. La tinta apenas se ha secado.

—¿Sabes sobre esto? —Una esperanza salvaje floreció en su pecho. Si él lo sabía, tal vez conocía alguna forma de evitarlo.

—Abogado de inmigración —dijo él con una ligera sonrisa sin humor—. Malo para el negocio cuando el gobierno cambia las reglas de la noche a la mañana.

Natalie se puso de pie bruscamente, agarrando su carpeta. —Entonces, ¿podrías ayudarme? ¿Encontrar una manera de sortear esto?

Algo destelló en sus ojos, vacilación, quizás incluso simpatía. Pero cuando habló, su voz fue fría y medida.

—La ley es como esa puerta de arriba: no responde a patadas —asintió hacia su carpeta—. Si tu solicitud es a través de una bisabuela, ahora estás en el lado equivocado.

—Pero tiene que haber alguna vía alternativa, ¿verdad? ¿Alguna excepción? —Escuchó la desesperación en su propia voz y la odió. No era así como debía ir esto. Se suponía que debía ser competente, estar preparada, tener el control.

Él hizo un sonido que no llegaba a ser una risa. —Roma no redactó una ley de sesenta páginas solo para dejar una cómoda laguna para estadounidenses con lejanas abuelas italianas.

—Mis vínculos no son lejanos —protestó ella, apretando más el guardapelo—. Mi bisabuela nació aquí. En este pueblo. No soy una turista persiguiendo una fantasía...

—Créeme, he escuchado esta historia antes —dijo él, y había algo en su tono, un cansancio teñido de cinismo—. Los estadounidenses aparecen con carpetas y árboles genealógicos, buscando reclamar lo que creen que Italia les debe. Luego descubren que la burocracia es nuestro deporte nacional.

Las palabras la golpearon como bofetadas. Cada suposición que su familia había hecho sobre este traslado, cada predicción de que regresaría corriendo con el rabo entre las piernas, cada sugerencia suave de que tal vez debería mantener su apartamento por si acaso... todo volviendo de golpe.

—Esto no se trata de lo que Italia me debe —dijo, poniéndose de pie para enfrentarlo—. Se trata de dónde pertenezco.

Su ceja se levantó ligeramente. —El sentido de pertenencia no es algo que puedas solicitar con el papeleo correcto.

—Quizás no para ti —le espetó, después de meses de frustración reprimida que finalmente estallaban—. Tú nunca has tenido que demostrar que mereces estar en algún sitio. Nunca has tenido a toda tu familia esperando a que fracases para poder decir "te lo dije". No sabes lo que es...

Se detuvo, dándose cuenta de que estaba gritando en medio de un edificio gubernamental. Varias personas la miraban fijamente. La mujer detrás del mostrador parecía preocupada.

Alessandro la observaba con una expresión indescifrable, sus ojos azules firmes y completamente centrados en su rostro.

—Usted no sabe nada sobre mí, Signora Russo —dijo en voz baja.

—Es Natalie —corrigió, secándose los ojos con el dorso de la mano—. Y sé que piensas que soy solo otra americana con una fantasía sobre Italia. Pero no me voy a ir. Encontraré otra manera de quedarme.

Él la estudió durante un largo momento. —Todos dicen eso al principio.

—Yo no soy todos. —Aferró la carpeta con más fuerza, con los nudillos blancos—. Gasté hasta el último céntimo que tenía en esta mudanza. Quemé todos los puentes. No hay vuelta atrás para mí. Mi bisabuela llevaba este medallón todos los días y soñaba con volver a casa, a Sicilia. Se le acabaron los algún días. —Su mano fue a su garganta, presionando el óvalo dorado contra su piel—. No cometeré el mismo error.

Por un instante, algo cambió en la expresión de Alessandro, tan brevemente que podría haberlo imaginado. Entonces un hombre con traje llamó su nombre desde una puerta, y el momento se rompió.

—Puedo verlo —dijo finalmente, antes de alejarse, dejándola sola con su carpeta de documentos ahora inútiles y el peso aplastante del posible fracaso.

Ochenta y tres días. Ese era el tiempo que tenía para resolver esto. Ochenta y tres días para encontrar otra manera de quedarse en Sicilia, o admitir la derrota y regresar a Nueva York, donde su hermana la abrazaría y diría: "Está bien, cariño. Hemos mantenido tu habitación tal como está".

Natalie vio a Alessandro desaparecer en una oficina, mientras comenzaba a formarse una idea en su mente: desesperada, posiblemente ridícula, pero una idea, al fin y al cabo. Podría haber perdido un camino hacia la ciudadanía, pero había otros. La ley de inmigración era compleja; tenía que haber alternativas que no había considerado.

Y si alguien las conocería, sería el serio abogado de ojos azules que vivía en el piso de arriba.

Ahora solo tenía que convencerlo de que la ayudara. Aunque eso significara tragarse su orgullo y pedir exactamente el tipo de ayuda que había jurado que no necesitaría.

No se me pueden haber acabado los algún días.

El pensamiento surgió sin querer, la voz de su abuela tan clara como si la Nonna estuviera de pie junto a ella. *No esperes como hizo ella. No te quedes sin algún días.* El medallón pareció calentarse contra su piel, pero en lugar de consuelo, sintió una oleada de desafío.

Natalie levantó la mirada hacia Alessandro, que seguía observándola con esos ojos imposiblemente azules y ese aire irritante de serena certeza. Todo en él la hacía querer gritar: su tono despectivo, sus suposiciones sobre los americanos, la manera en que se mantenía allí como si tuviera todas las respuestas pero no se molestara en compartirlas.

Pero también era un abogado de inmigración. Y a pesar de su actitud, claramente conocía la ley mejor que cualquier otra persona en este pueblo.

No necesitaba su simpatía ni su caridad. Pero quizás, solo quizás, podría contratar su experiencia.

Alessandro

Alessandro sintió su mirada en la espalda mientras entraba en la oficina de Ferrante. La americana —Natalie— no era lo que había esperado. La mayoría de los extranjeros que descubrían que sus

sueños de ciudadanía se veían frustrados o bien se derrumbaban en lágrimas o estallaban en airadas diatribas sobre la injusta burocracia.

Ella había hecho ambas cosas, pero había algo más por debajo. Una desesperación que parecía arraigada en algo más que simple decepción. Cuando mencionó quedarse sin algún días, su mano había ido a aquel medallón en su garganta —un gesto tan automático que dudaba que ella se diera cuenta de que lo estaba haciendo.

—Leone —lo saludó Ferrante, apenas levantando la mirada de su escritorio—. ¿Otra apelación de ciudadanía?

—Disputa de propiedad —corrigió Alessandro, abriendo su maletín—. El límite del viñedo Rizzo.

Mientras discutían el caso, Alessandro se encontró con que sus pensamientos volvían a la mujer en el pasillo. El nuevo decreto de ciudadanía había afectado a docenas de sus potenciales clientes. Estadounidenses, argentinos, brasileños... todos reclamando herencia italiana a través de bisabuelos o más allá, todos ahora inelegibles.

La mayoría no se molestaría en luchar contra ello. Volverían a sus cómodas vidas al otro lado del océano, con su aventura italiana convertida en nada más que una anécdota para las cenas.

Pero algo le decía que Natalie Russo no se rendiría tan fácilmente. La forma en que había aferrado esa carpeta, la feroz determinación en su voz cuando dijo que no había vuelta atrás... esa no era la reacción de alguien que planeaba aceptar la derrota con elegancia.

Y eso, se dio cuenta con una inesperada sensación de incomodidad, podría convertirse en su problema muy pronto.

CAPÍTULO 5



Natalie

La cafetera italiana gorjeó triunfalmente en la cocina, produciendo por fin algo que se asemejaba a un auténtico café en lugar del poso amargo con el que había estado luchando toda la semana. Natalie alzó la pequeña taza en un brindis simulado hacia el artilugio de aluminio.

—Victoria —susurró, e inmediatamente se sintió ridícula por celebrar algo que probablemente cualquier niño italiano podría hacer hasta dormido.

Llevaba dieciocho horas despierta, con su portátil brillando acusadoramente desde la mesa de la cocina, rodeada de tazas de espresso vacías y papeles arrugados. Le ardían los ojos de tanto mirar pantalla tras pantalla de documentos legales, foros de inmigración y páginas web gubernamentales. Lo había intentado todo: diferentes términos de búsqueda, bases de datos legales, incluso había contactado con abogados de inmigración en Roma a través de sistemas de chat en línea que rápidamente le habían dicho que llamara durante el horario laboral.

La respuesta siempre era la misma. Decreto Legge n. 36. No más bisabuelos. La puerta se había cerrado de golpe tres días antes de que ella llegara siquiera a Italia.

Natalie se hundió de nuevo en su silla y desplazó por decimoquinta vez el mismo hilo del foro, esperando que alguien hubiera publicado alguna laguna legal milagrosa mientras ella preparaba café. Nada. Solo más historias de personas como ella: estadounidenses, brasileños y argentinos, todos separados de su herencia por sesenta páginas de texto legal que bien podrían haber sido escritas en latín antiguo.

Se presionó los ojos con los dedos, luchando contra las lágrimas de agotamiento y frustración. La brillante pantalla del portátil se burlaba de ella con sus interminables resultados de búsqueda que todos conducían al mismo callejón sin salida.

Pero incluso cuando la desesperación amenazaba con abrumarla, algo rebelde se encendió en su pecho. No iba a rendirse. Todavía no. Tenía que haber algo: algún otro camino, alguna excepción, alguna maniobra legal que no hubiera considerado.

Y sabía exactamente quién tendría las respuestas.

Alessandro Leone. La idea de pedirle ayuda le provocó un nudo en el estómago, una mezcla de temor y algo más que no quería examinar demasiado de cerca.

Pero, ¿qué otra opción tenía?

Natalie miró su reflejo en la pantalla negra del portátil y se estremeció. Su pelo era un desastre, la máscara de pestañas de ayer había emigrado hacia algún punto al sur de sus pómulos, y estaba bastante segura de que llevaba el mismo pijama durante las últimas dieciocho horas. Si iba a tragarse su orgullo y pedir ayuda profesional, probablemente debería parecer profesional ella misma.

Una ducha. Después subiría, llamaría a la puerta de Alessandro y le contrataría para encontrar una manera de quedarse en Sicilia. Sencillo.

Apuró su taza de café y se dirigió al baño, ya ensayando mentalmente lo que diría. Algo seguro y profesional. Algo que le hiciera olvidar que había dado una patada a su propia puerta y que en cambio le recordara que era una mujer competente con un problema legal legítimo.

¿Qué tan difícil podría ser?

Alessandro

La Vespa arrancó bajo él con un familiar rugido, y Alessandro la condujo por la sinuosa carretera que llevaba desde Santa Lucia al Mare hacia el campo. El aire de la mañana estaba fresco contra su rostro, perfumado con romero silvestre y la distante promesa de otro abrasador día siciliano.

La villa de la Nonna se asentaba en una suave ladera con vistas al valle, sus muros de piedra color miel casi ocultos por limoneros descontrolados y buganvillas que ella se negaba a dejarle podar adecuadamente. —Crecen como Dios quiere —decía siempre cuando él sugería contratar a alguien para domesticar el jardín—. No todo necesita ser controlado, Alessandro.

Aparcó la Vespa a la sombra de un antiguo olivo y subió los desgastados escalones de piedra hasta la terraza, donde ya podía oír los sonidos familiares de la rutina matutina de su abuela: el tintineo de la porcelana, el crujido de las páginas del periódico, el suave tarareo de viejas canciones.

—Buongiorno, Nonna —llamó, empujando la pesada puerta de madera.

—¡Alessandro! —Elisabetta Leone levantó la vista de su espresso y su periódico, su rostro curtido arrugándose en una sonrisa. A los setenta y ocho años, seguía siendo hermosa a la manera de las mujeres sicilianas que habían vivido vidas plenas: cabello plateado recogido en un elegante moño, ojos azules que no se perdían nada y manos que nunca dejaban de moverse—. Justo a tiempo. He hecho sfogliatelle frescas.

Él besó ambas mejillas e inhaló el familiar aroma de su jabón de lavanda y el aceite de limón que usaba para abrillantar sus muebles. —Me mimas demasiado.

—Alguien tiene que hacerlo. —Señaló la silla frente a ella—. Siéntate. Come. Estás demasiado delgado.

Alessandro reprimió una sonrisa. Según la Nonna, todo el mundo estaba demasiado delgado, demasiado pálido o demasiado serio.

Tomó asiento y aceptó el pastel que ella le puso en las manos, hojaldrado y todavía caliente del horno.

—¿Cómo va la gotera de la cocina? —preguntó, inspeccionando el techo en busca de manchas de agua.

—Arreglada. El señor Conte vino ayer por la tarde. —Agitó una mano desdeñosa—. Una tubería suelta. Nada dramático. Pero no has venido aquí para hablar de fontanería.

Esa era la Nonna, siempre yendo directa a lo importante. Alessandro sonrió a pesar de sí mismo. —Quizás solo quería verte.

—Mm-hmm. —Le estudió por encima de sus gafas de lectura—. Vuelves a tener esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La que dice que estás trabajando demasiado y pensando muy poco en cosas importantes. —Dobló su periódico con movimientos precisos y bruscos—. Hablando de eso, Elena Conti pasó por aquí ayer. Una chica encantadora. Y sigue soltera, ¿sabes?

Alessandro casi se atragantó con su sfogliatella. —Nonna...

—¿Qué? Solo estoy haciendo conversación. —Su expresión era perfectamente inocente, lo que inmediatamente le hizo sospechar—. Mencionó que esa chica americana sigue en tu edificio. La que habla con su equipaje.

La imagen de determinación desesperada cruzó por su mente antes de que pudiera evitarlo. La forma en que Natalie le había mirado en la oficina municipal: devastada, desafiante, y algo más que no había podido identificar. La manera feroz en que había agarrado ese medallón cuando dijo que no cometería el mismo error que su bisabuela. El calor inesperado de sus dedos cuando le entregó la llave aquella primera mañana.

¿De dónde diablos había salido ese pensamiento?

Alessandro se obligó a centrarse en el rostro expectante de su abuela. —Sí. Otra turista persiguiendo fantasías italianas.

—Elena no pensaba que fuera una turista. —La voz de la Nonna era casual, pero sus ojos eran agudos—. Dijo que estaba muy

decidida a quedarse. Algo sobre la ciudadanía.

—La nueva ley hace eso imposible.

—Ah. —La Nonna asintió lentamente—. Eso debe ser muy decepcionante para ella.

Había algo en su tono que hizo que Alessandro levantara la vista de su pastel. Su abuela le observaba con esa expresión particular que ponía cuando estaba planeando algo, la misma mirada que tenía cuando le convenció para ayudar al viejo Signor Matteo con su disputa de propiedades, o cuando de alguna manera orquestó su encuentro con la mitad de las mujeres elegibles en un radio de treinta kilómetros.

—Nonna —dijo en tono de advertencia.

—¿Qué? —Extendió mermelada en un trozo de pan con elaborado cuidado—. Siento lástima por la chica, eso es todo. Venir tan lejos, renunciar a tanto, solo para descubrir que el sueño no es posible... —Sacudió la cabeza con tristeza—. Me recuerda a tu pobre madre, que en paz descanse. ¿Recuerdas cómo solía hablar de visitar a su prima en Australia? Siempre planeando, siempre ahorrando, pero nunca logrando hacerlo realidad.

El pecho de Alessandro se tensó. Su madre había muerto cuando él tenía quince años, sus sueños de viajes y aventuras truncados por el cáncer. La Nonna tenía una manera de invocar su memoria precisamente en los momentos en que tendría el mayor impacto.

—Eso es diferente —dijo en voz baja.

—¿Lo es? —La voz de la Nonna era suave pero incisiva—. Los sueños aplazados son sueños perdidos, caro.

La incómoda sensación en el pecho de Alessandro se intensificó. No quería pensar en Natalie Russo y sus sueños imposibles. No quería recordar la feroz determinación en su voz cuando había dicho que no se iba.

Definitivamente no quería examinar por qué la idea de que la obligaran a abandonar Sicilia le molestaba más de lo que debería.

—Soy abogado, Nonna, no un hacedor de milagros.

—No —coincidió ella—. Pero también eres mi nieto, y te crié para ayudar a las personas cuando puedas. —Extendió la mano por

encima de la mesa y le dio una palmadita—. Solo piénsalo. Es todo lo que te pido.

Alessandro suspiró, reconociendo la inutilidad de discutir con ella. Una vez que Elisabetta Leone se decidía por algo, las montañas se movían con más facilidad que ella.

—Hablando de ayuda —dijo, cambiando de tema con la desesperación de un hombre asediado—, ¿necesitas algo del pueblo? ¿Compras? ¿Medicinas?

Los ojos de la Nonna brillaron con lo que parecía sospechosamente un triunfo. —No, caro. Tengo todo lo que necesito. —Le despidió con ambas manos—. ¡Ve, ve! Has estado demasiado tiempo revoloteando por aquí esta mañana. Un hombre joven no debería pasar tanto tiempo con su vieja abuela.

—No eres vieja —protestó Alessandro, poniéndose de pie para besarla en despedida.

—Y tú no eres joven para siempre —respondió ella incisivamente —. Recuérdalo.

Mientras caminaba de regreso a su Vespa, Alessandro intentó sacudirse la sensación de inquietud que le habían dejado las palabras de la Nonna. No quería pensar en el tiempo que se acaba, ni en los sueños aplazados, ni en cómo se había visto Natalie cuando se dio cuenta de que sus planes cuidadosamente trazados no valían nada.

Tenía su propia vida de la que preocuparse. Sus propias responsabilidades. Su propia distancia cuidadosamente mantenida de complicaciones que tenían ojos oscuros y barbillas obstinadas y el tipo de determinación que podría hacer que un hombre olvidara por qué había decidido mantener su vida simple en primer lugar.

La Vespa arrancó de una patada, y él se dirigió hacia Santa Lucia al Mare, tratando de no pensar en nada excepto en el baño matutino que despejaría su mente de pensamientos no deseados sobre imposibles sueños americanos.

Natalie

—Puedes hacer esto —Natalie le dijo a su reflejo, que se veía marginalmente más presentable ahora que se había lavado dieciocho horas de agotamiento y desesperación—. Estás contratando un servicio profesional. Es una transacción comercial. No tiene que caerle bien, solo tiene que ayudarte.

Su reflejo no parecía del todo convencido, pero era lo mejor que podía conseguir.

Alcanzó el pomo de la puerta del baño y giró la vieja llave esqueleto que por reflejo había echado por costumbre. La llave giró hasta la mitad, luego se detuvo. La agitó suavemente. Nada. Intentó girarla en la otra dirección. Seguía sin responder.

—Vamos —murmuró, aplicando más presión. La llave seguía obstinadamente atascada, y el pomo de la puerta se negaba a moverse.

Una sensación de inquietud comenzó en su pecho. Esto era solo un pequeño contratiempo. Los edificios antiguos tenían mecanismos peculiares; ya había aprendido esa lección. Intentó con la llave otra vez, moviéndola hacia adelante y hacia atrás, pero estaba firmemente encajada en la vieja cerradura.

El aleteo se convirtió en algo más agudo. ¿Por qué había cerrado la maldita puerta, de todos modos? Probablemente por la costumbre de vivir sola, pero ahora estaba atrapada en un baño del tamaño de un armario, sin llevar nada más que una toalla.

Respiró hondo y evaluó su situación con el enfoque metódico que la había ayudado a superar dieciocho meses de planificación para la ciudadanía. Teléfono: mesa de la cocina. Ropa: dormitorio. Ventana: se abría lo suficiente, pero estaba demasiado alta del suelo para saltar con seguridad, y aunque pudiera conseguirlo, estaría medio desnuda en medio de la Via del Limone con una toalla que seguramente se le caería a mitad del salto.

—Vale —dijo en voz alta, tratando de mantener la voz firme—. Esto es solo un problema que resolver.

Pasó los siguientes minutos intentando todo lo que se le ocurrió. Retiró la llave por completo e intentó manipular el mecanismo de la cerradura con los dedos. Intentó empujar la puerta mientras giraba el pomo. Incluso intentó deslizar una horquilla en la cerradura

alrededor de la llave, aunque no tenía idea de lo que esperaba lograr.

Nada funcionó.

El baño parecía encogerse a su alrededor. Las paredes, pintadas de un amarillo alegre que ayer había parecido encantador, ahora se sentían opresivas. La única ventana pequeña apenas dejaba entrar suficiente luz, y el aire comenzaba a sentirse viciado y sofocante.

Sus intentos se volvieron más frenéticos. Lanzó su hombro contra la puerta, esperando que la vieja madera cediera. Probó la llave otra vez, forzándola más de lo que debería, hasta que sintió un miedo genuino de que se pudiera romper dentro de la cerradura. Incluso intentó desatornillar el pomo de la puerta con las uñas, dejando pequeñas medias lunas de dolor en sus lechos ungueales.

Habían pasado veinte minutos. Quizás treinta. La toalla se sentía más suelta alrededor de su cuerpo, y la agarró con más fuerza, repentinamente consciente de lo vulnerable que estaba. Atrapada, medio desnuda, sin forma de pedir ayuda.

El pánico la golpeó entonces, rápido e irracional. Las paredes parecían más cercanas, el techo más bajo. Su respiración se volvió entrecortada, y podía sentir su corazón acelerado. Estaba realmente atrapada. Realmente indefensa. La mujer competente y preparada que había investigado cada detalle de su mudanza a Sicilia ni siquiera podía salir de su propio baño.

Su mano fue automáticamente a su garganta, los dedos cerrándose alrededor de la forma familiar del medallón a través de la toalla. El metal estaba cálido contra su piel, y lo sostuvo con fuerza mientras se subía al pequeño taburete de madera y empujaba la ventana abriéndola tanto como era posible.

—¡Ayuda! —gritó hacia el callejón de abajo, su voz haciendo eco en las estrechas paredes de piedra—. ¡Aiuto! ¿Puede alguien oírme?

El callejón permaneció obstinadamente vacío.

—¡Estoy encerrada en mi baño! —gritó, más fuerte esta vez, sin importarle lo ridícula que sonaba—. ¡La puerta no se abre! Por favor,

si alguien puede oírme...

Una paloma aterrizó en su alféizar, ladeó la cabeza hacia ella con lo que parecía ser un juicio, y luego voló lejos.

—Genial —murmuró Natalie, hundiéndose de nuevo en el taburete—. Hasta la fauna piensa que soy patética.

Estaba considerando seriamente si podría fabricar algún tipo de ropa con su toalla de baño e intentar escapar por la ventana cuando oyó pasos en los adoquines de abajo. Asomándose por la ventana, vislumbró una figura familiar caminando hacia el edificio: alto, de pelo oscuro, llevando un maletín con ese mismo paso mesurado que había estado observando desde su ventana toda la semana.

—Oh no —susurró, hundiéndose más bajo tras el alféizar—. Él no. Cualquiera menos él.

Por supuesto que sería Alessandro Leone quien presenciaría su último desastre.

Su voz flotó desde abajo, seca e inconfundiblemente divertida: —Veo que tiene problemas con otra puerta.

CAPÍTULO 6

Alessandro

ALESSANDRO ESTABA en Via del Limone mirando hacia la pequeña ventana del baño, con el maletín aún en la mano, arrepintiéndose ya de la decisión que estaba a punto de tomar.

La había oído pedir ayuda en el momento en que había entrado en el callejón. Primero fueron gritos generales pidiendo auxilio, luego explicaciones cada vez más frenéticas sobre estar encerrada en su baño. Había considerado sus opciones: fingir que no había oído nada y entrar silenciosamente en el edificio, o reconocer que su mañana acababa de complicarse significativamente.

Su boca se había movido antes de que su cerebro pudiera detenerla.

—Veo que tienes problemas con otra puerta.

La ventana quedó en silencio por un momento. Luego: —Oh, maravilloso. Simplemente maravilloso.

—Supongo que eso significa que reconoces mi voz.

—Difícil no reconocer ese particular tipo de sarcasmo —su voz transmitía una mezcla de vergüenza y frustración—. Y sí, antes de que preguntes, vuelvo a tener problemas con una puerta. ¿Vas a quedarte ahí abajo haciendo observaciones o vas a ayudarme?

—Eso depende. ¿Qué le has hecho exactamente a esta?

—No le he hecho nada. Giré la llave para desbloquearla, y ahora no puedo girarla de vuelta. Está atascada.

Alessandro dejó su maletín en el suelo y miró hacia la ventana. —¿Has intentado girarla hacia el otro lado?

—Por supuesto que he intentado girarla hacia el otro lado. No soy idiota.

—¿Has intentado pedírselo amablemente?

Un sonido que podría haber sido un gruñido salió de la ventana. —Alessandro.

—¿Has intentado tener paciencia?

—Alessandro.

—Porque según recuerdo, la paciencia no es precisamente tu punto fuerte cuando se trata de...

—¡Estoy atrapada en mi baño llevando solo una toalla! —le interrumpió, con la voz quebrándose ligeramente—. ¿Podrías posiblemente guardar tu rutina de comedia para cuando no esté sufriendo un pequeño ataque de pánico?

La genuina angustia en su voz hizo que algo se retorciera en su pecho. Se aclaró la garganta. —De acuerdo. ¿Cuál es exactamente el problema con el mecanismo?

—La llave gira hasta la mitad y se detiene. No puedo forzarla en ninguna dirección sin preocuparme de que se rompa en la cerradura —su voz estaba ahora más calmada, más controlada—. Y antes de que lo sugieras, sí, he intentado quitar la llave por completo. No sale.

—Y estás... —dudó, sin estar del todo seguro de por qué lo preguntaba—. ¿No estás exactamente vestida para salir por la ventana?

—Agradezco tu preocupación por mi pudor —dijo con sequedad —. Pero no, no estoy exactamente vestida para una escapada pública.

A pesar de sí mismo, Alessandro sintió que su boca se crispaba. —No estaba preocupado por tu pudor. Me preguntaba si habías considerado las dificultades prácticas de una escapada desde un segundo piso.

—Primer piso —corrigió ella—. Y sí, lo he considerado. La caída, la situación de la toalla, la inevitable audiencia de vecinos escandalizados. Parecía... poco aconsejable.

—Probablemente sea sabio.

—Mira, ¿vas a ayudarme o no? Porque si solo vas a quedarte ahí abajo criticando mis habilidades para resolver problemas, puedo volver a gritar pidiendo ayuda a desconocidos.

Alessandro casi sonrió. Incluso atrapada y medio desnuda, tenía garras. —Necesitaré entrar en tu apartamento.

—Oh, gracias a Dios. Sí, por favor. Como puedas.

—La Signora Bernardi, la de abajo, tiene una llave de repuesto. Tendré que explicarle la situación.

Una pausa más larga. —No le va a gustar esto, ¿verdad?

—Va a tener *opiniones* —dijo Alessandro, enfatizando la mayúscula—. Sobre la decencia. Y las mujeres solteras. Y los hombres en apartamentos donde no deben estar.

—Fantástico. Así que no solo estoy atrapada en mi baño con una toalla, sino que estoy a punto de convertirme en el tema de la indignación moral de todo el edificio.

—Bienvenida a Santa Lucía —dijo Alessandro, recogiendo su maletín—. Intenta no entrar en pánico mientras negocio con la guardiana de la decencia pública.

—¿Alessandro? —su voz le detuvo antes de que pudiera dirigirse hacia la puerta de la Signora Bernardi.

—¿Sí?

—Gracias. De verdad. Sé que esto no es exactamente como planeabas pasar tu mañana.

Él miró hacia la ventana, aunque no podía verla desde este ángulo. Algo en su tono, agradecido pero intentando no mostrarse vulnerable al respecto, hizo que ese nudo en su pecho se apretara.

—Nada en este pueblo va nunca según lo planeado —dijo finalmente—. Más vale que lo aprendas ahora.

—Estoy empezando a tener esa impresión.

—Bien. Ahora intenta no inundar el baño mientras estoy fuera. Eso complicaría significativamente las cosas.

—Haré todo lo posible por evitar desastres adicionales.

—Con tu historial, probablemente sea lo más sensato.

—¿Alessandro?

—¿Qué ocurre ahora?

—La próxima vez que decidas ser encantador, trabaja en tu momento.

—¿Te parezco encantador?

—¡Oh, cállate!

A pesar de todo, Alessandro sonrió mientras caminaba hacia la puerta de la Signora Bernardi. Incluso atrapada y en pánico, Natalie Russo tenía la última palabra.

Lo cual, se dio cuenta con cierta alarma, se estaba convirtiendo en una costumbre.

Cinco minutos después, Alessandro estaba frente a la puerta de la Signora Bernardi, con el maletín en una mano y su dignidad desvaneciéndose rápidamente. Llamó dos veces, ya formulando la manera menos humillante de explicar la situación.

La puerta se abrió revelando a una mujer pequeña y regordeta de unos setenta años, con ojos azules penetrantes y una expresión que sugería que llevaba esperando problemas desde aproximadamente 1952.

—Alessandro —dijo, examinándolo de arriba abajo con la minuciosidad de un inspector de aduanas—. ¿Qué te trae a mi puerta tan temprano por la mañana?

—Buongiorno, Signora Bernardi. Necesito pedirle un favor —se aclaró la garganta, arrepintiéndose ya de todas las decisiones que le habían llevado a este momento—. La americana de arriba está encerrada en su baño. El mecanismo de la puerta se ha atascado y no puede salir.

Las cejas de la Signora Bernardi se dispararon hacia su cabellera. —¿Encerrada en su baño?

—Sí. Necesita ayuda, y creo que usted tiene una llave de repuesto de su apartamento.

—Ah —los ojos de la anciana se entrecerraron con la precisión de un halcón divisando a su presa—. ¿Y quieres que te deje entrar en el apartamento de esa chica cuando ella está... cómo se dice... atrapada?

Alessandro sintió que el calor le subía por el cuello. —Es una emergencia.

—¿Emergencia? —la Signora Bernardi salió al pasillo y miró hacia la ventana de Natalie, donde aún se podían oír débiles sonidos de frustración. Negó con la cabeza con la desaprobación de alguien cuyo sentido común había sido puesto a prueba demasiadas veces —. Estas chicas de hoy, no saben cómo manejar los edificios antiguos. Todo tiene que ser rápido, rápido, rápido.

—Signora, por favor...

—¿Y exactamente qué lleva puesto mientras está... atrapada? —la forma en que lo preguntó dejaba claro que ya sospechaba que la respuesta no mejoraría la situación.

La cara de Alessandro ardía. —Está... cubierta.

—¿Cubierta cómo? —la voz de la Signora Bernardi se elevó ligeramente—. ¿Está con su ropa? ¿Su pijama? ¿Qué significa "cubierta", Alessandro?

—Tiene una toalla —dijo Alessandro rápidamente, y de inmediato deseó haber elegido literalmente cualquier otra palabra.

El silencio que siguió fue tan profundo que Alessandro podía oír los latidos de su propio corazón.

—Una toalla —repitió la Signora Bernardi lentamente, como si acabara de confesar algo profundamente cuestionable.

—Una toalla de baño. Estaba en la ducha cuando la puerta se atascó.

—Madonna mia —se llevó una mano al pecho—. Así que esta joven está atrapada ahí dentro sin nada más que una toalla, y tú, un hombre soltero, quieres entrar solo en su apartamento para... ¿ayudarla?

—Para arreglar un problema mecánico —corrigió Alessandro desesperadamente.

—Con ella en toalla.

—Ella estará en el baño. Yo arreglaré la puerta desde fuera.

—Pero estarás en su apartamento. Solo. Mientras ella está... —gesticuló vagamente hacia arriba—. Así.

Alessandro consideró seriamente si saltar por la ventana de Natalie sería preferible a esta conversación. —Signora, no va a ocurrir nada inapropiado. Estoy ayudando a una vecina.

—¿Tú crees que yo no sé lo que dirá la gente? —negó vigorosamente con la cabeza—. La señora Greco de la floristería, lo ve todo desde su ventana. Y esa mujer Santangelo, siempre buscando algo de lo que cotillear. "Oh, ¿habéis oído lo de Alessandro Leone? Entrando en apartamentos con chicas extranjeras medio desnudas".

—Nadie tiene por qué enterarse...

—¿En este barrio? Por favor. Si estornudo demasiado fuerte, para la hora de comer toda la calle sabe que tengo un resfriado.

Desde arriba, pudieron oír la voz de Natalie a través de la ventana: —¿Alessandro? ¿Va todo bien ahí abajo? ¿Debería volver a gritar pidiendo ayuda?

La Signora Bernardi miró hacia la ventana y luego de nuevo a Alessandro. Su expresión se suavizó ligeramente, como si recordara que había un ser humano real atrapado arriba.

—Sí que parece angustiada —admitió.

—Lleva atrapada un buen rato.

Por primera vez, la Signora Bernardi pareció genuinamente preocupada. —¿En ese baño tan pequeño? La pobre debe estar volviéndose loca.

—¿Entonces me dará la llave?

—Absolutamente no —levantó un dedo antes de que Alessandro pudiera protestar—. Pero voy contigo. Yo vigilo, me aseguro de que todo sea... ¿cómo se dice... por encima de la mesa?

Alessandro la miró fijamente. —¿Quiere supervisar un rescate en el baño?

—Quiero proteger a esa chica. Y a ti también, aunque no tengas el sentido común para protegerte a ti mismo —desapareció en su apartamento, gritando por encima del hombro—: Cinco minutos. Me pongo mi mejor jersey. Hacemos esto bien, sin cotilleos para los vecinos.

La puerta se cerró firmemente en su cara.

Alessandro miró hacia la ventana de Natalie y llamó: —Pequeño retraso. La Signora Bernardi está... preparándose.

—¿Preparándose?

—Viene conmigo. Para supervisar.

Un sonido que definitivamente era un gemido resonó desde la ventana. —Por supuesto que sí. Porque este día necesitaba volverse más vergonzoso.

—Era esto o dejarte ahí hasta la noche.

—No, no, lo agradezco. De verdad. Es solo que... —una pausa—. ¿Va a darme una charla sobre los procedimientos adecuados en el baño?

—Probablemente.

—Genial. Bueno, al menos cuando esto termine, seré la persona más comentada del edificio.

—Ni siquiera estás intentando pasar desapercibida, ¿verdad?

—Aparentemente estoy fracasando espectacularmente en ello.

Cinco minutos después, la Signora Bernardi salió de su apartamento vestida como si fuera a una cita importante, con su mejor rebeca y suficiente determinación como para mover montañas.

—Vamos —dijo enérgicamente, con las llaves tintineando en su mano—. Saquemos a esta pobre chica antes de que medio barrio aparezca para ver a qué viene tanto alboroto.

Mientras subían las escaleras hacia el apartamento de Natalie, Alessandro no pudo evitar preguntarse cómo su tranquila mañana de martes se había convertido en una misión de rescate supervisada por la vecina más vigilante del edificio.

Pero cuando llegaron a la puerta de Natalie y oyó su voz a través de la pared del baño, —Gracias a los dos, de verdad. Prometo que normalmente no doy tantos problemas —descubrió que no le importaba del todo la complicación.

La mujer había estado atrapada en un baño durante más de una hora y se disculpaba por las molestias. Lo cual, se dio cuenta, era exactamente el tipo de cosa que haría que la Signora Bernardi decidiera que le caía bien a pesar de las escandalosas circunstancias.

—No te preocupes, cara —llamó la Signora Bernardi a través de la puerta en su inglés con fuerte acento—. Arreglamos este lío, y luego te enseño cómo funcionan estas cerraduras antiguas, ¿vale?

Alessandro miró a la anciana que estaba a su lado, que ya se estaba remangando y murmurando rápidamente en italiano sobre el mantenimiento adecuado de las puertas.

Tenía la sensación de que su reputación en Santa Lucia estaba a punto de volverse significativamente más interesante.

Natalie

—Eso sería maravilloso —respondió Natalie, agarrando con más fuerza su toalla a través de la puerta del baño. A estas alturas, aceptaría una lección sobre la etiqueta adecuada de las cerraduras italianas si eso significaba salir de este baño.

Oyó a Alessandro examinando el mecanismo de la puerta desde el otro lado. —La llave está completamente atascada —dijo, con su voz justo al otro lado—. Déjame ver... —Hubo una pausa, luego algunos murmullos en italiano que no sonaban alentadores—. Esto no será sencillo. El mecanismo está completamente bloqueado.

—¿Qué significa eso? —preguntó Natalie, aunque tenía la inquietante sensación de que ya lo sabía.

—Significa —dijo Alessandro, con voz deliberadamente paciente— que voy a necesitar herramientas. La cerradura está estropeada más allá de una simple reparación.

—¿Cuánto de estropeada?

—Puede que tenga que desmontar el pomo de la puerta. Posiblemente quitar la puerta por completo.

A Natalie se le cayó el alma a los pies. —¿La puerta entera?

—Es la forma más segura de sacarte sin dañar la llave o empeorar las cosas.

A través de la puerta, oyó a la Signora Bernardi chasqueando la lengua con desaprobación. —Estos edificios antiguos —decía la

mujer en italiano, aunque Natalie solo captó fragmentos. Algo sobre mantenimiento e inquilinos modernos.

—¿Cuánto tiempo llevará esto? —preguntó Natalie, temiendo ya la respuesta.

—Un rato —admitió Alessandro—. Necesito ir a buscar mis herramientas de arriba.

—Y yo me quedo aquí para hacer compañía a la chica —anunció la Signora Bernardi en inglés—. Asegurarme de que todo es... apropiado.

Perfecto. Natalie cerró los ojos y se apoyó contra la puerta. No solo estaba atrapada en un baño llevando solo una toalla, sino que estaba a punto de convertirse en el entretenimiento de la tarde para la vecina más vigilante del edificio.

—¿Alessandro? —llamó una nueva voz desde lo que sonaba como el pasillo—. ¿Está todo bien? Hemos oído gritos.

La mortificación de Natalie alcanzó nuevas cotas. —¿Cuánta gente hay ahí fuera? —preguntó débilmente.

—Solo la señora Greco de abajo —respondió la Signora Bernardi, aunque su tono sugería que esto era solo el principio—. Ha oído el ruido.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la señora Greco, y Natalie podía prácticamente escuchar la curiosidad de la mujer a través de la puerta.

—La chica americana está atrapada en el baño —explicó la Signora Bernardi con lo que sonaba como satisfacción—. La cerradura está rota.

—¿Atrapada? ¿Cómo puede uno quedar atrapado en un baño?

—Estaba duchándose —dijo la Signora Bernardi con intención—. No está vestida adecuadamente.

Natalie quería desaparecer a través del suelo. Esto era exactamente lo contrario de cómo había planeado pasar su día. Se suponía que ahora mismo debería estar arriba, tranquila y profesionalmente, pidiéndole a Alessandro que aceptara su caso. En cambio, estaba proporcionando al vecindario suficiente material de cotilleo para durar hasta Navidad.

—¿Podríamos discutir esto más tarde? —exclamó, incapaz de ocultar la mortificación en su voz—. ¿Cuando no esté atrapada aquí escuchando cada palabra?

Las voces continuaron fuera. Alessandro diciendo algo sobre herramientas, la señora Greco ofreciendo ayuda, y lo que sonaba como otra persona llegando. Natalie se hundió en el pequeño taburete y se puso la cabeza entre las manos.

Esto era un desastre. ¿Cómo iba a pedirle a Alessandro que la tomara en serio como cliente después de esto? Ahora él literalmente la estaba rescatando de su propio baño mientras medio edificio se reunía para mirar.

Las voces se multiplicaron. Alguien más había llegado. Una voz de hombre que no reconoció. Luego otra. ¿Estaban vendiendo entradas a estas alturas?

—Cuánta gente —murmuró, y luego alzó la voz—. ¿Cuántas personas hay ahí fuera?

—Solo unos pocos vecinos —respondió Alessandro—. Ayudando.

—Ayudando a cotillear, más bien —replicó Natalie, sin importarle ya que la oyeran.

Comenzaron los sonidos de trabajo: raspados, golpecitos, lo que sonaba como herramientas tintineando contra el metal. Alessandro estaba claramente intentando desmontar el mecanismo de la cerradura, pero el proceso parecía implicar mucha consulta con la creciente audiencia.

—Verás —observó la voz de un anciano—, en mis tiempos, sabíamos cómo mantener estos mecanismos...

—La cerradura está bloqueada —respondió Alessandro, y Natalie podía oír la tensión en su voz.

Alguien más ofreció consejos sobre la técnica para girar tornillos. Otra voz sugirió llamar a un pariente que aparentemente era cerrajero en Palermo. Los comentarios eran constantes, convirtiendo su rescate en un proyecto comunitario con un comité asesor muy numeroso.

Natalie alternaba entre sentarse en el taburete, pasearse por el pequeño espacio, y pegar la oreja a la puerta para seguir el progreso. El trabajo parecía detenerse y reanudarse repetidamente,

puntuado por viajes para conseguir diferentes herramientas y largas discusiones sobre la técnica adecuada.

—Esto es una pesadilla —dijo en voz alta, sin importarle quién la oyera—. Una verdadera pesadilla.

—No te preocupes, cara —llamó la Signora Bernardi—. Te sacaremos. Alessandro sabe lo que está haciendo.

—¿Lo sabe? —preguntó la señora Greco, lo que no era precisamente tranquilizador.

Después de lo que pareció horas, y probablemente lo fue, los sonidos cambiaron. Trabajo más concentrado, menos comentarios. Alessandro parecía haber tomado finalmente el control de la situación, y ella podía oír la sistemática remoción de la puerta de sus bisagras.

—Ya está —dijo Alessandro finalmente, y Natalie escuchó el bendito sonido de la puerta siendo retirada por completo—. Estás libre.

Agarrando fuertemente la toalla a su alrededor, Natalie se deslizó rápidamente hacia el dormitorio y cogió ropa de su cómoda, poniéndose unos vaqueros y una blusa lo más rápido humanamente posible. Su reflejo en el pequeño espejo era un desastre: pelo despeinado, cara sonrojada por la vergüenza, pero al menos estaba vestida.

Podía oír a los vecinos en su sala principal, discutiendo la operación de rescate con la satisfacción de personas que habían presenciado algo genuinamente interesante. Tomando una respiración profunda, salió del dormitorio.

La escena que la recibió era peor de lo que había imaginado. Su pequeño apartamento estaba abarrotado de gente: la signora Bernardi, la señora Greco, un anciano que no reconocía y Alessandro en el centro de todo, rodeado de herramientas y lo que parecían ser los restos completamente desmontados de la cerradura de su puerta.

—Gracias —logró decir, dirigiéndose a todos en general—. A todos vosotros. Realmente agradezco la ayuda.

Las respuestas fueron un coro de seguridades vecinales mezcladas con una curiosidad apenas disimulada. La señora Greco hizo comentarios directos sobre la falta de familiaridad con los edificios antiguos. El anciano, al parecer el signor Matteo, ofreció grandiosas observaciones sobre el espíritu comunitario. La signora Bernardi prometió proporcionar tutoriales exhaustivos sobre cerraduras.

Natalie sonrió y asintió durante todo el tiempo, contando los segundos hasta que se marcharan y pudiera procesar adecuadamente la mortificación de las últimas horas.

Por fin, misericordiosamente, los vecinos fueron saliendo. Cada despedida venía con consejos adicionales, ofertas de ayuda futura y lo que Natalie estaba segura que eran apuntes mentales para futuras sesiones de cotilleo.

Al final, solo quedó Alessandro, recogiendo sus herramientas mientras ella miraba fijamente el hueco de la puerta del baño, que ahora no tenía puerta en absoluto.

—Necesito una puerta nueva —dijo, manteniendo su voz cuidadosamente neutral.

—Puedo conseguirte una de la ferretería —ofreció Alessandro—. Instalarla correctamente.

—Gracias. —Miró el marco vacío. La magnitud de su vergüenza aún se estaba asentando—. Eso ha sido... mortificante.

—Le podría haber pasado a cualquiera —dijo Alessandro, aunque ambos sabían que eso no era del todo cierto.

Natalie dejó la pieza rota y se obligó a mirarlo directamente. Aquí estaba su oportunidad, el momento que había estado planeando toda la mañana, antes de que todo saliera espectacularmente mal. Se suponía que debía pedirle que tomara su caso, que la representara profesionalmente, que la ayudara a encontrar una manera de quedarse en Sicilia.

Pero, ¿cómo podía hacer eso ahora? ¿Cómo podía pedirle que la tomara en serio cuando acababa de pasar una hora rescatándola de su propio baño mientras medio vecindario observaba?

—Alessandro —comenzó, y luego se detuvo. Las palabras no le salían—. Yo... necesito... —Gesticuló impotente hacia la cerradura rota, luego hacia él, y entonces sintió que su valor fallaba por completo—. Sobre la puerta. Gracias por arreglarla.

Él la observaba atentamente, y ella tuvo la incómoda sensación de que podía ver a través de su torpe excusa de gratitud.

—¿Hay algo más? —preguntó él amablemente.

Por un momento, casi se lo contó. Casi le explicó su desesperada necesidad de ayuda legal, cómo había estado reuniendo valor toda la mañana para pedirle que tomara su caso. Pero la mortificación era demasiado reciente, la dinámica de poder demasiado desigual. No podía pedirle que fuera su abogado cuando acababa de demostrar que ni siquiera podía manejar la vida básica en un apartamento.

—No —dijo, logrando esbozar una sonrisa que sentía como si pudiera agrietar su cara—. Solo... gracias. De verdad.

Alessandro asintió, aunque algo en su expresión sugería que no estaba del todo convencido. Terminó de recoger sus herramientas, y Natalie le acompañó hasta la puerta, agudamente consciente de cómo la mañana había descarrilado todos los planes que había hecho.

—Conseguiré ese pomo de puerta esta tarde —dijo él.

—Perfecto. —Su sonrisa se sintió un poco más genuina ahora—. Prometo ser más cuidadosa con las cerraduras italianas a partir de ahora.

—Buen plan —dijo Alessandro, pero al llegar al umbral, la miró con una expresión que ella no supo interpretar del todo.

Después de que se marchara, Natalie se quedó de pie en medio de su apartamento, rodeada por los restos del desastre matutino. Las piezas rotas de la cerradura en su mesa parecían burlarse de ella, evidencia física de su fracaso para manejar incluso los aspectos más simples de la vida italiana.

Necesitaba una copa. Y necesitaba averiguar cómo abordar a Alessandro sobre su caso sin morirse de vergüenza. A estas alturas, el valor líquido parecía la única opción viable.

Cogiendo su bolso, se dirigió hacia la puerta, ya planeando su ruta hacia el café más cercano que pudiera servir algo más fuerte

que un espresso.

CAPÍTULO 7



Alessandro

ALESSANDRO EMPUJÓ la puerta de cristal de Ferramenta Salvatore, haciendo sonar la campanilla que anunciaba su llegada. El familiar olor a virutas de madera, metal y aceite de máquina le dio la bienvenida, un aroma que le recordaba a los proyectos de fin de semana con su padre, cuando los problemas podían resolverse con la herramienta adecuada y suficiente paciencia.

A diferencia de las mujeres que se quedaban atrapadas en baños mientras no llevaban nada más que toallas.

La imagen volvió a golpearle: Natalie envuelta en una toalla de felpa que apenas le cubría los muslos, cómo se había adherido a sus curvas cuando pasó apresurada junto a él. A pesar de su complexión menuda, no había nada delicado en el volumen de sus pechos contra la tela, o en la forma en que la toalla había resaltado su cintura. Su piel estaba sonrojada, y había captado un destello de vulnerabilidad en sus ojos antes de que el orgullo le hiciera levantar la barbilla.

Se suponía que esto era un simple recado. Comprar una puerta, instalarla, restaurar los límites normales entre él y su vecina americana temporal. Pero nada relacionado con Natalie Russo parecía sencillo ya.

—¡Alessandro! —Salvatore Ricci levantó la vista de su libro de inventario, su rostro curtido se iluminó con una sonrisa—. Déjame

adivinar, necesitas una puerta de baño para la chica americana.

Adiós a la discreción en Santa Lucia.

—Las noticias vuelan —comentó Alessandro con sequedad.

—Mi hermana vive al lado de la señora Greco. Toda la historia llegó a mi puerta junto con el café de la mañana —Salvatore se limpió las manos en el delantal y se dirigió hacia la exposición de puertas—. Atrapada durante horas, pobrecilla. Y tuviste que quitar toda la puerta, ¿eh?

—El mecanismo de la cerradura estaba completamente destrozado —Alessandro le siguió pasando por las ordenadas filas de bisagras, manijas y herrajes—. Necesita un reemplazo.

—¿Algo sencillo para una americana, verdad? ¿Fácil de usar? —Salvatore señaló hacia las puertas básicas de núcleo hueco.

Pero Alessandro estudió las opciones de madera maciza en su lugar, recordando lo cerca que había estado de ella en aquel pequeño apartamento, con el aroma de su jabón aún flotando en el aire. Cómo había querido alargar la mano para tocarla, tranquilizarla, borrar con sus besos la mortificación que había hecho arder sus mejillas.

—Algo resistente —dijo finalmente—. El edificio antiguo puede ser... complicado para los recién llegados.

—Ah —las cejas de Salvatore se elevaron ligeramente—. ¿La de roble entonces? ¿O quizás la de castaño? Muy segura, muy bien hecha.

—Enséñame la de castaño.

Mientras Salvatore explicaba las características de la puerta de madera maciza, la construcción de espiga y mortaja, los herrajes forjados a mano, la artesanía tradicional italiana, las palabras pasaban sobre él. Todo en lo que Alessandro podía pensar era en el pulso de Natalie visible en la base de su garganta, en la forma en que se le había entrecortado la respiración cuando sus miradas se encontraron.

—Viene con cerradura de privacidad, por supuesto —estaba diciendo Salvatore—. Mucha mejor seguridad que esos viejos mecanismos de llave maestra.

—¿Qué? —Alessandro volvió a centrarse en la conversación.

—La puerta. Cerradura de privacidad. La chica americana querrá cerrar su baño correctamente, ¿no? —la expresión de Salvatore era perfectamente inocente, pero había un brillo en sus ojos que sugería que estaba disfrutando de esta conversación.

—Correcto. Sí. Privacidad —la palabra envió otra imagen inoportuna por su mente: Natalie detrás de una puerta cerrada, segura y a salvo—. Me llevaré la puerta de castaño. Con la cerradura.

—¿Y la instalación?

—Me encargaré yo mismo.

Salvatore asintió y comenzó a anotar el pedido. —¿Sabes? —dijo en tono conversacional—, mi mujer mencionó que Elena Conti ha estado tomando café con la chica americana bastante a menudo. Es bueno que esté haciendo amistades.

El comentario no debería haber acelerado su pulso, pero lo hizo. —Elena es buena dando la bienvenida a los recién llegados.

—Sí, y esta chica parece... ¿cómo se dice?... decidida a encajar. Muy educada cuando va de compras, siempre intentando hablar italiano —Salvatore levantó la vista de su papeleo—. Elena dice que ha venido para quedarse, no solo de visita.

—Mmm —mantuvo su voz neutral a pesar de la opresión que sintió en el pecho al pensar en que ella se marchara—. No todos los que dicen eso lo cumplen.

—Cierto —Salvatore terminó sus cálculos y le mostró a Alessandro el total—. Pero Elena parece pensar que esta es diferente. Dice que tiene razones de verdad para estar aquí.

Diferente. Había algo en ella, la feroz determinación bajo la vulnerabilidad, la forma en que le había mirado como si estuviera intentando decidir si podía confiar en él. La manera en que casi le había preguntado algo importante antes de perder el valor.

Lo inteligente sería mantener la distancia. Lo seguro. Pero mientras entregaba el pago por una puerta que costaba tres veces lo que habría costado un reemplazo básico, Alessandro se dio cuenta de que ya había tomado su decisión. En algún momento entre verla envuelta en esa toalla y observarla intentando mantener su dignidad

mientras medio edificio acudía a rescatarla, había dejado de pensar completamente en los límites profesionales.

En lo que estaba pensando era bastante menos profesional. La forma en que ella le había mirado, mortificada pero consciente, con los labios ligeramente entreabiertos por la sorpresa. Cómo encajaría perfectamente contra él si hubiera cedido al impulso de atraerla hacia sí.

—¿Cuándo puedes tenerla lista? —preguntó.

—Esta tarde. ¿Quieres que la entregue en Via del Limone?

—Sí, número once. —Alessandro se guardó el recibo en el bolsillo.

Salvatore asintió con satisfacción. —Buena elección. Una puerta de calidad como esa durará años.

Alessandro se dirigió hacia la salida, ya planificando la instalación. Había elegido calidad sobre economía sin pensarlo, de la misma manera que abordaría cualquier reparación para la Nonna.

Lo cual ya era bastante revelador.

La verdadera pregunta era qué iba a hacer con esta inoportuna atracción hacia una mujer que claramente planeaba pedirle ayuda. Una mujer cuyas curvas estaban grabadas en su memoria, cuyo aroma aún parecía adherido a su ropa.

¿En qué momento exacto su vida cuidadosamente ordenada se había vuelto tan complicada?

Natalie

La camarera colocó una gran pizza frente a Natalie, seguida de un plato de bruschetta, un cuenco de aceitunas y lo que parecía ser un pequeño plato de antipasto.

Natalie miró fijamente el despliegue, con las mejillas aún calientes por algo más que el sol de la tarde que entraba por las ventanas del café. —Lo siento, pero creo que ha habido un error. Pedí una margarita.

—¡Sì, sì! —La camarera sonrió, señalando orgullosamente la pizza —. ¡Margherita! Muy buena, mozzarella muy fresca.

La comprensión la golpeó como un ladrillo. Por supuesto. Pizza Margherita. No un cóctel margarita. Acababa de pedir una pizza entera cuando lo único que quería era una bebida lo suficientemente fuerte para ayudarle a olvidar cómo había sonado la voz de Alessandro a través de la puerta de su baño, baja, dominante, y demasiado atractiva para un hombre que acababa de presenciar su último desastre.

—Oh. —Natalie consiguió esbozar una débil sonrisa, tratando de no pensar en cómo se habían visto sus manos desmontando su cerradura. Seguras y competentes—. Sí. Perfecto. Grazie.

La camarera se alejó apresurada, claramente satisfecha de haber entregado semejante festín a la chica americana que obviamente sabía apreciar la buena comida italiana.

Natalie miró la pizza, hermosa, había que admitirlo, con albahaca fresca y mozzarella derretida que le recordaba cómo la camisa de Alessandro se había tensado sobre sus hombros mientras trabajaba, luego a la bruschetta que había pedido mientras intentaba averiguar cómo pedir alcohol, y después a las aceitunas que había señalado cuando la camarera había sugerido "antipasti".

Apoyó la cabeza en la áspera mesa de madera y gimió; el aroma a orégano y aceite de oliva no hacía nada para distraerla del recuerdo de lo cerca que él había estado en su pequeño apartamento. De cómo el aire había parecido cargado cada vez que él había hablado.

Este día no hacía más que empeorar. Primero el desastre de la ciudadanía después de pasar toda la noche investigando, luego el incidente del baño que la había convertido en el entretenimiento del edificio, y ahora ni siquiera podía pedir una simple bebida sin crear un buffet italiano unipersonal. A estas alturas, llevaba más de veinte horas despierta y funcionaba únicamente a base de adrenalina, mortificación y la inoportuna conciencia de que Alessandro Leone era el hombre más atractivo que jamás la había rescatado.

—¡Madonna mia, Natalie! ¿Estás planeando alimentar a un pequeño ejército?

Natalie levantó la cabeza para encontrar a Elena de pie junto a su mesa, con las cejas levantadas mientras examinaba la situación gastronómica. Su pelo oscuro captaba la luz de la tarde, y su expresión mostraba esa particular combinación italiana de diversión y preocupación.

—Intenté pedir una margarita —dijo Natalie miserablemente, tratando con mucho cuidado de no pensar en cómo habían lucido los ojos de Alessandro cuando finalmente la había visto propiamente vestida, intensos e indescifrables.

La expresión de Elena pasó de la confusión a la comprensión y a la risa apenas contenida. —Ah. Y obtuviste una margherita en su lugar.

—Junto con todo lo demás que señalé mientras intentaba averiguar cómo pedir alcohol. —Natalie hizo un gesto de impotencia hacia el despliegue—. Solo quería una copa. Una copa fuerte. Ha sido... un día muy largo.

—Eso he oído —dijo Elena, deslizándose en la silla frente a ella con gracia fluida—. ¿Algo sobre puertas de baño y medio edificio acudiendo a tu rescate?

La cara de Natalie ardía, pero esta vez el calor parecía extenderse más abajo, asentándose en su pecho mientras recordaba la forma en que Alessandro había tomado el control de la situación. Lo protegida que se había sentido, incluso atrapada y avergonzada. —Las noticias corren rápido en Santa Lucia, ¿verdad?

—La esposa de Salvatore estaba en el mercado esta mañana. Muy preocupada por tu calvario. —Los ojos de Elena bailaban con diversión—. Dijo que Alessandro tuvo que quitar la puerta entera de sus bisagras.

—Por favor, no sigas —gimió Natalie, volviendo a apoyar la cabeza en la mesa. Pero incluso a través de su vergüenza, podía sentir cómo se aceleraba su pulso al recordar sus manos competentes manejando las herramientas, la tranquila autoridad en su voz mientras gestionaba la creciente multitud de vecinos serviciales—. Ya me estoy muriendo de vergüenza. Se suponía que esta mañana iba a subir a pedirle que tomara mi caso

profesionalmente, y en su lugar tuvo que rescatarme de mi propio baño mientras no llevaba nada más que una toalla.

Las palabras salieron más entrecortadas de lo que había pretendido, y la expresión de Elena se agudizó con interés.

—Ah. —La voz de Elena mostraba comprensión ahora, pero también algo más, una cualidad conocedora que hizo que las mejillas de Natalie ardieran más—. Y ahora tienes miedo de acercarte a él.

—Terror —admitió Natalie, levantando la cabeza. El interior color vino del café de repente se sentía demasiado cálido, demasiado cercano—. ¿Cómo puedo pedirle que me tome en serio como cliente cuando acabo de demostrar que ni siquiera puedo manejar la vida básica en un apartamento? Probablemente piense que soy un completo desastre.

Pero incluso mientras lo decía, recordó la forma en que él la había mirado cuando ella había salido del dormitorio, no con juicio o desdén, sino con algo que le había hecho contener la respiración. Algo que no tenía nada que ver con puertas rotas y todo que ver con la conciencia que había surgido entre ellos en su pequeño apartamento.

ELENA LA ESTUDIÓ por un momento, luego hizo una señal a la camarera con el gesto decisivo de una mujer que reconocía una crisis cuando la veía. —Necesitamos vino —anunció—. Una botella del tinto de la casa. Y trae otra copa.

—Elena, apenas es mediodía...

—Confía en mí —dijo Elena con firmeza, su sonrisa reveladora—. Si vas a pedirle ayuda a Alessandro Leone, vas a necesitar fortificarte. Ese hombre no hace nada fácil. —Hizo una pausa, sus ojos oscuros brillando—. Aunque por lo que he oído, fue muy... minucioso en sus esfuerzos de rescate.

La forma en que dijo "minucioso" hizo que algo revoloteara en el estómago de Natalie. La camarera apareció con una rapidez sorprendente, dejando una botella de vino y dos copas. Elena sirvió

generosamente, el líquido rojo intenso captando la luz como granates líquidos, y deslizó una copa hacia Natalie.

—Ahora —dijo Elena, levantando su copa con precisión ceremonial—. Cuéntame exactamente qué pasó esta mañana. Desde el principio. Y no omitas ningún detalle sobre la reacción de Alessandro.

Natalie dio un sorbo de vino. Era sorprendentemente bueno, rico y con cuerpo, y sintió que parte de la tensión abandonaba sus hombros aunque su pulso seguía acelerado. —¿Realmente quieres oír sobre mi mañana de desastres?

—Cada detalle —confirmó Elena con una sonrisa que sugería que sospechaba que había más en la historia que simple vergüenza—. Especialmente las partes donde estabas atrapada y Alessandro tuvo que... ayudarte.

Natalie miró la pizza, el vino y la cara expectante de Elena. El calor del alcohol ya la estaba haciendo sentir más relajada, más dispuesta a examinar los acontecimientos de la mañana sin el filtro de la pura mortificación.

—De acuerdo —dijo, dando otro sorbo más grande de vino y sintiendo que el calor florecía en su pecho, aunque no estaba completamente segura si era por el alcohol o por el recuerdo de las manos de Alessandro en su puerta—. Pero voy a necesitar toda esa botella.

Los adoquines de Via del Limone parecían brillar ligeramente en la luz de la tarde, aunque podría haber sido el vino. O la segunda botella de vino. Elena había insistido en que necesitaban "una fortificación adecuada" para lo que dramáticamente llamó "la misión", y en algún momento entre el plato de antipasto y la confesión jadeante de Natalie sobre cómo observaba a Alessandro desde su ventana, oh Dios, ¿realmente había admitido eso? habían decidido que el valor líquido era exactamente lo que la situación requería.

—Tienes que hacer esto ahora —dijo Elena, estabilizándose contra la pared de piedra color miel del edificio de Natalie. Su cabello, normalmente perfecto, estaba ligeramente despeinado, y

sus mejillas estaban sonrojadas por el vino y la emoción conspirativa —. Antes de que pierdas el valor. Antes de que pienses demasiado.

—No estoy segura de que esto sea pensar poco —respondió Natalie, aunque no pudo evitar que la risa nerviosa se colara en su voz. El cálido zumbido del alcohol había hecho que todo pareciera más posible, más inmediato. Incluido el recuerdo de cómo se veían las manos de Alessandro trabajando en su puerta, y cómo su voz se había suavizado cuando le había preguntado si estaba bien.

¿Realmente le había contado a Elena sobre eso también? Los detalles se estaban volviendo borrosos en los bordes.

—Natalie —Elena sujetó sus hombros con la solemnidad de alguien que da un consejo crucial para la vida—. El hombre desmontó toda tu puerta hoy. Con sus manos. Tú misma lo has dicho, dos veces. Y te compró el reemplazo caro, no el barato.

—¿Cómo sabes eso?

—La mujer de Salvatore —dijo Elena con una mirada conocedora —. Las noticias vuelan. ¿La puerta de castaño con los herrajes de latón? Eso no es un gesto de vecindad, cara mia. Eso es una declaración.

El vino hizo que las mejillas de Natalie ardieran más. Había mencionado las manos de Alessandro, ¿no? Varias veces. Y posiblemente algo sobre cómo su camisa se estiraba sobre sus hombros. Y definitivamente algo sobre sus ojos.

Oh Dios, ¿qué más había confesado durante dos botellas de vino y los asentimientos alentadores de Elena?

—No puedo recordar todo lo que te conté —admitió Natalie, balanceándose ligeramente mientras miraba hacia el edificio que contenía tanto su apartamento como el de Alessandro.

—Eso es lo que lo hace honesto —dijo Elena con satisfacción—. Sin filtros. Solo verdad. Ahora, ve. Consigue a tu abogado. Consigue tus respuestas. Consigue a tu hombre.

—Él no es mi...

—Es algo —interrumpió Elena, su voz cálida con vino y certeza—. ¿La forma en que hablaste de él? ¿La forma en que tu voz cambió cuando describiste cómo te miraba? Eso no es nada, Natalie.

Las palabras enviaron otro aleteo a través de su pecho, mezclándose con el calor del vino hasta que se sintió mareada de posibilidades. ¿Realmente su voz había cambiado? ¿Elena había notado cosas que ella ni siquiera se había dado cuenta de que estaba revelando?

—¿Y si dice que no? —preguntó Natalie, aunque no estaba completamente segura a cuál pregunta se refería, si a la ayuda legal o a algo completamente distinto.

—Entonces lo sabrás —dijo Elena simplemente—. Pero esconderte en cafés y observarlo desde las ventanas no te está llevando a ninguna parte. Tú misma lo has dicho, tu futuro está en juego.

Cierto. Su futuro. Su ciudadanía. La razón completa por la que estaba en Sicilia. Eso es lo que necesitaba de Alessandro, ayuda profesional, experiencia legal, un camino para quedarse en el país que se había sentido como volver a casa desde el momento en que había bajado del avión.

No la forma en que la había mirado esta mañana cuando la crisis había terminado y habían estado solos en su apartamento. No la forma en que su voz se había suavizado cuando le había preguntado si estaba bien. No el recuerdo de lo cerca que había estado, tan cerca que podía oler su jabón y ver las motas plateadas en sus ojos azules.

Definitivamente nada de eso.

—Ve —dijo Elena de nuevo, dándole un suave empujón hacia la entrada del edificio—. Antes de que tenga que cargarte yo misma escaleras arriba.

Natalie agarró la llave y la confianza de Elena como dos talismanes mientras se dirigía a través de la pesada puerta de madera y subía las estrechas escaleras. El vino hacía que todo pareciera ligeramente surrealista, la forma en que la luz de la tarde se colaba por las pequeñas ventanas, el sonido de sus pasos en los desgastados escalones de piedra, la forma en que su corazón latía demasiado rápido para alguien que simplemente estaba contratando servicios profesionales.

Para cuando llegó a la puerta de Alessandro, casi se había convencido de no hacerlo dos veces. Pero las palabras de Elena resonaron en su mente nublada por el vino: Tu futuro está en juego.

Correcto. Su futuro. No la forma en que la boca de Alessandro se había visto cuando casi sonrió por su broma sobre el burro. No la manera en que se había hecho cargo de su crisis sin hacerla sentir indefensa. No el modo en que la había mirado como si mereciera ser protegida.

Necesitaba su ayuda. Ayuda profesional. Ayuda legal. Eso es todo.

No, no iba a ir por ese camino. Su futuro estaba en juego, y lo que necesitaba de él era experiencia, no... no fuera lo que fuese aquello que hacía que su pulso se acelerara cuando recordaba su voz a través de la puerta del baño.

Pero sus ojos...

Basta ya.

Levantó la mano y golpeó con los nudillos contra la pesada puerta de madera con más fuerza de la que pretendía. El sonido resonó en el estrecho pasillo.

Nada.

Esperó, contando los latidos que parecían demasiado fuertes en el silencio, y llamó de nuevo. Seguía sin haber respuesta.

Al tercer intento, se preguntaba si el vino había sido una idea terrible después de todo. Tal vez no estaba en casa. Tal vez era el universo diciéndole que esperara, que se sobriara, que abordara esto como una adulta racional en lugar de una mujer cuyo juicio había sido completamente comprometido por dos botellas de vino de la casa y el ánimo de Elena.

Entonces lo oyó, una voz desde dentro, áspera con lo que parecía sueño o irritación: —Sto arrivando!

Ya voy.

Las palabras enviaron un escalofrío completamente inapropiado a través de su cuerpo cálido por el vino, y Natalie se dio cuenta con

creciente horror que estaba a punto de enfrentarse a Alessandro Leone mientras estaba ligeramente ebria, emocionalmente vulnerable y aparentemente incapaz de mantener sus pensamientos en el camino profesional donde pertenecían.

Esto iba a ser la mejor decisión que había tomado desde que llegó a Sicilia, o el error más espectacular de toda su vida.

El sonido de pasos se acercó a la puerta, y el último pensamiento coherente de Natalie fue que estaba a punto de descubrir cuál de las dos opciones sería.

Alessandro

La puerta se abrió para revelar a Natalie agarrándose al marco como si fuera lo único que la mantenía en pie. Su cabello oscuro estaba despeinado, sus mejillas sonrojadas, y había algo desenfocado en sus ojos que inmediatamente lo puso en alerta.

—Necesito contratar tus servicios —anunció sin preámbulos, sus palabras llevando un ligerísimo arrastre en los bordes.

Alessandro alzó una ceja. La frase quedó suspendida en el aire entre ellos, cargada de implicaciones que estaba bastante seguro que ella no había pretendido, aunque el rubor en sus mejillas sugería que podría ser consciente del doble sentido.

Pero entonces la miró realmente. La forma en que se balanceaba ligeramente, la cualidad vidriosa de sus ojos oscuros, el cuidado con que estaba enunciando cada palabra como si requiriera una tremenda concentración.

—¿Estás borracha? —preguntó sin rodeos.

—Eso no tiene importancia —respondió Natalie con la elaborada dignidad de alguien que estaba absolutamente ebria—. Necesito contratarte. Necesito tu ayuda.

Alessandro cruzó los brazos y se apoyó en el marco de la puerta, estudiándola. Estaba claramente agotada. Podía ver las ojeras bajo sus ojos, la palidez bajo el rubor de sus mejillas. ¿Cuándo fue la última vez que durmió? ¿Cuándo comió algo sustancial?

—No vas a recibir mi ayuda en este estado —dijo firmemente—. Vuelve mañana cuando estés sobria, y hablaremos.

—No. —La palabra salió más cortante de lo que probablemente había pretendido—. Necesito saber ahora. Necesito saber las formas en que puedo quedarme en Sicilia.

—Natalie...

—Por favor. —La desesperación en su voz atravesó su irritación —. Solo dime cuáles son mis opciones. Luego te dejaré en paz.

Alessandro suspiró, reconociendo la futilidad de discutir con una mujer ebria y agotada que claramente había llegado al límite. Si responder a sus preguntas la haría irse a la cama antes de que se desplomara en su pasillo, que así fuera.

—Está bien —dijo secamente—. Visado de estudiante, tendrías que matricularte en una universidad italiana. Visado de trabajo, necesitarías una oferta de empleo de un empleador italiano dispuesto a patrocinarte. Visado de jubilación, tendrías que demostrar un patrimonio financiero significativo y ser mayor de cierta edad.

Ella asentía, aunque no estaba del todo seguro de cuánto estaba asimilando.

—Visado de nómada digital —continuó—. Para trabajadores remotos con fuentes de ingresos establecidas.

—¡Ese! —dijo Natalie, señalándole con el entusiasmo de alguien que acababa de resolver un rompecabezas complejo—. ¡Puedo hacer ese!

—No —dijo Alessandro, desinflando su entusiasmo con eficiencia experimentada—. Tendrías que volver a tu país de origen y solicitarlo desde allí. El proceso puede llevar meses.

Su rostro decayó. —Pero este es ahora mi país de origen.

Las palabras le impactaron inesperadamente, la feroz convicción en su voz a pesar de su estado actual, la forma en que había reclamado Sicilia como suya sin vacilar. Apartó ese sentimiento.

—¿De qué otra manera puedo quedarme? —preguntó, y había algo casi suplicante en su tono.

Alessandro respondió a pesar de su mejor juicio. —Encuentra otra línea familiar para solicitar la ciudadanía. Tu abuelo, quizás, si

puedes rastrear la herencia italiana a través de él. O... —dudó, sabiendo que estaba a punto de decir algo que complicaría las cosas —. Cásate con un italiano.

—¿Y a quién voy a conseguir que haga eso? —preguntó Natalie, levantando las manos con exasperación.

La pregunta quedó suspendida entre ellos, cargada de posibilidades que Alessandro se negó a examinar. Antes de que pudiera formular una respuesta que no hiciera todo infinitamente más complicado, las rodillas de Natalie parecieron ceder por completo.

Se hundió hasta el suelo con sorprendente gracia, su espalda contra el marco de su puerta, y puso la cabeza entre las manos.

—Natalie —dijo Alessandro, con alarma reemplazando la irritación—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —murmuró en sus palmas, pero cuando intentó ponerse de pie, se tambaleó peligrosamente hacia la izquierda.

Alessandro la agarró del codo, sosteniéndola. —Necesitas irte a la cama.

—Sí —estuvo de acuerdo, asintiendo con la sinceridad de alguien que acababa de darse cuenta de que era una excelente idea—. La cama suena perfecto.

Dio un paso hacia las escaleras y Alessandro se dio cuenta inmediatamente de que no iba a conseguirlo. La combinación de agotamiento, alcohol y lo que él sospechaba que era muy poca comida había alcanzado claramente su límite. Ella se tambaleó de nuevo, y él tomó una decisión de la que probablemente se arrepentiría.

—Cristo —murmuró entre dientes, y luego la levantó en sus brazos antes de que pudiera protestar.

Natalie emitió un pequeño sonido de sorpresa pero no se resistió, lo que le dijo todo lo que necesitaba saber sobre lo agotada que estaba realmente. Su cabeza se acomodó contra su hombro con la

confianza inconsciente de alguien demasiado cansada para mantener sus defensas.

No pesaba casi nada, se dio cuenta mientras la bajaba por las escaleras. ¿Cuándo había sido la última vez que había comido una comida de verdad? ¿Cuándo había dormido más de unas pocas horas? El instinto protector que surgió en su pecho era tan inoportuno como imposible de ignorar.

—Llave —dijo cuando llegaron a su puerta.

—Mmm —murmuró Natalie, hurgando en su bolsillo hasta que sacó su llave.

Su apartamento estaba exactamente como lo había dejado esa mañana, con las herramientas recogidas y el hueco de la puerta del baño vacío y esperando la nueva puerta. Alessandro la llevó directamente al dormitorio y la depositó suavemente en la cama.

—Duerme —dijo con firmeza, cubriéndola con una manta ligera sin quitarle la ropa—. Hablaremos mañana cuando puedas pensar con claridad.

—¿Alessandro? —Su voz estaba amortiguada por la almohada, pero la escuchó claramente.

—¿Sí?

—Gracias. Por lo de hoy. Por todo.

La miró, con el pelo extendido sobre la almohada, el rostro relajado por la proximidad del sueño, viéndose más joven y vulnerable que nunca. Algo se retorció en su pecho, algo que no tenía nada que ver con la obligación de vecino y todo que ver con la forma en que ella se había acoplado contra él cuando la llevaba en brazos, la manera en que había confiado en él a pesar de estar apenas consciente.

—Descansa, Natalie —dijo en voz baja, y luego salió antes de poder hacer algo estúpidamente caballeroso como quedarse para asegurarse de que estuviera bien.

Mientras subía las escaleras de vuelta a su propio apartamento, Alessandro intentó ignorar la manera en que su aroma aún se aferraba a su camisa, o lo correcto que se había sentido cuidar de ella. Mañana, cuando estuviera sobria y coherente, podrían discutir sus opciones legales como adultos civilizados.

Esta noche, iba a fingir que no había notado lo perfectamente que encajaba en sus brazos, o lo mucho que había deseado quedarse.

CAPÍTULO 8



Alessandro

El antiguo limonero luchaba contra él como si hubiera estado esperando años para esta batalla.

Alessandro agarró las tijeras de podar con más fuerza, mientras el sudor le perlaba la frente mientras lidiaba con una rama particularmente obstinada que había crecido salvaje y gruesa como su muñeca. El sol matutino le golpeaba los hombros a través de su camisa de trabajo, y el familiar aroma a aceite de limón y hojas aplastadas debería haber sido relajante. En cambio, cada corte de la hoja se sentía como si estuviera intentando atravesar su propia energía inquieta.

Tres días. Llevaba tres días evitando su propio apartamento, buscando excusas para quedarse en la villa de la Nonna, para perderse en trabajos físicos que no implicaran pensar en unos ojos oscuros y en el peso de una mujer que encajaba demasiado perfectamente en sus brazos.

La rama finalmente cedió con un satisfactorio chasquido, y Alessandro retrocedió para evaluar su trabajo. El árbol ya se veía mejor: líneas más limpias, espacio para nuevo crecimiento, el enredo caótico del exceso de vegetación finalmente bajo control. Si tan solo sus pensamientos pudieran podarse con la misma facilidad.

—Cristo, ¿qué te hizo ese árbol?

Alessandro se giró para encontrar a su primo Rafaele subiendo por el sendero de piedra, con un maletín en una mano y una expresión de divertida preocupación en su rostro. Raf parecía recién salido de una oficina milanesa: camisa planchada, zapatos caros que no pegaban en un camino de tierra, pelo peinado con un tipo de precisión que sugería una rutina matinal que incluía más productos de los que Alessandro poseía.

—Pensaba que tenías reuniones en Palermo hoy —dijo Alessandro, limpiándose las manos en sus pantalones de trabajo.

—Terminé pronto. —Rafaele dejó su maletín y estudió el montón de ramas cortadas a los pies de Alessandro—. Decidí comprobar cómo está mi primo que al parecer lleva viviendo como un ermitaño en el jardín de nuestra abuela durante la última semana.

—Tres días —corrigió Alessandro automáticamente.

—Ah, tres días. Mucho más razonable. —El tono de Raf era seco como el verano siciliano—. ¿Desde cuándo huyes de tu propio apartamento, cugino?

La pregunta dio más en el clavo de lo que Alessandro quería admitir. Se volvió hacia el limonero, concentrándose en una rama más pequeña que necesitaba atención.

—No estoy huyendo de nada. La Nonna necesitaba ayuda con el jardín.

—Ya. Y supongo que esta repentina dedicación a la horticultura no tiene nada que ver con tu vecina americana.

La mano de Alessandro se detuvo en las tijeras de podar.

—¿Qué te hace pensar que esto tiene algo que ver con ella?

—La Signora Bernardi mencionó haberte visto llevar a alguien al edificio hace unas noches. Se rumorea que la chica americana ha estado encerrada en su apartamento desde entonces, y tú has estado notablemente ausente del tuyo. —Rafaele recogió una de las ramas caídas, examinándola con aire de quien está haciendo una observación—. Dos más dos, Alessandro.

Maldita sea Santa Lucia y su incapacidad para mantener cualquier cosa en privado. Alessandro reanudó su poda con más fuerza de la necesaria.

—Necesitaba ayuda para entrar a salvo. Eso es todo.

—Mmm. —Rafaele se acomodó en uno de los muros bajos de piedra que bordeaban el jardín, claramente preparándose para una conversación más larga de la que Alessandro deseaba tener—. ¿Y esta ayuda requería que desaparecieras de tu propia vida durante tres días porque...?

—Porque ella es... podría ser una clienta —dijo Alessandro, palabras que sonaban débiles incluso para sus propios oídos.

—Una clienta. —Las cejas de Rafaele se elevaron—. ¿La misma clienta que se quedó atrapada en su baño y requirió una misión de rescate de todo el edificio? ¿La que no puede entender cómo funcionan las cerraduras italianas pero de alguna manera te convenció para que aceptaras su caso?

La mandíbula de Alessandro se tensó.

—Es complicado.

—Ya me lo imagino. —Había demasiada comprensión en la voz de Raf, el tipo de comprensión que viene de años de observar a Alessandro mantener una cuidadosa distancia de cualquier cosa que pudiera requerir inversión emocional—. ¿Cuál es su situación legal?

—Ciudadanía por descendencia. La nueva ley mató su solicitud a través de su bisabuela. —Alessandro se movió a la siguiente sección del árbol, agradecido por la excusa para apartarse de la mirada reveladora de su primo—. Le quedan unos setenta y cinco días de visado turístico.

—Vaya. ¿Y te contrató para encontrar alternativas?

—Intentó contratarme mientras estaba borracha como una cuba —dijo Alessandro, y el recuerdo de ella tambaleándose en su puerta le provocó una sacudida no deseada en su sistema—. Le dije que lo discutiríamos cuando estuviera sobria.

—Pero no lo habéis discutido.

—He estado ocupado.

—Has estado escondido. —La voz de Rafaele tenía el tono paciente de alguien que afirma un hecho obvio—. La cuestión es por qué. ¿Es realmente una clienta tan terrible, o el problema es algo completamente distinto?

La mano de Alessandro se cerró alrededor de las tijeras de podar mientras una imagen cruzaba su mente: la cabeza de Natalie contra

su hombro, la confianza con la que le había dejado llevarla, la feroz vulnerabilidad en su voz cuando había dicho este es mi país ahora. La manera en que se le había oprimido el pecho cuando le colocó la manta alrededor de su forma dormida.

—Ella es... —Se detuvo, dándose cuenta de que no tenía ni idea de cómo terminar esa frase sin revelar más de lo que pretendía.

—¿Ella es qué?

—Complicada —repitió Alessandro sin convicción.

Rafaele permaneció callado por un momento, estudiando a su primo con la aguda atención que lo hacía tan efectivo en su propia práctica legal. —¿Sabes? —dijo finalmente—. La última vez que te vi así de alterado por una mujer, tenías veinticinco años y estabas convencido de que Chiara había colgado la luna.

La comparación le cayó como un jarro de agua fría. Los movimientos de Alessandro se volvieron más bruscos, más precisos. —Esto no tiene nada que ver con aquello.

—¿No? Mujer hermosa, necesita tu ayuda, te hace cuestionar tu vida cuidadosamente ordenada? —Rafaele fue enumerando los puntos con los dedos—. Me suena familiar.

—Chiara se marchó —dijo Alessandro secamente—. Eligió Milán en lugar de Sicilia, la ambición por encima de... —No terminó la frase.

—Por encima de ti —dijo Rafaele con suavidad—. Y desde entonces te has estado castigando por desear algo que no funcionó.

Alessandro se volvió hacia su primo, con la ira ardiendo brillante y caliente. —No me estoy castigando. Estoy siendo práctico. Aprendí por experiencia que arriesgarlo todo por alguien que podría marcharse no vale la pena.

—¿Y esta americana? ¿Crees que ella también se va a marchar?

La pregunta le golpeó más fuerte de lo que debería. Alessandro pensó en la desesperación en la voz de Natalie, en cómo le había mirado como si él pudiera ser su salvación. La feroz determinación bajo su vulnerabilidad.

—Ella no tiene elección —dijo en voz baja—. Su visado expira. Sin una vía legal para quedarse...

—Hay vías —señaló Rafaele—. Lo sabes mejor que nadie.

Alessandro lo sabía. De hecho, había estado pensando en ellas durante tres días. Visados de estudiante, permisos de trabajo, matrimonio con un ciudadano italiano. Esta última opción había estado dando vueltas en su mente con una frecuencia inquietante, aunque se negaba a examinar el porqué.

—La mayoría requieren que primero salga del país. Que inicie el proceso desde Estados Unidos. —Alessandro podó otra rama, concentrándose en la línea limpia del corte—. Para cuando pudiera regresar...

—La echarías de menos —terminó Rafaele suavemente.

Las palabras quedaron flotando en el cálido aire matutino entre ellos. Alessandro quería negarlo, afirmar que se trataba puramente de una preocupación profesional, pero la mentira no se formaba. La echaría de menos. Ya la estaba echando de menos, y ella solo estaba a unos pocos kilómetros de distancia.

—Esto es una locura —murmuró, atacando el árbol con renovado vigor—. Apenas conozco a la mujer.

—A veces es cuando golpea más fuerte —dijo Rafaele con la sabiduría de alguien que llevaba ocho años felizmente casado—. Cuando no te lo esperas. Cuando todas tus defensas están bajas.

—Mis defensas están bien.

—Claro. Por eso te estás escondiendo en el jardín de la nonna, desahogando tu frustración sexual con inocentes árboles de cítricos.

Las tijeras de podar de Alessandro resbalaron, casi atrapando su pulgar. —No estoy...

—Oh, sí que lo estás. —La sonrisa de Rafaele era conocedora y completamente poco comprensiva—. La cuestión es qué vas a hacer al respecto. ¿Seguir escondiéndote hasta que ella se vea obligada a marcharse, o realmente ayudar a la mujer que claramente te necesita?

El desafío en la voz de su primo despertó algo inquieto e incómodo en el pecho de Alessandro. Pensó en la feroz convicción de Natalie cuando había dicho que Sicilia era ahora su hogar. La

forma en que le había mirado como si él pudiera ser la única persona que podía ayudarla a quedarse.

La manera en que se había sentido en sus brazos, pequeña, cálida y confiada.

—No es tan simple —dijo finalmente.

—Nunca lo es. —Rafaele se puso de pie, sacudiéndose la tierra de sus caros pantalones—. Pero evitarla no hará que la situación desaparezca. Y desde luego no hará que dejes de pensar en ella.

Alessandro no respondió, pero su primo tenía razón. Tres días de trabajo físico y distancia deliberada no habían borrado el recuerdo del aroma de Natalie, ni la forma en que su voz se había quebrado cuando le había dado las gracias. Si acaso, la separación forzada solo había hecho que la atracción fuera más fuerte.

—Debería volver a Palermo —dijo Rafaele, recogiendo su maletín —. Pero Alessandro, sea lo que sea que decidas, decídelo pronto. Setenta y cinco días no es mucho tiempo, y esa mujer merece saber si tiene un aliado o si está sola.

Comenzó a bajar por el sendero, luego se volvió con la expresión satisfecha de alguien que había dejado clara su postura. —Y primo, la próxima vez que quieras evitar a una mujer, quizás no elijas actividades que te hagan parecer un granjero sudoroso. No está ayudando a tu argumento de distancia emocional.

Alessandro se miró a sí mismo: camisa de trabajo pegada al pecho, tierra bajo las uñas, sudor humedeciendo su cabello. Probablemente parecía exactamente lo que era, un hombre desahogando una tensión que no quería reconocer.

—Merda —murmuró, viendo a Rafaele desaparecer por el sendero.

El limonero se erguía ante él, correctamente podado ahora, con sus ramas restantes extendiéndose hacia el sol con líneas limpias y decididas. Alessandro recogió sus herramientas, sabiendo ya que no podía esconderse para siempre en el jardín de su abuela.

Tarde o temprano, tendría que enfrentarse a Natalie Russo y a lo que fuera que esta inconveniente atracción se estaba convirtiendo.

La cuestión era si tendría el valor de ayudarla a quedarse, o si encontraría otra excusa para mantener la distancia hasta que su

visado expirara y la decisión se tomara por los dos.

El cálido aire siciliano transportaba el aroma de limones y posibilidades, y por primera vez en tres días, Alessandro se permitió considerar que tal vez, solo tal vez, algunos riesgos valían la pena.

Su camisa se adhería a su pecho, húmeda por el sudor y el peso de las decisiones que había estado evitando. Necesitaba el mar, necesitaba la conmoción del agua fría contra la piel acalorada, necesitaba el ritmo inconsciente de nadar hasta que su cuerpo estuviera demasiado exhausto para pensar en ojos oscuros y en la manera en que una mujer se había sentido en sus brazos.

Natalie

Tres días escondida en su apartamento habían hecho que Natalie se sintiera como un vampiro emergiendo a la luz del día, pero el tramo vacío de playa era exactamente lo que necesitaba. Se estiró sobre la descolorida toalla de playa que había encontrado en su apartamento, dejando que el calor penetrara hasta sus huesos mientras el Mediterráneo resplandecía infinitamente ante ella.

Había elegido este pequeño tramo de costa precisamente porque estaba vacío, escondido entre salientes rocosos que lo hacían invisible desde la playa principal, accesible solo por un estrecho sendero que parecía no conducir a ninguna parte. El silencio solo era interrumpido por el susurro rítmico de las olas contra la arena y el grito distante de las gaviotas. Perfecto para alguien que necesitaba desaparecer del mundo por un tiempo.

Tres días. Tres días desde que había hecho el ridículo más completo en la puerta de Alessandro, y todavía no había escuchado ni siquiera una pisada del apartamento encima del suyo. O bien era el hombre más silencioso de Sicilia, o estaba evitando su propio hogar tanto como ella había estado evitando... bueno, todo.

Su portátil descansaba cerrado junto a ella, burlándose con su pantalla negra. Debería estar investigando. Dando seguimiento a las

opciones de visado que Alessandro había enumerado mientras ella se balanceaba borracha en su puerta. En cambio, había pasado la mañana mirando al techo, repasando escenarios que todos llevaban al mismo callejón sin salida.

Visado de estudiante: necesitarías matricularte en una universidad italiana.

Claro. Como si tuviera el dinero para la matrícula y las credenciales académicas para estudios de posgrado en un idioma extranjero. Sin mencionar el hecho de que la mayoría de los programas requerirían que volviera primero a Estados Unidos para solicitar plaza.

Visado de trabajo: necesitarías una oferta de empleo de un empresario italiano dispuesto a patrocinarte.

Aún más imposible. ¿Quién iba a contratar a una diseñadora freelance americana con conocimientos intermedios de italiano y sin permiso de trabajo? Solo los trámites burocráticos llevarían meses.

Visado de nómada digital: tendrías que volver a tu país de origen y solicitarlo desde allí.

La única opción que había despertado esperanza durante exactamente treinta segundos hasta que él la aplastó con la realidad migratoria. Dejar Sicilia para quizás, posiblemente, eventualmente volver si el gobierno italiano decidía que era digna. Sin garantías, sin plazos, sin promesas.

Natalie cerró los ojos y dejó que el sol dibujara patrones contra sus párpados. El calor hacía parecer que la propia Sicilia intentaba consolarla, y por un momento casi pudo fingir que sus problemas no existían.

Busca otra línea familiar para solicitar la ciudadanía. Tu abuelo, quizás.

El padre de su madre. Giuseppe algo, según las pocas historias dispersas que su madre había compartido antes de poner esa mirada distante que significaba que el tema estaba cerrado. Había muerto cuando la madre de Natalie apenas tenía diez años, dejando solo una fotografía descolorida y un puñado de recuerdos que se desvanecían cada año.

Era de Sicilia, le había dicho su madre una vez. En algún lugar de las montañas, creo. Pero María, él nunca hablaba del viejo país. Decía que era mejor mirar hacia adelante, no hacia atrás.

En algún lugar de Sicilia. Útil. Eso lo reducía a aproximadamente 25.000 kilómetros cuadrados y cientos de pueblos pequeños donde los registros podrían o no existir, podrían o no haber sobrevivido a guerras, burocracia y décadas de abandono.

Incluso si pudiera encontrar su lugar de nacimiento, incluso si pudiera rastrear los documentos, todavía necesitaría probar el rastro documental a través de su madre. Y su madre siempre había sido vaga sobre la familia de su padre, protegiendo viejas heridas que nunca se habían curado adecuadamente.

El sol golpeaba sus hombros, y Natalie alcanzó la crema solar que había empacado optimistamente, junto con la novela de bolsillo que había cogido de su mesita de noche. Quizás podría perderse en los problemas de otra persona por un rato. Alguien cuya mayor preocupación fuera qué hombre devastadoramente guapo elegir, no si la deportarían del único lugar que alguna vez se había sentido como un hogar.

Cásate con un italiano.

Las palabras de Alessandro resonaban en su memoria con el tono casual de alguien que sugiere probar un restaurante diferente. Como si el matrimonio fuera solo otra categoría de visado, solo otro formulario que rellenar.

Claro. Como si fuera a casarse. Con cualquiera, y menos aún con algún italiano al azar que estuviera dispuesto a cometer fraude por una desconocida. Nunca había estado ni cerca del matrimonio con hombres que realmente había amado. ¿Cuáles eran las probabilidades de encontrar a alguien dispuesto a fingirlo en menos de tres meses?

E incluso si tal persona existiera, incluso si pudiera soportar la idea de reducir el matrimonio a una transacción, tendría que ser alguien lo suficientemente confiable como para no aprovecharse de la situación. Alguien que entendiera las complejidades legales, que pudiera navegar por la burocracia sin que los arrestaran a ambos.

Alguien como...

No. Absolutamente no. No iba a ir por ese camino.

El pensamiento había estado rondando los bordes de su conciencia durante días, desde que Alessandro la había llevado a la cama con el tipo de delicadeza cuidadosa que le había hecho doler el pecho. La forma en que había arreglado la manta a su alrededor, la preocupación callada en su voz cuando le había dicho que durmiera.

Pero no iba a entretenerse con fantasías sobre un matrimonio de conveniencia con su vecino devastadoramente atractivo. Esto no era una novela romántica cursi donde los matrimonios convenientes conducían a un felices para siempre. Esta era la vida real, y la vida real no funcionaba así. Alessandro Leone había dejado claro que no quería tener nada que ver con ella más allá de la obligación básica de vecindad. Tres días de completo silencio desde arriba lo demostraban.

Además, incluso si estuviera dispuesto, que absolutamente no lo estaba, sería aprovecharse de su amabilidad. Usar a alguien que ya la había ayudado más de lo que tenía derecho a esperar.

Natalie abrió su libro con más fuerza de la necesaria, decidida a perderse en un romance de ficción en lugar de detenerse en la imposible complejidad de su vida real. La heroína era una institutriz victoriana, el héroe un duque taciturno, y sus problemas involucraban leyes de herencia y escándalos sociales en lugar de visados turísticos e inminentes deportaciones.

Mucho más simple que su situación actual.

La brisa mediterránea levantó las páginas de su libro, llevando el aroma a sal y romero silvestre desde los acantilados de arriba. En algún lugar en la distancia, podía escuchar el débil sonido de salpicaduras, probablemente un local aprovechando la playa vacía para un baño vespertino.

Intentó concentrarse en la ardiente declaración de amor del duque, pero su mente seguía vagando hacia ojos del color del mar Tirreno que se extendía sin fin ante ella y el recuerdo de unos brazos fuertes llevándola a un lugar seguro. Hacia la forma en que había sonado la voz de Alessandro a través de la puerta de su baño, paciente y tranquilizadora y totalmente competente.

Hacia la idea imposible, ridícula, completamente impráctica que había estado creciendo más fuerte cada día desde que se había despertado en su propia cama sin recordar cómo había llegado allí.

Los sonidos de salpicaduras se estaban acercando, pero Natalie mantuvo sus ojos firmemente en la página, decidida a no pensar en matrimonio o visados o devastadoramente atractivos abogados italianos que probablemente lamentaban haberla conocido.

Incluso si uno de ellos surgía del mar justo en el momento equivocado, pareciendo el protagonista de todas las novelas románticas cobrado vida.

Las salpicaduras se detuvieron.

La visión periférica de Natalie captó movimiento, alguien caminando por la playa, con agua escurriendo de su cuerpo. Hundió la nariz más profundamente en su libro, decidida a no mirar. Probablemente solo un pescador local o...

—Señorita Russo.

Oh no. Oh Dios, no.

La voz era inconfundible: baja, ligeramente áspera, y teñida con lo que sonaba como diversión. Todo el cuerpo de Natalie se puso rígido, sus dedos aferrando la novela de bolsillo con tanta fuerza que probablemente estaba dejando arrugas permanentes en las páginas.

No levantó la mirada. Definitivamente no levantó la mirada.

—Confío en que te encuentras mejor.

En contra de todo instinto de autopreservación, los ojos de Natalie se desviaron del libro durante una fracción de segundo. Fue un error. Un error catastrófico que le cambiaría la vida.

Alessandro Leone estaba a un metro de distancia, y estaba... Dios la ayudara. Era magnífico.

Las gotas de agua se aferraban a su pecho como diamantes, trazando caminos por músculos que parecían esculpidos en mármol. Su bañador colgaba bajo en sus estrechas caderas, con la cinturilla justo debajo del marcado corte de sus huesos ilíacos de una manera que le secó la boca. Llevaba el pelo echado hacia atrás, enfatizando

la línea afilada de su mandíbula y esos pómulos imposibles que pertenecían a una pintura renacentista.

Pero fue su pecho lo que hizo que su cerebro se cortocircuitara por completo. Hombros anchos que se estrechaban hacia una cintura esbelta, cada músculo definido con el tipo de precisión que venía del trabajo físico, no de un gimnasio. El vello oscuro se extendía por sus pectorales, estrechándose en una línea que desaparecía bajo la cinturilla y la hacía preguntarse qué otros secretos se ocultaban más abajo.

Sus piernas eran poderosas, del tipo que probablemente podrían llevarla a cualquier lugar donde necesitara ir.

Del tipo que la habían llevado, hace tres noches, cuando estaba demasiado borracha y agotada para mantenerse en pie.

—Vete —murmuró en su libro, devolviendo la mirada a la página impresa donde el romance ficticio era mucho más seguro que el hombre muy real y muy mojado que estaba frente a ella.

Le oyó reírse, un sonido grave que vibró a través de su pecho de la manera más inapropiada.

—Eso no es muy amable entre vecinos.

—Estoy leyendo —dijo desesperadamente, agitando el libro como un escudo—. Estoy teniendo un día tranquilo en la playa. Sola. Leyendo. Por mi cuenta.

—Ya lo veo. —Definitivamente había diversión en su voz ahora—. Aunque tienes el libro al revés.

Los ojos de Natalie se fijaron en la página. Tenía razón. El texto estaba completamente invertido, lo que explicaba por qué no había podido concentrarse en las apasionadas declaraciones del duque.

El calor inundó sus mejillas, y rápidamente dio la vuelta al libro, hundiéndose más en su toalla.

—Estaba... es una técnica de lectura diferente. Muy vanguardista.

—Mmm-hmm.

Podía oírlo acercarse, y el pánico recorrió su sistema. Agarró la toalla de repuesto que había traído y se la puso sobre la cabeza como una tienda improvisada, creando una barrera entre ella y la tentación andante que era Alessandro Leone en bañador.

—Esto es que me estoy escondiendo —anunció desde debajo de la felpa—. Finge que no me ves.

—Natalie. —Su voz estaba más cerca ahora, mucho más cerca—. Tenemos que hablar.

—No, no tenemos. Realmente, realmente no tenemos. —Su voz estaba amortiguada por la toalla, pero esperaba que su determinación se transmitiera claramente—. Puedes volver a tu natación, y yo volveré a mi lectura, y fingiremos que esto nunca ocurrió.

—Sobre tu situación legal.

Las palabras hicieron que su estómago se contrajera con una mezcla de esperanza y mortificación. Por supuesto que quería hablar de su caso. Asuntos profesionales. No nada relacionado con cómo se veía su pecho con el agua corriendo por él, o cómo su bañador se aferraba a sus caderas, o la forma en que todo su cuerpo se había vuelto líquido al verlo.

—No puedo hablar contigo mientras estás... —Hizo un gesto vago desde debajo de su fortaleza de toalla—. Así.

—¿Así cómo?

—Mojado. Y sin camisa. Y... presente.

Oyó lo que sonaba sospechosamente como arena moviéndose, como si se estuviera sentando a su lado. No. No, no, no. No se estaba sentando. No se estaba poniendo cómodo. Definitivamente no estaba planeando tener una conversación prolongada mientras lucía como un dios marítimo.

—¿Mejor? —preguntó él.

Natalie se asomó por debajo de su toalla e inmediatamente se arrepintió. Efectivamente se había sentado, justo en el borde de su manta de playa, lo suficientemente cerca como para ver las gotas de agua que aún se aferraban a sus hombros, para oler la sal y el sol en su piel.

Seguía gloriosamente, devastadoramente sin camisa.

—Mucho peor —murmuró, tirando de la toalla de nuevo sobre su cabeza—. Esto no es mejor. Es lo opuesto a mejor.

—La playa es un buen lugar para discutir negocios —dijo razonablemente—. Territorio neutral.

—¡No hay nada neutral en este territorio! —Las palabras salieron con más vehemencia de lo que había pretendido—. ¡Este es el territorio menos neutral en la historia de los territorios!

—¿Por la natación?

—¡Por el...! —Gesticuló salvajemente desde debajo de su toalla, tratando de abarcar toda su existencia—. ¡Todo! ¡Todo ello! ¡El agua y los músculos y la forma en que pareces haber salido de un anuncio de colonia!

El silencio que siguió fue tan completo que podía oír su propio corazón retumbando en sus oídos.

—¿Acabas de compararme con un anuncio de colonia? —La voz de Alessandro contenía una nota que no pudo identificar.

Natalie quería morir. Realmente morir. Allí mismo en la playa, enterrada bajo una toalla como el avestruz más patético de Sicilia.

—Estoy teniendo una crisis nerviosa —le informó desde su cueva de felpa—. Una crisis mental completa. Por favor, ignora todo lo que acabo de decir y finge ser un vecino normal que lleva cantidades apropiadas de ropa.

—Estoy vestido.

—No con suficiente ropa. Definitivamente no suficiente ropa para esta conversación.

Le oyó moverse en la manta, y todo su cuerpo se puso en alerta máxima. ¿Se estaba acercando? ¿Alejándose? ¿Quitándose más ropa? No podía saberlo, y absolutamente no iba a mirar.

—Natalie —dijo, y su voz era más suave ahora, casi persuasiva—. Sal de debajo de la toalla.

—No.

—Realmente necesitamos discutir tus opciones.

—No tengo opciones. Ese es el problema. —Las palabras salieron con más amargura de lo que había pretendido—. Tengo setenta y cinco días para averiguar cómo quedarme en el único lugar que se ha sentido como un hogar, y cada solución implica cosas que no puedo hacer o no tengo, o que requerirían que me marchara, de todos modos.

La confesión quedó suspendida en el aire cálido entre ellos, y Natalie se arrepintió inmediatamente de su sinceridad. Se suponía

que debía ocultar su desesperación, no anunciarla al hombre que ya la había visto en su peor momento.

—Eso no es del todo cierto —dijo Alessandro en voz baja.

Algo en su tono la hizo asomarse de nuevo por debajo de la toalla. Él la observaba con una expresión que no pudo descifrar, sus ojos color mar serios e intensos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —dijo él—, que podría haber opciones que aún no hemos explorado.

A pesar de que todos sus instintos le decían que permaneciera oculta, la curiosidad ganó la partida. Natalie bajó lentamente la toalla, aunque la mantuvo agarrada en sus manos como si fuera una armadura. —¿Qué opciones?

Alessandro se inclinó ligeramente hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. El movimiento hizo que los músculos de sus hombros se movieran, y Natalie se obligó a centrarse en su rostro en lugar de en la forma en que el agua seguía brillando en su pecho.

—Si podemos encontrar documentación de otro abuelo italiano, tu abuelo, por ejemplo, podríamos conseguirte un permesso di soggiorno mientras se tramita tu solicitud de ciudadanía.

Natalie sintió que su pulso se aceleraba. —¿Crees que me lo concederían? ¿Incluso con las nuevas restricciones?

—Si puedes demostrar un reclamo legítimo de ciudadanía a través de otra línea familiar, sí. Las autoridades reconocen que estas solicitudes tardan tiempo en procesarse, especialmente cuando se necesita localizar documentación adicional. —Su expresión se volvió más animada mientras hablaba, y el abogado que había en él claramente estaba analizando las posibilidades—. Vale la pena intentarlo, y te daría la base legal que necesitas mientras rastreamos la documentación adecuada.

Natalie sintió algo revolotear en su pecho. Esperanza, quizás, o solo la peligrosa posibilidad de esperanza. —No sé nada sobre mis

otros abuelos. Mis padres nacieron en Brooklyn, y también sus padres, excepto... —Se detuvo, recordando.

—¿Excepto? —Alessandro la animó suavemente.

—El padre de mi madre. Giuseppe. —El nombre sonaba extraño en su lengua, cargado de misterio y viejo dolor—. Pero realmente no sé nada de él. Creo que nadie lo sabe. Murió cuando mi madre tenía solo diez años, y ella nunca habla de él. Todo lo que sé es que era de algún lugar de Sicilia.

—Algún lugar de Sicilia —repitió Alessandro, y ahora había algo casi ansioso en su voz—. Eso no es nada, Natalie. Es un punto de partida.

Ella lo miró fijamente, a este hombre que había emergido del mar como una especie de tritón jurídico, ofreciéndole posibilidades que no se había atrevido a considerar. —Alessandro, "algún lugar de Sicilia" es como decir "algún lugar de Texas". Hay cientos de pueblos, miles de registros...

—Pero también hay archivos municipales, registros eclesiásticos, documentos de inmigración. —Ahora estaba sentado más erguido, todo su comportamiento cambiando a algo enfocado y determinado —. Si tu abuelo emigró a América, habrá registros de su salida. Visados de salida, manifiestos de barcos, solicitudes de pasaporte. Y si podemos rastrear esos documentos hasta su lugar de nacimiento...

—Podríamos encontrar su partida de nacimiento —completó Natalie, encajando la lógica a pesar de su escepticismo.

—Exactamente. Y con su partida de nacimiento, podemos establecer tu linaje y solicitar la ciudadanía a través de su línea en lugar de la de tu bisabuela.

La esperanza que había estado revoloteando en su pecho se extendió, cálida, peligrosa y aterradora. —¿Pero cómo vamos a hacer eso exactamente? Es decir, ¿por dónde empezaríamos a buscar?

Alessandro sonrió entonces, la primera sonrisa real que ella había visto desde la mañana en que la había rescatado de su baño. Transformó todo su rostro, suavizando los bordes afilados y

haciéndole parecer más joven, más accesible y, de alguna manera, aún más devastadoramente atractivo.

—Tengo un plan —dijo simplemente.

Natalie gimió y se dejó caer sobre su toalla, cubriéndose la cara con las manos. —Por supuesto que lo tienes. Por supuesto, el hombre que emerge del Mediterráneo pareciendo el mismísimo Poseidón también tiene un plan para salvar todo mi futuro.

—¿Poseidón? —La voz de Alessandro tenía de nuevo ese tono de diversión.

—Cállate —murmuró ella entre sus dedos—. Estoy teniendo otra crisis. Así es como proceso el hecho de que realmente podrías ayudarme a quedarme en Sicilia.

—¿Es eso lo que quieres? —preguntó él en voz baja—. ¿Quedarte?

La pregunta era simple, pero algo en su tono hizo que ella bajara las manos y lo mirara directamente. Él la observaba con una intensidad que le cortó la respiración, como si su respuesta le importara de maneras que iban más allá de la obligación profesional.

—Sí —dijo, y la palabra salió más fuerte y más segura de lo que había esperado—. Sí, quiero quedarme. Este lugar... se siente como un hogar de una manera que ningún otro lugar ha sentido jamás. Incluso cuando todo sale mal, incluso cuando no puedo descifrar las cerraduras de las puertas o pedir bebidas sin crear un festín, aún se siente correcto. Como si perteneciera aquí.

Alessandro asintió lentamente, algo cambiando en su expresión que ella no podía identificar con exactitud. —Entonces encontraremos la manera de hacerlo posible.

La convicción en su voz le provocó un escalofrío que no tenía nada que ver con la brisa marina. —¿Así sin más? ¿Estás dispuesto a ayudarme a perseguir registros que quizás ni existan, en pueblos cuyos nombres ni siquiera conozco?

—Así sin más —confirmó.

—¿Por qué? —La pregunta se le escapó antes de que pudiera detenerla—. ¿Por qué harías eso por mí? Es decir, sé que intenté contratarte, pero eso fue cuando estaba borracha y tomando decisiones terribles. No me debes nada. Y honestamente,

probablemente no tengo suficiente dinero para pagarte lo que costaría este tipo de investigación.

Alessandro se reclinó ligeramente, estudiándola con una expresión que no podía descifrar del todo. —Quizás porque eres la primera persona que conozco que es más cabezota que el gobierno italiano —dijo, con un toque de diversión en su voz—. Eso es... impresionante.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, y Natalie sintió que su corazón saltaba de una manera que no tenía nada que ver con la ciudadanía, los visados o las complicaciones legales.

—Entonces —dijo, tratando de mantener la voz firme—. ¿Cuál es ese plan tuyo?

—Es simple —dijo Alessandro, inclinándose ligeramente hacia delante—. Investigamos. Adecuadamente. Metódicamente. —Su voz adoptó el tono concentrado que ella había escuchado cuando discutió sus opciones legales—. Necesito que me traigas todo lo que tengas sobre tu abuelo. Cada documento, cada fotografía, cada historia que tu madre te haya contado. —Hizo una pausa, sus ojos sosteniendo los de ella con una intensidad que le cortó la respiración —. En mi apartamento esta noche. A las ocho. Yo cocinaré.

Las palabras prácticas le provocaron un escalofrío completamente inapropiado. —¿Cada detalle importa?

—Cada detalle. Por pequeño que sea. La información más insignificante podría ser la clave para localizar a Giuseppe.

Natalie asintió, ya catalogando mentalmente lo poco que tenía. —Vale. Esta noche.

Su apartamento. A las ocho. Donde él cocinaría. Para ella.

Genial.

CAPÍTULO 9



Alessandro

El ajo se estaba quemando.

Alessandro se abalanzó hacia la cocina, bajando la llama bajo la sartén con más fuerza de la necesaria. La cocina, su cocina perfectamente organizada y raramente utilizada para cocinar de verdad, de repente le parecía un territorio extraño. ¿Cuándo fue la última vez que había preparado la cena para alguien que no fuera él mismo? ¿Cuándo fue la última vez que le importó si el risotto salía bien?

Nunca para una mujer, llegó la inoportuna respuesta. Y desde luego nunca para una clienta.

Se había dicho a sí mismo que esto era trabajo. Una cena de trabajo para revisar los documentos familiares de Natalie, nada más. Pero eso no explicaba por qué había pasado veinte minutos en la vinoteca debatiendo entre el Nero d'Avola y el Grillo, o por qué se había cambiado de camisa dos veces antes de decidirse por la azul que Elena había mencionado una vez que resaltaba el color de sus ojos.

Cristo, estaba perdiendo la cabeza.

El apartamento se sentía diferente esta noche. Había quitado el polvo de las estanterías, había ordenado papeles que no necesitaban ser ordenados, había movido el cuenco de cerámica de su abuela

para que captara correctamente la luz del atardecer. El espacio que siempre había sido su santuario ahora parecía estar actuando para un público de una sola persona.

Alessandro removió el risotto con precisión metódica, tratando de ignorar cómo se le aceleraba el pulso cada vez que oía pasos en las escaleras de abajo. Esto era ridículo. Era un hombre de treinta y seis años que había manejado casos complejos de inmigración, disputas de propiedades que habían durado años, disputas familiares que requerían intervención diplomática. Ciertamente podía manejar una simple cena con su vecina americana.

Especialmente una que pensaba que parecía un anuncio de colonia.

El golpe en su puerta llegó exactamente a las ocho en punto.

—Puntual —murmuró, secándose las manos en el paño de cocina antes de dirigirse a la puerta—. Muy americana.

Pero cuando la abrió, la visión de Natalie de pie en su umbral hizo flaquear su compostura cuidadosamente preparada. Se había cambiado de la ropa de playa a un sencillo vestido azul que resaltaba la profundidad de sus ojos oscuros, con el pelo recogido para mostrar la elegante línea de su cuello. Llevaba una carpeta manila llena de documentos en una mano y una botella de vino en la otra.

—He traído refuerzos —dijo, levantando la botella con una sonrisa ligeramente nerviosa—. Aunque después de la última vez que bebí vino antes de verte...

—Al menos esta vez llevo camisa —dijo Alessandro, haciéndose a un lado para dejarla entrar.

Las palabras sonaron más sugerentes de lo que había pretendido, y vio cómo las mejillas de ella se sonrojaban mientras pasaba junto a él hacia el apartamento. El sutil aroma de su perfume, algo floral con un toque de calidez, la seguía a su paso.

—Estaba teniendo una crisis —protestó ella, aunque su sonrisa era más cálida ahora—. No puedes hacer responsable a alguien por las cosas que dice durante una crisis.

—Parecías bastante elocuente para alguien que estaba teniendo una crisis. Observaciones muy específicas sobre el agua y los

músculos, si mal no recuerdo.

Su rostro se volvió de un tono rosado aún más intenso.

—¡Me estaba escondiendo bajo una toalla!

—Sí, lo recuerdo. Una técnica de ocultación muy efectiva. Apenas podía verte.

—Tu casa es preciosa —dijo Natalie, claramente intentando cambiar de tema mientras miraba alrededor con genuina apreciación —. Es tan... vivida. Cálida.

Alessandro siguió su mirada, viendo su espacio a través de los ojos de ella. El gastado sofá de cuero que había sido de su padre, las estanterías llenas de textos legales y novelas en tres idiomas, la pequeña mesa preparada para dos con la buena vajilla de su madre. La luz del atardecer que entraba a raudales por las ventanas que daban al puerto. Algo en el hecho de verla en su espacio más privado le oprimió inesperadamente el pecho.

—Me temo que no hay toallas de playa disponibles para esconderse —dijo, disfrutando de la mirada que ella le lanzó.

—No tenía planeado esconderme esta noche —respondió ella, e inmediatamente pareció arrepentirse de la confesión.

Dejó la carpeta y el vino sobre la mesa del comedor, sus dedos deslizándose por la madera pulida.

—Mi apartamento todavía me hace sentir como si estuviera jugando a las casitas.

—Llevas allí una semana —señaló Alessandro, volviendo hacia la cocina—. Roma no se construyó en un día.

—Pero se construyó para durar —respondió Natalie, y algo en su tono hizo que él la mirara de reojo. Estaba tocando el medallón de su garganta, ese gesto inconsciente que él había comenzado a reconocer como su forma de calmarse.

—¿Vino? —preguntó, necesitando algo que hacer con las manos —. Prometo no llevarte en brazos a ninguna parte esta noche, pero probablemente debería advertirte sobre los efectos del alcohol en tu filtro.

—Mi filtro estaba perfectamente bien —dijo ella indignada—. Solo... me fijé en cosas.

—Oh, definitivamente te fijaste en cosas.

—¡Sirve el vino de una vez!

Mientras Alessandro abría la botella, un respetable tinto siciliano que demostraba que ella había estado prestando atención durante su semana en Santa Lucia, se encontró preguntándose qué encontrarían exactamente. Natalie había sido vaga sobre su historia familiar, pero la forma en que su voz cambiaba cada vez que mencionaba a su abuelo sugería que había complicaciones que no había compartido.

—Algo huele de maravilla —dijo ella, aceptando la copa de vino que le ofrecía. Sus dedos se rozaron cuando la tomó, y él notó cómo su contacto se demoraba un momento más de lo necesario.

—Risotto ai frutti di mare —respondió Alessandro—. La receta de mi madre. Aunque no puedo prometerte que esté tan bueno como el suyo.

—Seguro que estará perfecto —Natalie dio un sorbo al vino, y él observó cómo sus hombros se relajaban ligeramente mientras el alcohol hacía su efecto—. Mucho mejor situación para cenar que la playa. Sin arena, sin cantidades inapropiadas de piel expuesta...

—¿Decepcionada? —preguntó Alessandro, arqueando una ceja.

Casi se atragantó con el vino. —Yo no estaba... no es lo que yo... lo estás haciendo a propósito.

—¿Haciendo qué?

—Ser... ya sabes —gesticuló vagamente hacia él con su copa de vino.

—Me temo que tendrás que ser más específica. ¿Respirar? ¿Estar de pie? ¿Existir?

—Encantador —dijo finalmente, y enseguida pareció arrepentirse.

—Ah —la boca de Alessandro se curvó en lo que podría haber sido una sonrisa—. Bueno, tú dijiste que mi sincronización necesitaba mejorar.

—Eres imposible —luego señaló hacia la carpeta—. ¿Deberíamos mirar lo que tengo mientras terminas de cocinar? Te advierto que no es mucho.

Alessandro asintió, removiendo el risotto una vez más antes de unirse a ella en la mesa. El vino ya estaba suavizando la cuidadosa distancia que ella solía mantener, y cuando le sonrió por encima de su copa, la sonrisa alcanzó sus ojos de una manera que él no había visto antes. —Veamos con qué estamos trabajando.

—Solo prométeme que si empiezo a actuar de forma extraña, no me tomarás el pelo durante la próxima semana —dijo mientras abría la carpeta.

—Define extraña.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—Me temo que no. ¿Estamos hablando de esconderte con la toalla? ¿El comentario sobre Poseidón? ¿La parte donde dijiste que parecía que había salido de un anuncio de colonia?

—Dios mío, nunca me vas a dejar olvidar esto, ¿verdad?

—Probablemente no —admitió Alessandro, disfrutando más de lo que debería—. Fue muy entretenido.

—No me hace gracia —dijo Natalie antes de abrir la carpeta. Los documentos que extendió sobre la mesa contaban la historia del viaje americano de una familia en tinta desvanecida y traducciones cuidadosas.

—Esto es todo —dijo, con voz más baja ahora—. El certificado de nacimiento de mi bisabuela Sophia de Santa Lucia. Su certificado de matrimonio de Brooklyn. El certificado de nacimiento de mi abuela, también de Brooklyn —hizo una pausa, tocando una pequeña fotografía en blanco y negro—. Y esto.

La fotografía mostraba a un hombre de expresión seria con un traje que parecía demasiado grande para su delgada figura, de pie junto a una mujer cuya sonrisa parecía forzada. En el reverso, en tinta desvanecida: Giuseppe y Maria, 1952.

—¿Tus abuelos maternos? —preguntó Alessandro, inclinándose más cerca para examinar la foto. Lo suficientemente cerca para captar el aroma de su pelo, algo limpio y cálido que le hacía querer acercarse aún más.

—Sí. Esta es la única foto que tengo de Giuseppe. Mi madre tenía diez años cuando él murió, y ella... —la mano de Natalie volvió a su medallón—. No le gusta hablar de él.

Alessandro estudió la fotografía, observando la manera en que la mano de Giuseppe descansaba protectoramente sobre el hombro de su esposa, la determinación en su mandíbula que le recordaba la expresión de Natalie cuando había declarado que no iba a abandonar Sicilia. Y era muy consciente de cómo Natalie se había acercado para señalar detalles en la foto, con su brazo casi tocando el suyo.

—¿Qué sabes de él?

—Casi nada —la frustración se filtró en la voz de Natalie—. Murió de un ataque al corazón cuando mi madre era joven. Trabajaba en la construcción, creo. Hablaba muy poco inglés, según mi abuela. Y era de Sicilia, pero eso es prácticamente todo lo que cualquiera decía nunca.

El temporizador sonó desde la cocina, y Alessandro se disculpó para comprobar el risotto. Mientras removía la cremosa mezcla, añadiendo el marisco en el momento preciso, se encontró pensando en las familias y las historias que contaban, o se negaban a contar. Su propia familia tenía secretos, vacíos donde vivía el dolor, temas que se cambiaban cuando surgían.

—Eres muy doméstico —observó Natalie desde la mesa, y cuando él miró hacia atrás, ella le estaba observando con una expresión que le hizo repentinamente consciente de lo íntimo que era todo esto. Ella en su espacio, él cocinando para ella, el vino haciendo que todo pareciera más suave en los bordes.

—¿Es esa otra observación? —preguntó él—. ¿Como la del anuncio de colonia?

—Es un cumplido —dijo ella, y luego añadió rápidamente—: Lo de cocinar, quiero decir. No lo otro. Ese fue un comentario de crisis nerviosa. Acordamos no contar los comentarios de crisis nerviosa.

—No recuerdo haber acordado nada.

—Pues deberías —tomó otro sorbo de vino, claramente tratando de recuperar la compostura—. En fin, ¿no deberíamos ponernos a trabajar? Supongo que deberíamos llamar a mi madre en algún momento.

Él notó la reticencia en su voz, la forma en que ya estaba temiendo la conversación. —Veamos qué podemos averiguar primero

—dijo, apartando el risotto y cubriéndolo, luego volviendo al portátil. Natalie acercó su silla a la de él—. Se mantendrá caliente. Podemos comer una vez que veamos con qué estamos trabajando.

Durante los siguientes treinta minutos, entraron en un ritmo de búsqueda y referencias cruzadas. Alessandro sacó registros de naturalización, manifiestos de barcos, datos del censo. Natalie leía en voz alta de bases de datos de inmigración mientras él rastreaba fechas y ubicaciones a través de múltiples sitios. Cuando ella distraídamente se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja mientras se concentraba, momentáneamente le distrajo de la tarea entre manos.

—Me estás mirando fijamente —dijo ella sin levantar la vista de la pantalla.

—Me estoy concentrando.

—En lo que no debes —pero estaba sonriendo cuando lo dijo.

Alessandro se obligó a concentrarse mientras examinaba el documento cuidadosamente. Bajo "Padre", simplemente figuraba: Giuseppe Benedetto, 28 años, lugar de nacimiento: Italia.

—Italia —dijo secamente—. Muy útil.

—Muy específico —coincidió Natalie—. Pero confirma que era italiano cuando nació mi madre, lo que significa...

—Que potencialmente podrías solicitarlo a través de su línea, sí —Alessandro miró hacia la cocina, donde el risotto estaba esperando —. Déjame apagar esto para que no se cocine demasiado, y luego podemos buscar adecuadamente.

—Aquí —dijo Alessandro, señalando un registro del censo de 1950—. Giuseppe Benedetto, 12 años, nacido en Italia. Viviendo con sus padres Antonio y Rosa Benedetto.

—Doce años en 1950... —Natalie calculó rápidamente—. Eso situaría su año de nacimiento alrededor de 1938.

—Lo que significa que tendría unos 28 años cuando nació tu madre —Alessandro continuó desplazándose por más resultados, muy consciente de cómo la mano de ella descansaba sobre la mesa junto

a la suya, lo fácil que sería cubrirla con la propia—. Y mira, aquí hay un manifiesto de barco de 1955. Giuseppe Benedetto, 17 años, llegando a Nueva York desde... Palermo.

—Palermo —repitió Natalie, inclinándose aún más cerca de la pantalla. Su hombro se presionó brevemente contra el de él, y Alessandro sintió el contacto como una descarga eléctrica—. Así que zarpó desde Sicilia.

—Es un comienzo. La mayoría de los emigrantes del interior de Sicilia habrían pasado por Palermo, era el puerto principal —Alessandro continuó desplazándose, aunque le resultaba cada vez más difícil concentrarse con ella tan cerca—. Pero eso todavía no nos dice exactamente de dónde era originalmente.

Estaban construyendo una cronología, pero aunque habían confirmado que Giuseppe era siciliano, los registros aún no decían qué pueblo o región específica les ayudaría a localizar su lugar de nacimiento real.

—Necesitamos más —dijo finalmente Alessandro, recostándose en su silla. El movimiento puso algo de necesaria distancia entre ellos—. Estos registros confirman que existió, confirman que era siciliano, pero no nos dicen dónde buscar específicamente.

Natalie miró fijamente la pantalla del portátil, luego el certificado de nacimiento de su madre, y después la fotografía del rostro severo de Giuseppe. El vino había traído un ligero rubor a sus mejillas.

—Mi madre podría saber más. Su fecha exacta de nacimiento, quizás incluso qué pueblo mencionó.

—Eso ayudaría enormemente —coincidió Alessandro, aunque una parte de él se resistía a romper el hechizo de su tranquila investigación, la sensación de trabajar juntos hacia un objetivo común—. Incluso una región estrecharía nuestra búsqueda significativamente.

—Debería llamarla —Natalie alcanzó su teléfono, luego dudó. Alessandro observó el juego de emociones en su rostro; determinación mezclada con algo que parecía casi temor—. Probablemente esté despierta, es por la tarde en Nueva York.

—¿Necesitas otra toalla para esconderte debajo? —preguntó Alessandro con suavidad.

—Muy gracioso —pero le lanzó una mirada agradecida por el intento de aligerar el ambiente.

Alessandro asintió, girando la pantalla del portátil hacia sí mismo, listo para buscar en el momento que tuvieran nueva información. Estudió su perfil mientras ella reunía valor, notando la elegante línea de su cuello, la forma en que sus pestañas proyectaban sombras sobre sus mejillas bajo la luz de la lámpara.

—Empezaré a buscar pueblos sicilianos con el apellido Benedetto mientras hablas con ella.

Natalie cogió su teléfono, con el dedo suspendido sobre el contacto de su madre. Alessandro podía verla reuniendo valor, aunque no estaba seguro de por qué una simple llamada sobre historia familiar requeriría tal preparación. Había algo que ella no le estaba contando, alguna complicación que hacía esto más difícil de lo que debería ser.

El teléfono comenzó a sonar, y Alessandro se dio cuenta de que estaba a punto de descubrir exactamente cuál era esa complicación.

Natalie

—Mamá, ¡hola! Soy yo —Natalie se apartó de Alessandro, mirando hacia la ventana que daba al puerto. Si no podía verlo, tal vez podría fingir que él no estaba escuchando cada palabra.

—¡Natalie! Cariño, ¿cómo estás? ¿Cómo está Sicilia? Justo le estaba diciendo a tu padre que no habíamos tenido noticias tuyas en días, y hemos estado tan preocupados.

La familiar calidez en la voz de su madre hizo que el pecho de Natalie se tensara con culpa.

—Estoy genial, mamá. Realmente genial. Sicilia es... es todo lo que esperaba que fuera.

Detrás de ella, escuchó la suave risa de Alessandro y se dio cuenta de que probablemente le había oído decir exactamente lo contrario sobre Sicilia múltiples veces en la última semana.

—¿Y tu solicitud de ciudadanía? ¿Conseguiste entregar todo? Por favor, dime que la burocracia no ha sido tan pesadillesca como tu

padre predijo.

Natalie cerró los ojos, su mano libre agarrando el alféizar de la ventana.

—Sí, todo entregado. Todo el proceso avanza maravillosamente. Exactamente como lo planeé.

Detrás de ella, podía oír los dedos de Alessandro detenerse en el teclado del portátil.

—Oh, gracias a Dios —suspiró su madre, y Natalie pudo oír cómo su voz se quebraba ligeramente—. He perdido el sueño por esto, cariño. Tu padre y yo hemos estado tan preocupados. Ya sabes cómo se pone con la burocracia gubernamental, estaba convencido de que te enredarías en alguna pesadilla burocrática y volverías frustrada a casa.

—Nada de burocracia —mintió Natalie con fluidez, con el estómago revuelto—. Todo está muy organizado aquí. Muy eficiente.

Casi podía sentir la ceja levantada de Alessandro detrás de ella.

—Me siento terrible por tu cena de cumpleaños —continuó su madre, con la voz cargada de emoción—. La forma en que actuamos todos, como si solo estuviéramos esperando a que fracasaras. Tu padre no ha estado durmiendo bien. No para de decir que debería haber sido más comprensivo. Deberíamos haber tenido más fe en ti.

Natalie apretó los ojos aún más.

—Mamá, no necesitas...

—Sí, lo necesito. Nos has demostrado que estábamos completamente equivocados, cariño. Realmente sabías lo que estabas haciendo. Lo planeaste todo perfectamente, y mira, todo está saliendo exactamente como dijiste que sería —la voz de su madre estaba llena de asombro y orgullo—. Me avergüenza tanto que dudáramos de ti.

La culpa era como ácido en la garganta de Natalie.

—Mamá, por favor...

—¿Y el apartamento? ¿Te estás instalando bien? ¿Haciendo amigos?

—El apartamento es perfecto. Tengo este pequeño balcón con limoneros, y el edificio es tan encantador. Mis vecinos son adorables —se arriesgó a mirar por encima del hombro y captó a Alessandro

observándola con una expresión indescifrable. Rápidamente volvió a mirar hacia la ventana—. En realidad, por eso te llamo. Ya que estoy aquí en Sicilia, pensé que podría ser agradable visitar algunos lugares familiares. Ya sabes, ¿el pueblo natal de Giuseppe?

—¿Giuseppe? —la voz de su madre denotaba sorpresa—. ¿Por qué querrías hacer eso?

—Solo... historia familiar, ¿sabes? Ya estoy aquí, y parece una buena oportunidad para ver de dónde viene nuestra familia —Natalie intentó mantener su voz casual, aunque su corazón latía con fuerza —. ¿Recuerdas de qué pueblo era?

Una larga pausa.

—Natalie, eso es historia antigua. Ya no hay nada allí para nosotras.

—Lo sé, pero tengo curiosidad. Y tal vez todavía haya algunos parientes lejanos, o registros familiares, o... —dejó que su voz se apagara esperanzada.

—¿Por qué este repentino interés específicamente en Giuseppe? Siempre te ha interesado la familia de la Nonna, pero nunca has preguntado por mi padre antes.

PORQUE ESTOY DESESPERADA, pensó Natalie. Porque todo mi futuro depende de encontrar alguna conexión con Sicilia que no implique casarme o admitir el fracaso ante todos los que predijeron que fracasaría.

—Supongo que estar aquí me hace sentir más curiosidad por nuestras raíces —dijo en cambio—. Es difícil de explicar, pero al recorrer estas calles, viendo los lugares que Nonna solía describir... me dan ganas de saber más sobre toda la familia que vino de aquí.

Otra pausa, más larga esta vez. Natalie podía imaginar la cara de su madre, esa expresión cuidadosa que ponía cuando alguien mencionaba historias familiares dolorosas.

—Él era de algún lugar en las montañas —dijo finalmente su madre—. Castelmezzano, creo que se llamaba, o algo así. Pero Natalie, cariño, realmente no hay nada allí para nosotras. Él nunca

hablaba de su familia, nunca quiso regresar. Había... razones por las que la gente dejaba atrás esos lugares.

—¿Recuerdas su cumpleaños? ¿O los nombres de sus padres?

—Su cumpleaños era el quince de marzo de 1938. Lo recuerdo porque solía decir que era los Idus de marzo, como en Shakespeare. —La voz de su madre se suavizó ligeramente—. En cuanto a sus padres... creo que su padre era Antonio. Pero sinceramente, todos estaban muertos cuando yo conocí a Giuseppe. La guerra, la pobreza... familias enteras simplemente desaparecieron.

—15 de marzo de 1938 —repitió Natalie lentamente, lo suficientemente alto para que Alessandro la oyera—. Y su padre era Antonio. ¿Y dijiste Castelmezzano? —Sintió un destello de esperanza. Estos eran detalles reales, información concreta que podían utilizar.

—¿Había alguien más? ¿Hermanos? ¿Primos?

—Si los hubo, nunca los mencionó. Natalie, ¿por qué todas estas preguntas específicamente sobre Giuseppe? Siempre te ha interesado la familia de la Nonna, pero nunca antes habías preguntado por mi padre.

Porque mi solicitud de ciudadanía fue rechazada y se me acaba el tiempo, y no puedo soportar decirte que todos tenían razón sobre mi fracaso en este sueño.

—Supongo que me siento realmente conectada con Sicilia —dijo Natalie con cuidado—. Estar aquí donde Nonna creció, donde Giuseppe creció... me hace querer entender más sobre mis orígenes.

—Bueno, ten cuidado al desenterrar el pasado, cariño. A veces hay razones por las que las familias no hablan de ciertas cosas. —La voz de su madre llevaba una nota de advertencia que Natalie no entendía del todo—. Además, estás allí para construir tu futuro, no para perseguir fantasmas del pasado.

—Tienes razón —Natalie asintió rápidamente—. Solo pensé que podría ser interesante visitarlo, nada más.

—¿Cuánto tiempo más hasta que se formalice tu ciudadanía? Sé que estas cosas pueden llevar tiempo, pero estoy tan emocionada de saber que todo es oficial.

El estómago de Natalie dio un vuelco. Miró fijamente las luces del puerto, intentando encontrar palabras que no fueran mentiras

completas.

—Estas cosas llevan tiempo —dijo finalmente—. El gobierno aquí va a su propio ritmo. Pero todos han sido muy serviciales, y confío en que todo saldrá bien.

—Estoy tan orgullosa de ti, cariño —dijo su madre, con la voz cálida de emoción—. Hiciste exactamente lo que dijiste que harías. Seguiste tu sueño y lo hiciste funcionar, a pesar de todas nuestras dudas. Tu padre le ha estado contando a todo el mundo en el trabajo sobre su hija que se mudó a Italia y obtuvo su ciudadanía. Realmente está presumiendo de ti.

El orgullo en la voz de su madre era devastador. Natalie cerró los ojos con fuerza, su mano libre agarrando el alféizar de la ventana tan fuerte que sus nudillos se pusieron blancos.

—Tu padre ha estado preguntando si deberíamos reservar vuelos para visitarte. Quiere ver esa famosa Sicilia que le robó a su hija, y disculparse en persona por no haber creído en ti.

—Eso sería maravilloso —dijo Natalie, aunque la idea de que sus padres llegaran y encontraran su visado caducado y sus sueños en ruinas le provocaba náuseas—. ¿Quizás esperar hasta que esté completamente establecida? Quiero que todo sea perfecto cuando vengáis.

—Por supuesto. Solo queremos verte feliz, cariño. Y exitosa. Has trabajado tan duro para esto. —Su madre hizo una pausa—. Te quiero, y lamento que no te apoyáramos como deberíamos haberlo hecho desde el principio.

—Yo también te quiero, mamá —susurró Natalie.

—Llámanos pronto otra vez, ¿vale? Tu padre quiere oír todo sobre el proceso de ciudadanía, está fascinado con lo bien que está yendo todo.

—Lo haré. Debería irme, se está haciendo tarde aquí.

—Por supuesto. Dulces sueños, cariño. Estamos muy orgullosos de ti.

Natalie terminó la llamada y se quedó inmóvil junto a la ventana, todavía de espaldas a Alessandro. Podía sentir su presencia detrás de ella, podía imaginar las preguntas en sus ojos. ¿Cuánto tiempo antes de que tuviera que darse la vuelta y enfrentarse al hombre

que acababa de oírla mentir a su familia sobre todo, su estado de ciudadanía, su confianza, su futuro?

Detrás de ella, escuchó el suave sonido de Alessandro tecleando, probablemente ya investigando sobre Castelmezzano. Al menos estaba siendo lo suficientemente discreto como para fingir que no acababa de presenciar su elaborada actuación.

—Castelmezzano —dijo Alessandro en voz baja, con un tono cuidadosamente neutral—. En realidad está en Basilicata. No en Sicilia.

Los hombros de Natalie se hundieron. —Así que mi madre también estaba equivocada en eso.

—No necesariamente equivocada —dijo Alessandro, inclinándose ligeramente hacia adelante—. Basilicata sigue siendo Italia. Si podemos demostrar que Giuseppe era de allí, aún podrías calificar para la ciudadanía a través de su línea.

Un destello de esperanza regresó a sus ojos. —Entonces, ¿deberíamos investigar Castelmezzano?

Finalmente se dio la vuelta, y Alessandro la observaba con una expresión cuidadosamente libre de juicios, aunque ella podía ver las preguntas en sus ojos. Pero en lugar de la lástima o la crítica que esperaba, vio algo que parecía casi comprensión.

—Entonces —dijo finalmente, intentando parecer despreocupada —. Supongo que tienes algunas preguntas sobre todo lo demás que acabas de oír.

—Solo una —dijo Alessandro, con los dedos suspendidos sobre el portátil—. ¿Desde cuándo les has estado mintiendo?

CAPÍTULO 10



Natalie

—¿Tienes otra botella de vino?

Oh genial. Perfecto. Empieza con el alcohol, Natalie. Esa es definitivamente la respuesta madura cuando te preguntan por tu red de mentiras.

La pregunta quedó suspendida en el aire entre ellos, cargada con todo lo que ella no se atrevía a decir. La pregunta de Alessandro, «¿Cuánto tiempo llevas mintiéndoles?», se alojaba en su pecho como una piedra, exigiendo una respuesta que no estaba segura de ser lo suficientemente valiente para dar.

Alessandro estudió su rostro durante un largo momento, esos imposiblemente ojos azules leyendo cosas que ella deseaba poder ocultar. —Creo que ambos lo necesitamos —. Se levantó de su silla con gracia fluida, y ella se encontró observando la forma en que su cuerpo se movía: controlado, decidido, absolutamente masculino.

Deja de mirarlo como si fuera un plato del menú, por Dios.

Pero no podía evitarlo. Natalie lo observó moverse por la cocina, notando cómo su camisa se tensaba ligeramente sobre sus hombros cuando alcanzó el vino de un armario alto. Al menos esta vez llevaba camisa. A diferencia de lo ocurrido en la playa, donde había emergido del Mediterráneo como una especie de dios marítimo diseñado específicamente para cortocircuitar su cerebro.

Y yo que pensaba que era un problema puntual. Claramente, Alessandro Leone en cualquier estado de vestimenta es peligroso para mi salud mental.

—Lo estás haciendo otra vez —dijo él sin darse la vuelta.

—¿Haciendo qué? —preguntó ella con fingida inocencia. *Haciéndote la tonta. Muy madura. Muy convincente.*

—Esa cosa donde finges que no me estás mirando —. Se giró, botella de vino en mano, y captó su mirada recorriendo la longitud de su torso—. Aunque no finges muy bien.

Pillada. Completa y absolutamente pillada. El calor subió por su cuello, pero mantuvo su mirada. *Bueno. Si va a dejarme en evidencia, mejor asumirlo.* —No estoy fingiendo nada. Solo estoy... apreciando las vistas.

¿Acabo de decir eso en voz alta? ¿A su cara? Vino. Necesito vino inmediatamente.

Él regresó con el vino y sus platos de risotto, colocándolos con la misma eficiencia silenciosa. Mientras se inclinaba para servirle el vino, su brazo rozó el hombro de ella, un susurro de contacto que envió electricidad directamente por su columna.

Vamos, por favor. Es un BRAZO. Un brazo vestido. Contrólate, Russo.

—El risotto probablemente está más allá de toda salvación, pero deberíamos comer.

—Huele increíble —. Aceptó la copa, dejando deliberadamente que sus dedos permanecieran sobre los de él cuando se la entregó. *¿Qué estás haciendo? ¿QUÉ estás HACIENDO?* La chispa de conciencia que la atravesó fue inmediata y devastadora. *Vale, así que aparentemente estoy coqueteando. Con mi abogado de inmigración. Al que intenté contratar estando borracha. Esto está bien. Esto está totalmente bien.* —Mucho mejor que mi cena habitual de lo que sea que haya en el fondo de mi nevera.

—¿Que es?

—¿Anoche? Medio bloque de queso y algo de pan cuestionable —. Dio un sorbo de vino, sintiendo el calor extenderse por su pecho. *Y ahí está el valor líquido. Justo a tiempo.* —La noche anterior fue más queso y pan menos fiable.

Su boca se curvó ligeramente. —No me extraña que parezcas a punto de salir volando con un viento fuerte.

—¡Oye! —Se estiró sobre la mesa y le dio un manotazo en el brazo, su palma conectando con músculo sólido bajo la manga de su camisa. *Santo cielo, ¿de qué está hecho este hombre? ¿De mármol?* —Que sepas que soy bastante robusta. Sobreviví al incidente del baño, ¿no?

—Apenas. Y solo porque pasaba por allí.

—Mi héroe —. Apretó una mano contra su corazón, dejando que sus dedos descansaran sobre el punto del pulso en su garganta. *Sutil, Natalie. Llama la atención hacia tu cuello. Muy disimulado.* Su mirada siguió el movimiento, demorándose allí con hambre inconfundible antes de volver a su rostro—. Rescatando doncellas de cerraduras por toda Sicilia.

—¿Es eso lo que eres? ¿Una doncella? —La pregunta salió más baja, más áspera que antes.

—Absolutamente no —. Las palabras salieron más rápido de lo previsto—. Soy una mujer independiente que ocasionalmente queda atrapada por la arquitectura italiana.

—¿Ocasionalmente?

—Vale, frecuentemente. Pero en mi defensa, todo aquí es antiguo y tiene su propia personalidad misteriosa.

Alessandro sirvió el risotto con práctica facilidad, y Natalie observó la forma en que sus manos se movían: confiadas, precisas, extrañamente hipnóticas.

—Mi apartamento no es antiguo —señaló.

—No, pero tus cerraduras siguen siendo malvadas. Estoy convencida de que conspiran específicamente contra mí.

—O podrías aprender a usarlas correctamente —. Se acomodó de nuevo en su silla, de alguna manera reclamando más espacio, su presencia llenando la habitación de una forma que la hizo agudamente consciente de cada respiración.

—¿Dónde está la diversión en eso? —Natalie tomó un bocado del risotto y casi gimió de placer—. Dios mío, esto está increíble. ¿Dónde aprendiste a cocinar así?

—Mi madre. Se negó a dejarme marchar a la universidad sin habilidades básicas de supervivencia.

—Mujer inteligente. ¿Anticipó que usarías esas habilidades para alimentar a refugiados de la burocracia italiana?

—No creo que las mujeres americanas que discuten con las puertas del baño estuvieran en su lista de preocupaciones. —Su sonrisa fue lenta, burlona, y transformó su rostro entero de una manera que le hizo olvidar su propio nombre.

—Me gusta ser única.

—Definitivamente lo eres.

La forma en que lo dijo, cálida, con solo un atisbo de algo más oscuro, hizo que su piel hormigueara. *¿Qué significa eso? ¿Es única en el buen sentido o única en el sentido de "desastre americano"?* Tomó otro sorbo de vino, hiperconsciente de cómo él observaba sus labios tocar el borde de la copa. *Está mirándome beber vino. Esto es normal. La gente observa a otras personas beber vino. No significa nada. Excepto por la forma en que está mirando mi boca como... no. No voy a pensar en eso.*

—Bueno. Querías saber cuánto tiempo llevo mintiéndoles a mis padres.

—No tienes que responder si no quieres.

—No, debo hacerlo. Mereces saber qué tipo de desastre estás potencialmente ayudando. —Dejó el tenedor y se inclinó ligeramente hacia delante, acortando inconscientemente la distancia entre ellos —. Desde el día después de que llegué. Desde que me rechazaron en el comune.

Él asintió lentamente. —Y ellos no tienen ni idea.

—Creen que estoy viviendo mi mejor vida en Sicilia. Obteniendo la ciudadanía con éxito, haciendo amigos, probablemente aprendiendo a hablar italiano como una nativa. —Natalie se rio, pero no había humor en ello—. *Si supieran que apenas puedo pedir un café sin crear un incidente internacional.* Mi padre ha estado presumiendo de mí en el trabajo. Al parecer, soy la prueba de que

los sueños se cumplen si planificas adecuadamente y trabajas lo suficiente.

La ironía es tan espesa que podría cortarla con un cuchillo.

—Excepto que tú sí planificaste adecuadamente. Y trabajaste duro. La ley cambió tres días antes de tu cita.

La manera objetiva en que lo dijo, como si su fracaso no fuera un defecto de carácter sino un accidente burocrático, hizo que el nudo en su pecho se aflojara. *No piensa que soy un completo desastre. Piensa que me perjudicó el momento.* Sin pensarlo, extendió la mano por encima de la mesa y tocó la suya. —Gracias por decir eso.

Oh no. Estoy tocándole otra vez. Parece que no puedo dejar de tocarle.

Alessandro se quedó muy quieto. Bajó la mirada hacia donde los dedos de ella descansaban contra su piel, y algo cambió en su expresión, algo que cargó el aire entre ellos de posibilidades. Lenta y deliberadamente, giró la mano con la palma hacia arriba, dejando que las yemas de los dedos de ella descansaran contra su muñeca.

—Intenta explicar eso a mi familia. —Su voz salió más suave de lo que pretendía—. Simplemente dirían que debería haber investigado mejor, planificado para contingencias, tenido un plan de respaldo para mi plan de respaldo.

—¿Siempre esperan que seas vidente respecto a las políticas de inmigración italianas?

Natalie resopló. —Esperan que sea vidente respecto a todo. Es mi papel en la familia, la que toma decisiones impulsivas que preocupan a todos los demás.

—¿Y ahora les estás dando la razón?

—Ahora les estoy demostrando que están equivocados. —Lo dijo con firmeza, y luego inmediatamente se sintió cohibida por la intensidad de su voz, por la forma en que todavía le estaba tocando —. Voy a resolver esto. Voy a encontrar la manera de quedarme. Y entonces nada habrá sido una mentira.

El pulgar de Alessandro comenzó a trazar círculos lentos y deliberados contra sus nudillos, un toque tan suave que casi era reverente, pero lo suficientemente íntimo como para hacerle entrecortar la respiración.

—¿Es esa la única razón por la que no te irás? ¿Para demostrarles que están equivocados?

La pregunta le llegó más hondo de lo que esperaba, hecha más peligrosa por la forma en que él la estaba tocando. —No —dijo en voz baja—. Quiero decir, sí, en parte. Pero también... —Hizo un gesto hacia la ventana con su mano libre, sin querer romper su conexión. *Porque soltar su mano se siente como renunciar a algo que no estoy preparada para perder.*— Este lugar se siente como un hogar de una manera que ningún otro sitio jamás ha tenido. Incluso cuando estoy atrapada en baños o pidiendo las bebidas equivocadas o completamente perdida, todavía se siente correcto. Como si se supone que debo estar aquí.

—¿Incluso con todas las pesadillas burocráticas?

—Incluso con las pesadillas burocráticas. —Se encontró inclinándose más cerca sin darse cuenta, atraída por el calor de su voz—. Además, ¿dónde más voy a encontrar a un abogado que en su tiempo libre sea especialista en rescates de baños?

Su sonrisa fue repentina y genuina, transformando todo su rostro. Pero no soltó su mano. —No es típicamente así como anuncio mis servicios.

—Deberías considerarlo. Mercado nicho, pero claramente hay demanda.

—Solo de ti, creo.

—Por ahora. Pero dale tiempo. Estoy segura de que hay otros estadounidenses por ahí siendo derrotados por la tecnología de puertas italiana.

—Que Dios nos ayude a todos. —Las palabras eran burlonas, pero su voz había adquirido una cualidad más áspera que le erizó la piel de los brazos.

A regañadientes, se separaron para comer, la ausencia de su toque dejándole la piel extrañamente fría. Pero la tensión permaneció, crepitando entre ellos como un cable en vivo mientras compartían la comida que él había preparado.

Esto era demasiado doméstico. Él cocinó para ella. Se sentía bien. Tenía que controlarse. La atracción era ridícula e improductiva. Tenía que pararla.

—Así que —dijo finalmente, dejando su tenedor—, este plan tuyo. Para localizar a mi misterioso abuelo. ¿Estás seguro de que no eres simplemente amable con la desesperada americana que irrumpe en tu vida sin invitación?

—Nunca soy simplemente amable. —La intensidad en su voz le hizo levantar la vista bruscamente. Había algo casi depredador en la forma en que la observaba, algo que hacía que su pulso se acelerara. *Depredador en el buen sentido, eso sí. Definitivamente en el buen sentido.*

—Y no estás desesperada. Complicada, sí. Testaruda, definitivamente. Pero no desesperada.

—¿Complicada cómo? ¿Complicada tipo "desastre total", o complicada tipo "probablemente necesite medicación"?

Alessandro rio entonces. —Quizá un poco de ambas cosas. Apareces en Sicilia con una maleta llena de esperanza y sin plan B —su voz era tranquila, pausada, pero sus ojos oscuros nunca abandonaron su rostro—. Te rechaza el gobierno y en lugar de rendirte, te emborrachas e intentas contratar al primer abogado que conoces. Te quedas atrapada en un baño y en vez de entrar en pánico, haces bromas. La mayoría de la gente ya habría reservado un vuelo de vuelta a casa.

—La mayoría de la gente probablemente es más lista que yo.

—La mayoría de la gente no quiere nada lo suficiente como para luchar por ello como tú estás luchando por esto. —La convicción en sus palabras hizo que algo revoloteara detrás de sus costillas.

Dio otro sorbo al vino, cada vez más consciente de cómo el espacio entre ellos parecía vibrar con una posibilidad no expresada. *Esto es peligroso. Todo esto es peligroso. Probablemente debería dejar de beber vino e irme, inmediatamente.* Excepto que no solo no quería ir a ninguna parte, sino que no podía. Había trabajo que hacer, y Natalie Russo no iba a huir.

—Entonces —dijo, tratando de mantener un tono ligero—, esta sesión de investigación. ¿Cómo se rastrea exactamente a un abuelo

fallecido con un nombre, una fecha de nacimiento y un pueblo que resultó estar en una región completamente equivocada?

Él se inclinó hacia delante para retirar sus platos, un movimiento que lo acercó lo suficiente como para que ella captara el aroma de su colonia mezclado con aire salado y sol. *Olía como todo lo bueno de este lugar concentrado en un paquete devastadoramente atractivo.*

—Empezamos con lo que sabemos y trabajamos hacia atrás. Registros de inmigración, manifiestos de barcos, documentos de naturalización. Si Giuseppe vino a América desde Italia, habrá un rastro documental.

—¿Y si lo encontramos?

—Entonces lo encontramos a él. Y si lo encontramos a él, encontramos tu camino hacia la ciudadanía.

La certeza en su voz la emocionó. *Lo hace sonar tan simple. Como si por supuesto que lo encontraremos. Como si por supuesto todo saldrá bien.* —¿Así de fácil?

—Así de fácil. —Su sonrisa se volvió ligeramente maliciosa, y todavía estaba lo bastante cerca como para que ella pudiera ver las motas doradas en sus ojos azules.

Maldita sea, esa sonrisa debería venir con una etiqueta de advertencia.

—Aunque debería advertirte que soy minucioso cuando investigo. Podríamos estar en esto durante un tiempo.

Las palabras enviaron un calor que se acumuló en la parte baja de su vientre de una manera que no tenía nada que ver con el vino y todo que ver con la forma en que la estaba mirando. —Creo que puedo manejar lo minucioso.

—¿Puedes? —Su voz había bajado hasta apenas un susurro, y de repente la sesión de investigación parecía lo menos importante del mundo.

No. No, definitivamente no puedo manejar lo minucioso. Apenas puedo manejar estar sentada frente a él sin querer saltar sobre esta mesa y... no. No voy a pensar en eso. Absolutamente no voy a pensar en eso.

—Deberíamos... —comenzó, pero perdió la noción de lo que deberían hacer cuando Alessandro se estiró sobre la mesa. Esta vez, en lugar de solo retirar los platos, sus dedos rozaron deliberadamente su antebrazo al retirarse, dejando un rastro de fuego a su paso.

—¿Deberíamos qué? —Su voz era baja, íntima, y cuando ella levantó la mirada, él estaba mucho más cerca que antes.

—Investigar. Minuciosamente. —Las palabras salieron como poco más que un suspiro—. Dios, estoy coqueteando.

La risa de Alessandro fue baja y rica, y el sonido hizo que se le encogieran los dedos de los pies. —Si lo estás haciendo, está funcionando.

Si lo estoy haciendo, está... ¿qué? ¿QUÉ? El calor inundó su rostro. —No puedo creer que acabe de... esto es lo que ocurre cuando bebo vino. Digo cosas. Cosas inapropiadas sobre investigación y...

Y ahora estoy balbuceando. Perfecto. Completa el trío de la humillación con un buen vómito verbal a la antigua usanza.

—Natalie. —Su nombre en sus labios era suave, casi reverente.

—Investigación profesional.

—Profesional. —Sus ojos bailaban con diversión, pero también había algo más oscuro allí, algo que le hizo olvidar por qué mantener la distancia alguna vez le había parecido importante. *Esos ojos. ¿Cómo es posible que unos ojos sean tan azules? No es natural. Probablemente sea ilegal en varios países.*—. ¿Debería ponerme mi ropa de abogado?

La imagen que eso evocó, Alessandro con un traje formal, todo líneas afiladas y competencia devastadora, casi la hizo atragantarse con el vino. *Ropa de abogado. Traje de tres piezas. Corbata. Oh, Dios. Definitivamente deja de pensar en...* —No. Nada de ropa de abogado. La ropa normal está bien. Perfecta. Ideal, de hecho.

—Bien. —Volvió a extender la mano por la mesa, esta vez dejando que sus dedos se entrelazaran deliberadamente con los de ella—. Porque tenía planeado estar cómodo mientras trabajamos.

Natalie miró fijamente sus manos unidas y se preguntó cómo se suponía que iba a concentrarse en la investigación genealógica

cuando Alessandro Leone la estaba tocando así, mirándola así, haciéndole olvidar por qué mantener la distancia alguna vez le había parecido una buena idea.

Tenía que recordar por qué estaba aquí —la investigación—, pero dejó de tratarse de la investigación en algún momento alrededor de la segunda botella de vino.

Esto iba a ser la sesión de investigación más productiva de su vida, o la más hermosamente desastrosa.

Dado cómo le latía el pulso y el calor que crecía entre ellos, definitivamente esperaba que fuera lo segundo.

ALESSANDRO

Cristo.

Alessandro se obligó a soltar la mano de Natalie y apartarse de la mesa, aunque cada instinto de su cuerpo protestó por la pérdida de contacto. El vino, la luz de las velas, la forma en que ella le había estado mirando, todo conspiraba para hacerle olvidar por qué mantener la distancia era necesario.

Profesional. Se suponía que esto debía ser profesional.

—Déjame abrir las bases de datos de inmigración —dijo, con la voz más áspera de lo que pretendía. Alcanzó su portátil, ya abierto sobre la mesa desde su conversación anterior, aunque necesitaba un momento para recomponerse, para recordar que estaba ayudando a una cliente con una investigación de inmigración, no seduciendo a su hermosa vecina americana que seguía tocándole como si tuviera todo el derecho a hacerlo.

Aunque la forma en que había dicho "minuciosamente" con ese pequeño temblor en la voz...

ABRIÓ una nueva ventana del navegador, tomándose un momento extra para estabilizar su respiración. Este era un territorio peligroso. Había visto cómo Natalie le miraba, con una mezcla de deseo y vulnerabilidad que le oprimía el pecho de maneras que no tenían

nada que ver con la obligación profesional. Y la forma en que había admitido estar coqueteando, ese rubor subiendo por su cuello mientras divagaba sobre comentarios inapropiados de investigación...

Merda. Estaba en problemas.

Ella había apartado las copas de vino a un lado y estaba sentada con las manos entrelazadas, intentando parecer serena. Pero él captó cómo sus ojos seguían sus movimientos, el ligero entreabrirse de sus labios cuando él inclinó el portátil para que pudiera ver mejor la pantalla.

—Bien —dijo, abriendo el portátil—. Giuseppe Benedetto, nacido el 15 de marzo de 1938. Empecemos con la base de datos de Ellis Island.

Era intensamente consciente de cómo ella se inclinaba para ver la pantalla, con su hombro rozando su brazo. El aroma de su perfume, algo cálido y floral que le había estado distrayendo toda la noche, inundó sus sentidos. Se obligó a concentrarse en el teclado, aunque sus dedos se sentían torpes bajo su atenta mirada.

Concéntrate, Leone. Registros de inmigración. No en cómo se muerde el labio inferior cuando está pensando.

—Aquí —dijo, abriendo la interfaz de búsqueda—. Si Giuseppe emigró a través de Nueva York, debería haber un registro —tecleó el nombre y el año de nacimiento, hiperconsciente de cómo ella se había acercado aún más, lo suficiente como para sentir el calor de su piel.

—Giuseppe Benedetto, nacido en 1938... —Los resultados de búsqueda se cargaron lentamente—. Tres coincidencias.

—¿Tres? —La voz de Natalie estaba llena de emoción, y se inclinó hacia delante con entusiasmo. Su mano se posó en su antebrazo mientras señalaba la pantalla, y Alessandro sintió ese simple contacto como una marca a través de la manga de su camisa.

Céntrate. Se supone que eres el profesional aquí.

—Este —dijo, haciendo clic en el resultado más prometedor—. Giuseppe Benedetto, 17 años, salió de Palermo, Sicilia, en abril de 1955. Destino: Nueva York.

—Es él —su voz era suave, llena de asombro, y cuando la miró, sus ojos brillaban con lágrimas contenidas—. Es realmente él.

La garganta de Alessandro se tensó ante la emoción en su voz—. Veamos qué más podemos encontrar —abrió otra base de datos, esta para registros de naturalización—. Si se convirtió en ciudadano...

Sus dedos se movían por el teclado con eficiencia practicada, pero su concentración seguía fragmentándose. Cada vez que Natalie se movía en su silla, cada suave sonido de sorpresa o emoción que hacía, enviaba una corriente de conciencia a través de él como un relámpago. Cuando distraídamente se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, exponiendo la elegante línea de su cuello, tuvo que agarrarse al borde de la mesa para evitar extender la mano y trazar esa tentadora curva con las yemas de sus dedos.

Esto es exactamente por lo que no mezclas negocios con placer, idiota.

—Aquí hay algo —dijo, encontrando un registro de solicitud del Seguro Social—. Giuseppe Benedetto, 1955. Y mira... —hizo clic para ver el registro detallado—. Su lugar de nacimiento figura como Castellamonte, Sicilia.

Natalie se quedó muy quieta a su lado—. ¿Castellamonte?

—Existe —el pulso de Alessandro se aceleró mientras abría una nueva ventana de búsqueda—. Pequeño pueblo de montaña en la cordillera de Nebrodi. A unas dos horas y media de aquí —hizo una pausa, explorando más registros—. Y aquí está la parte crucial, no veo registros de naturalización para él. Es posible que muriera antes de convertirse en ciudadano estadounidense.

—Lo que significa que nunca renunció a su ciudadanía italiana —respiró Natalie, comprendiendo inmediatamente.

Él mostró imágenes del pueblo: antiguos edificios de piedra aferrados a una ladera, estrechas calles de adoquines, una iglesia medieval con registros que se remontaban siglos atrás. El tipo de lugar donde las historias familiares vivían en los registros parroquiales y parcelas de cementerio, donde las ancianas recordaban la genealogía de todos hasta cinco generaciones atrás.

—Es esto —suspiró Natalie, apretando su mano en el brazo de él —. Esto es realmente.

Alessandro se volvió para mirarla, y la alegría en su rostro le robó el aliento. Estaba radiante, sus ojos oscuros brillando, todo su cuerpo prácticamente vibrando de emoción. Y le estaba tocando, sus dedos cálidos y seguros contra su piel, como si hubiera olvidado ser cautelosa con él.

—Tenemos que ir allí —dijo ella, las palabras saliendo atropelladamente—. Tenemos que ir a Castellamonte y encontrar las partidas de nacimiento, encontrar a su familia. Esto podría ser la solución, Alessandro. Esta podría ser mi manera de quedarme.

Dio mio. La esperanza en su voz, la forma en que le miraba como si acabara de entregarle el mundo... Estaba haciendo cosas en su pecho que no tenían nada que ver con victorias legales y todo que ver con la mujer sentada lo suficientemente cerca como para besarla.

—La iglesia parroquial tendrá registros bautismales —logró decir, aunque su voz sonó más ronca de lo previsto—. Certificados de nacimiento, linaje familiar. Si Giuseppe nació allí...

—Puedo probar mi herencia italiana —ahora estaba inclinándose aún más cerca, atrapada en la emoción del descubrimiento—. Puedo solicitar la ciudadanía a través de su línea.

—Es arriesgado —advirtió Alessandro, aunque no podía obligarse a amortiguar su entusiasmo—. Necesitaríamos encontrar los documentos originales, establecer un rastro claro de papel. Podría llevar semanas...

—No me importa —sus ojos ahora ardían con determinación, y Alessandro sintió que algo cambiaba en su pecho ante la pura fuerza de su convicción—. Por mucho tiempo que lleve. Lo que sea necesario hacer.

Nosotros. Seguía diciendo nosotros, como si esto fuera algo que estaban haciendo juntos, como si su inversión en el futuro de ella fuera más allá de la cortesía profesional. Y lo era, aunque no estaba preparado para examinar exactamente cuándo había ocurrido eso.

—¿Cuándo podemos ir? —preguntó ella, con su mano todavía en su brazo, su rostro vuelto hacia él con completa confianza.

Alessandro se encontró ahogándose en esos ojos oscuros, en el calor de su contacto, en la embriagadora posibilidad de que tal vez, solo tal vez, había encontrado una forma de ayudarla a quedarse. No solo en Sicilia, sino aquí. Lo suficientemente cerca como para tocarla.

—Mañana —se oyó decir—. Podríamos ir en coche mañana por la mañana y pasar el día en los archivos. —Hizo una pausa, sabiendo que debería detenerse ahí, sabiendo que estaba cruzando una línea que había jurado no cruzar—. Es un pueblo pequeño. Puede que tengamos que quedarnos a pasar la noche.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, cargadas de implicaciones. Pasar la noche. Juntos. En un pueblo de montaña donde habría un pequeño hotel, quizás dos, y el tipo de aislamiento que hace que la gente olvide los límites profesionales.

Los labios de Natalie se entreabrieron ligeramente, y Alessandro la observó procesar la sugerencia, vio el momento exacto en que ella entendió lo que le estaba ofreciendo. No solo ayuda con su caso de inmigración, sino algo infinitamente más peligroso. Su agarre en su brazo se intensificó inconscientemente, sus dedos presionando su piel a través de la tela de su camisa.

—Pasar la noche —repitió ella suavemente, y había algo en su voz que hizo que el calor se acumulara en lo más profundo de sus entrañas.

Para la investigación. Claro.

—Prepara una bolsa para pasar la noche —dijo él, bajando la voz hasta apenas un susurro—. Por si acaso.

El aire entre ellos pareció espesarse, cargado de posibilidades, vino y el peligroso territorio que estaban explorando juntos. Alessandro podía sentir cómo su cuidadosamente mantenido control comenzaba a deshilacharse, podía ver el calor correspondiente en los ojos de Natalie que le decía que ella también lo estaba sintiendo.

Y entonces algo cambió en su expresión, una alegría pura iluminó su rostro como un amanecer.

—Lo encontramos —suspiró, asimilando de repente todo el peso del descubrimiento—. Realmente lo encontramos, Alessandro. Giuseppe. Mi abuelo. Mi manera de quedarme. —Su voz se quebró por la emoción—. No puedo creer que tú... Dios, gracias. Muchísimas gracias.

Antes de que pudiera responder, antes de que pudiera siquiera procesar lo que estaba ocurriendo, ella se lanzó hacia él. Sus brazos rodearon su cuello, atrayéndolo en un fuerte abrazo que casi lo hizo caer de espaldas en su silla. Olía a vino y a ese perfume floral y a algo únicamente suyo, y Alessandro sintió que todo pensamiento racional huía de su mente mientras el cuerpo de ella se presionaba contra el suyo.

—Gracias —susurró ella contra su oído, y el calor de su aliento envió fuego recorriendo su columna vertebral—. Tenía tanto miedo de tener que irme, y tú... tú encontraste una manera. Me has salvado.

Los brazos de Alessandro la rodearon automáticamente, una mano extendiéndose por su espalda, la otra enredándose en la seda de su cabello. Era suave y cálida y temblaba ligeramente de emoción, y él podía sentir el rápido latido de su corazón contra su pecho.

Dio santo. Esto era exactamente lo que había estado tratando de evitar.

—Natalie —logró decir, con la voz áspera de deseo.

Ella se apartó para mirarlo, pero no demasiado, lo suficientemente cerca como para que él pudiera contar las motas doradas en sus ojos oscuros, lo suficientemente cerca como para que sus labios estuvieran a solo unos centímetros de los suyos. Sus manos seguían unidas detrás de su cuello, sus dedos jugando con el pelo de su nuca de una manera que lo estaba volviendo lentamente loco.

—Lo siento —dijo ella suavemente, aunque no hizo ningún movimiento para soltarlo—. Es que... estoy tan feliz. Y agradecida. Y quizás un poco borracha. —Una sonrisa tiraba de las comisuras de su boca—. Definitivamente un poco borracha.

La mirada de Alessandro bajó a sus labios, llenos, ligeramente entreabiertos, tan cerca que podía sentir el susurro de su aliento sobre su piel. Su mano se tensó en su cabello, y vio cómo ella cerraba los ojos, su rostro inclinándose hacia el suyo con una invitación que hizo que su sangre se encendiera.

Un beso. Solo probar su boca una vez, un momento para satisfacer el anhelo que había estado creciendo toda la noche. ¿Qué daño podría hacer?

Pero mientras se inclinaba, mientras la distancia entre ellos se reducía a nada, algún último resquicio de cordura se reafirmó. Ella estaba suavizada por el vino, agradecida y vulnerable, y él debía estar ayudándola, no aprovechándose de su estado emocional.

Con lo que sintió como un esfuerzo sobrehumano, Alessandro se echó hacia atrás.

Los ojos de Natalie se abrieron, oscuros y ligeramente aturdidos, y por un momento simplemente se miraron. El aire entre ellos era eléctrico, cargado con la promesa incumplida y el peso de lo que casi había ocurrido.

—Debería irme —dijo ella finalmente, con voz inestable. Desenredó sus brazos de su cuello pero no se alejó del todo—. Mientras aún pueda bajar las escaleras por mi propio pie.

La referencia a su primer encuentro, cuando él había tenido que llevarla borracha y exhausta a su apartamento, hizo que algo cálido se desplegara en el pecho de Alessandro. Ella le estaba dando una salida, permitiéndole mantener su distancia profesional mientras reconocía la peligrosa corriente que fluía entre ellos.

Asintió, sin confiar en sí mismo para hablar. Si ella se quedaba un momento más, si lo miraba así un segundo más, su contención se rompería por completo.

—Salimos temprano mañana —logró decir—. A las ocho.

—A las ocho —repitió ella, levantándose con piernas ligeramente inestables. Recogió su chaqueta y su bolso, con movimientos cuidadosos y deliberados. En la puerta, se volvió hacia él una última vez—. ¿Alessandro?

—¿Sí?

—Gracias. Por todo.

Y entonces se fue, dejando a Alessandro solo con el aroma de su perfume y la sensación fantasma de su cuerpo presionado contra el suyo. Permaneció en su silla durante un largo momento, pasándose las manos por el pelo e intentando que su pulso volviera a la normalidad.

Mañana irían a Castellamonte. Mañana estarían solos juntos en un pequeño pueblo de montaña, posiblemente durante la noche, persiguiendo los registros que podrían darle todo lo que ella deseaba.

Al diablo con la distancia profesional. Algunas cosas valían el riesgo.

CAPÍTULO 11



Alessandro

La Vespa traqueteaba por las estrechas calles de Santa Lucia al Mare con su habitual sinfonía matutina: el motor zumbando, los brazos de Natalie rodeando cuidadosamente su cintura, la brisa mediterránea cargada de sal y posibilidades. Alessandro se había ofrecido a encontrarse con ella en casa de Rafaele, pero ella había insistido en ir con él para recoger el coche.

—Esto parece la forma más complicada posible de llegar al apartamento de tu primo —dijo Natalie en su oído, con una voz apenas audible sobre el ruido del motor—. Podríamos haber ido andando.

Alessandro sintió la risa de ella vibrar contra su espalda e intentó ignorar la sensación de sus manos entrelazadas sobre su pecho.

—Pero entonces no tendrías excusa para agarrarte a mí.

—¿Quién dice que necesito una excusa? —respondió ella, y él notó cómo apretaba ligeramente su cintura—. Quizás simplemente me gusta el paseo.

—Cuidado —dijo él, tomando una curva quizás con más estilo del necesario—. Podría empezar a pensar que realmente disfrutas de mi compañía.

—No te lo tengas tan creído —dijo ella, pero su tono estaba cargado de diversión—. Solo estoy aquí por tus habilidades de

investigación.

Habían estado bailando uno alrededor del otro toda la mañana, con la cortesía cautelosa de dos personas que casi se habían besado la noche anterior y ahora fingían que no había ocurrido. Ella había abierto la puerta ligeramente sin aliento, con las mejillas teñidas del más leve rubor, lo que le hizo preguntarse si habría estado pensando en su casi beso tanto como él. Él se había sorprendido a sí mismo ajustándose la camisa antes de llamar, lo cual era ridículo para lo que se suponía que era un viaje de investigación profesional.

Veinte minutos después, estaban frente al edificio de Rafaele mientras su primo le entregaba las llaves de su Alfa Romeo plateado con la engreída satisfacción de alguien que sabía exactamente qué tipo de favor estaba haciendo.

—Conduce con cuidado —dijo Rafaele, aunque su sonrisa sugería que no estaba particularmente preocupado por el coche—. Las carreteras de montaña pueden ser... intensas.

—¿Cómo tienes la cabeza esta mañana? —preguntó Alessandro mientras abría la puerta del copiloto para Natalie, sin poder resistirse —. Ayer por la tarde estuviste bastante... expresiva.

—No recuerdo haber sido expresiva —respondió ella, acomodándose en el asiento de cuero con la cuidadosa dignidad de alguien que intenta mantener una negación plausible.

—¿Nada? ¿Ni siquiera la parte sobre Poseidón?

Natalie gimió y se cubrió la cara con las manos.

—Conduce más rápido. Quizás nos estrellemos y no tenga que recordar esta conversación.

—Cuidado con lo que deseas —dijo Alessandro, arrancando el motor—. Espera a ver adónde vamos.

La mañana llevaba una corriente eléctrica entre ellos, dos personas que habían pasado la noche anterior compartiendo vino y casi compartiendo mucho más, ahora comprometidas a pasar todo el día juntas en busca del futuro de ella. Se había vestido con cuidado, él lo había notado. Unos sencillos vaqueros oscuros y un jersey color crema que resaltaba el tono cálido de su piel, con el pelo recogido de una manera que enfatizaba la elegante línea de su cuello.

Él había pasado más tiempo del necesario organizando las carpetas legales, los materiales de investigación, los mapas cuidadosamente impresos que les guiarían hasta Castellamonte. Cualquier cosa para evitar pensar en lo cerca que había estado de besarla la noche anterior, y en cómo el aroma de su perfume ya le estaba haciendo reconsiderar su compromiso con los límites profesionales.

—¿Cuánto dura el trayecto? —preguntó ella cuando él arrancó el motor.

—Dos horas y media. Quizás tres, dependiendo del tráfico por Palermo. —Alessandro se incorporó al flujo matutino de coches, ya calculando la ruta que les llevaría desde la costa hasta las montañas de Nebrodi—. La última hora es toda por carreteras de montaña.

—Carreteras de montaña —repitió ella, y algo en su tono hizo que él la mirara de reojo. Estaba contemplando por la ventana la autopista costera relativamente plana con una expresión que parecía casi nostálgica—. ¿Qué tan montañosas estamos hablando?

—Castellamonte está a unos ochocientos metros de altitud. Las carreteras son... dramáticas.

—¿Dramáticas en qué sentido?

Alessandro consideró su respuesta. Los americanos, había aprendido, tenían diferentes niveles de comodidad con lo que los europeos consideraban condiciones normales de conducción.

—Vistas preciosas —dijo diplomáticamente.

—Estás siendo evasivo —observó Natalie—. ¿Debería preocuparme?

—¿Tú? ¿Preocupada? —La boca de Alessandro se crispó—. ¿La mujer que intentó negociar con la puerta de un baño? Estoy seguro de que puedes manejar unas cuantas curvas de montaña.

—Esa puerta estaba claramente defectuosa —protestó ella—. Y sigues sin responder a mi pregunta.

—Digamos que querrás apreciar el paisaje, no cuestionar la ingeniería.

La primera hora pasó con bastante facilidad. Una vez que dejaron atrás Palermo y tomaron la autopista hacia el interior, Natalie pareció relajarse con el ritmo del viaje. Hacía preguntas sobre el paisaje, los pequeños pueblos que atravesaban, la historia de la región. Su curiosidad era genuina, incluso contagiosa, y Alessandro se encontró compartiendo historias sobre Sicilia que raramente comentaba: cómo cambiaba la luz al subir a las montañas, las antiguas tradiciones que sobrevivían en pueblos aislados, el orgullo obstinado de personas que habían aprendido a prosperar en un terreno hostil.

—¿Qué son esas? —preguntó Natalie de repente, señalando un puesto a la orilla de la carretera que mostraba filas de cabezas de cerámica con elaborados turbantes, cada una con hierbas plantadas —. Las he estado viendo por todas partes desde que llegué. Son hermosas, pero un poco... intensas.

—Teste di Moro —dijo Alessandro, reduciendo ligeramente la velocidad para que pudiera verlas mejor—. Cabezas de moro.

—Qué alegre —dijo Natalie con ironía—. Hay una historia detrás, ¿verdad?

—En Sicilia siempre hay una historia —la boca de Alessandro se curvó ligeramente—. Esta es de Palermo, de hace unos mil años. Una joven se enamoró de un mercader moro, un romance apasionado y absorbente. Luego descubrió que él tenía esposa e hijos en su tierra y planeaba abandonarla.

—Oh, no —dijo Natalie, aunque sonreía—. Ya veo por dónde va esto.

—Ella esperó hasta que él se durmiera, le cortó la cabeza y la usó como maceta para su albahaca —Alessandro señaló hacia las cabezas de cerámica mientras pasaban—. La albahaca creció tan magníficamente que todos sus vecinos querían sus propias macetas de cabezas de moro.

Natalie estalló en carcajadas.

—¡Se lo merecía! Es lo más siciliano que he escuchado nunca. No le prometas a una mujer el para siempre y luego intentes escabullirte con tu otra familia.

—La moraleja de la historia —coincidió Alessandro, divertido por su reacción.

—¿Así que ahora todos los balcones de Sicilia tienen estas como advertencia para los hombres infieles?

—Más o menos. Aunque la mayoría de la gente ahora solo piensa que son decorativas.

—Me encanta —dijo Natalie, recostándose en su asiento con evidente satisfacción—. Nota mental: las sicilianas no se andan con tonterías. ¿Y Alessandro?

—¿Mm?

—Ni se te ocurra abandonarme en algún pueblo de montaña, o te convertiré en una maceta de albahaca.

A pesar de todo, Alessandro se encontró riendo.

—Anotado.

Condujeron en un silencio agradable durante un rato, mientras el paisaje cambiaba gradualmente de llanuras costeras a colinas onduladas salpicadas de olivares. Cuando Natalie volvió a hablar, su voz era reflexiva.

—Te encanta este lugar —observó, mirándolo mientras él hablaba de la región con evidente pasión—. Realmente te encanta.

—¿Te sorprende?

—No, es solo que... —hizo una pausa, pareciendo considerar sus palabras—. La mayoría de la gente que conozco en casa, aman sus ciudades, pero sueñan con marcharse. Tú amas tu lugar, y te quedaste.

—Es precioso —dijo mientras comenzaban el ascenso gradual hacia las estribaciones—. Entiendo por qué tu familia se quedó.

—¿De verdad? —la pregunta salió más seria de lo que había pretendido—. La mayoría de la gente lo encuentra... limitante. Especialmente las personas acostumbradas a ciudades, oportunidades, opciones.

Algo en su tono hizo que ella lo mirara más detenidamente.

—Te refieres a Chiara.

Las manos de Alessandro se tensaron sobre el volante, y se volvió para mirarla fijamente.

—¿Cómo...? —se contuvo y volvió la vista a la carretera con un ligero movimiento de cabeza—. Elena.

—Elena —confirmó Natalie con una pequeña sonrisa—. Mencionó que habías estado comprometido. Dijo que no terminó bien.

—Chiara encontraba Sicilia... limitante —dijo él, con voz cuidadosamente neutral.

—¿Qué quería ella que Sicilia no pudiera darle?

—Todo —dijo simplemente—. Casos más grandes, clientes internacionales, una vida que se extendiera más allá de un pueblo donde todos conocen tus asuntos —redujo la marcha mientras la carretera comenzaba a subir más empinadamente—. No se equivocaba. Hay limitaciones en vivir aquí.

—Pero tú te quedaste.

—Me quedé —la miró brevemente, notando cómo ella observaba el cambio en el paisaje mientras ascendían—. Obligaciones familiares. La nonna. El bufete que construyó mi padre. Alguien tiene que preservar lo que importa.

—¿Y no quisiste explorar qué más había por ahí fuera?

La pregunta dio más cerca de lo que quería examinar.

—Aprendí que desear algo que podría marcharse no vale el riesgo.

Las palabras salieron más punzantes de lo que había pretendido, y vio cómo la expresión de Natalie cambiaba ligeramente. Permaneció callada un momento, y Alessandro se preguntó si estaría pensando en su propia situación, en cómo había dejado todo para venir aquí, en lo precaria que era realmente su capacidad para quedarse.

Natalie guardó silencio por un momento, y Alessandro se preguntó si había dicho demasiado. La conversación se sentía demasiado personal, demasiado reveladora para lo que se suponía que era un viaje profesional de investigación.

—Entonces, cuando ayudas a personas como yo —dijo finalmente—, personas que intentan construir vidas aquí, ¿se siente como una validación? ¿O solo como ironía?

La perspicacia de su pregunta lo sorprendió.

—No lo sé —admitió—. Quizás ambas cosas.

La carretera comenzó entonces a ascender seriamente, dejando la conversación atrás mientras Alessandro se concentraba en las

crecientes curvas que los llevarían a las montañas propiamente dichas.

Natalie

El cambio ocurrió gradualmente, y luego de golpe.

En un momento estaban conduciendo por colinas ondulantes con curvas suaves y guardarraíles razonables. Al siguiente, Natalie estaba mirando por la ventanilla del pasajero lo que parecía ser una caída vertical hacia la nada absoluta.

—Oh —dijo débilmente, su mano encontrando la manilla de la puerta sin pensarlo—. Oh, vaya.

—Espectacular, ¿verdad? —La voz de Alessandro denotaba una genuina admiración mientras conducía el coche alrededor de otra curva cerrada que parecía desafiar tanto a la física como al sentido común.

Espectacular no era la palabra que Natalie habría elegido. Aterrador, quizás. Desafiando a la muerte. Completamente jodido y demencial.

—¿Dónde están las barreras de protección? —logró decir, intentando mantener la voz firme mientras el camino trazaba otra curva imposible alrededor de la montaña.

—Esto es una barrera de protección —dijo Alessandro, señalando lo que parecía ser un muro de piedra a la altura de las rodillas que daba la impresión de haber sido construido en algún momento del Renacimiento—. Han estado aquí durante siglos.

Siglos. Maravilloso. Así que estaban confiando sus vidas a estándares de ingeniería medievales.

El agarre de Natalie en la manilla de la puerta se intensificó mientras rodeaban otra curva y vislumbró el valle muy, muy abajo. Su estómago cayó hasta la altura de sus tobillos. Nunca se había considerado una persona con miedo a las alturas, vivir en Nueva York requería cierta comodidad con la elevación, pero esto era

diferente. Esto era conducir por el borde del mundo sin nada más que piedras antiguas y la confianza de Alessandro entre ellos y el abismo.

—Estás muy callada —observó Alessandro, reduciendo una marcha al acercarse a otra curva.

—Solo... disfruto de las vistas —mintió, cerrando los ojos mientras navegaban por lo que parecía un giro de noventa grados con aproximadamente quince centímetros de espacio entre el coche y la eternidad.

Cuando los abrió de nuevo, estaban subiendo por una sección aún más empinada, con la carretera tallada directamente en la cara rocosa de la montaña. A su derecha, el muro de piedra se alzaba como una fortaleza. A su izquierda...

Cometió el error de mirar a la izquierda.

—Jesús —susurró, con los nudillos blancos donde agarraban la manilla de la puerta.

Alessandro la miró de reojo, y ella vio la comprensión surgir en su expresión. —Tienes miedo a las alturas.

—No tengo miedo a las alturas —protestó automáticamente—. Tengo miedo de conducir por los bordes de montañas sin barreras de seguridad mientras confío mi vida a carreteras que probablemente fueron diseñadas para burros.

—Mulas, en realidad —aclaró Alessandro, servicial—. Aunque las han modernizado desde entonces.

—¿Modernizado cómo? ¿Añadieron ese muro decorativo de piedra que no detendría ni a una bicicleta, y mucho menos a un coche?

—La superficie de la carretera está mucho mejor ahora. Menos rocas.

Natalie le lanzó una mirada que debería haberlo incinerado en el acto. —¿En serio estás haciendo bromas ahora mismo?

—¿Preferirías que me concentrara en conducir? —Su boca temblaba con lo que parecía sospechosamente diversión.

—Sí, por favor, concéntrate en conducir. Concéntrate muy, muy intensamente en conducir.

Pero a pesar de su terror, Natalie lanzaba miradas a Alessandro mientras navegaba por la carretera imposible con la competencia casual de alguien que lo había hecho mil veces. Sus manos estaban firmes en el volante, su atención concentrada pero relajada. Parecía, se dio cuenta, completamente en su elemento, cómodo con el desafío, confiado en su capacidad para manejar cualquier cosa que la montaña les lanzara.

Y de alguna manera, a pesar de su miedo, a pesar de que su mente racional estaba catalogando todas las formas en que este viaje podría terminar en desastre, mirarlo la hacía sentir... más segura. Incluso protegida. Como si mientras Alessandro estuviera al volante, estarían bien.

Era, a pesar de su terror, innegablemente atractivo. Y profundamente inconveniente.

—¿Cuánto falta? —preguntó mientras subían por una sección donde el camino parecía estar tallado directamente en las nubes.

—Veinte minutos, quizás treinta —Alessandro redujo de nuevo la marcha al acercarse a lo que parecía ser un ascenso vertical—. La parte más empinada ha quedado atrás.

—Gracias a Dios. —Las manos de Natalie le dolían por agarrar la manilla de la puerta con tanta fuerza. Flexionó los dedos, intentando restaurar la circulación, pero volvió a agarrarse cuando doblaron otra curva que revelaba un panorama aún más espectacular y aterrador.

—¿Sabes? —dijo Alessandro de manera conversacional—, la mayoría de la gente encuentra este viaje romántico.

—La mayoría de la gente está claramente loca.

—O confían en su conductor.

Algo en su tono hizo que lo mirara más de cerca. Él estaba atento a la carretera, pero había una leve sonrisa jugando en las comisuras de su boca, y sus ojos tenían un calor que hizo que su estómago revoloteara de maneras que no tenían relación con la altitud.

—Confío en ti —dijo en voz baja, sorprendida al darse cuenta de que era cierto. A pesar de su terror a la carretera, a pesar de la forma en que su mente racional estaba catalogando todas las formas

en que este viaje podría terminar en desastre, ella confiaba en Alessandro. Completamente.

—Bien —dijo él simplemente, y la certeza en su voz hizo más por calmar sus nervios de lo que cualquier garantía sobre la seguridad vial podría haber hecho.

—Además —añadió con una mirada de reojo que era definitivamente coqueta—, después de lo de anoche, pensé que habías establecido que soy muy... minucioso.

La referencia a su confesión bajo los efectos del vino sobre sus habilidades de investigación hizo que su cara ardiera. —Eso era sobre investigación legal —protestó débilmente.

—¿Lo era?

—¡Sí! Minuciosidad completamente profesional relacionada con la investigación.

—Mmm-hmm. —Su sonrisa se ensanchó, y a pesar de su terror, Natalie sintió un calor acumularse en su estómago que no tenía absolutamente nada que ver con carreteras de montaña.

La aproximación final a Castellamonte era, si es posible, aún más dramática que el ascenso. El camino serpenteaba alrededor de la última curva para revelar el antiguo pueblo aferrado a la ladera como algo sacado de un cuento de hadas. Edificios de piedra en cascada descendían por la empinada pendiente en terrazas, sus tejados de tejas rojas brillando bajo el sol de la tarde. Las campanas de la iglesia resonaban en los picos circundantes, y el aire mismo parecía diferente, más ligero, más limpio, impregnado con el aroma de hierbas silvestres y siglos de clima montañoso.

—Oh —suspiró Natalie, olvidando momentáneamente su miedo—. Es precioso.

—Espera a verlo desde la piazza —dijo Alessandro, guiando el coche por calles que apenas eran lo suficientemente anchas para un solo vehículo—. Todo el valle se extiende a tus pies.

Mientras aparcaban en una pequeña zona de estacionamiento cerca del centro del pueblo, Natalie por fin soltó el agarre mortal que

mantenía sobre la manija de la puerta. Sus manos temblaban ligeramente, se dio cuenta, y los hombros le dolían por la tensión que no había notado que llevaba acumulada.

—Bueno —dijo, intentando sonar despreocupada mientras Alessandro apagaba el motor—. Ha sido toda una aventura.

—Y todavía tenemos que bajar conduciendo —señaló él con lo que definitivamente era diversión.

El estómago de Natalie volvió a dar un vuelco, pero esta vez por una causa completamente diferente. La idea de navegar esas curvas cerradas en sentido contrario, de ver cómo las barandillas desaparecían tras ellos mientras descendían por curvas que no podía ver...

—Claro —dijo débilmente—. Bajar de nuevo.

Alessandro estudió su rostro por un momento, y entonces su expresión se suavizó.

—Lo haremos despacio a la vuelta. Y si te hace sentir mejor, podemos quedarnos más tiempo. Asegurarnos de no conducir a oscuras.

La oferta era práctica, incluso sensata. Pero algo en su manera de decirlo, en la cuidadosa atención que prestaba a su comodidad, hizo que un calor se extendiera por su pecho de una forma que tenía poco que ver con el alivio y mucho con el hombre que ofrecía prolongar el tiempo juntos.

—Eso... podría ser buena idea —logró decir.

—Bien —la sonrisa de Alessandro fue amable, comprensiva—. Además, tenemos mucha investigación que hacer. Esto podría llevarnos más de unas pocas horas.

Mientras recogían sus carpetas y materiales de investigación del coche, Natalie miró hacia la carretera por la que acababan de viajar. La idea de conducir por esas curvas de nuevo, especialmente en condiciones menos que perfectas, le hacía sudar las palmas de las manos.

Definitivamente iba a necesitar una muy buena razón para abandonar Castellamonte pronto. Y mirando a Alessandro mientras organizaba sus documentos con esa silenciosa competencia que

hacía que su pulso se acelerara, empezaba a pensar que las carreteras de montaña no eran lo único peligroso de este viaje.

Alessandro

La Chiesa di San Giuseppe se alzaba en el corazón del barrio medieval de Castellamonte, su fachada de piedra desgastada mantenía la tranquila dignidad de ocho siglos. Alessandro empujó las pesadas puertas de madera, sujetándolas para Natalie mientras entraban al fresco interior perfumado con incienso.

—Magnífico —susurró Natalie, su voz resonando en el espacio abovedado. Avanzó lentamente, contemplando los antiguos frescos, el altar de madera tallada, la forma en que la luz de la tarde se filtraba a través de las vidrieras que habían observado a incontables generaciones de fieles.

—¿Padre Marco? —llamó Alessandro suavemente—. Sono Alessandro Leone, da Santa Lucia al Mare.

Unos pasos resonaron desde algún lugar detrás del altar, y un momento después, un anciano sacerdote de pequeña estatura salió de lo que parecía ser una capilla lateral. Su rostro se iluminó con el genuino placer de alguien que raramente recibía visitas, especialmente interesadas en la historia de la iglesia.

—¡Ah, Signor Leone! ¡Bienvenido, bienvenido! —El Padre Marco se apresuró hacia delante, su sotana negra susurrando al moverse—. Y usted debe ser la signora americana, ¿verdad? ¿La que busca a su familia?

—Natalie Russo —dijo ella, adelantándose con una sonrisa que, Alessandro notó, hizo que los ojos del viejo sacerdote brillaran con aprobación—. Muchas gracias por acceder a ayudarnos.

—¡Por supuesto! La historia familiar es un trabajo sagrado, ¿no es así? Venid, venid, tengo todo preparado en la sala de archivos.

Mientras seguían al Padre Marco por un estrecho pasillo flanqueado por pinturas religiosas, Alessandro observaba las reacciones de Natalie ante su entorno. Ella se movía por los espacios antiguos con reverencia, sus dedos rozando ligeramente las paredes

de piedra que habían sido tocadas por siglos de manos, su expresión suave de asombro.

—Aquí es donde todo comenzó —dijo en voz baja, más para sí misma que para los demás—. Giuseppe caminó por estos mismos pasillos.

—¡Efectivamente! —El Padre Marco sonrió radiante, empujando una puerta que reveló una pequeña habitación con estanterías del suelo al techo llenas de volúmenes encuadernados en piel—. He sido el custodio de estos registros durante cuarenta y tres años, y recuerdo cuando encontré por primera vez el nombre de vuestro abuelo en el registro bautismal. Qué tragedia, lo que le ocurrió a esa familia.

Alessandro y Natalie intercambiaron miradas. —¿Tragedia? —preguntó Alessandro con cautela.

—Los años de la guerra fueron muy duros aquí —explicó el Padre Marco, acomodándose tras un escritorio cubierto de registros abiertos—. Muchas familias lo perdieron todo. La familia Benedetto sufrió enormemente. Pero venid, dejad que os muestre lo que he encontrado.

Las siguientes dos horas pasaron en un torbellino de descubrimientos que parecía casi mágico en su serendipia. El registro bautismal de Giuseppe Benedetto de 1938, escrito con la cuidadosa caligrafía de un párroco fallecido hace tiempo. Su certificado de nacimiento, confirmando que Antonio y Rosa Benedetto eran sus padres. Registros escolares que demostraban que había sido un excelente estudiante hasta que dejó la escuela a los dieciséis años.

—Aquí —dijo el Padre Marco, extendiendo un gran mapa del cementerio sobre el escritorio—. La parcela familiar de los Benedetto. Cuatro generaciones, todas aquí en Castellamonte. Vuestro Giuseppe fue el único que se marchó.

Natalie miró fijamente el mapa, luego los documentos extendidos ante ellos, sus ojos brillantes con lágrimas contenidas.

—Es realmente él. Es realmente mi familia.

—Sin duda —confirmó Alessandro, tomando notas con su propia y cuidadosa escritura—. La documentación es completa, el linaje

está claro. Esto te da todo lo que necesitas para tu solicitud de ciudadanía.

—¿Crees que funcionará? —La esperanza en la voz de Natalie era casi dolorosa de escuchar.

—Creo —dijo Alessandro con cuidado— que el gobierno italiano tendrá muy difícil discutir con ocho siglos de registros eclesiásticos.

El padre Marco les sonrió radiante a ambos. —Debéis ver el cementerio antes de iros. ¿Y quizás quedaros para el vespertino? La iglesia es hermosísima con la luz del atardecer.

Cuando salieron de los archivos de la iglesia a la luz del sol de última hora de la tarde, Natalie prácticamente vibraba de emoción. —Lo conseguimos —dijo, aferrándose a la carpeta con los documentos fotocopiados—. Realmente lo conseguimos, Alessandro. No puedo creer que encontráramos todo con tanta facilidad.

—No todo —dijo Alessandro, aunque sonreía ante su entusiasmo —. Todavía necesitamos el certificado de nacimiento oficial de la oficina municipal. Los registros de la iglesia establecen el linaje, pero para tu solicitud, también necesitarás los documentos emitidos por el gobierno.

—Sí, claro. —Natalie miró alrededor de la pequeña plaza, observando los antiguos edificios que les rodeaban—. ¿Dónde está la oficina municipal?

Alessandro consultó sus notas. —Justo al otro lado de la plaza. Pero... —Miró su reloj y frunció el ceño—. Son casi las cinco. Puede que ya hayan cerrado por hoy.

Se apresuraron a cruzar la plaza empedrada, pasando por una pequeña fuente que parecía tan antigua como la propia iglesia, hasta un edificio marcado con señalización oficial. Alessandro intentó abrir la puerta, luego llamó, pero no hubo respuesta.

—Cerrado —confirmó, leyendo el horario publicado—. Abre de nuevo a las nueve mañana por la mañana.

El rostro de Natalie decayó ligeramente, pero luego miró alrededor del pueblo montañoso que se extendía bajo ellos, la forma

en que la luz del atardecer pintaba de oro los edificios de piedra, y su expresión se alegró de nuevo.

—Bueno —dijo—, supongo que tendremos que pasar la noche aquí entonces.

Algo en su tono hizo que Alessandro la mirara más detenidamente. Había alivio en su voz, se dio cuenta. Alivio porque no intentarían recorrer las carreteras de montaña con la luz que se desvanecía. Y algo más, algo que se parecía casi a la anticipación.

—¿Estás segura? —preguntó él suavemente—. Podríamos volver otro día.

—No. —La palabra salió con más fuerza de lo que probablemente había pretendido, y se sonrojó ligeramente—. Quiero decir, estamos aquí, hemos avanzado tanto... tiene sentido terminar lo que empezamos. Además —añadió con una sonrisa que no ocultaba del todo su terror anterior—, no tengo muchas ganas de enfrentarme a esas curvas cerradas en la oscuridad. O en absoluto, la verdad.

El pecho de Alessandro se tensó con algo que se parecía sospechosamente a la ternura mezclada con satisfacción masculina. Ella se estaba esforzando tanto por ser valiente, por no dejar que su miedo a las carreteras de montaña interfiriera con su misión. Pero también estaba creando una razón perfectamente legítima para que pasaran la noche juntos. El instinto protector que surgió en él fue tan inesperado como totalmente bienvenido.

—En ese caso —dijo—, busquemos un lugar donde alojarnos.

Natalie

El Hotel Bellavista se situaba en el punto más alto del barrio antiguo de Castellamonte, su terraza ofrecía vistas que se extendían por todo el valle. Era pequeño, familiar, el tipo de lugar que probablemente había estado recibiendo viajeros durante generaciones sin sentir la necesidad de cambiar mucho más allá de actualizar la fontanería.

—Due camere, per favore —dijo Alessandro a la mujer detrás del mostrador de recepción, una elegante señora de unos sesenta años

que tenía el porte de alguien que había nacido para la hospitalidad.

—Ah, mi dispiace —respondió ella con genuino pesar, consultando un libro de reservas encuadernado en piel—. Solo tenemos una habitación disponible esta noche. Hay un festival en Randazzo este fin de semana, y mucha gente se está quedando en las montañas.

Natalie sintió que se le caía el estómago, aunque no estaba segura de si era por la situación del alojamiento o por el recordatorio de que tendría que navegar esas aterradoras carreteras de nuevo mañana. Una habitación. Con Alessandro. El hombre que casi había besado anoche después de dos botellas de vino y una velada de conversación cada vez más íntima.

—¿Una habitación? —La voz de Alessandro era cuidadosamente neutral, pero ella captó la ligera tensión en sus hombros.

—Sì, la camera matrimoniale. Es nuestra mejor habitación, muy cómoda, con las vistas más hermosas. —La sonrisa de la mujer era cálida y apologética—. Podría llamar a otros hoteles de la zona, pero creo que encontraréis la misma situación en todas partes.

Natalie miró a Alessandro, notando que evitaba cuidadosamente su mirada. Le estaba dejando la decisión a ella, se dio cuenta. La manera caballerosa de no presionarla hacia una situación incómoda. Lo cual era tanto considerado como, de alguna manera, decepcionante.

Pero al considerar sus opciones, conducir de vuelta por las carreteras de montaña en la creciente oscuridad, o quedarse en una habitación con Alessandro, solo una opción parecía remotamente tolerable. Y si era honesta, la perspectiva de compartir habitación con él no era del todo desagradable. Aterradora, sí. Pero no desagradable.

—La tomaremos —dijo rápidamente, antes de perder el valor.

La mirada de Alessandro se dirigió a la suya, y vio sorpresa allí, junto con algo más cálido que hizo que su pulso se saltara un latido.

—¿Estás segura? —preguntó él en voz baja.

—Estoy segura. —Y lo estaba, mayormente. Las carreteras de montaña la habían aterrorizado lo suficiente como para que compartir una habitación con Alessandro pareciera la opción más

segura, incluso si venía con complicaciones de un tipo completamente diferente—. Ambos somos adultos. Podemos manejar compartir una habitación sin... —Hizo un gesto vago, y luego se dio cuenta de que estaba empeorando la situación—. Quiero decir, solo es dormir.

Solo dormir. Claro. Con Alessandro Leone, que parecía haber sido esculpido por Miguel Ángel y que había pasado el día siendo protector y competente y devastadoramente atractivo de esa manera tranquila y discreta que se estaba convirtiendo en su completa perdición.

—Perfetto! —La propietaria del hotel sonrió, deslizando una ornamentada llave sobre el mostrador de madera pulida—. Camera dodici, secondo piano. La cena se sirve hasta las diez, y mañana habrá pasteles frescos para el desayuno.

MIENTRAS SUBÍAN por la estrecha escalera hasta el segundo piso, con Alessandro cargando las dos bolsas de viaje, Natalie se encontró hiperconsciente de cada detalle: cómo se estiraba la camisa sobre sus hombros mientras llevaba el equipaje, la gracia segura con la que navegaba por las antiguas escaleras, y el hecho de que en unos treinta segundos estarían solos en una habitación de hotel con una cama.

Una habitación matrimoniale. Lo que, si su italiano era correcto, significaba una habitación diseñada para parejas casadas. Con una gran cama destinada a dos personas que presumiblemente no tenían reparos en compartir un espacio íntimo.

Definitivamente le estaba dando demasiadas vueltas.

La habitación doce era, como habían prometido, preciosa. Las vigas del techo eran de castaño antiguo, probablemente originales del edificio. Las ventanas daban a la terraza con su espectacular vista, y el mobiliario era a la vez antiguo y cómodo.

Y en el centro de todo había una gran cama acogedora con sábanas blancas impecables y suficientes almohadas para que dos personas durmieran muy cómodamente.

Si fueran el tipo de personas que compartirían una cama.

Que no lo eran.

¿O sí?

—Puedo dormir en el suelo —dijo Alessandro inmediatamente, dejando las bolsas con cuidadosa atención a su colocación. Su voz sonaba ligeramente más áspera de lo habitual—. O en la silla. La silla parece... manejable.

Natalie miró la silla antigua de madera en cuestión. Era hermosa, claramente hecha a mano por algún artesano fallecido hace tiempo, y parecía tan cómoda para dormir como un dispositivo de tortura medieval. La imagen de Alessandro, con su metro ochenta y sus anchos hombros, intentando doblarse en esa silla durante toda una noche era casi cómica.

—No seas ridículo —dijo ella, sorprendida por lo firme que sonaba su voz—. Somos adultos. Podemos compartir una cama sin... —Hizo una pausa, dándose cuenta de que estaba a punto de adentrarse en terreno peligroso—. Quiero decir, solo es dormir.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos, cargadas con todo lo que no estaban diciendo. *Solo dormir. Como si la tensión que había estado creciendo entre ellos todo el día, toda la semana, simplemente se evaporara porque así lo habían declarado.*

—Si estás segura —dijo Alessandro, y algo en su voz hizo que ella lo mirara más detenidamente. Su expresión estaba cuidadosamente controlada, pero captó el destello de calor en sus ojos antes de que apartara la mirada hacia la ventana.

—Estoy segura —dijo ella, aunque su corazón latía lo suficientemente rápido como para alimentar todo el hotel—. Además, probablemente te caerías de esa silla en medio de la noche y despertarías a todo el edificio.

—Probablemente —coincidió, y cuando sonrió, fue más cálido de lo que ella había esperado—. Sería incómodo de explicar a la Signora...

—Benedetta —proporcionó Natalie, recordando la placa de identificación en la recepción—. Y estoy bastante segura de que ya tiene opiniones sobre nuestra situación.

—¿Qué tipo de opiniones?

—Del tipo que implican cejas levantadas y miradas cómplices —Natalie se acercó a la ventana, necesitando espacio para respirar—. ¿Viste cómo sonrió cuando cogimos la habitación?

Alessandro se unió a ella en la ventana, lo suficientemente cerca como para que pudiera oler su colonia mezclada con el persistente aroma del aire de montaña—. Probablemente piensa que estamos casados.

La palabra quedó suspendida entre ellos, y Natalie sintió que el calor subía a sus mejillas—. Bueno, es la habitación matrimoniale.

—Lo es —asintió Alessandro en voz baja.

A través de las ventanas abiertas, podía oír los sonidos vespertinos del pueblo de montaña: las campanas de la iglesia marcando la hora, voces que se saludaban a través de las estrechas calles, el sonido lejano de risas desde el restaurante de la terraza del hotel. El aire olía a hierbas silvestres, a humo de leña y a la promesa de una fresca noche de montaña.

Mañana, conseguirían el certificado de nacimiento oficial de Giuseppe. Mañana, tendrían todo lo necesario para su solicitud de ciudadanía. Mañana, tendría un camino claro para quedarse legalmente en Sicilia.

Esta noche, iba a compartir cama con el hombre que lo había hecho posible.

El hombre del que definitiva, absoluta y completamente se estaba enamorando.

El pensamiento la detuvo en seco, y se hundió en el borde de la cama. Oh Dios. Se estaba enamorando de Alessandro Leone. Su abogado de inmigración. Su vecino de arriba. El hombre que la había rescatado de puertas de baño, la había llevado a la cama estando borracha y ahora la estaba ayudando a perseguir el fantasma de su abuelo en pueblos de montaña.

Esto era una idea espectacularmente mala.

—Entonces —dijo, intentando parecer casual y probablemente fallando por kilómetros—, ¿cenamos? Me vendría bien una copa después de la aventura de hoy conduciendo por la montaña.

—¿Solo una copa? —La sonrisa de Alessandro fue lenta y cálida, y contenía justo el calor suficiente para hacerle olvidar por completo

las aterradoras carreteras de montaña que les habían traído hasta aquí—. Después del día que has tenido, yo diría que te has ganado al menos dos.

—¿Esa es tu opinión médica profesional, Dr. Leone?

—Opinión legal profesional —corrigió—. Y sí, te estoy recetando vino. Vino siciliano, específicamente. Con fines medicinales.

—Fines medicinales —repitió, tratando de no pensar en cómo la última vez que habían tomado vino juntos, habían terminado a centímetros de besarse—. Me gusta como suena eso.

Pero mientras se preparaban para salir de la habitación, mientras la conciencia entre ellos crepitaba como electricidad en el aire de montaña, Natalie tuvo la sensación de que la cena iba a ser la parte menos complicada de su velada en Castellamonte.

Pero ese era un problema para mañana. Esta noche, tenía otras cosas de las que preocuparse.

Como iba a sobrevivir compartiendo cama con Alessandro Leone sin perder completamente la cabeza. Y si realmente quería sobrevivirlo.

CAPÍTULO 12



Natalie

La cena había sido una revelación. Dos horas de vino, risas e historias que hacían que Alessandro pareciera menos el serio abogado que la había rescatado de varios desastres y más como... bueno, como un hombre del que se estaba enamorando irremediablemente.

Él le había contado sobre aquella vez que él y Rafaele habían "tomado prestado" el gallo premiado de la Nonna para inscribirlo en el ring de peleas de gallos del pueblo vecino, solo para descubrir que el ave tenía miedo a otras gallinas. Ella había compartido la épica historia de cómo ella y Cara habían convencido a sus padres de que estaban tomando clases de italiano mientras en realidad pasaban todos los sábados en Coney Island, comiendo perritos calientes y perfeccionando sus terribles acentos italianos de Brooklyn.

El vino siciliano había sido perfecto, rico y con cuerpo, justo lo necesario para hacer que todo pareciera más suave en los bordes sin cruzar a territorio peligroso. Aunque el territorio peligroso, Natalie comenzaba a darse cuenta, podría ser inevitable cuando compartías habitación de hotel con un hombre que te miraba como Alessandro la había estado mirando a través de la mesa iluminada por velas.

Ahora, de pie fuera de su habitación, su habitación, con su única cama matrimoniale, la cálida confianza del vino estaba dando paso

rápidamente a algo que se parecía sospechosamente al pánico.

—Bueno —dijo, sacando la ornamentada llave de su bolso con manos que definitivamente estaban más firmes que su pulso—. Esto debería ser... bien.

—Bien —confirmó Alessandro, aunque algo en su voz sugería que estaba tratando de convencerse tanto a sí mismo como a ella.

La habitación se veía diferente a la luz de las lámparas. Más íntima. La cama parecía haberse vuelto más grande y acogedora durante su ausencia, con la ropa blanca prácticamente resplandeciendo contra los antiguos muebles de madera. A través de las ventanas abiertas, el aire de montaña transportaba el aroma de hierbas silvestres y el sonido lejano de otros huéspedes del hotel acomodándose para pasar la noche.

Muy romántico. Muy acogedor. Claramente diseñado para personas que se suponía que compartirían algo más que apuntes de investigación.

—Solo voy a... —Natalie hizo un gesto vago hacia su bolsa de viaje—. Prepararme para dormir. Ya sabes. La rutina habitual antes de acostarse. Una rutina completamente normal antes de acostarse.

Estaba divagando. ¿Por qué estaba divagando?

—Claro —dijo Alessandro, colocando su propia bolsa en la silla—. Normal. Rutina.

Ninguno de los dos se movió durante un momento, y Natalie tuvo el absurdo pensamiento de que parecían dos personas tratando de averiguar cómo desactivar una bomba. Una bomba muy atractiva y tentadora que casualmente llevaba una excelente camisa azul que resaltaba esos ojos imposibles.

—Baño —anunció finalmente, agarrando su ropa y huyendo hacia la relativa seguridad del pequeño cuarto de baño.

Veinte minutos después, salió vistiendo su pijama más práctico, pantalones grises de chándal y una camiseta extragrande de la NYU que había conocido días mejores, pero era cómoda y decididamente nada sexy. Si iba a sobrevivir durmiendo junto a Alessandro Leone, necesitaba toda la armadura posible, aunque esa armadura viniera en forma de algodón universitario.

Alessandro estaba de pie junto a la ventana, y cuando se giró al oír la puerta del baño, la compostura cuidadosamente construida de Natalie se desmoronó por completo.

Llevaba puestos solamente unos bóxers negros ajustados.

Nada. Más. Que. Bóxers.

Su cerebro entró en cortocircuito mientras contemplaba el magnífico espectáculo de Alessandro Leone sin el beneficio de la ropa. Su pecho era incluso más increíble de lo que había vislumbrado en la playa: hombros anchos que se estrechaban hasta una cintura esbelta, músculos que hablaban de trabajo físico en lugar de vanidad de gimnasio, vello oscuro que inevitablemente atraía sus ojos hacia abajo, hacia la cinturilla baja de esos bóxers pecaminosamente ajustados.

—Dios mío —suspiró, y luego inmediatamente se tapó la boca con la mano.

Alessandro arqueó una ceja, y ella captó el indicio de suficiencia en su expresión que sugería que era perfectamente consciente del efecto que estaba teniendo en su sistema respiratorio.

—¿Algún problema? —preguntó con suavidad.

—Ropa —logró decir, con la voz ligeramente estrangulada—. Necesitas ropa. Más ropa. Toda la ropa.

—No he traído pijama —dijo con una razonabilidad exasperante —. Esperaba tener mi propia habitación si nos quedábamos a pasar la noche.

Claro. Por supuesto. Explicación práctica para el hecho de que ahora se esperaba que compartiera cama con lo que parecía ser un dios mediterráneo específicamente diseñado para poner a prueba su autocontrol.

—Bueno, no puedes dormir así... —Hizo un gesto impotente hacia su estado general de desnudez—. Así. Es completamente inapropiado.

—¿Para quién? —La boca de Alessandro se curvó en lo que podría haber sido diversión—. Somos adultos, Natalie. Creo que podemos manejar compartir una cama sin...

—¿Sin qué? —le interrumpió, con el calor subiendo por su cuello —. ¿Sin que yo pase toda la noche intentando no mirar fijamente tu

pecho? ¿Sin perder completamente la cabeza porque pareces salido de alguna campaña de turismo italiano diseñada para hacer que las mujeres olviden sus propios nombres?

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos, y Natalie quiso hundirse a través del antiguo suelo de madera. *¿Realmente acababa de admitir que quería mirarle el pecho? ¿En voz alta? ¿A su cara?*

La expresión de Alessandro cambió, la diversión desvaneciéndose en algo más cálido e infinitamente más peligroso. —¿Quieres quedarte mirando mi pecho?

—No —dijo ella rápidamente—. Quizás. Ese no es el punto. El punto es que necesitas ponerte una camisa.

—No tengo una camisa apropiada para dormir.

—Entonces ponte la que llevaste a la cena.

—Eso no es exactamente cómodo para dormir.

Natalie levantó las manos exasperada. —Bien. Duerme desnudo si quieres. Simplemente construiré una muralla de almohadas entre nosotros y fingiré que no estás ahí.

En el momento en que las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de su error. Los ojos de Alessandro se oscurecieron con un calor inconfundible, y su voz bajó a un registro que le provocó escalofríos por la espalda.

—¿Dormir desnudo? —repitió lentamente—. ¿Es eso lo que preferirías?

—¡No! —La palabra salió como un chillido—. Absolutamente no. Quédate con los boxers. Los boxers son... suficientes. Apenas. Pero suficientes.

Se ocupó de colocar almohadas en el centro de la cama con más fuerza de la estrictamente necesaria, tratando de ignorar la forma en que Alessandro la observaba con diversión no disimulada y algo más que hacía que su piel se sintiera demasiado tensa.

—Esto es ridículo —murmuró, esponjando una almohada con violencia innecesaria—. Somos adultos. Adultos maduros y

responsables que pueden compartir una cama sin que signifique nada.

—¿Es eso lo que estamos haciendo? —preguntó Alessandro, acomodándose en su lado de la cama con gracia fluida—. ¿Compartir una cama sin que signifique nada?

El colchón se hundió bajo su peso, y Natalie sintió el sutil cambio en la cama que significaba que él estaba a solo centímetros de su cuidadosamente construida barrera. Podía oler su jabón y algo más que era puramente él: cálido, masculino y completamente distrayente.

—Sí —dijo con firmeza, aunque su voz sonó menos convincente de lo que había esperado—. Exactamente. Dos amigos ayudándose mutuamente con un problema logístico. Nada más.

—Amigos —repitió Alessandro, y había algo en su tono que hizo que ella lo mirara a pesar de su mejor juicio.

Estaba tumbado de lado, con la cabeza apoyada en la mano, observándola con una expresión que era cualquier cosa menos amistosa. Su cabello oscuro estaba despeinado, sus ojos azules intensos y enfocados enteramente en su rostro. La muralla de almohadas de repente parecía ridículamente inadecuada.

—Sí —dijo, aunque la palabra salió más entrecortada de lo previsto—. Amigos.

—¿Y los amigos a menudo comparten habitaciones matrimoniales en hoteles de montaña?

—Cuando no hay otras opciones disponibles, sí. Los amigos se adaptan a las circunstancias.

—Ya veo. —Su boca se curvó en una ligera sonrisa—. ¿Y los amigos construyen murallas de almohadas para evitar... qué exactamente?

El calor subió por el cuello de Natalie. —Para evitar cualquier... proximidad accidental. Mientras dormimos. Proximidad inconsciente que podría malinterpretarse.

—¿Malinterpretarse cómo?

Ella le lanzó una mirada. —Ya sabes cómo.

—Me temo que no lo sé —dijo Alessandro, con voz toda inocencia a pesar del malicioso brillo en sus ojos—. Quizás podrías

explicar qué tipo de proximidad inconsciente te preocupa.

Natalie lo miró fijamente, atrapada entre la exasperación y el deseo cada vez más urgente de abandonar por completo su muralla de almohadas y descubrir exactamente qué tipo de proximidad inconsciente podrían encontrar.

—Duérmete, Alessandro —dijo finalmente, volteándose para darle la espalda.

—Buonanotte, Natalie —dijo él suavemente, y algo en su voz la hizo estremecerse a pesar del cálido aire de montaña.

Cerró los ojos e intentó concentrarse en su respiración, en los sonidos distantes del pueblo asentándose en la noche, en cualquier cosa excepto en el hecho de que Alessandro Leone estaba tumbado a escasos centímetros de ella vistiendo nada más que unos boxers negros y una expresión que sugería que estaba pensando cosas que no tenían nada que ver con la amistad.

Esta iba a ser la noche más larga de su vida.

Alessandro

Dos horas después, Alessandro yacía mirando al techo, hiperconsciente de cada sonido que Natalie hacía en su sueño. Finalmente se había quedado dormida hace una hora, su respiración profundizándose en el suave ritmo que le indicaba que estaba verdaderamente inconsciente. Pero el sueño, para él, seguía siendo frustradamente esquivo.

La muralla de almohadas que ella había construido había durado aproximadamente treinta minutos antes de ser gradualmente desplazada por movimientos inconscientes. Ahora no había nada entre ellos más que unos pocos centímetros de colchón y su autocontrol rápidamente deteriorándose.

Natalie se había movido en su sueño, volteándose hacia él en lugar de alejarse, y su rostro estaba suave y desprotegido bajo la luz de la luna que se filtraba por las ventanas. Una mano estaba curvada bajo su mejilla, la otra descansando en el espacio entre ellos, los dedos relajados y vulnerables.

Era hermosa. No solo atractiva o encantadora, sino genuinamente hermosa de una manera que le hacía sentir un nudo en el pecho con algo que sospechosamente se parecía a la ternura. El tipo de belleza que no intentaba ser notada, que existía simple y completamente sin artificio ni intención.

Quería tocarla. El deseo era tan fuerte que era casi un dolor físico: trazar la línea de su mejilla, sentir la seda de su cabello entre sus dedos, despertarla con besos y descubrir si sabía tan dulce como se veía.

En cambio, se forzó a permanecer perfectamente quieto y concentrarse en las razones por las que tocar a Natalie Russo era una terrible idea. Ella dependía de él para ayudarla con su situación legal. Era vulnerable y confiaba en que él sería honorable. Era americana y temporal y exactamente el tipo de complicación que había pasado años evitando.

Nada de lo cual parecía importarle a su cuerpo, que estaba respondiendo a su proximidad con creciente urgencia.

Alessandro cerró los ojos e intentó pensar en derecho tributario. Disputas de propiedad. Cualquier cosa aburrida y nada sexy que garantizara distraerlo de la manera en que la camiseta de Natalie se había subido ligeramente, exponiendo una franja de piel pálida en su cintura.

No estaba funcionando.

El sonido de su respiración, suave y uniforme en la oscuridad. El calor de su cuerpo tan cerca del suyo. La forma en que lo había mirado antes cuando salió del baño, sus ojos abriéndose y oscureciéndose con deseo inconfundible antes de intentar ocultarlo con indignación.

LO DESEABA. El saberlo envió calor recorriendo por sus venas a pesar de sus mejores esfuerzos por ignorarlo. Cualquier cosa que ella dijera sobre la amistad y los límites profesionales y el comportamiento apropiado, ella lo deseaba tanto como él a ella.

Y pasarían toda la noche acostados a pocos centímetros de distancia, fingiendo lo contrario.

Merda.

Alessandro se giró con cuidado hacia un lado, tratando de no perturbar el colchón, e inmediatamente se arrepintió de la decisión. Ahora podía ver su rostro claramente bajo la luz de la luna, podía contar sus pestañas y notar cómo sus labios estaban ligeramente entreabiertos durante el sueño.

Esto era una tortura. Una tortura exquisita y autoimpuesta.

Todavía estaba contemplando las diversas formas en que podría sobrevivir la noche sin perder completamente la cordura cuando Natalie se movió en sueños, acercándose a él con la búsqueda inconsciente de alguien con frío en busca de calor.

Su mano se posó en su pecho, con los dedos extendiéndose sobre su piel desnuda con una intimidad casual. Su pierna se deslizó entre las suyas, cálida y suave incluso a través de la tela de sus pantalones de chándal. Y su cabeza encontró el hueco de su hombro como si perteneciera allí, como si hubieran estado durmiendo juntos durante años en lugar de mantener una distancia prudente durante semanas.

Alessandro se quedó completamente rígido, cada músculo de su cuerpo tensándose con el esfuerzo de no responder a su toque inocente. Pero su cuerpo tenía otras ideas. La sangre se precipitó hacia el sur con una velocidad vergonzosa, y se encontró excitado y dolorido y absolutamente prohibido de hacer algo al respecto.

Ella estaba dormida. Inconsciente. Confiando en que él se comportaría como un caballero mientras ella se presionaba inconscientemente contra él como si fueran amantes en lugar de apenas amigos compartiendo una cama por necesidad.

Debería alejarse. Debería extraerse cuidadosamente de su abrazo inconsciente y moverse a esa silla incómoda después de todo. Era lo correcto, lo honorable.

En cambio, se relajó ante su contacto, su brazo rodeando su cintura para sostenerla más cerca, su cuerpo respondiendo al de ella con una inevitabilidad que se sentía como ahogarse.

Solo por un momento, se dijo a sí mismo. Solo hasta que ella se alejara por sí misma.

Pero Natalie no se alejó. Si acaso, se acomodó más completamente contra él, haciendo un suave sonido de satisfacción que lo atravesó como fuego. Su aliento era cálido contra su cuello, su cabello haciéndole cosquillas en la mandíbula, y Alessandro se dio cuenta de que estaba en serios problemas.

Porque abrazar a Natalie Russo se sentía como la cosa más natural del mundo. Como algo que le había faltado sin saberlo. Como volver a casa a un lugar que nunca supo que estaba buscando.

Y mañana, ambos se despertarían y fingirían que esto nunca había sucedido. Volverían a las distancias cuidadosas y los límites profesionales y todas las razones por las que esto era imposible.

Pero esta noche, solo por unas pocas horas, se permitiría abrazarla e imaginar cómo sería si ella fuera realmente suya.

Natalie

Natalie despertó con la calidez y el aroma de un jabón caro mezclado con algo indefiniblemente masculino. Por un momento, permaneció inmóvil, recuperando la conciencia lentamente, lujosamente consciente de que estaba más cómoda de lo que había estado en meses.

Estaba presionada contra algo sólido y cálido, su mejilla descansando sobre una piel sorprendentemente suave sobre músculo duro. Unos brazos fuertes la rodeaban, sosteniéndola con seguridad, y podía escuchar el ritmo constante de un latido bajo su oído.

El cielo. Obviamente todavía estaba soñando, porque la vida real nunca se había sentido tan perfecta.

Entonces abrió los ojos y se quedó mirando el pecho de Alessandro.

No solo cerca del pecho de Alessandro. No rozando accidentalmente el pecho de Alessandro. Estaba completamente

acurrucada contra Alessandro Leone, con la pierna sobre su cadera, la mano extendida posesivamente sobre sus costillas, prácticamente envuelta a su alrededor como un pulpo muy satisfecho.

Dios mío.

Los recuerdos volvieron de golpe: el muro de almohadas, las cuidadosas negociaciones sobre los arreglos para dormir, la certeza absoluta de que mantendrían una distancia apropiada durante toda la noche. Todo lo cual, aparentemente, había sido completamente abandonado en favor de usar a Alessandro como una manta humana.

Debería moverse. Debería soltarse inmediatamente y fingir que esto nunca había sucedido. Definitivamente no debería notar lo bien que se sentía contra ella, toda piel cálida y músculo sólido y el tipo de fuerza masculina que le hacían querer ronronear como un gato bajo el sol.

Pero cuando se apartó, los brazos de Alessandro se tensaron a su alrededor, y él hizo un suave sonido de protesta en sueños. Su voz, cuando llegó, era áspera por el sueño y totalmente devastadora.

—Buongiorno, bella.

El término cariñoso, pronunciado con esa ronquera matutina, envió calor espiralizándose por todo su cuerpo. Pero fue el movimiento contra su cadera lo que hizo que su respiración se detuviera por completo.

Alessandro estaba excitado. Muy excitado. Y ella estaba presionada contra él con la suficiente intimidad como para que no hubiera forma de ignorar la evidencia de cuánto la deseaba.

El conocimiento la golpeó como electricidad, cortocircuitando cada pensamiento racional en su cabeza. Esto no era solo su imaginación o un deseo ilusorio. Alessandro Leone se despertaba duro y deseoso, y ella era quien estaba en sus brazos.

—Oh —respiró, la palabra saliendo más como un jadeo que como un verdadero discurso.

Los ojos de Alessandro se abrieron entonces, azules y somnolientos e intensos, y por un momento simplemente se miraron fijamente. Su mano todavía estaba extendida sobre su espalda,

sosteniéndola contra él, y ella podía sentir cada punto de contacto entre sus cuerpos como llamas individuales.

—Natalie —dijo suavemente, y su nombre en sus labios con esa voz ronca de la mañana era casi más de lo que podía soportar.

Entonces la realidad se estrelló sobre ella como agua fría.

Estaba en la cama con Alessandro. Presionada contra él con la suficiente intimidad para sentir cada detalle de su excitación —y Dios, había mucho que sentir. Y a juzgar por la forma en que su cuerpo estaba respondiendo— el calor acumulándose en su vientre, la repentina sensibilidad de su piel, el impulso abrumador de moverse contra él— estaba a unos treinta segundos de hacer algo que complicaría todo más allá de la reparación.

Este era exactamente el tipo de decisión desordenada y emocional que su familia esperaba que tomara. ¿Enamorarse del primer hombre que la ayudaba? ¿Demostrar su punto de que ella no podía manejar nada sin complicarlo?

—Lo siento —dijo, prácticamente lanzándose fuera de la cama con suficiente fuerza como para probablemente magullarse algo—. Lo siento mucho. No sé cómo sucedió. Debo haberme movido mientras dormía, y tú estabas allí, y no quise...

Estaba balbuceando otra vez, con el rostro ardiendo mientras ponía la mayor distancia posible entre ella y la cama donde Alessandro ahora estaba sentado, pasándose una mano por el pelo despeinado con una expresión que era a partes iguales divertida y dolida.

—Natalie —repitió él, pero ella ya estaba huyendo hacia el baño.

—Solo voy a prepararme —gritó por encima del hombro, sin atreverse a mirarlo de nuevo—. Deberíamos empezar pronto con la investigación. Muy pronto. Un comienzo muy profesional y temprano.

Cerró de un portazo la puerta del baño y se apoyó contra ella, presionando las manos contra sus mejillas ardientes. En el espejo frente a ella, tenía exactamente el aspecto de una mujer que acababa de pasar la noche abrazada a un hombre por el que sentía

una atracción desesperada: sonrojada, despeinada y con una expresión de pánico apenas contenido.

Todo estaba bien. Todo iba perfectamente. ¿Qué importaba si se había despertado pegada a Alessandro como si fuera su almohada personal? ¿Qué importaba si había sentido exactamente cuánto la deseaba y todo su cuerpo había respondido como si la hubieran enchufado a una toma eléctrica?

Eran adultos. Adultos profesionales que podían manejar un pequeño incidente de abrazos inconscientes sin que significara nada.

Aunque la forma en que había dicho "buongiorno, bella" con esa voz ronca matutina iba a repetirse en su cabeza durante el resto de su vida natural.

Aunque estaba casi segura de que se estaba enamorando de él y dormir en sus brazos se había sentido como la cosa más natural del mundo.

Aunque ahora se enfrentaba a la tarea imposible de fingir que no quería volver allí y terminar lo que su mente inconsciente había comenzado.

Profesional. Podía ser profesional.

Se echó agua fría en la cara e intentó olvidar la sensación de la piel de Alessandro contra la suya, la forma en que sus brazos se habían estrechado alrededor de ella cuando había empezado a apartarse, la evidencia de su deseo que había sido imposible ignorar.

Hoy conseguirían el certificado de nacimiento de Giuseppe. Hoy completarían su investigación y darían otro paso hacia la consolidación de su futuro en Sicilia. Hoy se centraría en asuntos prácticos y documentación legal y absolutamente no en el recuerdo de despertar en los brazos de Alessandro Leone.

Por mucho que lo deseara.

Alessandro

Veinte minutos después, estaban sentados uno frente al otro en la mesa del desayuno del hotel con la cuidadosa cortesía de dos personas que fingían que la noche anterior nunca había ocurrido.

Natalie había salido del baño completamente vestida y decididamente alegre, con el pelo pulcramente trenzado y unos modales tan agresivamente normales que Alessandro sabía que ella estaba tan afectada como él. Apenas había cruzado su mirada mientras navegaban por el incómodo proceso de turnarse en el baño y recoger sus materiales de investigación.

Ahora estaba untando mermelada en su cornetto con la atención concentrada de alguien que intenta con todas sus fuerzas no pensar en otras cosas, mientras Alessandro trataba de leer el periódico matutino y definitivamente no recordar cómo se había sentido ella presionada contra él, suave, cálida y perfecta.

—Qué mañana tan bonita —dijo Natalie alegremente, señalando hacia la terraza donde otros huéspedes disfrutaban de su desayuno con vistas al valle que se extendía debajo de ellos—. Un día perfecto para investigar.

—Perfecto —coincidió Alessandro, aunque su voz sonó más áspera de lo que pretendía.

Ella le lanzó una mirada rápida, y luego volvió inmediatamente su atención al pastel—. Estaba pensando que deberíamos llegar al registro municipal justo cuando abra. Conseguir el certificado de nacimiento oficial, quizás preguntar sobre cualquier otro registro que puedan tener.

—Buen plan —dobló el periódico con más fuerza de la necesaria —. Cuanto antes completemos la documentación, antes podremos volver a bajar la montaña.

Algo cruzó por su expresión al oír eso, quizás decepción, o tal vez alivio. No podía distinguir cuál, y la incertidumbre lo estaba volviendo lentamente loco.

—Cierto —dijo ella—. De vuelta a la normalidad. De vuelta a... — hizo un gesto vago entre ellos—. Lo que sea esto.

—Asistencia profesional —sugirió Alessandro, aunque las palabras se sentían incorrectas en su boca.

—Exactamente. Profesional —dio un sorbo a su capuchino, y él observó la forma en que sus labios se curvaban alrededor de la taza, recordando cómo se habían visto cuando había susurrado su nombre con esa voz sin aliento.

Esto era una tortura de un tipo completamente diferente a la de la noche anterior. Al menos entonces ella había estado inconsciente y sin darse cuenta del efecto que estaba teniendo en él. Ahora estaba sentada a un metro, determinadamente normal y completamente fuera de su alcance, y él aún podía sentir el peso fantasma de su cuerpo contra el suyo.

—¿Alessandro? —su voz era vacilante, insegura.

—¿Sí?

—Sobre esta mañana... —se detuvo, con el color subiendo a sus mejillas—. Quiero que sepas que normalmente no... Quiero decir, que no soy típicamente el tipo de persona que...

—Natalie —dijo él suavemente, salvándola de cualquier explicación que estuviera tratando de construir—. Estabas dormida. Los dos lo estábamos. No tiene por qué significar nada.

El alivio que cruzó su rostro debería haberle hecho sentir mejor. En su lugar, se sintió como un pequeño cuchillo entre sus costillas.

—Cierto —dijo ella, asintiendo quizás con demasiado entusiasmo —. Exactamente. No significa nada. Solo una de esas cosas que ocurren cuando la gente comparte cama. Completamente normal. Inconsciente.

—Completamente normal —repitió él, preguntándose cuándo se había vuelto un mentiroso tan consumado.

Porque no había nada normal en cómo se había sentido ella en sus brazos. Nada inconsciente en la forma en que su cuerpo había respondido a su cercanía, o en la feroz protección que había surgido en su pecho, o en la forma en que abrazarla se había sentido como la cosa más natural del mundo.

Pero si ella quería fingir que no significaba nada, él podía hacer eso. Había tenido mucha práctica en mantener la distancia emocional, en protegerse de desear cosas que no estaban destinadas para él.

Incluso si esta cosa en particular —esta mujer en particular— estaba poniendo a prueba todas las defensas que había construido durante años.

—Deberíamos irnos —dijo Natalie, poniéndose de pie abruptamente—. El registro municipal estará abriendo pronto.

Alessandro asintió y se levantó también, recogiendo las carpetas de investigación que habían organizado la noche anterior. Hoy conseguirían la documentación que Natalie necesitaba. Hoy darían otro paso hacia la consolidación de su derecho legal a permanecer en Sicilia.

E INTENTARÍA con todas sus fuerzas no pensar en el hecho de que el éxito de ella podría significar que ya no tendría razones legítimas para pasar tiempo con ella. Que una vez que su solicitud de ciudadanía estuviera completa, ya no necesitaría su ayuda.

Que podría perderla justo cuando empezaba a darse cuenta de cuánto deseaba retenerla.

—¿Listo? —preguntó ella, colgándose la bolsa al hombro con la misma eficiencia determinada que aportaba a todo lo demás.

—Listo —mintió él, siguiéndola hacia la puerta e intentando no fijarse en cómo la luz de la mañana captaba el oro de su cabello, o cómo su mano había temblado ligeramente cuando había alcanzado su taza de café.

Fuera, el aire de la montaña era fresco y claro, prometiendo otro día hermoso. Clima perfecto para completar la investigación y conducir de regreso por carreteras sinuosas hacia sus vidas separadas y límites cuidadosamente mantenidos.

Alessandro se dijo a sí mismo que lo estaba deseando.

Se le daba cada vez mejor mentirse a sí mismo.

NATALIE

La oficina municipal de Castellamonte era un estudio de eficiencia burocrática que habría impresionado incluso al funcionario más cínico. A diferencia de las oficinas abarrotadas y caóticas por las que Natalie había navegado en ciudades más grandes, esta instalación de un pequeño pueblo de montaña funcionaba con la precisión de un reloj suizo y la calidez de una hospitalidad genuina.

—¡Signor Leone! —La funcionaria, una mujer de unos cincuenta años con pelo gris acero y ojos inteligentes, levantó la mirada de su escritorio con evidente placer—. ¿Qué os trae a nuestra pequeña oficina esta mañana?

—Investigación —respondió Alessandro, colocando la carpeta sobre el mostrador pulido—. Estamos buscando documentación oficial de Giuseppe Benedetto, nacido aquí en 1938.

La mujer, cuya placa decía "Signora Castellano", se animó inmediatamente con el entusiasmo de alguien que realmente disfrutaba del trabajo detectivesco genealógico. —¡Ah, investigación familiar! Mi tipo favorito de rompecabezas. Veamos qué tenemos.

Natalie observó con creciente emoción cómo la Signora Castellano desaparecía en una habitación trasera, regresando con varios gruesos libros encuadernados en piel que parecían haber estado registrando estadísticas vitales desde la fundación del estado italiano.

—Veamos... 1938... —murmuró, pasando el dedo por columnas de cuidadosa caligrafía—. Benedetto... Benedetto... ¡ah! Aquí está.

Giró el pesado libro para que pudieran ver la entrada escrita en tinta desvaída. —Giuseppe Benedetto, nacido el 15 de marzo de 1938, hijo de Antonio Benedetto y Rosa Martinelli. Padre registrado como agricoltore, agricultor. Madre, casalinga, ama de casa.

—Perfecto —suspiró Natalie, sintiendo la familiar oleada de esperanza y reivindicación—. Coincide con todo lo que encontramos en la iglesia ayer.

—¿Y necesitáis el certificado de nacimiento oficial para fines de ciudadanía? —preguntó la Signora Castellano, ya alcanzando los formularios apropiados.

—Exactamente —confirmó Alessandro—. Iure sanguinis.

—¡Maravilloso! Estas solicitudes siempre me hacen tan feliz. —El entusiasmo de la funcionaria era contagioso mientras preparaba la documentación oficial—. Hay algo hermoso en que las personas regresen a los orígenes de su familia. Giuseppe estaría tan orgulloso de saber que su nieta está volviendo a casa a Sicilia.

Veinte minutos después, estaban fuera de la oficina municipal con el certificado de nacimiento oficial en mano, Natalie

prácticamente vibrando de emoción y alivio.

—Lo hemos conseguido —dijo, aferrando el documento como si contuviera los secretos del universo—. Realmente lo hemos conseguido, Alessandro. Tengo todo lo que necesito para la solicitud de ciudadanía.

—Tienes el certificado de nacimiento —concordó Alessandro, aunque algo en su tono hizo que ella lo mirara más atentamente—. Todavía necesitaremos establecer el rastro documental a través de tu padre hasta ti, pero sí, este es el fundamento.

—El fundamento de todo mi futuro en Sicilia —dijo Natalie, girando con los brazos extendidos en la pequeña plaza, documento en alto—. Dios, no puedo creerlo. Ayer pensaba que todo había terminado, y ahora...

Dejó de girar y miró a Alessandro, sus ojos brillantes con lágrimas contenidas de alivio y alegría. —Gracias. Sé que lo digo constantemente, pero Alessandro, has salvado toda mi vida. Lo encontraste cuando yo no pude, sabías exactamente dónde buscar, has hecho esto posible.

La calidez en su voz, la gratitud mezclada con algo más profundo y más peligroso, hizo que el pecho de Alessandro se tensara de maneras que no quería examinar. —Tú también hiciste la investigación. Esto ha sido trabajo en equipo.

—Del mejor tipo —convino ella, y algo en su forma de decirlo hizo que el aire entre ellos se cargara de posibilidades.

Estaban de pie muy cerca el uno del otro bajo el sol de la mañana, los edificios antiguos de Castellamonte elevándose a su alrededor como algo salido de un cuento de hadas, y por un momento pareció que cualquier cosa era posible. Como si realmente pudiera construir una vida aquí, como si ellos pudieran...

—¡Scusate! —la voz de la Signora Castellano llamó desde la puerta de la oficina municipal—. ¡Signor Leone! ¡Signorina!

Se giraron para verla corriendo hacia ellos, agitando otro documento con evidente emoción.

—¡Aún estáis aquí, perfecto! —dijo sin aliento—. Seguí pensando en vuestro Giuseppe después de que os fuerais, y algo me

molestaba. Así que, hice un poco más de búsqueda en nuestros registros de matrimonio, ¡y miren lo que encontré!

Extendió una carpeta que contenía lo que parecía ser un antiguo certificado de matrimonio, su expresión triunfante.

Natalie parecía confundida. —Pero mi abuelo se casó en Brooklyn, con mi abuela Maria. Tenemos esos registros.

—No, no —dijo la Signora Castellano, negando con la cabeza con la paciencia de alguien que trataba regularmente con confusiones genealógicas—. Esto es de antes de que dejara Sicilia. Mire.

Abrió la carpeta y les mostró un certificado de matrimonio fechado el 20 de marzo de 1957.

Giuseppe Benedetto casado con Caterina Moretti.

En Castellamonte.

Seis semanas antes de zarpar hacia América.

Natalie sintió que el mundo se inclinaba. El documento se desdibujó ante sus ojos mientras intentaba procesar lo que estaba viendo.

—Eso no puede ser correcto —dijo débilmente—. Giuseppe viajó a América solo. Se casó con mi abuela en Brooklyn en 1958. No hay registro de ningún matrimonio anterior.

—Pero sí lo hay —dijo suavemente la Signora Castellano, reconociendo claramente que estaba comunicando una noticia devastadora—. Aquí mismo en nuestros registros. Giuseppe Benedetto se casó con Caterina Moretti el 20 de marzo de 1957. Solo unas semanas antes de Semana Santa.

Alessandro se había quedado muy quieto junto a ella, y cuando Natalie lo miró, su expresión era sombría, llena de comprensión.

—¿Qué significa esto? —preguntó ella, aunque una parte de ella ya lo sabía.

—Significa —dijo Alessandro en voz baja— que cuando Giuseppe se casó con tu abuela en América, ya estaba casado con otra persona.

—Bigamia —dijo la Signora Castellano con evidente pesar—. Lo que haría que el segundo matrimonio fuera inválido según la ley italiana.

—No, espere —dijo Natalie rápidamente, con la voz elevándose por la desesperación—. Tiene que haber más en esta historia. ¿Hubo un divorcio? ¿Una anulación? ¿Quizás Caterina murió antes de que él partiera a América?

La expresión de la Signora Castellano se volvió aún más compasiva. —Ya lo comprobé, signorina. Revisé todos nuestros registros, procedimientos de divorcio, anulaciones, certificados de defunción de ese período. No hay nada. Ninguna disolución legal del matrimonio.

—Pero eso no tiene sentido —protestó Natalie, con las manos temblorosas mientras sostenía el certificado de matrimonio—. Entonces, ¿mi abuelo simplemente... se fue? ¿Abandonó a su esposa para comenzar una nueva vida en América? ¿Qué clase de hombre hace eso?

—Quizás hubo circunstancias que desconocemos —dijo Alessandro con suavidad.

—¿Qué circunstancias podrían justificar la bigamia? —la voz de Natalie se quebró—. Y si es cierto, si seguía casado con Caterina cuando se casó con mi abuela, entonces eso significa... —No pudo terminar la frase.

—Tu madre sería considerada ilegítima según la ley italiana —confirmó Alessandro en voz baja.

—Lo que significa que no tengo derecho legal a la ciudadanía italiana a través de la línea de Giuseppe —dijo Natalie, sintiendo todo el peso de las implicaciones aplastándola.

Las palabras golpearon a Natalie como agua helada. Matrimonio inválido. Lo que significaba que su abuela nunca había estado legalmente casada con Giuseppe. Lo que significaba que su padre era...

—Ilegítimo —susurró.

—Según la ley italiana, sí —confirmó Alessandro, con voz cuidadosa y profesional de una manera que, de algún modo, hacía que todo fuera peor.

—Lo que significa que no puedo reclamar la ciudadanía a través de la línea de Giuseppe —dijo Natalie, mientras todas las implicaciones se estrellaban sobre ella como olas—. Porque no hay conexión familiar legal.

—No a través de este linaje, no.

Natalie miró fijamente el certificado de matrimonio, la firma de Giuseppe junto a la de una mujer de la que nunca había oído hablar, y sintió que todo su futuro se desmoronaba por segunda vez en una semana.

—No entiendo —dijo, con voz hueca—. ¿Por qué se casaría y luego se iría a América? ¿Qué pasó con Caterina? ¿Simplemente... la estaba abandonando?

La Signora Castellano parecía profundamente turbada por el dolor que había causado involuntariamente. —Mi dispiace tanto, signorina —dijo suavemente—. Lo siento muchísimo. Nunca pretendí...

Negó con la cabeza tristemente y se retiró a la oficina municipal, dejando a Natalie y Alessandro de pie en la plaza sosteniendo documentos que acababan de destruir todo por lo que habían trabajado.

—Quizás haya una explicación —dijo Natalie desesperadamente —. Quizás ella murió, quizás se divorciaron, quizás...

—Natalie —dijo Alessandro con suavidad.

—No, tiene que haber algo. Solo necesitamos buscar más a fondo. Verificar otras parroquias, otros registros, quizás...

—Natalie.

—No puedo rendirme ahora. No cuando estábamos tan cerca. Tiene que haber...

—Natalie, para.

La firmeza en su voz cortó su pánico en espiral, y ella lo miró con ojos brillantes por las lágrimas contenidas.

—Incluso si encontráramos evidencia de que Caterina murió —dijo Alessandro tan suavemente como fue posible—, necesitaríamos el certificado de defunción para probar que Giuseppe era libre para volver a casarse. Sin documentación que muestre cuándo y cómo

terminó el primer matrimonio, el gobierno italiano asumirá que todavía era válido cuando se casó con tu abuela.

—¿Así que eso es todo? —Su voz era pequeña, derrotada—. ¿Se acabó?

Alessandro quería mentirle, quería ofrecerle falsas esperanzas, quería prometerle que, de alguna manera, encontrarían una forma de superar esto. En cambio, le dijo la verdad.

—Esta línea de ascendencia no funcionará para fines de ciudadanía, no.

Natalie se hundió en el borde de la fuente en el centro de la plaza, con el certificado de matrimonio aún aferrado en sus manos. Todo por lo que había trabajado, todo lo que había sacrificado, cada sueño que había construido en torno a quedarse en Sicilia, desaparecido. Otra vez.

—Me quedan quizás sesenta días de visado —dijo en voz baja—. Y acabo de gastar mi única oportunidad de obtener la ciudadanía.

El viento había aumentado mientras estaban en la oficina, y ahora nubes oscuras se acercaban sobre las montañas con una velocidad ominosa. La temperatura había bajado notablemente, y el aire llevaba la tensión eléctrica que precedía a las tormentas de montaña.

—Parece que tampoco vamos a conducir de regreso hoy —observó Alessandro, notando el tiempo que se aproximaba.

—Genial —dijo Natalie con un humor amargo—. Justo lo que necesito. Atrapada en un pueblo de montaña después de descubrir que toda mi línea familiar está construida sobre la bigamia. Este día no deja de mejorar.

El trueno retumbó en la distancia, y cayeron las primeras gotas de lluvia.

Alessandro miró a Natalie sentada junto a la fuente, con los hombros caídos en señal de derrota, sosteniendo el documento que acababa de destrozar sus sueños, y sintió que algo se rompía en su pecho.

—Vamos —dijo suavemente, extendiendo su mano para ayudarla a levantarse—. Entremos antes de que esto empeore.

Como si fueran invocadas por sus palabras, el cielo se abrió por completo, haciéndoles correr hacia el refugio del Hotel Bellavista con la lluvia empapando sus ropas y la compostura cuidadosamente construida de Natalie comenzando finalmente a resquebrajarse.

La tormenta había llegado de más de una manera.

De vuelta en su habitación, empapados por el repentino aguacero, se quedaron goteando sobre el antiguo suelo de baldosas mientras la lluvia azotaba las ventanas con furia creciente. Algo crudo y desesperado había reemplazado la atmósfera romántica de la noche anterior.

NATALIE SE QUITÓ la chaqueta mojada y miró el certificado de matrimonio en sus manos, la tinta ahora emborronada y corrida por la lluvia, la firma de Giuseppe difuminándose hasta volverse ilegible. Incluso el documento que había destruido sus sueños se estaba desmoronando.

Colocó el papel arruinado sobre la pequeña mesa y se dejó caer en el borde de la cama, con el pelo cayendo en ondas húmedas alrededor de su rostro, y la ropa aún pegada a su cuerpo por el aguacero. Alessandro intentó no fijarse en cómo la tela mojada delineaba sus curvas, tratando de concentrarse en su evidente angustia en lugar de en lo solos que estaban en aquel espacio tan íntimo.

—Debería haberlo sabido —susurró ella, mirando fijamente el documento—. Debería haber sabido que era demasiado bueno para ser verdad. La excéntrica de la familia ataca de nuevo.

—Esto no es culpa tuya —dijo Alessandro con firmeza, colgando su propia chaqueta mojada en el respaldo de la silla—. No podías saber nada de un matrimonio que ocurrió hace setenta años.

—Podría haber investigado más a fondo. Podría haber sido más cuidadosa. Podría haber...

—Natalie, basta.

Ella lo miró entonces, y la devastación en sus ojos era casi más de lo que él podía soportar. Esto no era solo decepción, era la

completa destrucción de todo lo que había construido para su futuro.

—¿Qué voy a hacer? —susurró—. Renuncié a todo por esto. Mi apartamento, mi vida en Nueva York, hasta el último céntimo que tenía. ¿Y para qué? ¿Para descubrir que mi abuelo era un bígamo y que no tengo ningún derecho legal a estar aquí?

—Podría haber otras opciones —dijo Alessandro, aunque sabía lo débil que sonaba.

—¿Como cuáles? ¿Casarme con un italiano? —Se rio amargamente—. Oh, espera, eso ya lo sugeriste tú. Qué gracioso que ahora ya no parezca tan ridículo.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, cargadas de implicaciones que ninguno de los dos estaba preparado para examinar. Fuera, la tormenta se intensificaba, con la lluvia golpeando las ventanas con creciente violencia.

—La tormenta está empeorando —observó Alessandro, acercándose a mirar por la ventana—. Definitivamente tendremos que quedarnos otra noche.

—Perfecto. Más tiempo para contemplar mi completo fracaso como ser humano.

—No eres un fracaso —se volvió hacia ella, con frustración infiltrándose en su voz—. Eres una de las personas más fuertes que he conocido. Viniste a un país extranjero sin nada más que determinación y un sueño, y has luchado por él a cada paso.

—Y he perdido.

—No lo has perdido todo.

—¿No? —Natalie se levantó bruscamente, caminando hacia la ventana donde la lluvia rayaba el cristal como lágrimas—. En dos meses, estaré de vuelta en Brooklyn, viviendo en el dormitorio de mi infancia, escuchando a mi familia decir «te lo dije» por el resto de mi vida natural. Todo por lo que he trabajado, todo lo que he esperado, desaparecido.

—Eso no es...

—Sí lo es —dijo, girándose para mirarlo con algo feroz y desesperado en sus ojos—. Así que, ¿sabes qué? Si voy a caer, caeré bajo mis propios términos.

Antes de que Alessandro pudiera preguntar qué quería decir, Natalie acortó la distancia entre ellos en tres pasos rápidos y lo besó.

No tentativamente. No con cuidado. Lo besó como una mujer que no tenía nada más que perder, con sus manos aferrándose a su camisa húmeda, su boca hambrienta y exigente contra la suya.

Por un momento, Alessandro estaba demasiado sorprendido para responder. Luego, el cuidadoso control que había estado manteniendo durante semanas se hizo añicos por completo, y le devolvió el beso con todo el deseo, la necesidad y el anhelo desesperado que había estado intentando negar.

—Natalie —suspiró contra su boca, pero ella lo silenció con otro beso, más profundo esta vez, más urgente.

—No —dijo ella, con sus labios moviéndose contra los suyos—. No pienses, no seas razonable, no seas el responsable. Solo... por favor. Necesito esto. Te necesito a ti.

—Esto es...

—¿Una locura? ¿Impulsivo? ¿Exactamente el tipo de decisión que mi familia esperaría que tomara? —Se apartó lo justo para mirarlo, sus ojos brillantes con lágrimas contenidas y feroz determinación—. Ya no me importa. Voy a perderlo todo de todos modos. Al menos déjame tener esto. Déjame tenerte a ti, aunque solo sea por esta noche.

Alessandro la miró fijamente, a esta mujer que había puesto su vida cuidadosamente ordenada patas arriba, que le había hecho desear cosas que se había convencido de que no necesitaba, que lo miraba ahora como si fuera lo único que se interponía entre ella y la desesperación total.

—Natalie —dijo de nuevo, pero esta vez su nombre salió como una plegaria.

—Por favor —susurró, y la vulnerabilidad bajo su feroz exigencia lo deshizo por completo.

En lugar de responder con palabras, Alessandro acunó su rostro entre sus manos y la besó de la manera en que había estado soñando durante semanas, minuciosa, completamente, sin

reservarse nada. Ella se derritió contra él con un suave sonido de alivio y deseo que envió fuego corriendo por sus venas.

—¿Estás segura? —logró preguntar, aunque sus manos ya se deslizaban hacia su cintura, atrayéndola más cerca.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —dijo, y entonces estaba tirando de su camisa, sus dedos torpes con los botones en su afán por tocarlo.

Sus manos estaban frías por la lluvia, pero se calentaron rápidamente mientras las extendía sobre su pecho, con los dedos explorando los duros planos de músculo con los que había estado soñando desde aquella mañana en que se despertó en sus brazos. Alessandro aspiró bruscamente ante su contacto, su control desmoronándose por completo.

—Natalie —gimió, su voz áspera por el deseo mientras ella le quitaba la camisa de los hombros.

—Quiero verte —susurró ella, sus labios recorriendo su clavícula —. Todo de ti.

La contención de Alessandro se rompió por completo. La levantó con facilidad, sus manos abarcando su cintura mientras la llevaba los pocos pasos hasta la cama. Cuando la depositó, sus dedos fueron al borde de su jersey húmedo, sus ojos buscando permiso.

—Sí —respiró ella, levantando los brazos para ayudarlo a quitarle la tela por encima de la cabeza.

La visión de ella solo en encaje le secó la boca. Su piel estaba sonrojada por la lluvia fría y el calor que se acumulaba entre ellos, y cuando ella alcanzó el broche de su sujetador con dedos temblorosos, él le cogió las manos.

—Déjame a mí —dijo, con la voz apenas por encima de un susurro.

Sus dedos estaban firmes donde los de ella habían temblado, y cuando el encaje cayó, Alessandro sintió que el aire abandonaba sus pulmones por completo. Era hermosa, todas curvas suaves y piel tersa que parecía brillar en la habitación oscurecida por la tormenta.

—Me estás mirando —dijo ella, pero no había autoconciencia en su voz, solo deseo.

—No puedo evitarlo —admitió él, mientras sus manos recorrían sus costados hasta abarcar sus pechos, con los pulgares rozando las sensibles cimas que la hicieron arquearse bajo su tacto—. Eres perfecta.

Un trueno estalló sobre ellos mientras él bajaba su boca hacia su garganta, saboreando la lluvia en su piel, la sal de las lágrimas que había derramado, la dulzura que era puramente suya. Cuando tomó un erguido pezón entre sus labios, ella gritó su nombre con una voz que era mitad plegaria, mitad exigencia.

Sus manos trabajaban ahora en su cinturón, tirando del cuero y la tela con creciente desesperación. Cuando finalmente logró liberarlo, cuando su pequeña mano envolvió su longitud, Alessandro vio estrellas.

—Dio —suspiró contra su piel, con las caderas moviéndose involuntariamente bajo su tacto.

—Se te siente increíble —susurró ella, acariciándolo con una confianza que lo llevó al borde de la locura.

El resto de su ropa desapareció en un enredo de extremidades y caricias urgentes. Cuando Alessandro se acomodó entre sus muslos, cuando sintió su calor contra él, tuvo que detenerse y respirar profundamente para mantener algún vestigio de control.

—¿Estás lista para mí? —preguntó, con la voz tensa por el esfuerzo de contenerse.

Como respuesta, ella elevó sus caderas, guiándolo hacia su entrada—. Por favor, Alessandro. Te necesito.

Entró en ella lentamente, centímetro a tortuoso centímetro, observando su rostro en busca de cualquier señal de incomodidad. Pero solo había placer allí, solo el tipo de conexión que iba más allá de lo físico. Cuando estuvo completamente dentro de ella, cuando ella lo envolvía apretada y ardiente, ambos quedaron perfectamente quietos.

—Muévete —susurró ella, clavando sus uñas en sus hombros—. Por favor, muévete.

Lo que siguió fue una reivindicación por ambas partes, desesperada y tierna, feroz y suave. Alessandro estableció un ritmo que la hizo jadear su nombre, su cuerpo moviéndose bajo el suyo con un abandono que lo volvía loco. Cuando ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura, cuando lo atrajo más profundamente, él perdió los últimos hilos de su control.

—Tócate —ordenó con rudeza, una mano apoyada junto a su cabeza mientras la otra guiaba los dedos de ella entre sus cuerpos unidos—. Quiero sentir cómo te corres alrededor de mí.

La combinación de sus embestidas y su propio tacto llevó a Natalie hacia el borde con una velocidad sobrecogedora. Sus músculos internos comenzaron a palpitar a su alrededor, su respiración volviéndose irregular.

—Alessandro —jadeó, arqueando la espalda cuando la primera oleada la golpeó—. Oh Dios, Alessandro...

Su clímax se abatió sobre ella con una fuerza devastadora, su cuerpo contrayéndose a su alrededor tan fuertemente que Alessandro la siguió con un gemido que surgió de lo más profundo de su pecho. Enterró su rostro en el cuello de ella mientras se derramaba en su interior, su cuerpo estremeciéndose por la intensidad de su liberación.

Después, yacieron entrelazados entre las sábanas, la piel aún húmeda de sudor y lluvia, los corazones ralentizándose gradualmente hacia un ritmo más normal. La cabeza de Natalie descansaba sobre el pecho de Alessandro, sus dedos trazando perezosos dibujos sobre su piel, y por primera vez desde su llegada a Sicilia, se sintió completamente en paz.

—No quiero pensar en mañana —dijo ella en voz baja.

—Entonces no lo hagas —respondió Alessandro, acariciando su pelo con la mano—. Simplemente quédate aquí conmigo.

—Desearía poder quedarme para siempre.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos, cargadas de anhelo e imposibilidad. Los brazos de Alessandro se estrecharon a su alrededor, y ella podía sentir la tensión en su cuerpo, las cosas que no estaba diciendo.

—¿Alessandro?

—¿Mm?

—Pase lo que pase después, quiero que sepas que esto, esta noche, lo ha significado todo para mí.

Él permaneció callado durante tanto tiempo que pensó que podría haberse quedado dormido. Luego llegó su voz, áspera por la emoción—: Para mí también lo ha significado todo.

Fuera, la tormenta no mostraba señales de amainar. Pero envuelta en los brazos de Alessandro, escuchando el ritmo constante de sus latidos, Natalie sintió que podría enfrentar lo que viniera después.

Incluso si eso significaba dejar el único lugar que se había sentido como un hogar.

Incluso si eso significaba dejarlo a él.

CAPÍTULO 13



Natalie

El descenso por la montaña fue un estudio de silencio y arrepentimiento.

Natalie iba sentada en el asiento del copiloto del Alfa Romeo de Rafaele, observando cómo las mismas curvas aterradoras que los habían llevado a Castellamonte ahora los alejaban de lo que parecía el fin de todo. La tormenta había pasado, dejando las carreteras de montaña reluciendo bajo el sol de la tarde, pero el ambiente dentro del coche seguía cargado de palabras no pronunciadas y el peso de los sueños destrozados.

Alessandro conducía con la misma competencia concentrada que había demostrado hace dos días, pero ahora todo se sentía diferente. Entonces, ella estaba aterrorizada por las carreteras de montaña pero emocionada por la investigación que tenía por delante. Ahora, estaba insensible ante las peligrosas curvas, demasiado agotada emocionalmente para preocuparse por los precipicios y las antiguas barreras de piedra que antes le habían hecho agarrarse a la manilla de la puerta con pánico.

Hace dos días, se estaba enamorando tanto de Sicilia como del hombre que tenía al lado. Ahora dejaba ambos atrás, sin llevarse nada más que el recuerdo de una noche que nunca debería haber

ocurrido y el amargo conocimiento de que el legado de su abuelo se había construido sobre mentiras.

Lanzó una mirada furtiva al perfil de Alessandro: la línea definida de su mandíbula, la forma en que sus manos agarraban el volante con cuidadosa precisión, el surco entre sus cejas que sugería que estaba pensando tanto como ella. ¿Qué estaría pasando por su mente? ¿Arrepentimiento? ¿Alivio por verse pronto libre de la complicada americana que había puesto patas arriba su ordenada vida?

El recuerdo de su noche de amor se posó sobre ella como un dolor familiar. La forma en que la había tocado, la reverencia en su voz cuando había susurrado su nombre, la sensación de pertenencia que había experimentado en sus brazos... todo ello ahora manchado por la realidad de que no había sido más que sexo de consuelo entre dos personas atrapadas en una situación imposible.

Se había lanzado a sus brazos en un momento de desesperación y desconsuelo, y él había sido demasiado amable para rechazarla. Eso era todo lo que había sido. Un momento de debilidad que lo había complicado todo y no había solucionado nada.

—¿Estás bien? —la voz de Alessandro rompió el silencio que se había extendido entre ellos durante la última hora.

—Bien —dijo automáticamente, y luego se arrepintió inmediatamente de la mentira. Nada de esto estaba bien. Nada de esto había estado bien desde el momento en que la signora Castellano les había mostrado el certificado de matrimonio de Giuseppe.

—Natalie...

—No quiero hablar de ello —dijo rápidamente, girándose para mirar por la ventanilla del pasajero los olivares y muros de piedra que ya empezaban a parecerle extraños otra vez—. De nada. Ni de anoche, ni de Giuseppe, ni de la solicitud de ciudadanía. Solo quiero llegar a casa y pensar en mis próximos pasos.

Casa. La palabra sonaba mal en su boca. Su apartamento en Santa Lucia no era su hogar, era solo una parada temporal en el camino de vuelta a su vida real. Su habitación de la infancia en Brooklyn, donde pasaría los próximos meses escuchando los suaves

"te lo dije" de su familia e intentando reconstruir la vida que había abandonado por un sueño imposible.

Alessandro permaneció callado un largo momento, y cuando habló de nuevo, su voz era cuidadosamente neutral.

—¿Qué vas a hacer?

—Volver a Nueva York —dijo, sorprendida por lo firme que sonaba su voz—. Buscar trabajo como autónoma, ahorrar dinero, quizás buscar un puesto permanente. Intentar fingir que todo esto nunca ocurrió.

—Natalie...

—Está bien, Alessandro. —Se obligó a encontrar su mirada cuando él la miró de reojo—. Esto siempre fue una posibilidad remota. Lo sabía. Solo... me dejé llevar por el romanticismo de todo ello. La idea de pertenecer a algún lugar, de estar conectada a algo más grande que yo misma. Pero la verdad es que no pertenezco aquí. El gobierno italiano lo dejó muy claro.

—El gobierno no decide...

—Sí lo hace. —Volvió a mirar por la ventana, viendo cómo el paisaje pasaba borroso—. Eso es exactamente lo que hacen los gobiernos. Deciden quién pertenece y quién no, quién puede quedarse y quién tiene que marcharse. Y yo recibí mi respuesta.

Volvieron a sumirse en el silencio, pero esta vez se sentía de algún modo definitivo. Como una puerta cerrándose sobre posibilidades que nunca serían exploradas, sobre un futuro que nunca sería probado.

Cuando llegaron a las afueras de Santa Lucia al Mare, Natalie ya había comenzado el proceso mental de despedida. De las estrechas calles y antiguos edificios, de la forma en que la luz de la tarde lo pintaba todo de oro, del sonido de las campanas de la iglesia y el aroma a limones que le habían hecho sentir, durante unas pocas semanas, como si finalmente estuviera en casa.

Y del hombre a su lado, que le había mostrado lo que se sentía al ser deseada, protegida y valorada, aunque solo hubiera sido por una noche.

Alessandro

El silencio desde el asiento del pasajero era ensordecedor.

Alessandro había intentado entablar conversación dos veces durante el descenso desde Castellamonte, pero Natalie había dejado claro que no estaba interesada en hablar de lo ocurrido, ni del devastador descubrimiento sobre Giuseppe ni de la noche que habían pasado en brazos el uno del otro. Permanecía girada hacia la ventanilla, mirando al exterior con el tipo de atención concentrada que sugería que estaba intentando con todas sus fuerzas no pensar en nada más.

No podía culparla. Las últimas veinticuatro horas habían sido un latigazo emocional que habría dejado a cualquiera tambaleándose. Ayer por la mañana, ella estaba celebrando el descubrimiento del certificado de nacimiento de Giuseppe, convencida de que había encontrado su camino para quedarse en Sicilia. Anoche, había estado en sus brazos, desesperada y hermosa y todo lo que él jamás había deseado sin saberlo.

Esta mañana, estaba hablando de volver a Nueva York.

La transformación era devastadora de presenciar. La mujer que había pateado su propia puerta de entrada por frustración, que había declarado que no abandonaría Sicilia sin importar qué, que había enfrentado la burocracia y las barreras del idioma y su propio escepticismo con feroz determinación; esa mujer había desaparecido en algún lugar de la oficina municipal de Castellamonte, reemplazada por alguien que se parecía a Natalie pero hablaba con la plana resignación de la derrota.

Quería decir algo, ofrecer consuelo o esperanza o al menos reconocimiento de lo que habían compartido. Pero cada vez que abría la boca, ella cerraba la conversación con la educada contundencia que sugería que ya había pasado página en su mente.

Quizás eso era lo mejor. Quizás era mejor dejarla ir limpiamente, sin complicaciones ni falsas promesas sobre cosas que, de todos modos, nunca podrían funcionar. Ella era americana, temporal,

exactamente el tipo de riesgo que él había evitado durante años. Lo inteligente sería llevarla a casa, ayudarla a subir sus maletas y luego volver a su vida cuidadosamente ordenada como si ella nunca la hubiera alterado.

Pero mientras entraban en las calles familiares de Santa Lucia, cuando vislumbró el estrecho callejón que conducía a su edificio, Alessandro sintió que el pánico crecía en su pecho. En unos minutos, ella desaparecería en su apartamento, y entonces... ¿qué? ¿Cuánto tiempo antes de que regresara a América? ¿Cuánto tiempo tenía antes de que se fuera para siempre?

—Gracias —dijo Natalie mientras aparcaba el coche frente a su edificio—. Por todo. La investigación, la ayuda con la solicitud de ciudadanía, el... —Hizo una pausa, con el color subiendo a sus mejillas—. Todo. Sé que esto no era lo que firmaste cuando aceptaste ayudarme.

—Natalie...

—Pronto dejaré de molestarte —dijo rápidamente, recogiendo su bolsa de viaje y la carpeta con documentos ahora inútiles—. Solo necesito unos días para hacer los preparativos, y luego podrás volver a tu vida normal.

Ya estaba a medio salir del coche cuando Alessandro se dio cuenta de que se estaba despidiendo. No solo por ahora, sino permanentemente. Era su educada y definitiva despedida de lo que fuera que se había estado construyendo entre ellos.

—Espera —dijo, pero ella ya caminaba hacia la entrada del edificio, con los hombros fijos en esa eficiencia determinada que significaba que había tomado una decisión sobre algo y no estaba abierta a discusión.

Alessandro permaneció sentado en el coche durante un largo momento después de que ella desapareciera por la pesada puerta de madera, mirando fijamente el edificio que contenía tanto su apartamento como el de ella, tratando de procesar lo que acababa de suceder. De alguna manera, en el espacio de una mañana, había pasado de ser el hombre que la había abrazado durante una tormenta a un extraño al que agradecía sus servicios.

Pero "unos días para hacer los preparativos", ¿qué significaba exactamente? ¿Estaba planeando irse inmediatamente? La idea le envió un frío presentimiento.

Estaba enamorado de ella. El conocimiento llegó con brutal claridad, demasiado tarde para importar y demasiado fuerte para ignorar. Estaba completa e irrevocablemente enamorado de Natalie Russo, y ella estaba planeando desaparecer de su vida tan repentinamente como había entrado en ella.

Alessandro finalmente se arrastró fuera del coche y subió las escaleras hasta su propio apartamento, pero el silencio del piso de abajo se sentía ominoso. Ni pasos, ni puertas abriéndose y cerrándose, ni sonidos de alguien moviéndose. Solo silencio desde el espacio donde la persona más vibrante que jamás había conocido aparentemente estaba planeando su salida de su mundo.

Por primera vez en años, su vida cuidadosamente ordenada se sentía vacía.

Natalie

Su apartamento se sentía más pequeño de lo que recordaba.

Natalie estaba de pie en medio de la habitación que había sido su santuario durante las últimas semanas, mirando el espacio con la observación distante de alguien que ya se había ido mentalmente. La luz de la tarde se colaba por las ventanas que daban al puerto, iluminando la pequeña mesa donde había extendido sus materiales de investigación, la cocina donde finalmente había conquistado la cafetera moka, el dormitorio donde había soñado con construir una vida en Sicilia.

Nunca había sido realmente suyo, se dio cuenta. Había estado jugando a las casitas, fingiendo pertenecer a un lugar que siempre había sido temporal. El apartamento sobreviviría sin ella perfectamente, recibiría a su próximo residente temporal con el mismo encanto indiferente que le había mostrado a ella.

Dejó su bolsa de viaje en la cama y sacó su portátil, sabiendo ya lo que necesitaba hacer. Pasos prácticos. Acciones concretas que la

llevarían a través de los próximos días hasta que pudiera subirse a un avión y dejar toda esta experiencia atrás.

Primero búsquedas de vuelos. Billetes de ida desde Palermo a JFK, saliendo lo antes posible. Los precios la hicieron estremecerse: los vuelos internacionales de última hora no eran baratos, y sus ahorros ya estaban agotados por la mudanza a Sicilia. Pero lo resolvería. Siempre lo hacía.

Mientras se desplazaba por los sitios web de aerolíneas, intentó no pensar en la última vez que había mirado vuelos, cuando venía a Sicilia, llena de esperanza y determinación y la certeza absoluta de que estaba tomando la decisión correcta. Esa mujer ahora le parecía una extraña, alguien lo suficientemente ingenua como para creer que deseando algo con la suficiente fuerza podría hacerlo posible.

Su teléfono vibró con un mensaje de Elena: ¿Cómo fue la investigación? ¿Encontraste todo lo que necesitabas?

Natalie miró el mensaje durante un largo momento, luego volteó su teléfono boca abajo sin responder. ¿Cómo podría explicar que sí, habían encontrado todo lo que necesitaban, y eso había destruido completamente sus sueños? ¿Que ahora planeaba abandonar Sicilia lo más rápido posible, con el rabo entre las piernas, exactamente como su familia había predicho que haría?

Otra vibración. Esta vez era su hermana Cara: No he sabido de ti en unos días. ¿Está todo bien?

Y luego su madre: Pensando en ti, cariño. Espero que la solicitud de ciudadanía vaya sin problemas.

Natalie apagó su teléfono por completo. No podía manejar comprobaciones bienintencionadas o preguntas preocupadas. No cuando apenas se mantenía entera, no cuando todavía podía sentir las manos de Alessandro en su piel y saborear la sal de las lágrimas que había llorado en sus brazos.

El recuerdo de su noche juntos amenazaba con abrumar su cuidadosa compostura. La forma en que la había mirado como si fuera algo precioso, la reverencia en su tacto, los términos cariñosos susurrados en italiano que le habían hecho creer, durante solo unas pocas horas, que realmente podría pertenecer a algún lugar. Con alguien.

Pero aquello había sido desesperación y circunstancia, no amor. Se había lanzado a sus brazos en un momento de crisis emocional, y él había sido demasiado amable para rechazarla. Ahora, bajo la fría luz de la realidad, probablemente ambos estaban agradecidos de que la geografía pronto resolvería el problema de su complicada atracción.

Natalie se obligó a centrarse en la pantalla del portátil, en los horarios de vuelo, las escalas y la logística de reconstruir una vida que había abandonado. Al anochecer, tenía un vuelo reservado para la semana siguiente y una creciente lista de tareas que necesitaba completar. Cancelar el contrato de alquiler del apartamento. Organizar el envío de las pocas posesiones que quería conservar. Averiguar cómo explicarle a todos en casa que su gran aventura de autodescubrimiento había durado exactamente tres semanas antes de estrellarse espectacularmente.

Estaba agotada cuando cerró el portátil, emocionalmente drenada por un día que había comenzado con esperanza y terminado con el desmantelamiento sistemático de sus sueños. Mañana, empezaría a hacer las llamadas que finalizarían su partida de Sicilia. Esta noche, solo tenía que sobrevivir estando a un piso de distancia del hombre que ya estaba echando de menos más de lo que jamás hubiera creído posible.

Fuera de su ventana, el sol se ponía sobre el puerto, pintando el cielo en tonos dorados y rosados que le recordaban por qué se había enamorado de este lugar. Pronto, estaría viendo puestas de sol sobre Brooklyn otra vez, intentando convencerse de que todo esto había sido para mejor.

Simplemente no estaba segura de que alguna vez lo creería.

Alessandro

Alessandro despertó a la mañana siguiente con el mismo vacío que se había instalado en su pecho la noche anterior. Natalie estaba

un piso debajo de él, planeando su salida de Sicilia, y él no sabía cómo impedir que ocurriera.

Había intentado trabajar la noche anterior, extendiendo documentos legales sobre la mesa de su cocina e intentando concentrarse en disputas de propiedades y reclamaciones de herencia. Pero las palabras se habían difuminado en la página, y su mente seguía desviándose hacia la forma en que Natalie había lucido en el coche, derrotada de una manera que era peor que el enfado o las lágrimas.

Café primero. Luego necesitaba hablar con alguien que pudiera tener consejos sobre situaciones imposibles y las mujeres que las creaban.

Pero al pasar frente a la puerta de Natalie al salir del edificio, oyó algo que le hizo detenerse en seco.

Su voz, amortiguada pero lo suficientemente clara para entenderla, se filtraba a través de la pesada puerta de madera.

—Sí, entiendo la tasa por cambio —estaba diciendo, claramente al teléfono con alguien—. Pero necesito adelantar la fecha de salida si es posible. El jueves en lugar del próximo martes.

Alessandro sintió que todo a su alrededor cambiaba. El jueves. Eso era dentro de tres días.

—No, solo ida está bien. No voy a volver —continuó Natalie, y algo en su voz, resignación cansada mezclada con alegría forzada, hizo que su pecho doliera.

Se iba. No "algún día pronto" o "cuando tuviera tiempo". Se iba en tres días, y ya se había hecho a la idea de no regresar nunca a Sicilia.

Alessandro permaneció inmóvil fuera de su puerta, escuchando cómo organizaba los detalles de su partida: transporte terrestre a Palermo, preferencias de asiento, solicitudes de comida para un vuelo que la llevaría de vuelta a su antigua vida. Cada detalle práctico se sentía como otro clavo en el ataúd de lo que fuera que hubieran estado construyendo juntos.

Cuando la llamada terminó y el silencio regresó al pasillo, Alessandro se encontró incapaz de moverse. Tres días. Tenía tres

días antes de que Natalie Russo desapareciera de su vida para siempre.

El pánico lo inundó. Había pensado que tenía tiempo para aclarar las cosas, para encontrar las palabras correctas o el gesto adecuado que pudiera convencerla de quedarse. Pero el tiempo, resultaba, era lo único que no tenía.

Alessandro subió las escaleras de dos en dos, repentinamente desesperado por llegar a casa de Rafaele. Necesitaba consejo, necesitaba perspectiva y, sobre todo, necesitaba que alguien le dijera que no estaba completamente loco por lo que estaba pensando hacer.

Una hora después, Alessandro estaba sentado a la mesa del comedor de su primo, moviendo arancini perfectamente preparados por su plato mientras Rafaele y su esposa Lucia esperaban a que explicara por qué parecía que alguien hubiera muerto.

—Es la chica americana —dijo finalmente Lucia, sus ojos oscuros cálidos con comprensión—. Ha pasado algo.

Alessandro levantó la mirada, sorprendido por su franqueza. Lucia siempre había sido perspicaz, pero no se había dado cuenta de que sus sentimientos eran tan transparentes.

—Encontramos los registros de su abuelo —dijo con cuidado—. Pero hubo... complicaciones. Complicaciones legales que hacen imposible su solicitud de ciudadanía.

—¿Y se rinde? —preguntó Rafaele.

—Se va. El jueves. Tres días. —Alessandro dejó el tenedor, su apetito completamente desaparecido—. La escuché por teléfono esta mañana, cambiando su vuelo para irse antes. Volviendo a Nueva York.

—Eso es rápido —observó Lucia en voz baja.

—Dice que no tiene sentido quedarse —continuó Alessandro, mirando fijamente su cena intacta—. Que solo se está torturando estando aquí cuando no puede tener lo que vino a buscar.

—¿Y tú qué dices? —la pregunta de Lucia fue suave, pero directa —. ¿Crees que tiene razón? ¿Que no hay nada aquí para ella?

Alessandro permaneció en silencio durante un largo momento, mirando su cena intacta e intentando encontrar palabras para la

creciente urgencia en su pecho. —Creo que probablemente tiene razón. No hay nada aquí para ella ahora. Ningún camino legal hacia la ciudadanía, ninguna conexión familiar que importe. Vino aquí por un sueño, y no funcionó.

—No es eso lo que quería decir —dijo Lucia suavemente—. ¿TÚ qué dices? ¿Quieres que se vaya?

La pregunta quedó suspendida en el aire entre ellos, cargada de implicaciones que Alessandro no estaba listo para examinar. Pero mirando a su primo y a su esposa —la fácil intimidad entre ellos, la forma en que se movían el uno alrededor del otro con la coreografía practicada de personas que habían elegido construir una vida juntos — sintió que algo profundo cambiaba dentro de él.

—No —dijo en voz baja—. No quiero que se vaya.

Rafaele se recostó en su silla, con una mirada de complicidad cruzando sus facciones. —Ah. Así que de eso se trata.

—No es tan simple...

—Nunca lo es —interrumpió Lucia gentilmente—. Pero Alessandro, si te importa, si quieres que se quede, entonces necesitas darle una razón que no tenga nada que ver con solicitudes de ciudadanía.

—Apenas me conoce. Nos conocemos desde hace tres semanas. Y después de la otra noche... —Se detuvo, dándose cuenta de que había revelado más de lo que pretendía.

—¿La otra noche? —Las cejas de Rafaele se elevaron—. ¿Qué pasó la otra noche?

Alessandro se pasó una mano por la cara, repentinamente agotado por el peso de todo lo que había estado llevando solo. —Ambos estábamos disgustados por la situación de la ciudadanía. La tormenta nos dejó atrapados en Castellamonte otra noche. Pasaron cosas que probablemente no deberían haber pasado.

—Te acostaste con ella —dijo Lucia sin rodeos.

—No se suponía que significara nada. Ella estaba destrozada, yo intentaba consolarla, y... —Se quedó sin palabras, incapaz de

describir cómo Natalie le había mirado en la oscuridad, cómo había susurrado su nombre como una plegaria.

—Pero sí significó algo —dijo Rafaele. No era una pregunta.

Alessandro asintió, sin confiar en su voz.

—Así que déjame preguntarte directamente —dijo Lucia, inclinándose hacia adelante con la intensidad de alguien que se había cansado de dar vueltas a la verdad—. ¿La amas?

La pregunta golpeó a Alessandro con repentina claridad. Abrió la boca para esquivarla, para ofrecer alguna explicación cuidadosa sobre el tiempo y las complicaciones y todas las razones prácticas por las que el amor era irrelevante. Pero bajo la mirada firme de Lucia, la verdad salió en su lugar.

—Sí —dijo en voz baja—. Creo que sí. Creo que estoy completamente enamorado de ella, y se va en tres días, y no tengo ni idea de qué hacer al respecto.

Rafaele y Lucia intercambiaron una mirada de satisfacción, como si finalmente le hubieran hecho admitir lo que era obvio para todos los demás.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto? —preguntó Lucia.

—¿Qué puedo hacer? Ella es americana, yo soy siciliano. Ella tiene una vida en Nueva York; yo tengo responsabilidades aquí. Incluso si quisiera quedarse, que no quiere, no hay forma legal de hacerlo. Natalie Russo es demasiado práctica, demasiado lógica. Nunca consideraría nada que no fuera completamente racional.

Rafaele permaneció callado un momento, estudiando el rostro de su primo. Luego se inclinó hacia delante, con voz suave pero seria.

—Alessandro, acabas de admitir que estás enamorado de ella. Si te importa, si realmente te importa, siempre hay otra opción.

Alessandro sintió que algo cambiaba en la conversación, una tensión que no había estado allí antes. —¿Qué tipo de opción?

—Estoy sugiriendo —dijo Rafaele con la paciencia de alguien que explica lo obvio a un niño—, que te cases con ella.

Alessandro miró fijamente a su primo, seguro de haber oído mal. Las palabras parecían flotar en el aire entre ellos, imposibles y, sin embargo, de alguna manera inevitables.

—Rafaele —dijo lentamente—, eso es... eso es una locura. No puedes hablar en serio.

—Estoy completamente en serio —respondió Rafaele—. Cásate con ella. Es simple. Un ciudadano italiano se casa con una extranjera, la extranjera obtiene un visado conyugal y eventualmente la ciudadanía. La gente lo hace continuamente.

La mente de Alessandro recorrió rápidamente las implicaciones legales, las posibles consecuencias, la pura audacia de lo que su primo estaba sugiriendo. —Estás hablando de un fraude matrimonial —dijo finalmente—. Eso es un delito grave.

—Solo si es fraudulento —señaló Lucia—. Si realmente os importáis el uno al otro, si estáis dispuestos a intentar que funcione, entonces no es fraude. Son dos personas apostando por el amor.

—Apenas nos conocemos —protestó Alessandro, aunque incluso mientras lo decía, estaba pensando en lo bien que se había sentido al abrazarla, en lo naturales que se habían vuelto sus conversaciones, en lo vacía que se sentía su vida sin ella.

—Pues conoceos mejor —interrumpió Rafaele—. Tendréis tiempo de sobra. Pero Alessandro, si la dejas marchar sin luchar por ella, te arrepentirás el resto de tu vida.

La verdad de esas palabras resonó profundamente en su interior. Ya podía imaginar los años por delante: volviendo a su ordenado y vacío apartamento, siguiendo los movimientos de su cuidadosa rutina, preguntándose siempre qué habría pasado si hubiera sido lo suficientemente valiente para pedirle que se quedara.

—Incluso si quisiera —dijo lentamente—, ella nunca aceptaría. Ya ha reservado su vuelo para el jueves. Planea irse en tres días, y sonaba... decidida. Como si hubiera hecho las paces con marcharse. Y aunque se lo pidiera, lo vería por lo que es, un intento desesperado de resolver un problema con papeleo.

—¿Lo vería así? —preguntó Lucia—. ¿O vería a un hombre que se preocupa por ella lo suficiente como para arriesgarse?

Alessandro permaneció callado durante un largo momento, dando vueltas a la idea en su mente. Era una locura, poco práctico, potencialmente ilegal si no conseguían que funcionara. Era

exactamente el tipo de decisión impulsiva que había evitado durante toda su vida adulta.

También era la única forma que se le ocurría para mantener a Natalie en Sicilia. Para darles la oportunidad de ver si lo que habían encontrado en los brazos del otro podría convertirse en algo real y duradero.

—Mentalmente ya se ha ido —dijo finalmente—. Incluso si se lo pidiera, incluso si dijera que sí, lo estaría haciendo por desesperación, no por elección.

—Quizás —aceptó Rafaele—. Pero quizás la desesperación es solo otra palabra para estar dispuesto a luchar por lo que quieres.

Alessandro miró al otro lado de la mesa a su primo y su mujer, a la vida que habían construido juntos a través de la elección, el compromiso y la pura determinación obstinada de hacer que funcionara. Luego pensó en Natalie, probablemente sentada en su apartamento en ese momento, ultimando los detalles de su partida del único lugar que jamás se había sentido como un hogar para ella.

—Incluso si aceptara —dijo lentamente—, tendría que ser real. No podría pedirle que entrara en un matrimonio falso.

—¿Quién dice que sería falso? —preguntó Lucia con suavidad—. Si te importa, si ella se preocupa por ti, si ambos estáis dispuestos a intentarlo... eso es más de lo que muchos matrimonios tienen al principio.

La verdad de esa afirmación se asentó sobre Alessandro como una revelación. El matrimonio no tenía que comenzar con certeza; podía comenzar con esperanza. Con la voluntad de arriesgarse por algo que podría llegar a ser extraordinario.

—Necesito pensar en esto —dijo finalmente, su mente todavía dando vueltas por la conversación que acababa de poner todo su mundo patas arriba.

—No pienses demasiado tiempo —advirtió Rafaele—. Se va el jueves. Eso son tres días, cugino. Una vez que regrese a Nueva York, a su antigua vida, será mucho más difícil convencerla para que vuelva.

Mientras Alessandro caminaba a casa por las estrechas calles de Santa Lucia, con la mente llena de posibilidades y dudas a partes

iguales, un pensamiento seguía volviendo: estaba enamorado de Natalie Russo, y tenía tres días para decidir si era lo suficientemente valiente como para luchar por ella.

CAPÍTULO 14

Alessandro

El techo le devolvía la mirada con la paciencia de algo que había contemplado innumerables noches de insomnio a lo largo de los siglos. Alessandro yacía en su cama, con las manos detrás de la cabeza, escuchando los sonidos familiares de su edificio acomodándose en las primeras horas de la madrugada: la madera antigua contrayéndose, las tuberías suspirando, el susurro del viento a través de contraventanas que habían resistido décadas de tormentas mediterráneas.

Y silencio desde el apartamento de abajo.

Ni pasos. Ni agua corriendo. Ni los suaves sonidos de alguien moviéndose por las habitaciones que se habían vuelto tan familiares para él como los latidos de su propio corazón. Natalie había estado inusualmente callada desde su regreso de Castellamonte, como si ya estuviera desvaneciéndose por el espacio, preparándose para desaparecer por completo.

Jueves. La palabra se alojó en algún lugar profundo de su pecho. Tres días.

La voz de Rafaele resonaba en su memoria: —Cásate con ella. Es sencillo. —Sencillo. Cristo, si solo fuera tan sencillo. El matrimonio como solución legal, como estrategia de inmigración, como la respuesta práctica a un problema imposible.

Pero cada vez que intentaba plantearlo de forma lógica, algo más se colaba. La sensación de tenerla en sus brazos durante la tormenta. La feroz determinación en su voz cuando había dicho que Sicilia era su hogar. La confianza en sus ojos cuando le había permitido llevarla a un lugar seguro.

La manera en que su propia vida cuidadosamente construida se había sentido vacía desde el momento en que ella se alejó de él en las montañas.

Algo no encaja en la historia de Giuseppe, le susurró su mente, el mismo pensamiento que le había estado molestando durante días. *¿Dónde está el certificado de defunción de Caterina?* Las personas no simplemente desaparecen de los registros oficiales, especialmente en pueblos tan pequeños. Si ella hubiera muerto incluso después de que Giuseppe partiera hacia América, habría documentación. Registros eclesiásticos como mínimo.

Apartó el pensamiento. No había tiempo para perseguir misterios de setenta años. Natalie se marchaba el jueves, y las especulaciones sobre la primera esposa de su abuelo no la mantendrían en Sicilia.

Pero el matrimonio podría.

Alessandro se giró de costado, mirando fijamente la pared que separaba su dormitorio del resto de su apartamento. Un piso más abajo, Natalie probablemente estaba tumbada en su propia cama, mirando su propio techo, contando las horas hasta poder escapar del lugar que le había prometido todo y no le había dado nada.

¿Y si dice que no?

El pensamiento desató una espiral de ansiedad en él. Por supuesto que podría decir que no. Ya había dejado claro que estaba harta de luchar contra imposibles, harta de perseguir sueños que se le escapaban entre los dedos. ¿Por qué aceptaría casarse con un hombre que apenas conocía, aunque fuera por conveniencia legal?

Porque la convencerás de que es práctico, se dijo a sí mismo. *Le mostrarás los beneficios legales, el camino hacia la residencia permanente, el tiempo que le dará para encontrar otras opciones. Harás que suene razonable, lógico, como la elección inteligente.*

Y quizás, mientras estéis casados, ella aprenderá a...

No pudo terminar el pensamiento. Se sentía demasiado como esperar algo a lo que no tenía derecho.

Alessandro se incorporó, pasándose las manos por el pelo. El reloj en su mesita de noche marcaba las 2:47 AM, y podía oír su propio pulso en el silencio. Mañana —hoy, en realidad— llamaría a la puerta de Natalie y le pediría que se casara con él. La mujer de la que estaba completamente enamorado, y aterrorizado de perder.

Es práctico, repitió, como un mantra. *Una solución legal. Nada más.*

Pero mientras finalmente se dejaba llevar por el sueño, el último pensamiento en su mente no trataba sobre el estatus del visado o solicitudes de ciudadanía. Era el recuerdo de la voz de Natalie en la tormenta, susurrando suavemente contra su oído: —Te necesito.

Aunque solo lo hubiera dicho por aquella noche.

La mañana llegó con la habitual sinfonía de Santa Lucia despertando: las campanas de la iglesia marcando las siete, el estruendo de los camiones de reparto sobre los adoquines, voces saludándose a través de calles estrechas. Alessandro llevaba una hora despierto, de pie junto a la ventana de su cocina con su segundo espresso, observando cómo la luz cambiaba del gris al dorado sobre el puerto.

En algún lugar abajo, podía oír a Natalie moviéndose por su apartamento. El suave golpe de cajones abriéndose y cerrándose. El roce de muebles siendo desplazados. Los sonidos de alguien organizando su vida para marcharse.

Su estómago se contrajo.

Alessandro dejó la taza de espresso con deliberada precisión y se alisó la camisa —la azul que Elena una vez dijo que resaltaba sus ojos, aunque no estaba seguro de por qué eso importaba ahora. Lo que importaba era presentar una propuesta lógica a una mujer práctica. Una solución que tuviera sentido para ambos.

Simplemente dile que la amas, le susurró su mente mientras caminaba hacia la puerta.

Después de que diga que sí, se contradijo. *Dale primero las razones prácticas. Luego, quizás...*

Las escaleras hasta el apartamento de ella nunca le habían parecido tan largas. Alessandro permaneció frente a su puerta durante un minuto entero, escuchando los sonidos del interior —el crujido de papeles, la cremallera de una maleta. Cada sonido se sentía como un cronómetro en cuenta regresiva, midiendo la distancia entre la posibilidad y la pérdida.

Llamó a la puerta.

Los sonidos del interior cesaron por completo. Unos pasos se acercaron a la puerta, y luego vacilaron. Alessandro se preguntó si ella estaría debatiendo si responder, si podría simplemente esperar hasta que él se marchara.

Entonces la pesada puerta de madera se abrió, y Natalie apareció ante él en vaqueros y un jersey demasiado grande, con el pelo recogido en un moño desaliñado y su rostro cuidadosamente neutral.

—Alessandro —su voz era educada, distante. La voz de alguien que habla con un conocido, no la mujer que había susurrado su nombre en la oscuridad—. ¿Está todo bien?

Por un momento, no pudo hablar. Ella parecía cansada, con sombras bajo sus ojos oscuros que sugerían que había dormido tan mal como él. Pero también parecía... decidida. Como alguien que había tomado una decisión difícil y se mantenía firme, sin importar el coste.

Dile que la amas. Dile que no puedes imaginar tu vida sin ella. Dile que Sicilia ya no es tu hogar a menos que ella también esté aquí.

—Tengo una proposición —se oyó decir en cambio.

Las cejas de Natalie se alzaron ligeramente.

—¿Una proposición?

—¿Puedo pasar?

Dudó solo un momento, y luego retrocedió para dejarle entrar. Su apartamento parecía diferente, más ordenado de alguna manera.

Menos habitado. Como si ella ya estuviera mentalmente ausente y hubiera borrado su presencia del espacio.

—¿Un café? —ofreció, aunque su tono sugería que esperaba que lo rechazara.

—No, gracias. —Alessandro permaneció torpemente en medio de su pequeño salón, tratando de encontrar las palabras que había ensayado en su cabeza toda la mañana. Pero frente a su cuidada cortesía, su evidente deseo de mantener la distancia entre ellos, los argumentos lógicos de repente parecían torpes e inadecuados.

—Natalie, he estado pensando en tu situación —comenzó, dejando que su voz de abogado tomara el control aunque una parte de su mente gritaba en protesta—. Sobre tus opciones para quedarte en Sicilia.

Algo destelló en su expresión, tal vez esperanza, o quizás solo sorpresa de que él estuviera sacando un tema que ella claramente consideraba cerrado.

—Alessandro, ya hemos pasado por esto. No hay opciones. El matrimonio de Giuseppe con Caterina invalida todo. Se acabó.

—No necesariamente. —Ahora caminaba de un lado a otro, aunque la pequeña habitación no ofrecía mucho espacio para ello—. Todavía existe la posibilidad de otras conexiones familiares. Lucia mencionó investigar el linaje Russo...

—Eso podría llevar meses de investigación, si es que hay algo que encontrar. —La voz de Natalie sonaba cansada, resuelta—. Pero se acabó. Voy a volver a... —Se contuvo—. A Nueva York.

Dilo, exigió su mente. *Dile lo que sientes.*

—Hay otra opción —dijo en cambio, con la voz cuidadosamente controlada—. Una solución más inmediata.

Natalie esperó, observándole con aquellos ojos oscuros que parecían ver demasiado.

—Matrimonio —dijo Alessandro, la palabra quedó suspendida en el aire entre ellos como un desafío—. El matrimonio con un ciudadano italiano proporciona un estatus legal inmediato, un camino hacia la residencia permanente y eventual ciudadanía. Es un proceso legal reconocido.

El silencio que siguió pareció eterno. Natalie le miró fijamente, su expresión pasó de la confusión al entendimiento y luego a algo que podría haber sido dolor.

—Matrimonio —repitió lentamente.

—Resolvería completamente tu problema de inmigración —continuó Alessandro, las palabras salían ahora más rápido—. Visado conyugal inmediato, derecho legal a permanecer en Sicilia, tiempo para resolver tus opciones a largo plazo. Es práctico, eficiente...

—¿Me estás pidiendo que me case contigo? —La pregunta fue tranquila, pero había algo afilado bajo ella.

Sí. Sí, porque te amo. Porque no puedo verte marchar. Porque eres la primera persona que me ha hecho querer arriesgarlo todo.

—Te estoy ofreciendo una solución —dijo en cambio—. Un acuerdo legal que beneficia a ambas partes. Tú puedes quedarte en Sicilia, yo... —Hizo una pausa, buscando qué obtenía él del arreglo además del privilegio de mantenerla cerca—. Yo puedo ayudar a alguien que merece estar aquí.

Natalie estaba muy quieta, estudiando su rostro con una intensidad que le hacía querer apartar la mirada.

—Un acuerdo legal —dijo finalmente.

—Con términos y expectativas claramente definidos. Podría funcionar, Natalie. Hablando prácticamente.

—Hablando prácticamente. —Su voz se había vuelto plana, sin emoción, de una manera que hizo sonar las alarmas en su sistema.

Esto está saliendo mal. Arréglalo. Dile lo que realmente quieres decir.

—Obviamente, tendríamos que discutir los detalles —continuó Alessandro, su desesperación le hacía sonar aún más formal y distante—. Acuerdos de convivencia, responsabilidades financieras, el calendario para tu solicitud de ciudadanía. Pero el marco es sólido. Legalmente sólido.

—Legalmente sólido —repitió Natalie, y ahora definitivamente había dolor en su voz, mezclado con algo que sonaba peligrosamente a enfado.

—Natalie, sé que no es lo ideal, pero dadas tus circunstancias...

—Mis circunstancias. —Se levantó bruscamente y se alejó de él hacia la ventana—. Mis desesperadas circunstancias que requieren una intervención legal de emergencia de mi amable vecino.

Alessandro sintió que la conversación se le escapaba, pero no parecía poder detenerla.

—No es eso lo que quería decir...

—¿No lo es? —Se volvió para mirarle, y había algo feroz y herido en su expresión que le hizo doler el pecho—. Me estás ofreciendo casarte conmigo por lástima. Porque la pobre chica americana se ha metido en una situación imposible y necesita que la rescaten.

—No es lástima...

—¿Entonces qué es? —La pregunta salió más cortante de lo que probablemente pretendía—. ¿Qué obtienes exactamente de este acuerdo legal, Alessandro? ¿Qué hay para ti?

La verdad flotaba en su lengua: A ti. Todo. La oportunidad de despertar a tu lado cada mañana por el resto de mi vida. Pero las palabras no salían. No cuando ella le miraba como si acabara de ofrecerse a comprar su estatus migratorio con el cambio suelto de su bolsillo.

—Yo... —Se detuvo al darse cuenta de que no tenía una buena respuesta que no revelara exactamente cuánto esto no se trataba en absoluto de conveniencia legal.

—Claro. —La risa de Natalie fue amarga, completamente desprovista de humor—. ¿Sabes qué, Alessandro? Gracias por la increíblemente generosa oferta de casarte conmigo por mi propio bien. Gracias por estar dispuesto a sacrificar tu libertad de soltero para resolver mi pequeño problema de inmigración. Pero me voy a ver obligada a declinar.

—Natalie, por favor, solo piénsalo...

—Ya lo he pensado. —Se movió hacia la puerta, claramente dando por terminada la conversación—. He pensado en muchas cosas desde que volvimos de Castellamonte. ¿Y sabes qué me di cuenta? No vine a Sicilia para encontrar un marido. Vine para

encontrar dónde pertenezco. Y casarme con alguien que me ve como un problema legal que hay que resolver no es pertenecer. Es solo otro tipo de caridad.

Cada palabra impactó con devastadora precisión. —Eso no es... tú no eres...

—Lo soy. —Abrió la puerta, manteniéndola bien abierta en una invitación universal para que se marchara—. Soy exactamente eso. La chica americana que no puede arreglárselas por su cuenta y necesita que un hombre se case con ella por la bondad de su corazón.

Alessandro se quedó paralizado en medio del apartamento, viéndola cerrarse ante él en tiempo real. Esto no era cómo debía haber sucedido. Se suponía que le ofrecería una solución, que ella vería la lógica de la misma, y luego quizás, poco a poco, podrían construir algo real sobre esa base.

En cambio, había conseguido hacerla sentir pequeña, patética y dependiente.

—Natalie...

—Gracias por todo lo que has hecho —dijo ella, con voz artificialmente alegre ahora, el tono de alguien que está dando una despedida educada—. De verdad. La investigación, la ayuda con la burocracia, todo. Lo aprecio más de lo que sabes. Pero puedo manejar mis propios problemas a partir de ahora.

—No tienes que manejarlos sola...

—Sí, tengo que hacerlo. —La firmeza en su voz lo dejó helado—. Eso es exactamente lo que tengo que hacer. Manejar mis propios problemas, tomar mis propias decisiones, dejar de depender de otras personas para que me rescaten de las consecuencias de mis elecciones.

Alessandro se dirigió hacia la puerta con piernas inestables, su mente aún dando vueltas por lo completamente que había malinterpretado la situación. En el umbral, se volvió una vez más.

—Natalie, yo...

—Adiós, Alessandro.

La puerta se cerró entre ellos con un clic suave pero definitivo, dejándolo de pie en el estrecho pasillo, mirando la veta de la madera

e intentando procesar lo que acababa de ocurrir.

Le había ofrecido todo lo que se le ocurrió: estatus legal, seguridad, un camino hacia adelante. Todo excepto la única cosa que tenía demasiado miedo de arriesgar: su corazón.

Y ella lo había rechazado rotundamente.

Veinte minutos más tarde, la Vespa de Alessandro traqueteaba por los sinuosos caminos que se alejaban de Santa Lucia al Mare, lejos del sonido del embalaje y el desmantelamiento sistemático de sueños. El aire matutino era fresco contra su rostro, pero no hacía nada para despejar el caos en su cabeza o el vacío en su pecho.

Si ella iba a irse, él no iba a verla marchar.

Natalie

La puerta se cerró tras Alessandro, y por un momento Natalie se quedó paralizada en el repentino silencio, con la mano aún agarrando el pomo. El eco de sus pasos en las escaleras se desvaneció, dejando solo los sonidos matutinos de Santa Lucia que entraban por sus ventanas: campanas de iglesia, voces distantes, el rumor de camiones de reparto sobre el empedrado.

Sonidos normales. Como si el mundo no acabara de inclinarse de lado.

Un acuerdo legal. Las palabras resonaban en su cabeza con devastadora claridad. Práctico. Eficiente. Una solución que beneficia a ambas partes.

—Hijo de puta —susurró, y luego inmediatamente se llevó la mano a la boca. Nunca maldecía. Incluso en su cabeza, intentaba mantener las cosas... apropiadas. El rechazo educado que Alessandro había disfrazado de rescate se sentía como un lujo que no podía permitirse mientras estaba de pie en su apartamento medio empacado.

Las lágrimas vinieron sin previo aviso: calientes, enfadadas y completamente indeseadas. Natalie se las limpió con el dorso de la mano, pero vinieron más, corriendo por sus mejillas mientras el peso completo de lo que acababa de suceder se asentaba sobre ella.

Le había ofrecido casarse con ella. No porque la amara, no porque no pudiera imaginar su vida sin ella, sino porque era un problema legal que necesitaba solución. Un caso de caridad. La pobre chica americana que se había metido en problemas y necesitaba que un hombre la rescatara de las consecuencias de sus propios sueños estúpidos.

—Joder —dijo en voz alta, más fuerte esta vez, y la palabra se sintió bien en el pequeño apartamento. Honesta—. Joder, joder, joder.

Se movió hacia su dormitorio con pasos bruscos y descoordinados, las lágrimas empañando su visión. Su maleta yacía abierta sobre la cama donde la había dejado la noche anterior, medio llena con los cuidadosos pliegues y compartimentos organizados de alguien que estaba acostumbrada a aprovechar al máximo un espacio limitado. Ahora la miraba como si se estuviera burlando de ella: toda esa cuidadosa preparación para una partida que parecía lógica hace doce horas y ahora se sentía como una huida.

Lo cual, se dio cuenta con brutal honestidad, era exactamente lo que era.

El primer jersey fue a la maleta con más fuerza de la necesaria. El segundo voló a través de la habitación, rebotando contra la pared lejana antes de caer al suelo en un montón de cachemira azul marino. Natalie lo miró por un momento, y luego estalló en nuevas lágrimas, enfadadas esta vez, de las que vienen con puños apretados y el abrumador impulso de romper algo.

Un acuerdo legal.

Agarró brazadas de ropa de su cómoda, metiéndolas en la maleta sin ningún intento de organización. Vaqueros arrugados contra blusas de seda. Ropa interior mezclada con jerseys. La cuidadosa eficiencia de la que siempre se había enorgullecido —la planificación y preparación que se suponía probaban que no era la extravagante de la familia— abandonada por completo en favor de la urgente necesidad de salir de este lugar antes de hacer algo aún más estúpido que enamorarse de un hombre que la veía como un problema por resolver.

Porque eso era lo que había hecho, ¿verdad? A pesar de todas las advertencias que su mente racional había intentado darle, a pesar de cada recordatorio de que esto era temporal, complicado y destinado a terminar mal, había acabado completamente, irremediablemente enamorada de Alessandro Leone.

De su silenciosa competencia y su inesperada delicadeza. De la forma en que la había mirado en Castellamonte como si fuera algo precioso. De sus manos sobre su piel y su voz en la oscuridad, áspera de deseo y algo que había sentido, en esos momentos, como si pudiera ser amor.

Pero no era amor. Era lástima. Deseo conveniente mezclado con el instinto de abogado de resolver problemas y atar cabos sueltos. Ella era solo otro caso de inmigración para él, ligeramente más interesante por el hecho de que se habían acostado.

—Estúpida —murmuró, limpiándose la nariz con la manga como una niña—. Tan jodidamente estúpida.

Sus artículos de aseo fueron a una bolsa más pequeña con la misma eficiencia furiosa: cepillo de dientes, limpiador facial, la cara hidratante que había comprado en Palermo pensando que tendría meses para gastarla. Todo se sentía extraño en sus manos ahora, como accesorios de la vida de otra persona.

La cafetera moka estaba sobre la encimera de la cocina, y por un momento consideró dejarla atrás. Que algún futuro inquilino descubriera el antiguo ritual italiano del café. Pero algo terco en su pecho se rebeló ante la idea. Había conquistado esa pequeña bestia de aluminio a través de pura determinación y aproximadamente cuarenta tazas terribles de café. Se la llevaría, incluso si nunca la volvía a usar.

Incluso si cada café matutino ahora le recordaría al apartamento donde había aprendido a prepararlo, soñando con una vida que nunca fue realmente suya.

Los utensilios de cocina fueron a una caja de cartón con menos violencia pero no más cuidado. Platos envueltos en cualquier tela

que tuviera a mano. El buen aceite de oliva en el que se había dado el lujo de gastar, aún medio lleno. El tarro de miel del vendedor del mercado que había empezado a saludarla por su nombre, que probablemente se preguntaría por qué la chica americana había dejado de pasar.

Más lágrimas. Al parecer, hoy tenía un suministro interminable de ellas.

Un golpe en la puerta la hizo quedarse inmóvil, con el pulso acelerado por algo que podría haber sido esperanza o podría haber sido terror. ¿Había vuelto Alessandro? ¿Se había dado cuenta de lo horrible que había sonado su propuesta y había regresado para... ¿qué? ¿Ofrecer un mejor acuerdo legal? ¿Proponer un contrato más atractivo?

Pero cuando abrió la puerta, Elena estaba en el pasillo con dos tazas de espresso y una expresión de determinación que sugería que no aceptaría un no por respuesta.

—He traído café —anunció Elena, pasando junto a Natalie hacia el apartamento sin invitación—. Y no me voy a ir hasta que me digas por qué parece que has estado... —Se detuvo a mitad de frase, asimilando el caos de maletas abiertas, ropa esparcida y cajas de cartón—. Madonna mia, ¿qué es todo esto? ¿Te estás mudando?

Natalie cerró la puerta y se apoyó contra ella, de repente exhausta.

—¿Cómo sabías que estaba...?

—La señora Greco vio a Alessandro saliendo de tu edificio como si alguien hubiera muerto. Luego escuchó lo que parecía muebles siendo arrojados —los ojos de Elena recorrieron el caos del apartamento: la ropa esparcida, las maletas abiertas, el aire general de devastación emocional—. ¿Qué pasó?

—Me pidió que me casara con él —dijo Natalie sin emoción.

El rostro de Elena se iluminó de alegría, y luego inmediatamente cambió a sorpresa.

—¡Madonna mia! ¿Alessandro Leone le pidió a alguien que se casara con él? No puedo creer... —Se detuvo, captando con más cuidado la expresión de Natalie—. ¿Por qué parece que alguien acaba de matar a tu perro?

—Porque no fue una propuesta. Fue un acuerdo comercial —Natalie aceptó una de las tazas de espresso con manos que eran más firmes de lo que tenían derecho a ser—. Una solución legal para mi problema de inmigración. Muy práctico. Muy eficiente.

—Oh —el entusiasmo de Elena se desinfló visiblemente—. Oh, no.

—Oh, sí —Natalie tomó un sorbo de café y saboreó la sal de sus propias lágrimas—. Al parecer, soy un caso tan patético de caridad que incluso los hombres que se acuestan conmigo se sienten obligados a ofrecer matrimonio por lástima.

La taza de café de Elena se detuvo a mitad de camino hacia sus labios, con los ojos muy abiertos.

—Espera. Los hombres que... Natalie, ¿tú y Alessandro...?

El rostro de Natalie ardió de nueva vergüenza.

—En Castellamonte. La noche que descubrimos lo de Giuseppe. Estaba devastada, él intentaba consolarme, y yo... —gesticuló inútilmente—. Dios, Elena, me lancé a sus brazos. Y ahora probablemente piensa que tiene que casarse conmigo porque nos acostamos.

—Te acostaste con Alessandro Leone —Elena dejó su taza, mirando a Natalie con una mezcla de sorpresa y fascinación—. No tienes ningún sentido. Empieza desde el principio. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué estabais haciendo en Castellamonte? ¿Y qué es eso de Giuseppe?

Durante los siguientes diez minutos, Natalie se encontró relatando toda la historia: el rechazo de la solicitud de ciudadanía, la oferta de Alessandro para ayudar a investigar los registros de Giuseppe, el viaje al pueblo de montaña, encontrar el certificado de nacimiento que debería haber resuelto todo, luego el devastador descubrimiento del certificado de matrimonio de Caterina que destruyó su derecho legal a Italia. La tormenta que los atrapó durante la noche. La noche que habían pasado en los brazos del otro que se había sentido como todo y aparentemente no significaba nada.

Cuando terminó, Elena estuvo callada por un largo momento, girando su taza de espresso en pequeños círculos sobre la mesa.

—Así que déjame entender esto —dijo Elena finalmente—. Descubriste que tu abuelo era bígamo, lo que destruyó tu solicitud de ciudadanía. Esa misma noche, tú y Alessandro os volvisteis... íntimos. Luego esta mañana, él propuso un matrimonio de conveniencia para resolver tu problema de inmigración.

—Exactamente. Se siente culpable por acostarse conmigo y obligado a arreglar mi lío legal. Lástima y culpa envueltas en un acuerdo comercial.

Elena se inclinó hacia adelante, su expresión volviéndose más seria.

—Espera. Dime exactamente qué dijo. ¿Cómo te lo propuso?

La risa de Natalie fue amarga.

—"Tengo una proposición" —imitó el tono formal de Alessandro —. "El matrimonio con un ciudadano italiano proporciona estatus legal inmediato. Es práctico, eficiente". Ah, y mi favorito personal: "un acuerdo legal con términos y expectativas claramente definidos".

—¿Realmente usó esas palabras? —los ojos de Elena se abrieron con incredulidad—. ¿Acuerdo legal? ¿A la cara?

—Palabra por palabra. Muy romántico, ¿no crees?

Elena negó lentamente con la cabeza. —Madonna mia, qué idiota. Claro que estás disgustada, cara. Eso sonaría horrible para cualquier mujer. Tienes todo el derecho a sentirte insultada.

La validación hizo que los ojos de Natalie se humedecieran de nuevo. —Gracias. Por fin alguien que lo entiende.

—Pero Natalie... —Elena hizo una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado—. ¿Parecía nervioso cuando lo dijo? ¿Asustado? ¿O estaba completamente frío al respecto?

Natalie consideró la pregunta a pesar de sí misma. —Estaba... caminando de un lado a otro. Y su voz sonaba diferente. Más formal de lo habitual, como si estuviera en un juicio o algo así. —Negó con la cabeza—. Pero eso no cambia lo que dijo.

—¿Qué dijo cuando le rechazaste?

—Pareció sorprendido. Como si no pudiera creer que alguien rechazara una oferta tan generosa. —El recuerdo dolía como si fuera reciente—. Luego simplemente... se fue.

Elena se quedó callada un momento, estudiando el rostro de Natalie. —¿Puedo decirte algo que quizás suene descabellado?

—A estas alturas, nada suena descabellado.

—Natalie, conozco a Alessandro toda mi vida. Desde que éramos niños. Le he visto manejar docenas de casos de inmigración: personas que no podían quedarse, personas que tenían que abandonar Sicilia. Y nunca, ni una sola vez, le he visto involucrarse personalmente. —La voz de Elena se volvió más intensa—. No se acuesta con clientes. No ofrece casarse con ellos. No hace nada de esto.

—Quizás soy simplemente el caso más patético que ha visto nunca.

—O quizás eres la única a quien no podía soportar ver marchar. —Elena se inclinó más cerca—. Recuerdo a una mujer brasileña, Gabriela. Era preciosa, encantadora, hablaba italiano perfectamente. Su visado expiró y vino a Alessandro llorando, ofreciéndole cualquier cosa si podía ayudarla a quedarse. ¿Sabes qué hizo él? La ayudó a presentar una apelación, le dio el nombre de un buen abogado en São Paulo y le deseó lo mejor. Nunca sugirió matrimonio.

—Eso no significa nada...

—Significa todo, Natalie. Porque, legalmente, el matrimonio habría resuelto su problema tan fácilmente como el tuyo. Pero no lo ofreció. Ni a ella, ni a nadie más. Solo a ti.

—O —continuó Elena—, está completamente enamorado de ti y no tiene ni idea de cómo expresarlo sin sonar como si estuviera presentando escritos legales.

La sugerencia quedó suspendida en el aire entre ellas, tentadora y peligrosa. Natalie quería creerlo, quería imaginar que la cuidadosa formalidad de Alessandro había estado ocultando algo más profundo. Pero el recuerdo de su voz —profesional, distante, hablando de su potencial matrimonio como un contrato comercial— lo hacía imposible.

—No viste su cara, Elena. No escuchaste cómo hablaba de ello. "Términos y expectativas claramente definidos". "Legalmente sólido". —Metió otro puñado de ropa en la maleta—. Así no es como habla alguien sobre casarse con una persona que le importa. Así es como alguien habla de rellenar papeleo.

—¿Y si la forma en que lo dijo era la única manera en que podía expresar las palabras? —preguntó Elena con suavidad—. ¿Y si te quiere tanto que estaba dispuesto a ofrecerte una forma de quedarte, incluso si eso significaba reducir lo que sentía a un contrato legal porque tenía demasiado miedo de arriesgar su corazón otra vez?

Elena se quedó callada un momento, estudiando el rostro de Natalie. —¿Y si estás equivocada?

—¿Y si no lo estoy? —La pregunta salió más cortante de lo que pretendía—. ¿Y si me quedo, y si me caso con él, y si paso el resto de mi vida preguntándome si me eligió o si solo se sintió obligado a solucionar mis problemas? No puedo hacer eso, Elena. No puedo construir una vida sobre la lástima de otra persona.

—Así que simplemente te vas a ir.

—Voy a volver a Nueva York. —Las palabras sonaron extrañas en su boca, como un idioma que hubiera olvidado cómo hablar—. Voy a reconstruir mi vida allí, encontrar trabajo, dejar de perseguir sueños imposibles. Ser práctica por una vez.

—Y renunciar a Sicilia.

—Sicilia renunció a mí primero. —La voz de Natalie se quebró ligeramente, revelando más emoción de la que había pretendido—. Es hora de aceptar la realidad. No pertenezco aquí. Nunca lo hice.

Elena terminó su espresso y dejó la taza con un sonido decisivo. —Te equivocas, ¿sabes? Sobre no pertenecer aquí. Pero especialmente te equivocas sobre Alessandro. —Su voz transmitía la feroz protección de alguien defendiendo a un amigo de toda la vida —. No digo que debas casarte con él, Natalie. Pero sí digo que podrías estar equivocada sobre por qué te lo pidió.

—Elena...

—Le conozco desde hace años, Natalie. Le he visto con otras mujeres: turistas, locales, incluso alguna expatriada ocasional.

Siempre es educado, siempre apropiado, siempre mantiene las distancias. ¿Pero contigo? —Elena negó con la cabeza—. Contigo, es diferente. Cualquiera con ojos puede verlo.

—¿Diferente cómo?

—Diferente como un hombre que ha sido alcanzado por un rayo y todavía está intentando entender qué le ha pasado. —Elena se dirigió hacia la puerta, luego se detuvo—. Podrías estar equivocada sobre por qué te lo pidió, Natalie. Solo... piensa en eso.

Después de que Elena se fuera, Natalie se sentó en el borde de su cama, rodeada por el caos de su empaquetado interrumpido, dando vueltas a las palabras de su amiga en su mente. *Nunca ha ofrecido casarse con ninguna de ellas. Nunca.*

¿Sería posible? ¿La terrible propuesta de Alessandro era producto de la desesperación en lugar de la indiferencia? ¿Había estado tan centrada en protegerse a sí misma del rechazo que había perdido de vista la posibilidad de que él también se estuviera protegiendo?

Las preguntas se sentían peligrosas, como esperanza disfrazada de lógica. Y la esperanza, Natalie había aprendido en las últimas semanas, era lo más peligroso de todo. Te hacía creer en posibilidades que no existían, te hacía luchar por sueños que nunca estaban destinados a ser tuyos.

Cogió otro montón de ropa, sus movimientos decididos. Elena tenía buenas intenciones, pero no había escuchado la voz de Alessandro cuando hablaba de "acuerdos legales" y "términos claramente definidos". No había visto la cuidadosa distancia en sus ojos cuando redujo su potencial matrimonio a una transacción comercial.

—No —dijo en voz alta, su voz firme en el pequeño apartamento —. No más esperanzas. No más hipótesis.

TENÍA un vuelo que coger el jueves. Tenía una vida que reconstruir en Nueva York. Y tenía exactamente cuarenta y ocho horas para terminar de desenamorarse tanto de Sicilia como del hombre que

acababa de demostrar que ella nunca había entendido sus sentimientos en absoluto.

El empaquetado se reanudó con renovada eficiencia, aunque las lágrimas finalmente habían cesado. Para cuando la luz de la tarde comenzó a filtrarse por sus ventanas, la mayoría de sus pertenencias estaban ordenadas en pulcros montones: cosas para enviar, cosas para llevar y cosas para dejar atrás.

CAPÍTULO 15



Alessandro

VEINTE MINUTOS después de que Natalie le hubiese cerrado la puerta en las narices, Alessandro se encontró huyendo al único lugar que siempre le había ofrecido refugio de su propia estupidez.

—¡Dile que la quieres, idiota!

Alessandro se estremeció cuando la voz de la Nonna resonó por el aire cálido de la cocina. Su taza de espresso repiqueteó contra el platillo cuando la dejó, y el familiar sabor de la sfogliatelle se convirtió en polvo en su boca.

—No es tan sencillo —dijo, ya alargando la mano hacia su casco que estaba sobre la encimera—. Hay algo más. Algo en la historia de su abuelo que no cuadra.

Los ojos de la Nonna se estrecharon hasta convertirse en rendijas.

—¿Qué tipo de algo?

—La primera esposa de Giuseppe, Caterina. No había certificado de defunción en Castellamonte. —Alessandro sintió el familiar consuelo de centrarse en los hechos en lugar de en los sentimientos —. Si murió allí, debería haber registros. Necesito volver, averiguar qué pasó realmente.

—¿Quieres hacer QUÉ? —la voz de la Nonna podría haber roto el cristal.

—Investigar. Rastrear adónde fue Caterina, qué le sucedió. —Alessandro se levantó, moviéndose ya hacia la puerta—. Si puedo demostrar que Giuseppe estaba legalmente libre para casarse...

—¡Esa chica se marcha MAÑANA! —la Nonna golpeó la mesa con la mano con tanta fuerza que hizo temblar las tazas de espresso—. ¿Y tú quieres perseguir a muertos en archivos polvorientos?

—Estoy intentando salvar su solicitud de ciudadanía...

—¡Estás huyendo! —la Nonna se puso en pie de un salto, su pequeña figura vibraba de furia—. ¡Como siempre haces cuando las cosas se ponen difíciles!

Alessandro agarró su casco con más fuerza.

—Si puedo darle una vía para obtener la ciudadanía...

—¡Bah! ¿Crees que se quedará por gratitud? ¿Que se casará contigo porque resolviste su papeleo? —la voz de la Nonna se elevaba con cada palabra—. ¿Es eso lo que quieres?

—Quiero que tenga opciones —dijo Alessandro desesperadamente, retrocediendo hacia la puerta.

—¡Ya tiene opciones! Puede subirse a ese avión mañana, o puede quedarse con un hombre lo suficientemente valiente como para luchar por ella. —La Nonna agarró su brazo con sorprendente fuerza—. ¡Pero primero ese hombre tiene que existir!

—Lo de Caterina es importante...

—¡TÚ ERES IMPORTANTE! —la voz de la Nonna le siguió mientras se apartaba—. ¡Esa chica está haciendo las maletas ahora mismo pensando que a nadie le importa, y tú quieres pasar la noche buscando a una mujer que lleva setenta años muerta!

—Tengo que seguir esta pista —dijo Alessandro débilmente.

—Porque eres demasiado cobarde para caminar hasta el pueblo y decirle que la quieres. —La voz de la Nonna de repente se volvió tranquila, derrotada—. Ve entonces. Corre a tu montaña. Pero no finjas que lo haces por ella.

Alessandro no podía discutir. Ambos sabían que ella tenía razón.

—Volveré mañana —dijo.

—¿Lo harás? ¿O encontrarás alguna excusa para quedarte lejos hasta que su avión despegue?

Alessandro se puso el casco sin responder y caminó hacia su Vespa, sabiendo que la Nonna tenía razón en todo excepto en una cosa: volvería mañana.

Aunque solo fuera para verla marchar.

CAPÍTULO 16



Natalie

El sencillo plato de spaghetti aglio e olio se enfriaba frente a ella, con los hilos dorados de pasta brillando con aceite de oliva y ajo. Natalie lo picoteaba con el tenedor, intentando despertar el apetito en el creciente anochecer de la Piazza Santa Rosa. A su alrededor, Santa Lucia al Mare se acomodaba en su ritmo vespertino: familias compartiendo gelato, parejas caminando de la mano, el acordeonista comenzando su serenata nocturna.

Todo parecía una película que estuviera viendo a través de un cristal.

Había elegido la mesa en la esquina más alejada de la terraza del Caffè dei Fiori, en parte por las vistas al puerto y en parte para evitar conversaciones con cualquiera que pudiera preguntar por qué la chica americana parecía haber estado llorando. Sus maletas estaban hechas, su apartamento despojado de todo lo personal. Mañana, pasaría su último día en Sicilia intentando no pensar en todo lo que estaba abandonando. El jueves por la mañana, un taxi la llevaría al aeropuerto de Palermo y cogería su vuelo de vuelta a una vida que de repente se sentía como llevar ropa que ya no le quedaba bien.

—¿No tienes hambre?

Natalie levantó la mirada para encontrar a Salvatore rondando con la estudiada naturalidad de alguien que llevaba veinte minutos observándola no comer. Su rostro curtido mostraba ese tipo de preocupación propia de quien lleva cuatro décadas alimentando a la gente.

—Está perfecto —dijo ella, forzando una sonrisa y dando un bocado deliberado. La pasta estaba perfectamente al dente, el ajo fragante sin resultar abrumador, el aceite de oliva rico y picante. Debería haber estado delicioso. En su lugar, sabía a despedida.

—Mmm. —Salvatore no se dejó engañar. Le rellenó la copa de vino sin que se lo pidiera, el tinto local captando la última luz del día —. ¿Sabes? Mi nonna solía decir que la comida sabe a lo que tú traes a la mesa.

—¿Qué significa eso?

—Significa que si estás triste, todo sabe a lágrimas. —Se encogió de hombros con la resignación filosófica de alguien que había visto innumerables corazones rotos desenvolverse sobre platos de pasta —. Quizás intenta traer otra cosa mañana.

Si fuera tan sencillo.

Natalie consiguió dar otro bocado, masticando mecánicamente mientras su teléfono vibraba insistentemente en su bolso. Había estado ignorando las llamadas de su familia durante toda la tarde: tres de su madre, dos de Cara, una de su padre que probablemente le había costado considerable preparación mental. Estarían esperando novedades sobre su maravillosa aventura siciliana, ansiosos por saber cómo avanzaba su solicitud de ciudadanía.

La idea de explicar que volvía a casa derrotada, que todos habían tenido razón sobre sus sueños poco prácticos, le retorció el estómago con algo peor que el hambre.

—¿Natalie?

Se giró para encontrar a Elena acercándose con una sonrisa vacilante. El pecho de Natalie se llenó de algo que no era exactamente tristeza, ni exactamente gratitud. Incluso despedirse de amistades recién hechas era más difícil de lo que había esperado.

—Te vas el jueves —dijo Elena, deslizándose en la silla opuesta sin invitación. No era una pregunta.

—El vuelo es a las once —confirmó Natalie, dando un sorbo de vino más grande de lo probablemente aconsejable.

Elena la estudió por un momento, luego se inclinó hacia delante con la intensidad directa que Natalie había llegado a reconocer como la manera en que su amiga cortaba las tonterías.

—¿Por qué tienes tanta prisa por volver a casa? Te quedan, ¿qué?, ¿dos meses de visado turístico? Podrías quedarte, disfrutar de Sicilia, viajar por Europa. Volver a Estados Unidos y regresar cuando tu tiempo se reinicie.

La sugerencia quedó flotando en el aire entre ellas, lógica y atractiva y completamente imposible por razones que Elena no podía entender.

—No puedo —dijo Natalie simplemente.

—¿No puedes o no quieres?

—Ambas. —Natalie dejó el tenedor, la pasta ahora completamente fría—. Elena, agradezco lo que intentas hacer, pero quedarme más tiempo solo lo empeoraría.

—¿Cómo podría ser posiblemente peor?

—Porque me encariñaría más. —La confesión salió en crudo, honesta—. Me enamoraría más de este lugar, de esta gente, de la vida que pensé que podría construir aquí. Y luego, en dos meses, tendría que irme de todos modos, y dolería aún más de lo que duele ahora.

La expresión de Elena se suavizó con comprensión.

—Así que estás arrancando la tirita de golpe.

—Exacto. Mejor cortarlo limpiamente ahora que torturarme durante otros dos meses fingiendo que puedo quedarme.

—Pero podrías volver...

—¿Y hacer qué? ¿Revolotear entre Nueva York y Sicilia como una especie de turista romántica? —Natalie se rio, pero sin humor—. Eso no es una vida, Elena. Es unas vacaciones prolongadas. Necesito ponerme seria con mi futuro, reconstruir mi carrera, dejar de perseguir sueños imposibles.

—¿Quién dice que son imposibles?

Antes de que Natalie pudiera responder, su teléfono volvió a vibrar. Esta vez, lo sacó y miró la foto de contacto de su madre: las

dos en la última Navidad, ambas sonriendo con la confianza fácil de personas que creían saber lo que les deparaba el futuro.

—Debería contestar —dijo, levantándose bruscamente—. Se preocuparán si no lo hago.

Pero incluso mientras caminaba hacia el puerto, teléfono en mano, Natalie se encontró incapaz de pulsar el botón de llamada. *¿Cómo podría explicar que volvía a casa no porque quisiera, sino porque había fracasado en lo único que realmente había deseado para sí misma?*

El teléfono quedó en silencio, y ella se desplomó en un banco con vistas al agua. El jueves por la mañana no podía llegar lo suficientemente rápido. Cuanto antes se marchara, antes podría empezar a olvidar lo mucho que dolía despedirse de un sueño.

Alessandro

Las campanas de la iglesia de Castellamonte estaban dando las nueve cuando Alessandro finalmente guió su Vespa hacia el pequeño aparcamiento junto a la Chiesa di San Giuseppe. Las tres horas de conducción por sinuosas carreteras de montaña le habían dado tiempo de sobra para pensar, y ninguno de esos pensamientos había mejorado su humor.

Era un idiota. Nonna tenía razón, Elena tenía razón, probablemente la mitad de Santa Lucia al Mare tenía razón. En lugar de luchar por la mujer que amaba, estaba persiguiendo misterios de setenta años como una especie de detective genealógico cuando lo que debería estar haciendo era marchar al pueblo y decirle a Natalie exactamente lo que sentía por ella.

Pero las persistentes preguntas sobre Caterina Moretti no le soltaban. ¿Por qué un hombre se casaría y abandonaría Sicilia sin su esposa solo un mes después? Algo en la historia de Giuseppe no cuadraba, y los instintos de abogado de Alessandro habían sido

perfeccionados por demasiados años de casos ganados y perdidos por detalles que todos los demás habían pasado por alto.

La oficina municipal estaba, como era de esperar, oscura y cerrada. Un pequeño cartel le informaba que reabrirían a las ocho y media del miércoles por la mañana, lo que le daría justo el tiempo suficiente para realizar su investigación y regresar corriendo a Santa Lucia antes del vuelo de Natalie.

Si tenía suerte.

Si no estaba completamente equivocado en todo.

Si realmente había algo que encontrar.

La iglesia, sin embargo, estaba abierta. Una cálida luz se derramaba desde las antiguas ventanas, y Alessandro podía escuchar el bajo murmullo de las oraciones vespertinas flotando sobre los adoquines. Aseguró su casco a la Vespa y caminó hacia las pesadas puertas de madera, sus pasos haciendo eco en el silencio montañoso.

El Padre Marco estaba terminando su servicio vespertino cuando Alessandro se deslizó en el último banco. Los pocos feligreses, mayormente mujeres ancianas vestidas de negro, con rostros tallados por décadas de clima montañoso, salieron con el ritmo pausado de personas que no tenían prisa por estar en otro lugar.

—Señor Leone —dijo el sacerdote, acercándose con evidente sorpresa—. ¿De vuelta tan pronto? Y solo esta vez.

—Tengo algunas preguntas —dijo Alessandro, poniéndose de pie mientras el último feligrés se marchaba—. Sobre los registros que vimos antes. Giuseppe Benedetto y su matrimonio con Caterina Moretti. Necesito averiguar más sobre lo que le sucedió a ella.

El rostro curtido del Padre Marco se arrugó con interés. —¿Qué tipo de preguntas?

—El tipo de preguntas que mantienen a los abogados despiertos por la noche —admitió Alessandro—. Necesito saber adónde fue, qué le ocurrió después de que Giuseppe partiera hacia América.

El sacerdote permaneció en silencio un momento, estudiando a Alessandro con los ojos perspicaces de alguien que había escuchado incontables confesiones. —No estás aquí solo por curiosidad histórica, ¿verdad?

—No —dijo Alessandro simplemente—. Estoy aquí porque el jueves por la mañana, la mujer que amo toma un avión de regreso a América, y creo que la historia de Giuseppe podría ser lo único que pueda darle una razón para quedarse.

El Padre Marco asintió lentamente, un entendimiento pasando entre ellos de la manera que solo sucede entre hombres que han amado imprudentemente.

—Vuelve por la mañana —dijo el sacerdote—. Tendré los registros preparados, y veremos qué fantasmas podemos encontrar. —Se detuvo, estudiando el rostro de Alessandro a la luz de las velas —. Aunque sabes, Señor Leone, el amor es razón suficiente para quedarse.

CAPÍTULO 17



Alessandro

Las manos de Alessandro temblaban mientras pasaba otra página del registro bautismal, el pergamino centenario crujiendo bajo sus dedos como hojas secas. La luz de las velas en la Chiesa di San Giuseppe parpadeaba contra las paredes de piedra, proyectando sombras danzantes que parecían burlarse de su búsqueda cada vez más desesperada.

Nada. Tres horas escudriñando registros parroquiales, y Caterina Moretti seguía siendo tan esquiva como el humo.

Presionó las palmas contra sus ojos, sintiendo la aspereza del insomnio y el peso de las preciosas horas que se escapaban. Mañana por la mañana, Natalie abordaría un avión y desaparecería de su vida para siempre. Y él se quedaría sin nada más que el recuerdo de cómo le había fallado por completo.

Al igual que le había fallado a Chiara.

La revelación le golpeó con repentina claridad, trayendo consigo el dolor familiar de la insuficiencia que había habitado en su pecho durante tres años. Chiara había necesitado más de lo que Sicilia podía ofrecerle, más de lo que él podía darle. Sueños más grandes, horizontes más amplios, una vida que se extendía más allá de antiguos pueblos y obligaciones familiares. Al final, Alessandro Leone

simplemente no había sido motivo suficiente para que ella se quedara.

Y ahora Natalie también se marchaba, por las mismas razones. Le había ofrecido matrimonio como una especie de contrato legal, reduciendo sus sentimientos a términos burocráticos porque era demasiado cobarde para ofrecerle su corazón. Porque en el fondo, sabía que su corazón tampoco sería suficiente para retenerla.

Pero quizás, solo quizás, podría darle lo que realmente había venido a buscar. El derecho legal a quedarse en Sicilia, a construir la vida con la que había soñado, a pertenecer a este lugar sin necesitarle a él en absoluto. Era el único regalo que le quedaba por ofrecer.

El padre Marco emergió de la sacristía llevando dos tazas de espresso y la expresión resignada de alguien que ya había visto a hombres desesperados perseguir sueños imposibles.

—¿Todavía nada? —preguntó el sacerdote, acomodando su anciano cuerpo en el banco de madera junto a Alessandro.

—Es como si se hubiera esfumado —dijo Alessandro, aceptando el espresso con manos que no estaban del todo firmes—. El registro del matrimonio existe, pero después de eso... nada. Ni certificado de defunción, ni papeles de emigración, ni rastro de lo que le sucedió.

—Las personas no desaparecen simplemente —dijo el padre Marco pensativo—. Especialmente no en pueblos tan pequeños. Alguien siempre recuerda algo.

Alessandro había pasado la noche anterior hablando con los pocos residentes ancianos que aún vivían en el casco antiguo de Castellamonte, pero las conversaciones no habían llevado a ninguna parte. La mayoría recordaba a la familia de Giuseppe: la habilidad de su padre Antonio con los olivos, el pan legendario de su madre Rosa. Pero cuando Alessandro mencionaba a Caterina Moretti, se encontraba con miradas vacías y encogimientos de hombros, como si el breve matrimonio de Giuseppe hubiera sido colectivamente olvidado.

—¿Y si no era originaria de Castellamonte? —preguntó Alessandro de repente, cristalizándose la posibilidad a través de su

agotamiento—. El registro de matrimonio muestra que ella vivía aquí cuando se casaron, pero ¿y si venía de otro lugar?

El rostro curtido del padre Marco se iluminó con comprensión. —¡Ah, sí! Muchas jóvenes vinieron a trabajar a los pueblos más grandes durante ese período. Después de la guerra, las familias estaban dispersas, la gente se movía buscando oportunidades.

—¿De dónde podría haber venido? ¿Hay otras parroquias cercanas que podrían tener registros?

—Principalmente dos. —El sacerdote se acercó a un mapa en la pared, señalando ubicaciones con un dedo nudoso—. Sant'Antonio, a unos veinte kilómetros al este, muy pobre después de la guerra, muchas familias se marcharon. Y Borgo San Marco al suroeste, más cerca de la carretera principal. Si Caterina buscaba trabajo, podría haber venido de cualquiera de esos lugares.

Alessandro experimentó su primer verdadero impulso de esperanza desde que llegó a Castellamonte. —Sus oficinas municipales... ¿tendrían registros de nacimiento de ese período?

—Si los registros sobrevivieron —advirtió el padre Marco—. La guerra fue dura en estas montañas.

Alessandro ya estaba de pie, sus instintos de abogado activándose a pesar de su agotamiento. Dos pueblos, horarios de oficina limitados y un reloj que marcaba la distancia entre la salvación y la pérdida.

—Tengo que intentarlo —dijo, recogiendo sus papeles—. Es la única oportunidad que me queda para darle algo que valga la pena para quedarse.

El sacerdote estudió el rostro de Alessandro a la luz de las velas, leyendo la desesperación con ojos que habían visto innumerables almas en crisis. —Sabe, señor Leone, el amor por sí mismo suele ser razón suficiente para que alguien se quede.

Alessandro se detuvo en las puertas de la iglesia, las palabras del padre Marco resonando en el espacio sagrado. Pero el amor no había sido suficiente para Chiara. El amor no había bastado para hacerla elegir Sicilia sobre sus sueños de Milán. Y Alessandro había aprendido, de la manera más dolorosa posible, a no confiar en que su corazón fuera suficiente para las mujeres que más le importaban.

Mejor ofrecer soluciones legales. Mejor darle a Natalie la ciudadanía que había venido a buscar y dejarla elegir sus propias razones para quedarse.

Aunque esas razones no le incluyeran a él.

La oficina municipal de Sant'Antonio era un espacio angosto de una sola habitación que parecía no haberse actualizado desde el Risorgimento. Alessandro estaba de pie frente al mostrador de madera, observando a un delgado funcionario de unos sesenta años hojear un libro de registro que parecía más antiguo que el edificio mismo.

—¿Caterina Moretti, nacida aproximadamente en 1938? —La expresión permanentemente suspicaz del hombre sugería que había pasado su carrera lidiando con la burocracia y la había encontrado deficiente—. Nombre muy común en estas montañas. ¿Alguna otra información?

—Se casó con Giuseppe Benedetto en Castellamonte en 1955 —dijo Alessandro, esforzándose por ocultar la urgencia en su voz. Cada minuto que pasaba allí era un minuto más cerca de la partida de Natalie.

El funcionario pasó el dedo por página tras página de cuidadosa caligrafía, deteniéndose ocasionalmente para entrecerrar los ojos ante registros descoloridos. —Moretti... Moretti... aquí hay una Caterina Moretti nacida en 1936, pero murió en 1940. Otra nacida en 1941, pero se casó localmente y nunca abandonó Sant'Antonio.

—¿Qué hay de los registros de emigración? ¿Alguien que dejara el pueblo por esa época?

—Los años de posguerra fueron duros aquí. Los jóvenes se marchaban a las ciudades buscando trabajo —el funcionario se encogió de hombros con la resignación filosófica de alguien que había visto cómo su comunidad se vaciaba lentamente—. La mayoría

ni se molestaba con el papeleo oficial cuando se iba. Simplemente... desaparecían.

Otro callejón sin salida. Alessandro agradeció al funcionario y volvió a subirse a su Vespa, sintiendo el aire fresco de la montaña en la cara mientras recorría la serpenteante carretera hacia Borgo San Marco. El paisaje era impresionante: colinas onduladas cubiertas de olivares y hierbas silvestres, muros de piedra desgastados construidos por manos que hacía siglos se habían convertido en polvo.

Pero lo único en que Alessandro podía pensar era en los minutos que pasaban, llevándose a Natalie con ellos.

Borgo San Marco era más grande que Sant'Antonio, con su oficina municipal alojada en un edificio adecuado con sistemas de archivo modernos y una funcionaria que parecía haber nacido después del Renacimiento.

—¿Caterina Moretti? —consultó los registros digitales en un ordenador que parecía imposiblemente futurista después de los libros manuscritos de la mañana—. Permítame revisar nuestros archivos históricos... estos se remontan a 1920.

Alessandro observaba la pantalla con la intensa concentración de alguien cuyo futuro entero pendía de cualquier información que pudiera aparecer. A través de las ventanas de la oficina, podía ver el sol ascendiendo hacia su cénit, cada tic-tac del reloj acercándolo más a perderla para siempre.

—Aquí —dijo de repente la funcionaria, su voz transmitía la satisfacción de quien ha resuelto un enigma—. Caterina Moretti, nacida el 3 de junio de 1938, en Borgo San Marco. Padres registrados: Marco Moretti y Giuseppina Valentino.

El corazón de Alessandro se aceleró. —Necesito todo lo que tenga sobre esta familia. Partidas de nacimiento, certificados de defunción, actas de matrimonio... cualquier cosa de ese período.

Tardaron treinta minutos en extraer el expediente familiar completo, pero cuando finalmente la funcionaria desplegó los documentos sobre su mesa, Alessandro vio cómo las piezas de un misterio de setenta años se ordenaban con perfecta claridad.

Caterina Moretti había nacido en Borgo San Marco en 1938. A principios de 1955, con dieciséis años, se había casado con Giuseppe Benedetto en Castellamonte —una boda apresurada que, dado el momento, probablemente había levantado sospechas en la pequeña comunidad montañesa.

Y lo más importante, Caterina había fallecido en marzo de 1955 —apenas semanas después de su matrimonio, durante el parto. El bebé había muerto con ella.

El certificado de defunción estaba allí mismo en el expediente, claro y oficial, desmontando por completo el caso que había destruido la solicitud de ciudadanía de Natalie. Giuseppe no había sido un bígamo en absoluto —había sido un joven viudo que había huido de Sicilia tras perder tanto a su esposa como a su hijo, embarcándose hacia América meses después, probablemente para escapar de la tragedia que había destrozado su mundo.

Su matrimonio con la abuela de Natalie en Brooklyn había sido perfectamente legal.

—Necesito copias oficiales de todo esto —dijo Alessandro, con la voz tensa por la emoción y la desesperación—. Especialmente del certificado de defunción. Es urgente... hay una mujer que se marcha de Sicilia mañana por la mañana porque cree que no tiene derecho legal a quedarse. Esto demuestra que el segundo matrimonio de su abuelo fue legítimo.

La funcionaria estudió su rostro durante un largo momento, leyendo la desesperación y la esperanza que luchaban en su expresión. Luego miró el reloj en la pared y suspiró.

—Lo más pronto que puedo tener las copias oficiales listas es a las ocho de la mañana de mañana —dijo finalmente—. Tengo que esperar a que llegue mi supervisora... ella es la única autorizada para certificar documentos históricos para procedimientos legales.

Las ocho. El estómago de Alessandro se hundió. Las matemáticas imposibles le abrumaron como una marea. Los documentos estarían listos a las ocho. El viaje a Santa Lucia llevaba tres horas por carreteras de montaña, pero ¿exactamente cuándo se marchaba Natalie?

Su teléfono sonó mientras estaba fuera de la oficina municipal, mirando las carreteras montañosas que se extendían entre él y cualquier posibilidad de llegar a tiempo. El nombre de Elena apareció en la pantalla.

—¡Alessandro! —La voz de Elena era aguda por la frustración—. *Dove sei?* ¿Dónde estás, idiota? ¡Se marcha mañana!

—Lo sé —logró decir, con la voz ronca—. Estoy trabajando en algo...

—¿Trabajando en algo? *Madonna mia*, ¡vas a perderla! —La voz de Elena se elevaba con cada palabra—. Más te vale darte prisa porque su vuelo sale a las 11:30, ¡y después de eso, se acabó!

11:30. El corazón de Alessandro se desplomó. Si los documentos estuvieran listos a las ocho y condujera directamente al aeropuerto de Palermo —sin paradas, sin retrasos— podría llegar justo a tiempo. Apenas.

—11:30 —repitió, visualizando el cronograma en su mente con brutal claridad.

—*Sì*, ¡11:30! Algunas cosas merecen la pena luchar por ellas, Alessandro. No seas el hombre que la deja escapar.

La línea se cortó, dejándolo de pie en el silencio montañoso con el peso del tiempo imposible asentándose sobre él como una piedra.

A menos que pudiera conducir más rápido de lo que jamás había conducido en su vida y dirigirse directamente al aeropuerto de Palermo, rezando para que las carreteras de montaña y el tráfico mediterráneo de alguna manera cooperaran con la necesidad desesperada de un hombre de alcanzar a la mujer por la que había tenido demasiado miedo de luchar antes de que su avión despegara.

Alessandro se subió de nuevo a su Vespa con manos que temblaban ligeramente, las palabras de Elena resonando en su cabeza.

Todavía intentaba resolver sus problemas con soluciones legales porque no podía hacerse creer que Alessandro Leone pudiera ser razón suficiente para que alguien se quedara.

Pero quizás, si tan solo pudiera llevarle estos documentos a tiempo, no importaría lo que él valiera o no. Ella podría tener su

ciudadanía, su derecho legal a pertenecer a Sicilia, sus sueños hechos realidad.

Y si se quedaba por la ley en lugar de por amor, bueno... al menos se quedaría.

Natalie

El teléfono de Natalie vibró con el mensaje de confirmación que estaba esperando: *Recogida confirmada para las 9:00 AM de mañana. Aeropuerto de Palermo. Vuelo 11:30.*

Confirmado, escribió, aunque su pulgar dudó sobre el botón de enviar. Una vez que lo pulsara, todo sería real. Oficial. Sin vuelta atrás.

Pulsó enviar.

Se obligó a moverse, a comenzar los preparativos finales. Sábanas limpias para quien viniera después. Una nota para el casero, agradeciéndole en un italiano cuidadoso su paciencia. Las llaves colocadas con precisión en la encimera de la cocina, listas para ser entregadas.

Estaba arrancando la tirita de golpe, como había dicho Elena. Mejor irse ahora, mientras aún podía funcionar, que quedarse más tiempo y enamorarse más profundamente de un lugar —y un hombre— que nunca serían realmente suyos.

Porque eso es lo que ocurriría si se quedaba. Caería más profundamente bajo el hechizo de Sicilia, más dentro de la fantasía de pertenecer a este lugar. Y peor aún, se enamoraría más intensamente de Alessandro Leone, el hombre que la había visto como un problema legal que resolver en lugar de una mujer por la que valía la pena luchar. El hombre que le había ofrecido matrimonio como un acuerdo de negocios mientras el recuerdo de su noche juntos aún ardía entre ellos.

Dos meses más viendo cómo mantenía una distancia prudente. Dos meses más esperando que pudiera verla como algo más que

una complicada americana que necesitaba ser rescatada. Y luego, cuando su visado de turista expirara y tuviera que marcharse de todas formas, la destruiría.

Mejor irse ahora, mientras la herida aún era manejable.

La idea de quedarse —de prolongar esta agonía— significaría dos meses más viendo vislumbres de él en el patio, escuchando sus pasos en el apartamento de arriba, permaneciendo despierta preguntándose si alguna vez pensaba en su noche juntos como lo hacía ella. Semanas cayendo más profundamente enamorada de alguien que había dejado claro que no era más que una obligación temporal.

Mejor cortar por lo sano. Mejor preservar la poca dignidad que le quedaba.

Un golpe en la puerta interrumpió su cuidadosa armadura emocional. La abrió para encontrar a la Signora Bernardi en el pasillo con un pequeño paquete envuelto en papel marrón.

—Para el viaje —dijo firmemente la anciana, poniendo el paquete en las manos de Natalie—. Biscotti. Los hice esta mañana.

La inesperada amabilidad amenazó con deshacer la cuidadosa compostura de Natalie. —Grazie —logró decir, con la voz espesa por la emoción—. Molto gentile.

—Eres una buena chica —dijo la Signora Bernardi, dando palmaditas en la mejilla de Natalie con una mano curtida—. Sicilia te echará de menos.

Pero no lo suficiente como para dejarme quedar, pensó Natalie, aceptando el regalo con manos que temblaban ligeramente.

La tarde transcurrió en una sucesión de pequeñas amabilidades que hicieron la partida aún más difícil. La señora Greco apareció con un pequeño paquete de semillas: —De mi jardín. Para que nos recuerdes—. El vendedor del mercado que había empezado a saludarla por su nombre le puso en las manos una pequeña botella de aceite de oliva. Incluso Salvatore salió de su café con una bolsa de papel de cornetti —para el avión.

Cada gesto era un recordatorio de lo rápido que había sido aceptada aquí, de lo fácilmente que podría haber pertenecido a este lugar si tan solo la ley —y su corazón— hubieran cooperado.

Al final de la tarde, el peso emocional de cada despedida estaba empezando a resquebrajar su determinación. Esta gente apenas la conocía, pero estaban tratando su partida como una pérdida genuina. Los ojos de la señora Greco habían estado húmedos cuando puso las semillas en la palma de Natalie. Salvatore había insistido con brusquedad en que llamara si alguna vez necesitaba algo, cualquier cosa. Incluso el vendedor de fruta la había saludado con la mano desde el otro lado de la plaza, gritando: —¡*Ciao*, bella americana!

Sería tan fácil quedarse. Llamar a la aerolínea, cancelar su vuelo, encontrar alguna otra manera de hacer que funcionara. Pero cada vez que el pensamiento cruzaba su mente, miraba hacia las oscurecidas ventanas de Alessandro y recordaba por qué marcharse era la única opción que tenía sentido.

Al anochecer, sus preparativos estaban completos. Todo empaquetado, enviado o abandonado. El apartamento devuelto a su estado anónimo, listo para el próximo residente temporal con sueños imposibles.

Natalie se encontró recorriendo las calles familiares por última vez, aceptando despedidas de vecinos que de alguna manera habían decidido que ella merecía su afecto a pesar de conocerla durante solo tres semanas. Su generosidad la abrumaba, la hacía cuestionarse si estaba tomando la decisión correcta.

Pero cuando miraba hacia las estrechas ventanas del apartamento de Alessandro —oscuras y silenciosas, sin señal de vida — recordaba por qué marcharse era la única opción sensata.

La tarde llegó con luz dorada cayendo oblicuamente sobre el puerto, pintando todo con los tonos cálidos que primero la habían hecho enamorarse de este lugar. Elena llamó justo cuando Natalie se estaba acomodando en su cama con té y el libro que nunca terminaría.

—He traído vino —anunció Elena, mostrando una botella—. Y estoy preparada para bebérmelo todo yo sola si no quieres acompañarme.

—Elena...

—Una última velada —dijo su amiga con firmeza—. Déjame despedirme como es debido.

Se sentaron en el pequeño balcón de Natalie mientras el sol se ponía sobre el Mediterráneo, compartiendo vino y una conversación que cuidadosamente evitaba la partida de mañana. En su lugar, hablaron de todo lo demás: el último proyecto arquitectónico de Elena, la nueva receta de arancini de Salvatore, la forma en que la luz del atardecer transformaba los viejos edificios que las rodeaban.

—Sabes —dijo Elena mientras las estrellas comenzaban a aparecer sobre el agua—, voy a echar de menos tenerte cerca para explicarme expresiones americanas. "Building a shitstorm"... definitivamente me quedaré con esa.

—"Creating a shitstorm" —corrigió Natalie con una risa que sonó oxidada—. Y yo voy a echar de menos tener a alguien que me explique por qué los italianos son tan apasionados con el momento adecuado para el café.

—Porque algunas cosas son sagradas —dijo Elena solemnemente —. Como el cappuccino antes de las once de la mañana y nunca, jamás, poner nata en la carbonara.

Terminaron el vino mientras el pueblo se sumía en su tranquilidad nocturna, las campanas de la iglesia marcando las diez en punto con su ritmo ancestral. Cuando finalmente Elena se fue, se abrazaron sin decir adiós, como si no decir la palabra pudiera de alguna manera posponer su realidad.

—Si cambias de opinión —susurró Elena—, me llamas. ¿*Capisce*?

—*Capisce* —aceptó Natalie, aunque ambas sabían que no llamaría.

Sola de nuevo, Natalie se cambió y se puso la camiseta grande con la que había estado durmiendo, luego se quedó de pie junto a la ventana de su dormitorio, mirando hacia el apartamento de Alessandro. Todavía oscuro. Todavía silencioso.

Se metió en la cama y se quedó tumbada en la oscuridad, escuchando los sonidos familiares del edificio asentándose a su alrededor. Pero esta noche, el silencio de arriba se sentía diferente. Más pesado. Como una ausencia que presionaba contra su pecho.

A PESAR DE TODA LÓGICA, de cada muro que había construido con cuidado, su mente volvía a aquella noche en Castellamonte. La forma en que Alessandro la había mirado en aquella habitación oscurecida por la tormenta, con ojos intensos y hambrientos, centrados únicamente en ella. La reverencia en su tacto mientras la desvestía, como si fuera algo precioso y frágil. La manera en que había susurrado su nombre contra su garganta, ronco de deseo.

Aún podía sentir el peso fantasma de sus manos sobre su piel, todavía podía saborear la sal y el calor de él. Aún recordaba cómo la había abrazado después, con sus brazos envolviéndola como si nunca fuera a soltarla, con su corazón latiendo firme bajo su mejilla.

Por solo una noche, se había sentido completamente reclamada. Completamente adorada.

Pero luego llegó la mañana, trayendo consigo la realidad y una cuidadosa distancia.

Natalie hundió la cara en la almohada, luchando contra unas lágrimas que no resolverían nada.

Pero tumbada allí en la oscuridad, sabía que una parte de ella siempre pertenecería a este lugar. A las calles estrechas y edificios centenarios, al sonido de las campanas de la iglesia y al sabor del espresso perfecto.

Y al hombre que dormía un piso por encima de ella.

El mañana llegaría tanto si estaba preparada como si no.

CAPÍTULO 18

Alessandro

Las manos de Alessandro temblaban mientras sujetaba los documentos oficiales, con la tinta del sello municipal aún fresca. Las ocho en punto exactamente. El certificado de defunción de Caterina Moretti le miraba fijamente: 15 de marzo de 1955. La prueba de que Giuseppe había sido viudo, no bígamo. La prueba de que la solicitud de ciudadanía de Natalie era válida.

Una prueba que podría no importar si no conseguía llegar a tiempo hasta ella.

Metió los papeles en su chaqueta y salió corriendo hacia su Vespa. Tres horas y media hasta el aeropuerto de Palermo. El vuelo de Natalie a las 11:30. Las matemáticas eran brutales, pero no imposibles.

No si conducía como si su vida dependiera de ello.

La Vespa cobró vida bajo él, y Alessandro salió disparado de Borgo San Marco como un hombre que huye de sus demonios. Las carreteras de montaña pasaban borrosas: olivares, muros de piedra, pueblos antiguos que habían contemplado innumerables viajes desesperados a lo largo de los siglos. Pero ninguno más desesperado que este.

Su velocímetro superó todos los límites razonables. Cuarenta kilómetros por hora en curvas diseñadas para veinte. Cincuenta en

rectas donde los guardarraíles desaparecían para dar paso a nada más que aire siciliano y fe.

Natalie, no te subas a ese avión.

El pensamiento golpeaba su mente al ritmo del motor. Probablemente ya estaría en el taxi, viendo cómo Santa Lucia al Mare desaparecía tras ella para siempre. Ya convencida de que Alessandro Leone no era más que un recuerdo que preferiría olvidar.

Se inclinó en una curva cerrada, con la rodilla casi rozando el asfalto, y miró su reloj. Ocho y cuarenta y cinco. Todavía era posible. Apenas.

Natalie

—*Bene*, tutto pronto? —El taxista, de mediana edad, paciente, con la expresión resignada de alguien que había transportado a innumerables viajeros hacia sus destinos, señaló hacia sus maletas alineadas como soldados sobre los adoquines.

—Casi —contestó Natalie mientras levantaba la maleta más grande hacia el maletero, sorprendida por su peso. ¿Cuándo había acumulado tanto? El aceite de oliva, los libros, las galletas de la señora Bernardi, las semillas de la señora Greco: pequeños recuerdos que de alguna manera se habían multiplicado hasta convertirse en pruebas de una vida que apenas había comenzado a construir.

—¿Necesita ayuda?

—No, yo puedo. —Metió la segunda maleta en el coche, luego se enderezó, contando. Dos maletas grandes cargadas, y...

—*Merda*. —La palabra se le escapó antes de que pudiera evitarlo.

—*Scusi*?

—Perdón, he olvidado mi bolso. Y mi equipaje de mano. Un minuto.

Sacó la pesada llave del bolsillo de su chaqueta (la misma llave de hierro de gran tamaño que ya la había derrotado antes) y se apresuró hacia la entrada del edificio. Su bolso estaba sobre la encimera de la cocina con su pasaporte, tarjeta de embarque,

teléfono, todo lo importante. El equipaje de mano estaba junto a la puerta con sus documentos importantes.

El taxímetro ya estaba corriendo, y el conductor probablemente estaba calculando si cobrarle extra por los retrasos.

La llave se introdujo en la antigua cerradura con la resistencia familiar. Girar, empujar, girar otra vez. Las instrucciones de Alessandro resonaban en su mente, de cuando él parecía ser un vecino reacio en lugar de...

—Vamos. —Lo intentó de nuevo, presionando el hombro contra la madera mientras manipulaba la llave—. Ahora no. Por favor, ahora no.

El mecanismo estaba completamente atascado. Exactamente como aquel primer día, solo que esta vez Alessandro no pasaba por allí para rescatarla con instrucciones pacientes y diversión apenas contenida.

Natalie dio una patada a la puerta, con fuerza, igual que lo había hecho hace tres semanas cuando era una recién llegada frustrada en lugar de una exiliada con el corazón roto.

—¡Ábrete, maldita!

La puerta permaneció obstinadamente cerrada. Su bolso permanecía obstinadamente dentro. Su pasaporte, su tarjeta de embarque, su teléfono... todo lo que necesitaba para abandonar Sicilia estaba al otro lado de la madera y el hierro que, aparentemente, habían decidido mantenerla como rehén.

Probó con la llave otra vez, más fuerte esta vez, forzándola hasta que realmente temió que pudiera romperse en la cerradura. El metal protestó con un gemido, pero no cedió.

—¿Problema, signorina?

Alessandro

La autopista se extendía ante él como una promesa, y Alessandro abrió el acelerador hasta que el pequeño motor de la Vespa gritó en señal de protesta. Los camiones pasaban a toda velocidad, sus

estelas de viento casi lo derribaban, pero él mantuvo su línea y apretó con más fuerza.

Nueve y media. Dos horas para llegar, tal vez noventa minutos si el tráfico cooperaba y las leyes de la física se doblaban ligeramente a su favor.

Su teléfono vibró en su chaqueta. Sin reducir la velocidad, lo sacó torpemente, con una esperanza contra toda esperanza.

Elena.

—Alessandro, ¿dónde estás?

—En la autopista hacia Palermo. —Tuvo que gritar por encima del ruido del viento y del motor—. Casi en la costa.

—¿Encontraste lo que buscabas?

—Sí. Tengo pruebas de que Giuseppe no era bígamo. Caterina murió en el parto semanas después de que se casaran. La solicitud de ciudadanía de Natalie es válida.

Silencio. Luego: —*Madonna mia*, Alessandro, eso es increíble. Pero…

—Sé que voy muy justo de tiempo. Lo conseguiré.

—Salió a las nueve. Hace más de una hora. Ya podría estar en el aeropuerto.

Había estado calculando el tiempo de conducción desde Santa Lucia, pero Natalie se había marchado hace una hora. Podría estar facturando ahora mismo, pasando por seguridad, desapareciendo tras barreras que nunca le permitirían cruzar.

—Tengo que intentarlo.

—Alessandro...

La línea se cortó. Si fue por mala señal o por la frustración de Elena, no podía saberlo ni le importaba. Ahora tenía un único objetivo: llegar al aeropuerto de Palermo antes de las 11:30. Todo lo demás era simple ruido.

Natalie

—La cerradura está atascada. Mi bolso está dentro... pasaporte, teléfono, todo lo necesario para el vuelo.

Su rostro curtido se arrugó con simpatía y la preocupación práctica de alguien cuyo sustento dependía de los horarios. —Déjeme intentarlo.

Tomó la llave y aplicó la paciencia metódica de un hombre que había lidiado con cerraduras italianas durante cincuenta años. Girar, menear, empujar, girar de nuevo. Probó variaciones: presión suave, presión firme, ese tipo de maldiciones creativas que sugería una larga experiencia con traiciones mecánicas.

Nada.

—Está rota —anunció finalmente—. ¿Tiene una llave de repuesto?

—La Signora Bernardi de abajo tiene una.

Bajaron pesadamente hasta la planta baja, donde la Signora Bernardi apareció con su delantal matutino, echó un vistazo a la situación y chasqueó la lengua con la resignada simpatía de alguien que había visto a este edificio derrotar a innumerables inquilinos.

—*Sempre così* —murmuró, sacando su llave de repuesto—. Siempre estas cerraduras.

Pero cuando regresaron arriba, el problema se hizo evidente. La llave de Natalie estaba atascada en el mecanismo.

—Necesitamos llamar al casero —examinó la Signora Bernardi el mecanismo congelado con aire de médico dando malas noticias—. Él tiene herramientas. Pero está en Palermo hasta esta tarde.

El taxista miró su reloj y se aclaró la garganta. —Señorita, si quiere tomar el vuelo...

Natalie miró la puerta que la había recibido en Sicilia y ahora la mantenía como rehén. Al taxímetro, acumulando cargos que no podía permitirse. A la llave que había funcionado perfectamente durante semanas y había elegido esta mañana —esta mañana específica— para traicionarla por completo.

Una risa burbujeo desde algún lugar profundo de su pecho. No era humor, sino pura histeria provocada por el estrés.

—Por supuesto que no se abre —las palabras salieron entre bocanadas de risa que sonaban peligrosamente cercanas al llanto—.

Claro, el apartamento también me ha encerrado. Italia no me quiere, ¿por qué debería el edificio dejarme marchar con dignidad?

La Signora Bernardi y el taxista intercambiaron esa mirada de personas que están viendo romperse la cordura de alguien en tiempo real.

—Estoy bien —logró decir Natalie, secándose los ojos—. Estoy perfectamente bien. Esto es... perfecto. Absolutamente perfecto.

Sacó su cartera —gracias a Dios, la había mantenido separada de su bolso— y pagó al taxista con una propina lo suficientemente generosa como para aliviar el disgusto de una mañana desperdiciada.

—*Mi dispiace* —le dijo—. Lo siento.

Él se encogió de hombros con aceptación filosófica. —*Così è la vita*. Así es la vida.

Después de que se marchara, Natalie pidió prestado el teléfono de la Signora Bernardi para llamar a Elena. Directo al buzón de voz. Por supuesto.

—Elena, soy yo. He perdido mi vuelo. La puerta ha dejado mi bolso dentro, la llave está atascada y simplemente... no puedo. Intentaré reservar otro vuelo para mañana. Si recibes esto, llama al número de la Signora Bernardi.

Colgó y miró a la anciana, que la estudiaba con esa expresión particular que las mujeres italianas reservan para los jóvenes que se han metido en situaciones imposibles sin tener culpa alguna.

—Ven abajo. Preparo café. Esperamos al casero.

—*Grazie*. Pero creo que solo... me sentaré aquí un minuto.

La Signora Bernardi asintió con comprensión y desapareció en su apartamento, dejando a Natalie sola en el pasillo con la puerta que acababa de descarrilar toda su cuidadosamente planificada salida de Sicilia.

Se dejó caer en los escalones de piedra, puso la cabeza entre las manos e intentó comprender cómo todo había salido tan espectacularmente mal.

Alessandro

El cartel de salida del aeropuerto pasó como un faro. Diez cincuenta y cinco. Treinta y cinco minutos hasta el despegue, quizás veinte hasta que terminara el embarque. Alessandro guio la Vespa a través de un tráfico que parecía diseñado por sádicos: camiones en el carril rápido, turistas conduciendo coches de alquiler a quince kilómetros por debajo del límite de velocidad, semáforos sincronizados para atrapar a cada vehículo en el peor momento posible.

Pero estaba aquí. Lo había conseguido.

El área de estacionamiento del aeropuerto era un caos: autobuses, taxis, devoluciones de coches de alquiler, viajeros arrastrando equipaje, niños y los detritus acumulados de las vacaciones. Alessandro encontró un espacio entre dos coches, apagó el motor y echó a correr.

Dentro, la terminal era un laberinto de señales en cuatro idiomas, ninguno de los cuales parecía indicar nada útil. Vuelos a Nueva York. ¿Dónde estaban los vuelos a Nueva York?

—Salidas internacionales, segundo piso —un guardia de seguridad señaló hacia las escaleras mecánicas.

Alessandro subió corriendo por las escaleras mecánicas, documentos apretados contra su pecho, atrayendo las miradas de viajeros que probablemente se preguntaban por qué alguien corría hacia las salidas en lugar de alejarse de ellas.

La sala de salidas se extendía ante él, pero su camino estaba bloqueado por los controles de seguridad. Los pasajeros hacían cola con tarjetas de embarque y pasaportes, desapareciendo a través de detectores de metales hacia áreas que no podía ver.

No tenía ni tarjeta de embarque ni acceso.

—Disculpe —llamó a una mujer con uniforme de aerolínea cerca de la entrada de seguridad—. El vuelo a Nueva York de las 11:30... ¿todavía está embarcando?

Ella miró su reloj. —Puerta 18. El embarque cierra en tres minutos.

Alessandro sacó su teléfono, con manos temblorosas mientras marcaba el número de Natalie. Sonó una vez, dos veces, tres veces.

Vamos, contesta.

Cuatro tonos. Cinco.

—*Per favore* —suplicó al oficial de seguridad—. Necesito contactar con alguien en ese vuelo. Es urgente...

—Sin tarjeta de embarque, no hay entrada. Lo siento.

El teléfono seguía sonando en su oído. Seis, siete, ocho tonos.

Buzón de voz.

—NATALIE, soy yo. No subas a ese avión. Tengo pruebas... tu abuelo no era bígamo. Caterina murió en el parto. Tu solicitud de ciudadanía es válida. Por favor, solo...

Un anuncio de salida resonó por la terminal: —Última llamada para el vuelo 447 con destino a Nueva York, puerta 18.

Alessandro miró fijamente el control de seguridad que le había impedido llegar hasta ella, con el teléfono aún presionado contra su oreja mientras sonaba el mensaje del buzón de voz de Natalie. Demasiado tarde. Había llegado demasiado tarde.

Derrotado, caminó de vuelta por la terminal como un fantasma, pasando junto a viajeros que comenzaban sus travesías mientras la suya acababa de terminar. Fuera, encontró su Vespa en la zona de aparcamiento y se subió, sin molestarse en arrancar el motor.

En lo alto, un avión ascendía hacia el cielo de la tarde, llevándosela lejos de Sicilia para siempre.

Lo observó hasta que desapareció entre las nubes, y luego permaneció en silencio, sosteniendo documentos que probaban que ella pertenecía a este lugar... pruebas que ahora nunca llegarían hasta ella.

Se había ido.

Había cruzado Sicilia a toda velocidad con las pruebas de su ciudadanía, pruebas de que pertenecía aquí, pruebas de que todos sus sueños eran posibles. Y ella estaba a diez mil metros de altura, probablemente creyendo que a nadie en Sicilia le había importado lo suficiente como para luchar por ella.

Especialmente a él.

La ironía era devastadora. Por fin tenía soluciones legales que ofrecerle, y ella estaba fuera de su alcance. Todos los documentos del mundo no podían cambiar el hecho de que había esperado demasiado, se había movido con demasiada lentitud, se había escondido detrás de libros de leyes cuando debería haberle estado diciendo la única verdad que importaba.

Que la amaba. Que Sicilia sin ella era como ver ponerse el sol en blanco y negro. Alessandro caminó de vuelta por la terminal como un hombre en un sueño, con los documentos oficiales pesando en el bolsillo de su chaqueta. Pruebas de ciudadanía. Evidencia de que los sueños podían hacerse realidad.

Todo inútil ahora.

El viaje de regreso a Santa Lucia al Mare transcurrió en una nebulosa de carretera costera y luz de tarde agonizante. Esta vez conducía despacio, con cuidado, como alguien que hubiera olvidado por qué la velocidad alguna vez importó.

Cuando aparcó la Vespa frente a su edificio, las sombras del atardecer ya se extendían por los adoquines. El apartamento de Natalie estaría vacío, limpio y esperando al siguiente soñador con planes imposibles.

Alessandro subió las escaleras con plomo en las piernas, buscando sus propias llaves, ya planeando cómo le explicaría a Elena que había llegado demasiado tarde. Que algunas oportunidades, una vez perdidas, no se pueden recuperar.

Dio la vuelta a la esquina hacia su rellano y se quedó paralizado.

Natalie estaba sentada en los escalones de mármol frente a su puerta, con la cabeza entre las manos y el pelo oscuro cayendo como una cortina alrededor de su rostro. Llevaba el vestido azul que se había puesto para la cena en Castellamonte, y parecía tan real, tan sólida, tan completamente allí que por un momento se preguntó si su desesperación la había conjurado de la nada.

—Natalie.

Ella levantó la cabeza de golpe, y la expresión que cruzó su rostro no era de alivio o alegría ni ninguna de las emociones que él podría haber esperado.

Era dolor. Un dolor profundo y herido que le hizo doler el pecho.

Se levantó rápidamente, sacudiéndose el vestido, e intentó pasar junto a él hacia las escaleras.

—Siento decepcionarte, pero perdí mi vuelo —su voz era frágil, controlada—. No te preocupes, me iré mañana por la mañana. No tendrás que verme otra vez.

Casi había pasado junto a él cuando su mano salió disparada, sus dedos rodeando suavemente su muñeca.

—Natalie, espera.

CAPÍTULO 19



Alessandro

—Natalie...

Ella giró sobre sí misma, con sus ojos oscuros ardiendo con algo que parecía peligrosamente cercano a la furia.

—¿Esperar para qué, Alessandro? ¿Otra propuesta de negocios? ¿Otro acuerdo legal con términos claramente definidos?

El dolor en su voz cortó más profundo que cualquier cuchilla. Alessandro le soltó la muñeca, dejando caer su mano mientras luchaba por encontrar palabras que no empeorasen todo.

—Pensé que te habías ido —dijo en voz baja—. Vi despegar tu avión. Me quedé en ese aeropuerto viendo cómo desaparecía entre las nubes, creyendo que te había perdido para siempre.

Algo se agitó en su expresión: sorpresa, quizás confusión.

—¿Tú... fuiste al aeropuerto?

—Conduje como un loco por media Sicilia intentando llegar a ti antes de que despegara tu vuelo —la voz de Alessandro sonaba áspera por el agotamiento y el pánico residual—. Estaba intentando impedir que te subieras a ese maldito avión.

Natalie le miró fijamente, su enfado vacilando ligeramente.

—Pero la cerradura... mi bolso... perdí el vuelo porque...

—Porque el destino decidió echarme una mano con una antigua cerradura italiana —Alessandro miró la puerta del apartamento, aún

sellada con su llave atascada en el mecanismo—. Por lo visto, hasta el edificio quería impedir que te fueras.

—¿El destino? —la risa de Natalie fue amarga—. Más bien fontanería antigua e ingeniería medieval.

—Sea lo que sea, lo acepto —Alessandro se acercó un poco más, lo suficiente para ver el agotamiento en su rostro, la forma en que mantenía su cuidada compostura solo por pura fuerza de voluntad—. Natalie, anoche volví a Castellamonte. Encontré algo... una prueba sobre tu abuelo que lo cambia todo.

Sacó los documentos oficiales de su chaqueta, con las manos aún ligeramente temblorosas tras tres horas conduciendo por carreteras montañosas.

—Giuseppe no era bígamo. Caterina murió en el parto apenas unas semanas después de casarse, antes de que Giuseppe partiera hacia América. Tengo su certificado de defunción, firmado y sellado por el registro municipal.

Natalie cogió los papeles con manos que temblaban levemente, sus ojos recorriendo el texto oficial. Pero en lugar de la alegría o el alivio que Alessandro había esperado, su expresión permaneció inexpresiva, resignada.

—Así que no era un monstruo —dijo en voz baja—. Solo un hombre que perdió a su primera esposa y se fue a América para empezar de nuevo.

—Natalie, ¿no lo entiendes? Esto demuestra que tu linaje es legítimo. Puedes solicitar la ciudadanía a través de la línea de Giuseppe. Tu reclamación es válida.

Ella le devolvió los documentos con la cuidadosa precisión de alguien que manipula algo frágil.

—No importa.

—¿Cómo no va a importar? Esto es lo que hemos estado buscando...

—Porque, ¿tienes idea de cuánto tiempo lleva conseguir documentos de Nueva York? ¿Para probar el linaje desde mi madre hasta mí? Incluso con el certificado de defunción de Giuseppe, necesitaría certificados de nacimiento, certificados de matrimonio, los registros de mi madre, traducciones oficiales, apostillas... —negó

con la cabeza—. Tardaría meses. Quizás un año. No tengo tanto tiempo.

Alessandro sintió que algo desesperado le arañaba el pecho.

—Hay formas de ampliar...

—Para —la palabra salió más cortante de lo que probablemente pretendía—. Ya basta, Alessandro. Agradezco todo lo que has hecho, de verdad. Pero estoy cansada de luchar por algo que nunca estaba destinado a ser mío. Me voy a casa mañana.

—Entonces cásate conmigo.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos, y Alessandro vio cómo el rostro de Natalie pasaba de la resignación a la furia en cuestión de segundos.

—¿Me estás tomando el pelo? —su voz se elevó, haciendo eco en el estrecho pasillo—. ¿Estás realmente ahí de pie ofreciéndome otro matrimonio de conveniencia?

—Natalie...

—¡No! —retrocedió, con las manos cerradas en puños—. Ya te dije que no, y te lo vuelvo a decir. No voy a casarme contigo para que puedas resolver mis problemas de inmigración por culpa, lástima o lo que sea esto.

—No es culpa...

—Entonces, ¿qué es? Porque dejaste muy claro que el matrimonio conmigo sería un acuerdo legal con términos y expectativas claramente definidos. Hoy, ¿qué? ¿Vas a por todas? ¿Me ofreces un contrato aún mejor? Es fraude.

Alessandro sintió que la conversación se le escapaba de las manos otra vez, que ella se le escurría entre los dedos como agua. Pero esta vez, no podía permitir que el orgullo cuidadoso y el miedo le impidieran decir lo que necesitaba ser dicho.

—No es fraude si lo sentimos de verdad —dijo Alessandro desesperadamente, las palabras saliendo atropelladamente—. No si estamos dispuestos a intentarlo, no si necesitamos esta oportunidad para ver en qué podríamos convertirnos. Los matrimonios se han construido sobre mucho menos, amore.

—Nos da tiempo —dijo desesperadamente—. Tiempo para trabajar en los papeles de la ciudadanía, tiempo para resolver la

documentación, tiempo para...

—¿Tiempo para convertirlo en un matrimonio real? —La risa de Natalie sonó hueca—. ¿Tiempo para que yo aprenda a estar lo suficientemente agradecida como para enamorarme de mi conveniente marido? ¿Tiempo para que tú te acostumbres a tener una esposa con la que te casaste por obligación?

—*Merda* —explotó Alessandro, perdiendo finalmente por completo su cuidadoso control—. ¿De verdad no lo entiendes?

Natalie se quedó muy quieta, claramente sorprendida por la emoción descarnada en su voz.

—Esos documentos —dijo Alessandro, señalando los papeles que aún sostenía—, no son para darte una razón para quedarte. Son para mostrarte que no me necesitas para quedarte. No necesitas mi ayuda, no necesitas mis arreglos legales, no necesitas depender de nadie más para construir la vida que quieres aquí.

Dio un paso más cerca, sus ojos azules intensos con algo que le cortó la respiración.

—Pero *Cristo*, Natalie, necesito que te quedes. No porque tengas que hacerlo, no porque sea práctico, conveniente o legalmente sólido. Necesito que te quedes porque estoy completa y desesperadamente enamorado de ti, y la idea de verte marchar me está matando.

Los labios de Natalie se entreabrieron por la sorpresa, pero Alessandro no había terminado. Ahora que las palabras habían comenzado, salían de él como una presa que se rompe.

—Me encanta cómo pateas las puertas cuando no cooperan. Me encanta cómo hablas con objetos inanimados, como si te estuvieran ofendiendo personalmente. Me encanta tu terquedad para hacer funcionar el espresso, incluso cuando claramente tiene una vendetta contra ti. —Su voz se volvió más áspera, más urgente—. Me encanta cómo miraste a Sicilia como si fuera volver a casa, y me encanta cómo luchaste por algo en lo que creías incluso cuando todos te decían que era imposible.

Estaba lo suficientemente cerca ahora para ver las lágrimas que se acumulaban en sus ojos oscuros, pero no podía detenerse. No cuando por fin había encontrado el valor para contarle todo.

—Me encantó cómo te sentías en mis brazos aquella noche en Castellamonte. Me encanta cómo susurraste mi nombre en la oscuridad, como si significara algo. Me encanta que te lanzaras hacia mí cuando tenías el corazón roto y confiaras en que yo te cogería. —Las manos de Alessandro subieron para acunar su rostro, sus pulgares trazando las lágrimas que habían empezado a caer—. Y me encanta que me mandaras al infierno cuando fui demasiado cobarde para decirte lo que realmente sentía.

—Alessandro —susurró ella, pero él aún no había terminado.

—Quiero casarme contigo, Natalie. No porque sea práctico o porque resuelva tus problemas legales. Quiero casarme contigo porque quiero despertar a tu lado cada mañana por el resto de mi vida. Quiero verte conquistar la burocracia italiana y las cerraduras de puertas antiguas y cualquier otro desafío imposible que decidas asumir. Quiero ser la persona a la que vuelvas al final del día, la persona que sabe cómo tomas tu café y qué te hace reír y cómo abrazarte cuando tienes miedo.

Su frente descansó contra la de ella, sus respiraciones mezclándose en el pequeño espacio entre ellos.

—Sé que no soy suficiente —dijo en voz baja—. Sé que podrías volver a Nueva York y construir una vida allí, conocer a alguien que no venga con antiguas obligaciones familiares y un despacho en un pueblo que la mayoría de la gente no puede encontrar en un mapa. Pero por favor, cara mia, por favor danos una oportunidad. Déjame amarte como mereces ser amada. Déjame mostrarte que perteneces aquí, no por la ciudadanía o el papeleo o los documentos legales, sino porque aquí está tu corazón. Porque aquí estoy yo, y soy tuyo si me aceptas.

Natalie estaba llorando de verdad ahora, las lágrimas corriendo por sus mejillas mientras lo miraba con una expresión que no podía descifrar.

—¿Por qué estás llorando? —La voz de Alessandro se quebró con un repentino temor—. Natalie, por favor no llores. No quería...

—Son lágrimas de felicidad, idiota increíble —sollozó ella, llevando sus manos para cubrir las de él donde aún acunaban su rostro—. ¿Cómo puedes pensar que no eres suficiente? ¿Cómo podrías pensar posiblemente...

No pudo terminar la frase. En su lugar, se levantó sobre las puntas de sus pies y lo besó con una desesperación que igualaba la suya, vertiendo tres semanas de anhelo, desolación y esperanza en el contacto.

Los brazos de Alessandro la rodearon inmediatamente, atrayéndola, apretándola contra su pecho mientras reclamaba su boca con semanas de hambre contenido. Esto no era cuidadoso ni gentil: era desesperado, exigente, lleno de dientes y lengua y del tipo de necesidad cruda que lo había estado devorando vivo desde Castellamonte.

Ella le devolvió el beso con la misma ferocidad, sus manos agarrando su pelo, atrayéndolo más cerca, más profundamente, y Alessandro pensó que podría morir de alivio. Ella sabía a lágrimas y esperanza y a algo que era puramente ella, algo que había estado faltando en su vida sin que él lo supiera. Cuando ella gimió en su boca, el sonido lo atravesó como un relámpago.

Sus manos se deslizaron para agarrar sus caderas, presionándola contra él, y el suave jadeo que ella emitió casi lo deshizo por completo. —*Cristo* —gimió contra sus labios, su control cuidadosamente mantenido deshaciéndose mientras ella se arqueaba contra él—. Natalie, lo que me haces...

Cuando finalmente se separaron, ambos respirando con dificultad, Natalie lo miró con ojos que brillaban con algo que parecía sospechosamente amor.

—Sí —susurró.

—¿Sí?

—Sí, me casaré contigo. Sí al tiempo para resolver el papeleo. Sí a hacer que esto funcione correctamente. Sí a tu ridícula, romántica y completamente poco práctica propuesta. Sí a quedarme.

Alessandro sintió que algo en su pecho se abría, inundándolo con alivio, alegría y una gratitud tan profunda que le hizo flaquear las rodillas. La besó de nuevo, más suavemente esta vez, reverente con

el conocimiento de que ella era suya, que se quedaba, que de alguna manera había encontrado las palabras para hacerla creer en ellos.

—Te quiero —murmuró contra sus labios—. *Ti amo*, cara mia. *Ti amo tanto*.

—Yo también te quiero —susurró ella en respuesta—. He estado enamorándome de ti desde el momento en que me rescataste de mi propia puerta.

Alessandro se apartó para mirarla, notando cómo la luz del atardecer captaba el oro en su cabello, cómo su sonrisa parecía iluminar el estrecho pasillo.

—Hablando de tu puerta —dijo, mirando la cerradura que inadvertidamente había cambiado la vida de ambos—. ¿Deberíamos hacerte entrar? Esa llave no va a arreglarse sola.

NATALIE MIRÓ el mecanismo atascado y luego a Alessandro con una sonrisa que contenía más picardía que frustración.

—En realidad —dijo, deslizando los brazos alrededor de su cuello —, estaba pensando que quizás ahora pertenezco arriba. Contigo.

—¿Estás segura? —la voz de Alessandro era áspera por el deseo y la cuidadosa contención—. No tenemos que...

—Alessandro —le interrumpió ella con voz suave pero decidida—. Llévame a casa.

No necesitó que se lo pidiera dos veces. Con un movimiento fluido, la tomó en brazos y la llevó hacia las escaleras que conducían a su apartamento... a su apartamento compartido ahora, supuso.

—¿Sabes? —dijo Natalie mientras él subía los escalones con ella acunada contra su pecho—, estoy empezando a pensar que estos antiguos edificios italianos saben exactamente lo que hacen.

—¿Cómo es eso?

—Primero tu puerta me enseña paciencia. Luego mi puerta me impide marcharme. —Le dio un suave beso en el cuello que le hizo detenerse en el rellano—. Quizás solo estaban esperando a que nos diéramos cuenta de que pertenecemos el uno al otro.

Alessandro se detuvo frente a su propia puerta, mirando a la mujer que llevaba en brazos... esta testaruda, hermosa e imposible mujer que había puesto su vida patas arriba y, de alguna manera, la había hecho mejor de lo que jamás había imaginado que podría ser.

—En ese caso —dijo, sacando la llave de su bolsillo mientras aún la sostenía—, veamos si esta puerta es más cooperativa para dejarnos empezar nuestro futuro juntos.

La cerradura giró suavemente al primer intento, y Alessandro llevó a Natalie a través del umbral hacia el apartamento que ahora sería de ambos, hacia la vida que construirían juntos, una cerradura obstinada y un salto de fe a la vez.

Su apartamento se sentía diferente esta vez, se dio cuenta Alessandro mientras la dejaba suavemente en medio del salón. No como su espacio que estaba compartiendo, sino como un lugar al que ambos pertenecían. La observó mientras miraba alrededor con nuevos ojos: el sofá de cuero desgastado que sería de ambos, las estanterías que también albergarían sus cosas, la cocina donde aprenderían los ritmos y rutinas del otro.

—¿Tienes dudas? —preguntó Alessandro en voz baja, incapaz de ocultar la incertidumbre en su voz.

—¿Sobre el apartamento? ¿Sobre ti? ¿Sobre quedarme en Sicilia? —Natalie se acercó más a él, lo suficiente como para que pudiera ver las motas doradas en sus ojos oscuros—. No tengo dudas sobre nada de eso.

—¿Aunque probablemente sea el hombre emocionalmente más reprimido de Sicilia?

—¿Aunque intentaste conquistarme con documentos legales? —Sonrió, alzando la mano para trazar la línea de su mandíbula—. ¿Aunque tu idea de una carta de amor probablemente sea un informe perfectamente formateado?

—Mis cartas de amor tienen una estructura impecable —dijo Alessandro, posando las manos en su cintura—. Gramática perfecta, argumentos convincentes, conclusiones irrefutables.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que hay cosas que no se pueden resolver con documentos legales. —Sus pulgares trazaban pequeños círculos

contra sus caderas a través de la tela de su vestido—. Algunas cosas requieren tomar riesgos que no son prácticos, ni lógicos, ni seguros.

—¿Como enamorarse de un desastre americano que da patadas a las puertas y habla con cafeteras?

—Como enamorarme de la mujer que me hizo darme cuenta de que mi vida cuidadosamente ordenada no era más que una habitación vacía hasta que ella entró en ella.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, tiernas y honestas de una manera que hizo que el pecho de Alessandro se apretara con la magnitud de lo que se estaban prometiendo. Este era él sin sus defensas, sin la cuidadosa distancia que mantenía entre sí mismo y cualquier cosa que pudiera herirle. Este era el hombre que había conducido a través de Sicilia para evitar que ella se marchara, que había encontrado el valor para arriesgar su corazón en lugar de verla partir.

—Demuéstramelo —susurró ella, moviendo sus manos hacia los botones de su camisa—. Demuéstrame que pertenezco aquí. Contigo.

El control de Alessandro, ya forzado más allá de sus límites, se rompió por completo ante sus palabras. Su boca encontró la de ella en un beso hambriento, desesperado y lleno de semanas de deseo. Sus manos se enredaron en su pelo, inclinando su cabeza hacia atrás para profundizar el beso, y sintió cómo ella se derretía contra él con un suave sonido de rendición que casi lo deshizo.

—¿Estás segura, cara mia? No tenemos que...

—Alessandro —le interrumpió ella, sus dedos haciendo un rápido trabajo con los botones de su camisa. Empujó la camisa de sus hombros, extendiendo sus manos sobre la cálida piel de su pecho—. No quiero ser cuidadosa nunca más. Quiero ser tuya.

La contención de Alessandro se hizo añicos por completo. La levantó con facilidad, llevándola hacia el dormitorio con la misma fuerza segura que la había rescatado de puertas de baño y tormentas de montaña. Pero esta vez, no la estaba salvando de nada... la estaba reclamando, haciéndola suya en todas las formas que importaban.

El dormitorio estaba envuelto en la dorada luz de la tarde, cálido e íntimo y perfecto para lo que estaban a punto de hacer. Alessandro la dejó junto a la cama, sus manos suaves pero seguras mientras encontraban la cremallera de su vestido.

—Hermosa —murmuró mientras la tela se deslizaba, revelando el encaje debajo que hizo que se le secara la boca—. Eres tan hermosa, Natalie.

—Tu turno —dijo ella, alcanzando su cinturón con dedos que eran más firmes que su acelerado pulso.

Alessandro dejó que lo desnudara, recordando la desesperada urgencia de su primera vez, cómo el dolor y el deseo se habían enredado en una tormenta de montaña. Esto era diferente... más lento, más seguro, construido sobre el amor en lugar de la pérdida. Cuando finalmente estuvieron piel contra piel, cuando no hubo nada entre ellos más que calor y la promesa de todos sus mañanas, la atrajo hacia la cama con manos reverentes.

—*Ti amo* —susurró contra su garganta, sus labios trazando un camino de fuego por su cuello—. *Ti amo tanto*, cara mia.

—Yo también te quiero —jadeó ella mientras su boca encontraba el punto sensible donde su cuello se unía con su hombro—. Te quiero tanto, Alessandro. Por favor...

No necesitó terminar la petición. La boca de Alessandro se estrelló contra la suya de nuevo, sus manos deslizándose para acunar su rostro mientras la besaba con un hambre que había estado creciendo durante semanas. Cuando se apartó, sus ojos azules estaban oscurecidos por el deseo, estudiando su rostro como si estuviera memorizando cada detalle.

—¿Estás segura? —preguntó él, con la voz ronca por el esfuerzo de contenerse—. Porque una vez que empiece, cara mia, no voy a querer parar.

—Entonces no pares —susurró ella, deslizando las manos por su pecho para recorrer los músculos definidos que habían estado acechando sus sueños—. Ni se te ocurra parar.

Algo cambió entonces en su expresión; se quebró el último vestigio de su cuidadoso control. Sus manos se dirigieron al broche del sujetador, con dedos ágiles a pesar del ligero temblor que los recorría. Cuando el encaje cayó, él dejó escapar el aire de golpe.

—*Bellissima* —murmuró, deslizando las manos por sus costillas para acunar sus pechos, con los pulgares rozando las cimas que ya estaban tensas de deseo—. Tan hermosa.

Alessandro observó cómo ella echaba la cabeza hacia atrás, con la sensación claramente recorriéndola, arqueando la columna para presionarse más completamente contra su tacto. Cuando su boca siguió el camino que sus manos habían trazado, cuando sus labios se cerraron alrededor de un pezón dolorido, ella gritó su nombre con una voz que era mitad plegaria, mitad exigencia.

—Alessandro, por favor...

—Paciencia —murmuró él contra su piel, con una voz que contenía un matiz del tono autoritario que a ella le debilitaba las rodillas—. Quiero saborear cada centímetro de ti primero.

Su boca descendió, depositando besos en la piel sensible de sus costillas, su estómago, la prominencia afilada de su cadera. Cuando llegó al borde de sus bragas, alzó la mirada hacia ella, sus ojos azules conteniendo una pregunta que hizo que su pulso se acelerara.

—Sí —suspiró ella, elevando las caderas para ayudarle a deslizar el encaje por sus piernas.

Cuando por fin estuvo desnuda ante él, las manos de Alessandro se posaron en sus muslos, su tacto reverente mientras la abría. El primer roce de su lengua contra su carne más sensible hizo que su espalda se arqueara sobre la cama, escapándosele un gemido ahogado de los labios.

—Tan dulce —murmuró él contra ella, la vibración de sus palabras enviando ondas de choque por todo su sistema—. Podría hacer esto durante horas, cara mia. Verte deshacerte con mi lengua una y otra vez.

Demostró su argumento con una meticulosidad devastadora, su boca trabajándola con la misma precisión metódica que aportaba a todo lo demás. Cuando añadió sus dedos, curvándolos dentro de ella

de una manera que hizo que estallaran estrellas tras sus párpados, ella se perdió por completo.

—Alessandro —jadeó, con las manos aferrándose a su pelo mientras el placer aumentaba hasta un crescendo casi insoportable —. Voy a... no puedo...

—Déjate ir —ordenó él contra ella, con la voz áspera por su propio deseo—. Córrete para mí, amore. Déjame oírte.

El orgasmo la invadió con fuerza devastadora, su cuerpo apretándose alrededor de sus dedos mientras ella gritaba su nombre. Alessandro la acompañó durante todo el proceso, su tacto suavizándose a medida que las olas disminuían, depositando suaves besos en sus muslos internos mientras ella volvía en sí.

Cuando finalmente ascendió por su cuerpo, encontrando de nuevo su boca, ella pudo saborearse a sí misma en sus labios, algo íntimo y posesivo que hizo que un nuevo calor se acumulara entre sus muslos.

—Tu turno —logró decir, sus manos ya trabajando en su cinturón con dedos más firmes de lo que tendrían derecho a estar.

Alessandro agarró suavemente sus muñecas, con la respiración entrecortada.

—Natalie, no tienes que...

—Quiero hacerlo —dijo ella, mirándole a los ojos con una franqueza que le hizo gemir—. Quiero tocarte como tú me has tocado a mí. Quiero hacerte perder el control como acabas de hacérmelo perder a mí.

Su agarre en sus muñecas se aflojó, y ella aprovechó su distracción momentánea para empujarlo sobre su espalda, a horcajadas sobre sus caderas mientras le bajaba los pantalones. Cuando por fin estuvo desnudo debajo de ella, cuando pudo verlo completamente a la luz dorada de la tarde, Alessandro vio cómo se le secaba la boca de deseo.

—Eres increíble —susurró ella, sus manos recorriendo los planos de su pecho, el relieve de músculo a lo largo de su abdomen, el corte afilado de sus caderas. Cuando sus dedos se envolvieron alrededor de su longitud, él siseó una maldición en italiano que la hizo sonreír.

—Cuidado —advirtió, con las caderas levantándose involuntariamente hacia su tacto—. Ha pasado demasiado tiempo, y tú... *Cristo*, lo que me haces...

Ella lo silenció con su boca, tomándolo entre sus labios con una confianza que hizo que su espalda se arqueara sobre la cama. Los sonidos que él emitía —gruñidos ásperos y ternezas susurradas en italiano— enviaron un calor líquido directamente a su centro. Cuando lo tomó más profundamente, cuando su lengua trazó patrones que hicieron que su control se fragmentara por completo, las manos de él se aferraron a su pelo.

—*Basta* —gruñó, atrayéndola hacia arriba por su cuerpo con manos que temblaban ligeramente—. Suficiente. Necesito estar dentro de ti. Ahora.

Ella se colocó apropiadamente a horcajadas sobre él, posicionándose encima, y ambos se quedaron inmóviles por un momento. Esto era diferente a Castellamonte —sin desesperación, sin tormenta exterior que enmascarara sus sonidos—. Esto era una elección, pura y simple. Amor en su forma más elemental.

—*Ti amo* —dijo Alessandro, con las manos asentándose en sus caderas, sin apartar nunca los ojos de los suyos.

—*Ti amo anch'io* —susurró ella en respuesta, y luego se hundió sobre él en un movimiento suave que les hizo gritar a ambos.

La sensación de estar unido a ella de nuevo, de estar rodeado por su calor y su amor, era casi abrumadora. Alessandro le dio un momento para adaptarse, sus manos acariciando sus muslos, su cintura, cualquier lugar que pudiera alcanzar.

—Muévete —ordenó suavemente cuando la sintió relajarse a su alrededor—. Muéstrame cómo lo quieres, cara mia.

Ella se meció contra él, lentamente al principio, luego con creciente confianza a medida que el placer se acumulaba entre ellos. Las manos de Alessandro guiaban sus movimientos, ayudándola a encontrar el ritmo que la hacía jadear, el ángulo que la hacía ver estrellas.

Cuando él se incorporó, acercándola para poder capturar su boca mientras ella cabalgaba sobre él, el cambio de posición envió ondas

de choque a través de ambos. Alessandro podía ver que ella estaba cerca, muy cerca, pero no del todo.

—Tan cerca —murmuró Alessandro, su pulgar encontrando el sensible nudo de nervios entre ellos—. Déjate ir por mí, amore. Yo te sostengo.

La combinación de sus palabras y su tacto la hizo caer en espiral más allá del límite, sus músculos internos apretándose alrededor de él mientras gritaba su nombre. La sensación de su clímax desencadenó el suyo propio, y Alessandro enterró su rostro en su cuello mientras se derramaba dentro de ella, su cuerpo estremeciéndose por la fuerza de su liberación.

Después, se derrumbaron juntos sobre las sábanas enredadas, con la piel húmeda de sudor y satisfacción. Alessandro la atrajo hacia él, besando su cabello mientras sus respiraciones volvían lentamente a la normalidad.

—Eso fue... —empezó ella, pero se interrumpió, incapaz de encontrar palabras para lo que acababa de suceder entre ellos.

—Perfecto —completó Alessandro, estrechándola entre sus brazos—. Fue perfecto.

Esta vez, no había tormenta fuera que enmascarara sus sonidos, ni desesperación ni desamor que los empujara a estar juntos. Esta vez, era solo amor, puro y seguro, y lo suficientemente fuerte como para construir una vida sobre él.

Perdieron horas el uno con el otro, hablando entre besos, haciendo el amor otra vez cuando el deseo surgía entre ellos como la llama a la yesca. El sol de la tarde dibujaba patrones sobre su piel mientras exploraban este nuevo territorio de pertenecerse completamente. Cuando la noche finalmente se cernió sobre el puerto, yacían enredados en sábanas que olían a aceite de limón y a sol, con la piel aún húmeda de satisfacción.

Alessandro sintió sus dedos trazando perezosos dibujos sobre su piel mientras él jugaba con su pelo, ambos suaves de contento.

—Entonces —dijo ella finalmente, con la voz suave de satisfacción—. ¿Qué pasa ahora?

—Ahora llamamos a tu familia y les decimos que te quedas en Sicilia —respondió Alessandro, besando la parte superior de su cabeza—. Llamamos al ayuntamiento y comenzamos con el papeleo para tu solicitud de ciudadanía y nuestra licencia de matrimonio. Averiguamos cómo combinar dos vidas en una.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, nos conocemos. Descubrimos quién hace la compra y quién prepara el café, y si vas a seguir hablándole a la cafetera como si te estuviera ofendiendo personalmente.

Su risa vibró contra su pecho. —La cafetera y yo tenemos un entendimiento ahora. Hemos llegado a una tregua.

—Bien. Porque empezaba a preocuparme por la competencia.

Alessandro la sintió apoyarse sobre su codo para mirarlo, y notó la relajada satisfacción en su expresión, la forma en que su sonrisa parecía iluminar todo su rostro. —No hay competencia. Eres el único italiano junto al que quiero despertar el resto de mi vida.

—¿Incluso cuando estoy gruñón antes del café?

—Especialmente entonces. Alguien tiene que civilizarte.

La sonrisa de Alessandro fue lenta, cálida y completamente sin reservas. —*Ti amo*, Natalie Russo. Futura Signora Leone.

—Yo también te quiero, Alessandro Leone. Mi hogar.

Mañana se preocuparían por los trámites legales y el papeleo. Pero esta noche, solo existía esto: Natalie en sus brazos, el sonido de su corazón contra su pecho y la absoluta certeza de que ella estaba exactamente donde pertenecía.

Finalmente, completa y eternamente en casa.

CAPÍTULO 20

Alessandro

La luz de la mañana ya pintaba de oro el puerto cuando Alessandro se despertó con el suave sonido de la voz de Natalie que llegaba desde la cocina. Estaba hablando por teléfono, en inglés, con el tono cuidadoso de quien transmite noticias que requieren un manejo delicado.

—No, mamá, no estoy teniendo una crisis —decía, y Alessandro podía escuchar la sonrisa en su voz a pesar de su evidente agotamiento—. Sé cómo suena esto, pero necesito que escuches toda la historia antes de que te asustes, ¿vale?

Alessandro se puso los pantalones y caminó descalzo hacia la cocina, atraído por el aroma del café y la cadencia musical de su voz. Ella estaba junto a la ventana con vistas al puerto, con su camisa enorme colgándole hasta los muslos y el pelo todavía revuelto por el sueño. La visión de ella en su cocina, con su ropa, preparando café en su cafetera moka, le envió una oleada de satisfacción posesiva a través del pecho.

Ahora era suya. Completa, oficial y permanentemente suya.

—La solicitud de ciudadanía fue rechazada hace tres semanas —continuó Natalie, viendo a Alessandro y tomando su mano—. Te he estado mintiendo sobre lo bien que iban las cosas porque no quería admitir que todos tenían razón sobre lo imposible que era esto.

Alessandro pudo oír la brusca inhalación de quien estaba al otro lado —su madre, supuso, basándose en la peculiar tensión en los hombros de Natalie.

—Lo sé, lo sé. Estás a punto de decir: "Te lo dije", y tienes todo el derecho. Pero mamá, por favor, escucha el resto.

Entonces se lanzó a contar la historia: el certificado de matrimonio de Giuseppe, el viaje de investigación a Castellamonte, la ayuda de Alessandro con la documentación legal. Fue honesta sobre su desesperación, su angustia y cómo casi se había rendido por completo. Pero cuando llegó a la parte sobre enamorarse, su voz cambió totalmente.

—Se llama Alessandro Leone —dijo, apretando los dedos alrededor de los suyos—. Es abogado aquí en Santa Lucia, y es... Mamá, es todo lo que nunca supe que estaba buscando. Me rescató de puertas de baño y de la antigua burocracia italiana y de mi propio orgullo obstinado. Ayer cruzó Sicilia en coche para evitar que me subiera a un avión de vuelta a casa porque encontró pruebas de que la reclamación de ciudadanía de Giuseppe es válida, después de todo.

Alessandro levantó sus manos unidas hasta sus labios, presionando un suave beso en sus nudillos mientras la escuchaba explicar su historia de amor a su familia con una calidez y certeza que le oprimió el pecho de emoción.

—Sé que tres semanas suena una locura —continuó Natalie, respondiendo claramente a una objeción—. Pero mamá, cuando lo sabes, lo sabes. Y sé que este hombre, este lugar, esta vida... es lo que he estado buscando toda mi vida sin darme cuenta.

Hizo una pausa, escuchando lo que parecían preguntas rápidas desde el otro lado.

—Sí, nos vamos a casar. Pronto. Necesitamos hacer la ceremonia civil rápidamente por razones legales; me dará tiempo para preparar correctamente toda la documentación de la ciudadanía. Pero queremos tener una verdadera celebración en unos meses, cuando tú, papá y Cara podáis venir a Sicilia y conocer a Alessandro y ver este lugar que se ha convertido en mi hogar.

Alessandro podía oír la emoción creciendo en su voz mientras pintaba la imagen para su familia: una boda siciliana con todo el pueblo celebrando, su familia finalmente viendo la vida que había construido aquí, la comunidad que la había acogido.

—Te encantará esto, mamá. La comida, la gente, la forma en que todos se tratan como familia aunque no lo sean. Y te encantará Alessandro cuando lo conozcas bien. Es paciente, amable y brillante, y me hace sentir que puedo conquistar cualquier cosa.

Captó la mirada de Alessandro y sonrió, una expresión tan radiante que le dejó sin aliento.

—No, no estoy siendo impulsiva ni romántica ni nada de lo que te preocupa. Estoy siendo práctica por una vez en mi vida. Me estoy casando con un hombre al que amo y que me ama, en un lugar donde pertenezco, construyendo un futuro que tiene sentido. —Su voz se volvió más firme, más segura—. Es que por fin estoy haciendo las cosas bien.

La conversación continuó otros diez minutos: logística sobre el viaje, preguntas sobre Alessandro, preocupaciones sutiles sobre el calendario que Natalie manejó con una madurez y certeza que le impresionaron. Cuando finalmente colgó, se recostó contra su pecho con un suspiro.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Alessandro, rodeando su cintura con los brazos.

—Mejor de lo esperado. Mamá lloró, lágrimas de felicidad, principalmente. Papá quiere hacer una videollamada más tarde para «conocerte adecuadamente» y probablemente interrogarte sobre tus intenciones. —Se rio, girándose entre sus brazos—. Cara dijo que esto es lo más «yo» que he hecho nunca, pero que nunca me ha oído tan segura de nada.

—¿Y cómo te sientes tú?

—Aliviada. Honesta. Lista para dejar de esconderme de las personas que me quieren. —Se puso de puntillas para besarlo suavemente—. Lista para empezar nuestra vida juntos de verdad.

ALESSANDRO ESTABA a punto de responder cuando su teléfono vibró con un mensaje de Elena: *Encontrémonos en el café en una hora.*

—Elena quiere vernos para tomar un café —dijo, mostrándole el mensaje a Natalie—. Parece entusiasmada por algo.

—Quizás ha descubierto que estamos juntos a través de la red de cotilleos del pueblo —sugirió Natalie, dirigiéndose ya hacia el dormitorio para vestirse—. ¿Cuánto tiempo crees que tardó la noticia de que me llevabas en brazos escaleras arriba en llegar a cada hogar de Santa Lucia?

—Aproximadamente doce minutos —respondió Alessandro con sequedad—. La signora Greco tiene muy buena vista y dedos muy rápidos cuando se trata de enviar mensajes a su hermana.

Una hora después, estaban sentados en su mesa habitual en la terraza del Caffè dei Fiori, con los dedos entrelazados, observando cómo Elena se acercaba con una sonrisa que podría haber iluminado todo el pueblo.

—No digáis nada —anunció Elena antes de que cualquiera de ellos pudiera hablar—. Dejadme adivinar. —Estudió sus rostros, observando sus manos entrelazadas, la manera en que se sentaban más cerca de lo habitual, la felicidad evidente que irradiaban ambos —. Alessandro finalmente te dijo que te ama, tú aceptaste su ridícula propuesta, y ahora estáis planeando quedaros en Sicilia permanentemente.

—¿Cómo supiste...? —comenzó Natalie, pero Elena ya estaba continuando.

—Por favor. ¿Crees que hay alguien en este pueblo que no sepa cuándo Alessandro Leone lleva a una mujer en brazos hasta su apartamento? La señora Greco lo vio todo desde su ventana y llamó a mi tía, quien llamó a mi madre, quien me llamó a mí. —La sonrisa de Elena se ensanchó—. La única pregunta era si por fin habríais entrado en razón el uno con el otro.

—Entramos en razón —confirmó Alessandro, llevando sus manos unidas a la mesa—. Vamos a casarnos.

El grito de alegría de Elena atrajo las miradas de todas las demás mesas de la terraza. —*Madonna mia!* ¡Por fin! Pensaba que iba a

tener que encerraros en una habitación y no dejaros salir hasta que lo entendierais.

Se lanzó primero hacia Natalie, atrayéndola en un abrazo feroz que casi derribó su taza de espresso. —Estoy tan feliz por ti, cara. Y tú —continuó, volviéndose hacia Alessandro—, ya era hora de que dejaras de ser un adicto al trabajo emocionalmente estreñido y lucharas por algo que importa.

—¿Gracias? —dijo Alessandro, aceptando su propio abrazo entusiasta con buen humor resignado.

—¿Cuándo es la boda? Por favor, decidme que no vais a fugaros a Roma o algo igualmente romántico pero poco práctico. Todo el pueblo querrá celebrarlo con vosotros.

—Haremos la ceremonia civil la semana que viene —explicó Natalie—. Solo los requisitos legales por ahora. Pero en unos meses, cuando mi familia pueda viajar aquí, queremos tener una verdadera celebración. Algo tradicional, algo que incluya a todos.

—¡Perfecto! —Los ojos de Elena ya brillaban con planes—. Tendremos la recepción en la plaza, quizás consigamos que el padre Giuseppe haga una bendición en la iglesia aunque no sea oficialmente una ceremonia religiosa. La nonna Leone querrá organizar la cena, obviamente. Y necesitaremos flores, música, baile...

—Elena, respira —interrumpió Alessandro con afecto—. Ni siquiera se lo hemos dicho a la Nonna todavía.

—Oh, tenéis que decírselo inmediatamente. Va a estar fuera de sí de alegría. —Elena prácticamente rebotaba en su silla—. Ha estado rezando por esto desde el día en que mencionaste el nombre de Natalie por primera vez.

—No es verdad —protestó Alessandro.

—Enciende una vela por ti todos los domingos en misa y le pide a Santa Rita que te ayude a encontrar a alguien que te haga feliz —le informó Elena categóricamente—. Todo el mundo lo sabe. Es muy dulce.

Alessandro sintió que el calor le subía por el cuello, pero antes de que pudiera responder, Salvatore apareció en su mesa con una botella de prosecco y tres copas.

—*Congratulazioni* —dijo con la expresión satisfecha de alguien cuyos instintos casamenteros habían sido probados correctos—. Invita la casa. Para la feliz pareja.

—¿Cómo supiste...? —comenzó Natalie, pero Salvatore ya estaba sirviendo.

—La señora Greco —dijo simplemente, como si eso lo explicara todo. Lo cual, supuso Alessandro, así era.

Pasaron la siguiente hora recibiendo felicitaciones de lo que parecía ser la mitad del pueblo, a medida que la noticia se extendía con la eficiencia relámpago del cotilleo de pueblo pequeño. Natalie manejó la atención con gracia, aceptando besos en ambas mejillas y entusiastas buenos deseos en una mezcla de italiano e inglés con acento.

—¿Ves? —dijo Elena mientras se preparaban para ir a la villa de la Nonna—. Perteneces aquí, Natalie. Esta es tu comunidad ahora. Esta gente es tu familia.

Mientras caminaban por las estrechas calles hacia el borde del pueblo, Alessandro observaba a Natalie saludar a las personas con las que se cruzaban: el panadero que siempre le daba un pastel extra, la mujer del puesto de flores que le había estado enseñando los nombres italianos de las plantas, los ancianos que jugaban a las cartas fuera del estanco que asentían con aprobación al reconocer su resplandor de compromiso.

—¿Nerviosa? —preguntó mientras se acercaban a la villa de la Nonna.

—Aterrorizada —admitió Natalie—. ¿Y si no lo aprueba? ¿Y si piensa que te estás conformando, o que me estoy aprovechando, o...?

—Cara mia —Alessandro dejó de caminar y se volvió para mirarla —. Mi abuela ha estado preguntando cuándo iba a casarme con "esa encantadora chica americana" desde aproximadamente nuestro segundo encuentro. Va a estar encantada.

Como si hubiera sido invocada por sus palabras, la Nonna apareció en la terraza sobre ellos, su rostro curtido arrugándose en una sonrisa al ver sus manos entrelazadas.

—¡Alessandro! ¡Natalia! —les llamó desde arriba—. ¡Venid, venid! Os estaba esperando.

—¿Esperándonos? —murmuró Natalie mientras subían los escalones de piedra.

—La señora Greco llamó —explicó la Nonna con naturalidad cuando llegaron a la terraza—. Dijo que mi nieto por fin desarrolló algo de sensatez y le propuso matrimonio a la mujer por la que ha estado embobado durante semanas.

—No he estado embobado —protestó Alessandro débilmente.

—¡Bah! —Nonna agitó una mano desdeñosa—. ¿Crees que no reconozco la expresión de un hombre Leone cuando se enamora? Tu abuelo tuvo la misma cara de tonto durante seis meses antes de que reuniera el valor para pedir mi mano.

Se volvió hacia Natalie, tomando su rostro entre sus manos con la misma autoridad gentil que había mostrado desde el día en que se conocieron. —Le has dicho que sí a este chico cabezota, ¿verdad?

—Sí, Nonna —dijo Natalie, y el corazón de Alessandro se estremeció al oír con qué naturalidad ese título salía de sus labios.

—Bien. Necesita a alguien que le impida matarse trabajando por disputas de propiedades y reclamaciones de herencia. —Los ojos de Nonna brillaban con lágrimas contenidas mientras estrechaba a Natalie en un fuerte abrazo—. Bienvenida a la familia, cara mia. Oficialmente esta vez.

—Gracias —susurró Natalie, con su propia voz cargada de emoción—. Por todo. Por aceptarme, por hacerme sentir que pertenecía aquí desde el principio.

—Tú pertenecías aquí desde el principio —afirmó Nonna con firmeza—. A veces el corazón solo necesita un poco de tiempo para alcanzar lo que el alma ya sabe.

Pasaron la tarde en la terraza de Nonna, compartiendo comida, historias y planes para la celebración de la boda. Nonna insistió en proporcionar el anillo de compromiso de su madre: una sencilla

sortija con un pequeño diamante que había estado esperando en una caja de joyas durante tres generaciones.

—Para cuando Alessandro encontrara a una mujer digna del apellido Leone —explicó mientras Alessandro lo deslizaba en el dedo de Natalie con manos que temblaban ligeramente.

Cuando el sol comenzaba a ponerse sobre el valle, pintando el cielo en tonos dorados y rosados, se sentaron juntos en la terraza: tres generaciones unidas por el amor y la obstinada determinación de aferrarse a lo que más importaba.

—Entonces —dijo Nonna finalmente, rellenando sus copas de vino con la satisfacción de alguien cuyas oraciones habían sido respondidas—. ¿Cuándo empezamos a planear esta celebración de boda? Porque si vamos a hacerlo como es debido, necesitamos al menos tres meses y la cooperación de todas las mujeres del pueblo.

Alessandro cruzó la mirada con Natalie al otro lado de la mesa, notando la felicidad que parecía irradiar de ella como la luz del sol. Ahora estaba en casa, verdaderamente en casa, en todos los sentidos importantes.

—Tenemos tiempo, Nonna —dijo, levantando su copa en un brindis—. Todo el tiempo del mundo.

Mientras entrechocaban las copas en la terraza con vistas al valle donde su familia había vivido durante generaciones, Alessandro se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, el futuro se extendía ante él no como una serie de obligaciones que cumplir, sino como una aventura que compartir con la mujer que amaba.

Algunos riesgos, pensó mientras la risa de Natalie resonaba por toda la terraza, no solo valían la pena correrlos, sino que merecía la pena luchar por ellos con todo lo que tenías.

EPÍLOGO



SEIS MESES DESPUÉS

ALESSANDRO

La plaza se había transformado en algo sacado de un cuento de hadas.

Alessandro permanecía de pie al borde de la plaza principal de Santa Lucia, observando el caos controlado de los preparativos de la boda que se desarrollaba a su alrededor con la divertida satisfacción de un hombre cuya abuela acababa de orquestar el evento social de la década. Manteles blancos ondeaban sobre mesas dispuestas en una espiral perfecta alrededor de la antigua fuente. Miles de pequeñas luces colgadas entre los edificios captaban el dorado sol de la tarde, listas para crear magia cuando cayera el anochecer. El aroma a cordero asado y pan recién hecho flotaba desde la brigada de cocina que la Nonna había reunido, y en algún lugar en la distancia, los músicos estaban afinando sus instrumentos.

—¿Nervioso? —Rafaele apareció a su lado, resplandeciente en un traje que probablemente costaba más que el alquiler mensual de la mayoría de la gente.

—¿Debería estarlo? —Alessandro ajustó su corbata, de seda italiana, seleccionada por Natalie con la firme instrucción de que debía verse "devastadoramente guapo" para su celebración.

—Bueno, su familia llegó hace tres horas, y su padre ha estado haciendo preguntas muy específicas sobre las leyes matrimoniales sicilianas y los derechos de propiedad —la sonrisa de Rafaele era maliciosa—. Creo que se está asegurando de que no puedas divorciarte fácilmente de su hija y robarle su recién adquirida ciudadanía italiana.

Alessandro sintió que le temblaban los labios. —¿Y qué le dijiste?

—Que su hija es quien tiene todo el poder en esta relación, y que tú solo estás agradecido porque ella decidió quedarse contigo.

Antes de que Alessandro pudiera responder, un alboroto cerca de la iglesia captó su atención. La familia de Natalie había salido de su hotel, viéndose ligeramente abrumada pero innegablemente encantada por la belleza medieval del pueblo. Sus padres: altos, de cabello plateado y con las expresiones cuidadosas de personas que intentan asimilar la nueva realidad de su hija, estaban siendo recibidos entusiastamente por Elena. Su hermana Cara y su marido Michael los seguían, con rostros que mezclaban asombro y choque cultural.

—*Madonna mia* —estaba diciendo Elena, su inglés aún con acento pero muy mejorado después de seis meses practicando con Natalie—. ¡Usted debe ser Maria! Natalie habla de usted constantemente. Y este es Robert, ¿verdad? ¡Bienvenidos, bienvenidos a Sicilia!

Alessandro observó cómo la madre de Natalie, Maria, aceptaba los entusiastas besos en ambas mejillas de Elena con la gracia desconcertada de alguien que intenta seguir el ritmo de las costumbres sociales italianas. Su padre parecía estar catalogando mentalmente todo lo que veía, probablemente ya planeando las historias que contaría a sus colegas de vuelta en Brooklyn.

—Tus nuevos suegros parecen aterrorizados —observó Rafaele con diversión.

—Dales una hora y una copa del vino de la Nonna —respondió Alessandro—. Estarán planeando su próxima visita antes de que

termine la noche.

Como si hubiera sido invocada por sus palabras, la Nonna apareció desde la dirección de la cocina, vistiendo su mejor vestido negro y una expresión de suprema satisfacción. Se acercó a los padres de Natalie con el porte confiado de alguien que llevaba setenta y ocho años encantando a recién llegados.

—Ustedes deben ser los padres de Natalie —dijo en un inglés cuidadosamente practicado, tomando las manos de Maria entre las suyas—. Soy Elisabetta. La nonna de Alessandro. Su hija, es un regalo de Dios, ¿sí?

Alessandro vio cómo el rostro de su futura suegra se ablandaba inmediatamente. —Ciertamente lo es —respondió Maria, y él pudo escuchar la emoción en su voz—. Gracias por recibirla en su familia.

—Nuestra familia ahora —corrigió suavemente la Nonna—. Todos nosotros, una familia.

La tarde continuó en un torbellino de presentaciones y reencuentros. Salvatore emergió del café con una bandeja de bebidas de bienvenida, su habitual comportamiento hosco reemplazado por un orgullo evidente en su papel de anfitrión oficial. La señora Greco apareció con una cámara, insistiendo en documentar cada momento para "la posteridad y la adecuada distribución de cotilleos". Incluso el padre Giuseppe había abandonado su habitual reserva para charlar entusiastamente con el marido de Cara sobre la historia de la iglesia.

—¡Alessandro! —llamó Elena desde el otro lado de la plaza—. ¡Ven a conocer apropiadamente a la familia de Natalie antes de que ella aparezca y se robe toda la atención!

Se abrió paso entre la creciente multitud, observando lo naturalmente que el pueblo había acogido a los parientes americanos de Natalie. La señora Bernardi ya estaba alimentando a la fuerza a Cara con pasteles mientras le explicaba la técnica adecuada para hacer cannoli auténticos. Un grupo de niños locales había rodeado a Michael, fascinados por su acento neoyorquino y su evidente asombro ante la arquitectura medieval.

—Señor y señora Russo —dijo Alessandro, extendiendo su mano hacia el padre de Natalie—. Bienvenidos a Santa Lucia.

El apretón de manos de Robert Russo fue firme, evaluador, el agarre de un hombre tomando la medida del marido de su hija. —Alessandro. Gracias por... bueno, por todo. Por cuidar de nuestra chica cuando era demasiado testaruda para pedir ayuda.

—No necesitaba que la cuidaran —respondió Alessandro con honestidad—. Necesitaba a alguien que creyera en sus sueños. Yo solo tuve la suerte de estar aquí cuando decidió luchar por ellos.

Maria dio un paso adelante, con los ojos brillantes por lágrimas que aún no estaban listas para caer. —Te debemos una disculpa —dijo en voz baja—. Deberíamos haberla apoyado desde el principio en lugar de esperar a que nos demostrara que estábamos equivocados.

—Estabas protegiéndola —dijo Alessandro con suavidad—. Eso es lo que hacen las familias. Pero ella no necesitaba protección, necesitaba fe. Y ahora tiene ambas.

Antes de que alguien pudiera responder, se escuchó un vitoreo de la multitud cerca de la iglesia. Alessandro se giró para ver a Natalie saliendo por la entrada lateral donde había estado preparándose, y se le cortó la respiración.

Estaba radiante.

Su vestido era sencillo: seda color crema que se ajustaba a sus curvas sin abrumar su menuda figura, su cabello oscuro recogido para mostrar los pendientes antiguos que habían sido la contribución de la Nonna a su atuendo. Pero fue la sonrisa en su rostro lo que le paralizó el corazón por completo. Alegría pura, felicidad sin complicaciones, la expresión de una mujer que había encontrado exactamente donde pertenecía.

—Oh, cariño —suspiró Maria, llevándose una mano al pecho—. Estás preciosa.

Cara ya estaba llorando.

—Natalie, estás resplandeciente. Absolutamente resplandeciente.

Mientras Natalie cruzaba la plaza, aceptando felicitaciones y admirando cumplidos, Alessandro sintió una conocida opresión en el

pecho. Seis meses de matrimonio no habían disminuido su asombro ante el hecho de que ella le hubiera elegido a él, elegido esta vida, elegido quedarse.

—Te ves muy bien arreglado, Leone —dijo ella cuando finalmente llegó a su lado, enderezándole la corbata con la intimidad casual de una mujer que llevaba haciéndolo durante meses.

—Tú tampoco estás mal, Signora Leone —respondió él, observando cómo se le iluminaban los ojos ante el uso formal de su apellido de casada.

La celebración que siguió fue todo lo que la Nonna había prometido y más. Hubo bailes en la plaza mientras se ponía el sol, con el padre de Natalie haciendo un valiente intento por seguir los pasos tradicionales sicilianos mientras los niños del pueblo le animaban. Hubo brindis en tres idiomas, historias que se volvían más elaboradas con cada relato, y suficiente comida para alimentar al doble de invitados de los que realmente había.

Alessandro observaba a Natalie moverse entre la multitud (su esposa, pensó con una satisfacción que aún se sentía nueva), notando cómo cambiaba sin esfuerzo del inglés con su familia al italiano con los aldeanos, cómo se reía de las poses fotográficas cada vez más extravagantes de la señora Greco, cómo atendía a un grupo de mujeres del pueblo que estaban enseñando a Cara la manera correcta de comer arancini.

—Ella pertenece aquí —dijo Rafaele, apareciendo de nuevo a su lado—. Realmente pertenece. No solo por los papeles, sino porque se ha convertido en parte del tejido de este lugar.

—Lo sé —respondió Alessandro, observando cómo Natalie intentaba traducir una de las expresiones más coloridas de la Nonna para su desconcertada hermana—. A veces creo que entiende Sicilia mejor que yo.

A medida que la noche avanzaba y los últimos invitados comenzaban a regresar a casa, Alessandro se encontró a solas con Natalie en la terraza de su apartamento, contemplando el puerto donde las barcas se mecían suavemente bajo la luz de la luna.

—A tu familia le gusta este lugar —observó, notando lo reacios que habían estado a regresar a su hotel.

—Mamá ya está planeando su próxima visita —dijo Natalie, acomodándose en sus brazos con la satisfacción de un gato al sol—. Quiere ir a Castellamonte ahora que sabe que allí nació su padre. Papá no deja de decir: "Así que de aquí venía mi abuela" cada vez que alguien menciona los pueblos de montaña. Y Cara quiere traer a los niños el próximo verano para que "experimenten su herencia adecuadamente", sea lo que sea que eso signifique.

—Significa que les has dado una razón para descubrir las partes de sí mismos que creían haber perdido —dijo Alessandro, besándola en la coronilla—. Igual que hiciste tú.

Permanecieron en un cómodo silencio por un momento, escuchando el sonido lejano del mar y los ecos cada vez más débiles de la celebración en la plaza de abajo.

—Alessandro —dijo Natalie finalmente, con un tono en su voz que él no pudo identificar del todo—. Hay algo que necesito enseñarte.

Desapareció dentro del apartamento y regresó con un sobre de aspecto oficial, del tipo que llevaba sellos gubernamentales y sugería documentos importantes en su interior.

—Llegó ayer —dijo, sentándose de nuevo junto a él—. Quería esperar hasta después de la celebración para decírtelo.

Alessandro reconoció el membrete inmediatamente: el Ufficio Anagrafe, el registro civil. Dentro estaba el certificado de defunción de Giuseppe, oficialmente traducido y apostillado, junto con una carta de la oficina de ciudadanía en Roma.

—Lo consiguieron —dijo Natalie en voz baja—. Todos los documentos de Nueva York: el certificado de nacimiento de mi madre, las actas de matrimonio, todo debidamente traducido y apostillado. Como tú encontraste el certificado de defunción de Giuseppe que demuestra que estaba libre para casarse con mi abuela, todo el linaje está limpio ahora. Lo que significa...

—Que puedes solicitar la ciudadanía ahora —completó Alessandro, comprendiendo todo—. A través de la línea legítima de Giuseppe.

—Sí —ella lo miró, su expresión ilegible bajo la luz de la luna—. Ya no necesito nuestro matrimonio. Para fines legales, quiero decir.

Puedo obtener la ciudadanía por mi cuenta.

Por un momento, algo frío se instaló en el pecho de Alessandro. No era miedo exactamente, sino un eco de la vieja incertidumbre que le había atormentado antes de aprender a confiar en lo que habían construido juntos.

—Eso es maravilloso —dijo con cuidado—. Debes sentirte aliviada.

—Lo estoy —dijo Natalie, y entonces sonrió, con la misma expresión radiante que había parado su corazón en la plaza horas antes—. Pero no por las razones que crees.

Tomó el certificado de defunción de sus manos y lo dejó a un lado, luego tomó su rostro entre sus palmas con la misma suave autoridad que la Nonna había usado en su primer encuentro.

—Alessandro Leone —dijo, su voz cálida de amor y certeza—, necesito que entiendas algo. La ciudadanía ahora es solo un papeleo. Un papeleo importante, sí, pero eso es todo. Tú, esta vida que hemos construido, esta familia en la que nos hemos convertido, este hogar que hemos creado juntos... ya no eres mi solución legal.

Se acercó más, apoyando su frente contra la de él.

—Eres mi elección. Cada día, cada mañana cuando despierto a tu lado, cada vez que me rescatas de la antigua infraestructura italiana o me haces reír cuando estoy frustrada con la burocracia o me abrazas cuando echo de menos a mi familia —sus pulgares recorrieron la línea de sus pómulos—. La ciudadanía pudo haberme traído a Sicilia, pero tú me hiciste querer quedarme. Tú eres mi hogar, Alessandro. No el papeleo, no el estatus legal... tú.

Alessandro sintió que algo se liberaba en su pecho, una tensión que había estado cargando sin darse cuenta.

—¿Aunque ya no me necesites?

—Especialmente porque no te necesito —dijo Natalie con firmeza—. Porque eso significa que todo lo que siento, todo lo que somos, todo lo que hemos construido... es real. Es una elección, no una necesidad. Es amor, no conveniencia.

Cuando la besó, allí en su terraza con vistas al puerto donde su bisabuela había soñado una vez con regresar, Alessandro saboreó el aire salado, la felicidad y la promesa de todos sus mañanas. Debajo de ellos, Santa Lucia al Mare se sumía en el sueño, segura en el conocimiento de que algunas historias de amor merecían la espera.

Algunos sueños, resultó, merecían que lucharas por ellos con todo lo que tenías.

Y algunas estadounidenses, a pesar de toda lógica y obstáculos burocráticos, simplemente estaban destinadas a quedarse.

ACERCA DEL AUTOR

Lena Bianchi es una autora italoamericana de romance contemporáneo que escribe sus historias de amor desde su hogar en Sicilia, donde vive con su marido, cuatro hijos, dos gatos y un perro muy paciente que tolera el caos diario de una casa llena de dramas italianos—tanto reales como ficticios.

Aprovechando su experiencia bicultural y sus raíces profundas tanto en América como en Italia, Lena crea historias auténticas sobre el amor que trasciende fronteras, barreras lingüísticas y expectativas culturales. Cuando no está luchando con cerraduras antiguas, navegando por la burocracia italiana, o explicando a los vecinos por qué la *signora* americana habla con su cafetera, se la puede encontrar escribiendo romances inspirados por los pueblos bañados por el sol, las dinámicas familiares imposibles y la magia innegable de la vida mediterránea.

Su serie *Amor en Traducción* celebra el hermoso caos de enamorarse a través de culturas, perseguir sueños imposibles y descubrir que a veces el hogar te encuentra en los lugares más inesperados. Cada libro está escrito con la convicción de que el amor es verdaderamente un lenguaje universal—incluso cuando todo lo demás se pierde en la traducción.

Cuando no está escribiendo, a Lena le encanta descubrir festivales ocultos de pueblo, perfeccionar sus habilidades para hacer pasta casera (con énfasis en *intentar*), y convencer a su familia de que sus viajes de investigación a los cafés locales son absolutamente esenciales para la autenticidad.